

Leopoldo Lugones
Historia de Roca



Estudio preliminar de
Juan Pablo Canala

COLECCIÓN LOS RAROS
Biblioteca Nacional



COLECCIÓN LOS RAROS
Biblioteca Nacional

La colección Los raros se propone interrogar los libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que trae el tiempo y el olvido de los hombres. Ser clásico es lo contrario que ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.

Historia de Roca

Leopoldo Lugones

Edición crítico-genética y estudio preliminar
de Juan Pablo Canala



COLECCIÓN LOS RAROS N° 41

Lugones, Leopoldo
Historia de Roca / Leopoldo Lugones ; con prólogo de Juan Pablo Canala. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2012.
240 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1741-36-6

1. Historia Argentina. I. Canala, Juan Pablo, prolog. II. Título.
CDD 982

COLECCIÓN LOS RAROS

Biblioteca Nacional

Dirección: Horacio González

Subdirección: Elsa Barber

Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson

Coordinación Editorial: Sebastián Scolnik, Horacio Nieva

Producción Editorial: Juan Pablo Canala, Yasmín Fardjome,
María Rita Fernández, Ignacio Gago, Gabriela Mocca,
Juana Orquin, Alejandro Truant

Armado de tapas e interiores: Carlos Fernández

2012, Biblioteca Nacional

Reserva de derechos

Agüero 2502 - C1425EID

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gov.ar

ISBN 978-987-1741-36-6

ÍNDICE

Estudio preliminar

Meditaciones de un final abrupto	9
por Juan Pablo Canala	
Agradecimientos	111
Criterios de la presente edición	115

Historia de Roca. Edición crítico-genética

[I]. Los constructores	123
[II]. El hogar hidalgo	129
[III]. La cepa	135
[IV]. El vástago	143
[V]. Primeras Armas	153
[VI]. Formación del jefe	159
[VII]. El país que iba a mandar	173
[VIII]. El Jefe	189
[IX]. La campaña del Desierto	211

Apéndice I (Textos)

Conferencia Política	255
Teniente General Julio A. Roca. El sepelio de sus restos. Elocuente demostración de duelo <i>de Leopoldo Lugones</i> . .	271
Roca. Un rasgo autobiográfico	273
La personalidad del General Roca	277

Apéndice II (Reseñas y comentarios)

Libros Recientes. "Roca" por Leopoldo Lugones	291
Reseñas	297

*Para José Luis Moure, Jorge Ferro y Élide Lois, por
su generosidad e invaluable magisterio.*

*Para María Etchepareborda,
por estos años de amistad y afecto.*

Estudio preliminar
Meditaciones de un final abrupto
por Juan Pablo Canala

Antes que salga el sol

Desde el guerrero que cae sobre su escudo en las Termópilas, habiendo dejado toda esperanza a la entrada del desfiladero fatal, como el ramo de mirto en el dintel de la Muerte, hasta el estoico romano que se abre las venas en su baño final, inspira a esos antiguos la misma dignidad serena del desenlace voluntario. Nunca más dueño de sí, el hombre.

LEOPOLDO LUGONES, *Héctor el domador* (1923)

Esa madrugada, es posible que no lo hubiera notado, Lugones pudo haberse puesto a escribir como todos los días. Pudo no haber advertido la pesadez del calor de El Tigre. Los meses de verano de 1938 de seguro eran más calurosos que los actuales. De cualquier forma, es poco probable que haya reparado en el clima. Su mente pudo haber transitado entre la melancolía, el fervor, la tristeza profunda, la decepción. Esa madrugada mientras la niebla envolvía al río, en la habitación número 6 del retiro de “El Tropezón”¹, se encontraba una vez más sentado frente a un escritorio, como desde que llegó de Córdoba, sin poder detenerse un momento, sin poder interrumpir la escritura. Momentos previos a aquella mañana, nadie sabe bien qué pasó por su cabeza, nadie

1 Sobre la elección de este retiro para llevar a cabo su suicidio se han tejido infinidad de conjeturas. Entre ellas, la acaso más peculiar y teñida de un sino ocultista es: Canal Feijóo, Bernardo, *Lugones y el destino trágico. Erotismo, teosofismo, telurismo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976.

podría definir qué es lo que siente un hombre que, al filo del más desesperado momento de su vida, rememora y contempla, en el conjunto de imágenes que la componen, una trayectoria inusual. Desde aquellos días pàrvulos de escritura acalorada en *La Montaña* hasta sus momentos finales, defendiendo desde el pùlpito del periodismo la espada que salvaría a su bien amada patria. Pero a pesar de sus cambios intempestivos, a pesar de su polémico recorrido, en sus últimos momentos, solitarios, pensativos se encontraba una vez más frente al blanco de la hoja. El día anterior, por la mañana, los testigos afirmaron haberlo visto caminando dispersamente: “en una mano llevaba un pequeño envoltorio y en la otra un portafolios”.² Es esta la descripción de un caminar errático de Lugones, la percepción de lo que lleva en sus manos en aquellos momentos finales. Papel, lápiz, el fatal bebedizo. Allí, solo, escribiendo lo que iba a ser su obra máxima de declaración política: un relato biográfico de Julio A. Roca, la efigie del militarismo modernizador y la prehistoria guerrera de una nación utópica que debía regenerarse por medio de las armas del interludio populista que, desde su perspectiva, había sumido a la patria en el desmedro y el oscurantismo. “El mundo se pone infame”³ le confesaba a Samuel Glusberg en 1924.

Sus biógrafos, familiares y conocidos dijeron que en sus últimos momentos se encontraba consternado. Su vida económica, sus relaciones amorosas furtivas, su lugar bajo la mira de la opinión pública habían empujado su mente hacia un reducto poblado de sombras. Esa madrugada llevaba consigo los papeles de su *Historia de Roca*, como la había llamado en varias oportunidades; quería concluir, debía hacerlo aunque no podía. Esa

2 Conil Paz, Alberto, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Librería Huemul, 1984, p. 467.

3 Lugones, Leopoldo, “Carta a Samuel Glusberg, Ginebra, 22 de Septiembre de 1924”, en Horacio Tarcus (ed.), *Cartas de una hermandad*, Buenos Aires, Emecé, 2009, p. 94.

frustración frente a la escritura era otro de los rostros del fracaso que de seguro tenía susurrando a su alrededor. Daban casi las cinco y no había logrado avanzar ni un solo renglón. En medio de esa angustia amenazante, absorto más y más en ese torbellino de incoherencias y reproches, desahuciado, tomó tembloroso la pluma. No hubo miedo en el trazo, sino un temblor de éxtasis, de furia, de desesperación. El reloj marcó las cinco menos veinte. Escribió Lugones:

No puedo concluir la Historia de Roca.

¡Basta!

Quisiera Pido que me sepulten en tierra, sin cajón y sin ningún signo que me recuerde.

Prohíbo que se dé mi nombre a ningún sitio público.

Nada reprocho a nadie. El único responsable soy yo, de todos mis actos.

L. Lugones. ⁴

Cinco menos cuarto. Lugones solicitó al servicio del retiro una botella de whisky y un botellón de agua. Es probable que haya mirado el reflejo de su rostro melancólico en el brillo del reloj, que sus compañeros del correo le habían obsequiado hacía ya tanto tiempo, que le parecía por momentos el presente de una época mitológica. Cinco menos cinco. Ha de haber mirado por la ventana de su habitación, como buscando algo que lo detenga o que confirme su trágica determinación. Colocó la funesta esquela de papel en un sobre al que rotuló: "Al Juez que inter venga". Nadie sabrá nunca cuáles fueron sus últimos pensamien-

⁴ Citada por Conil Paz, Alberto, *Leopoldo Lugones*, op. cit., p. 467. Debe destacarse que esta es la más documentada investigación sobre la vida de Lugones. El trabajo con las fuentes del Juzgado Criminal y Correccional N° 1 donde se radicó la causa de suicidio del escritor, aporta una claridad meridiana por sobre los mitos y especulaciones que inundaron los momentos previos a la decisión final.

tos, ni siquiera si dijo algo en voz baja, si acaso se permitió, en su intensa y plena soledad, alejado del vituperio público, llorar. Tampoco si en aquel momento crucial rememoró sus lecturas clásicas y evocó aquel rasgo que tanto le deslumbraba de los héroes homéricos: “Lo más hermoso que tienen es su manera de caer.”⁵ ¿Habría experimentado esa sensación durante su caída? A las cinco en punto de la mañana del sábado diecinueve de febrero de 1938, Leopoldo Lugones acabó con su vida bebiendo un pequeño frasco de cianuro. Es posible que recordara, con cierta ironía trágica, las escandalosas palabras que pronunció, entre llantos de rabia y amargura, el día que murió su amigo Horacio Quiroga: “¡Envenenarse con cianuro, como una sirvienta!”⁶

Fiel a su estética modernista de la primera época, “uno de los ‘modernos’”,⁷ como lo denominó Rubén Darío, Lugones llegó al ocaso de su vida al amanecer. Cuando el sol ya se había levantado, exactamente una hora después, una persona del servicio llamó a su puerta como él lo había solicitado. Nadie respondió. Según los periodistas del diario *La Nación*, el testigo “acudió esta mañana a las 6 para llamarlo, debió penetrar en la habitación del huésped al no obtener contestación y halló al Sr. Lugones en el lecho, ya sin vida.”⁸ Lo hallaron desplomado en el piso, sobre un charco de sangre que brotaba de su nariz; así cayó el poeta laureado de la patria.

Resulta sintomático que Lugones haya elegido el mismo día y método que su amigo Quiroga, quien sabiéndose con un cáncer incurable, también muriera un diecinueve de febrero a causa de

5 Lugones, Leopoldo, *Estudios helénicos. La dama de la Odisea*, Babel, Buenos Aires, 1924, p. 146.

6 Espinosa, Enrique. *Imágenes de Lugones*. Buenos Aires: Babel, 1981, p. 22.

7 Darío, Rubén, “Un poeta socialista” en *El Tiempo*, Buenos Aires, 12 de Mayo de 1896.

8 “Leopoldo Lugones dejó de existir ayer” en *La Nación*, Buenos Aires, 20 de Mayo de 1938.

un envenamiento por cianuro un año antes. Un año después Lugones sella el final de su vida. ¿Cabría pensar la posibilidad de un pacto suicida entre los miembros de esta hermandad de escritores? Estas coincidencias sospechosas revisten los últimos momentos de la vida de dos de los más relevantes escritores de fines de los años treinta y sobre ellos se teje una urdimbre de anécdotas y suposiciones que construyeron las figuras respectivas del “escritor suicida”, en tanto relato que permitió la emergencia de una auténtica mitología⁹ alrededor del suicidio. Esta cofradía de escritores despidió al filo de los años cuarenta a dos de sus miembros mayores. Sobre la pérdida inesperada de Quiroga, reflexionará años más tarde Ezequiel Martínez Estrada: “El ejemplo de Quiroga debe advertirlo, ¡sin dudas! de que hay que ponerle rodrigones al arbolito, por bueno que sea.”¹⁰ Lugones y Quiroga, aquellos hombres fuertes, decididos, optaron por acabar con sus respectivas vidas. Nadie lo previó, nadie imaginó esa postura frente al final.

La esquila dejada por Lugones contradice la postura literaria y política que sostuvo a lo largo de su vida. En su titubeante reescritura, que desplaza el “deseo” por el “pedido”, se expresa la voluntad de ser olvidado que dejó plasmada en su última nota, contraponiéndose a su permanente accionar público y a sus infinitas intervenciones en el campo cultural de las primeras décadas del siglo XX. Nadie puede ser coherente hasta el final y mucho menos en medio de un confuso torbellino de pasiones desencontradas y deseos inconclusos. Como testimonio ineludible de esta turbulenta época decisiva del autor de

9 Sobre la mitología en relación con los escritores suicidas de los años treinta véase: Sverdloff, Mariano, “Storni, Quiroga, Lugones: Los suicidados del 30. Notas para la historización de una mitología”, en David Viñas (dir.), *Literatura Argentina del siglo XX*, tomo III, Buenos Aires, Paradiso, 2007.

10 Martínez Estrada, Ezequiel, “Carta a Samuel Glusberg, Bahía Blanca, 29 de diciembre de 1958” en Horacio Tarcus (ed.), *Cartas de una hermandad*, op. cit., p. 118.

La guerra gaucha, ha quedado su inconcluso texto sobre Roca, otro de los retratos que poblaron la galería de elogios a figuras intelectuales, militares y culturales de diversos períodos históricos.¹¹ El manuscrito inconcluso de la *Historia de Roca* resulta singular, no sólo por haber sido el último texto que Lugones legó como una incógnita jeroglífica, sino que también se constituye como la muestra cúlmine del pensamiento de su última época. De allí la necesidad de editarlo críticamente y ofrecer al lector un pormenorizado análisis de sus más particulares coyunturas. Acaso sea este otro esfuerzo, posiblemente infructuoso, de intentar comprender esos años finales, esa escritura que, inacabada, revela la finalización de un ciclo vital, de un ciclo de pensamiento.

Roca: espanto, progreso y resistencia

“Cuando nos despedimos de Roca y quedamos solos. Ingenieros, adelantándose a la palabras de asombro que ya se preparaban para salir de mis labios, me dijo, con su desenfado habitual, al mismo tiempo que encogía los hombros y abría los brazos con el gesto de quien reconoce una fatalidad: ‘Aquí me tenés. He transigido con todo. Con el militarismo, con el capitalismo... Sólo me falta hacerme clerical.’”

MANUEL GÁLVEZ, *Recuerdos de la vida literaria* (1944).

11 Muchos de esos textos, publicados en las páginas breves de una conferencia o en artículos periodísticos dispersos, fueron oportunamente reunidos en el tomo IV de las obras completas del autor. Véase: Lugones, Leopoldo, *Obras completas IV. Elogios*, Compilación, estudio preliminar, notas y apéndices por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Ediciones Pasco, 2009.

No puedo concluir la Historia de Roca.
Basta.

Pido ~~alguno~~ que me sepullen en la tierra
sin cajón y sin ningún signo ni nombre
que me recuerde.

Prohíbo que se dé mi nombre a ningún
sitio público

Nada reprocho a nadie. El único
responsable soy yo de todos mis actos

L. Lugones.

Al Juez que interviene

“Carta de Suicidio de Leopoldo Lugones”
(Archivo de la Suprema Corte de Justicia de Buenos Aires,
Juzgado en lo Criminal y Correccional N° 1, Causa 31.021,
Año 1938, Leopoldo Lugones s/suicidio)

La vida y las hazañas del general Roca se constituyeron, entrado el siglo XX, en una matriz narrativa que originó un conjunto de relatos, cuyo objetivo apuntó a plantear diferentes aproximaciones acerca de la figura del caudillo militar primero, y del líder político devenido presidente después. Ya durante el siglo anterior, la presencia de Roca cubría las páginas de la prensa periódica, sea esta partidaria u opositora, convirtiéndolo en uno de los personajes representados más sobresalientes de la vida pública, cuyo interés por su figura oficial y política trascendió el horizonte de las particularidades de su gobierno.¹² Sea a través de textos escritos o en coloridas imágenes la recurrente aparición de relatos sobre su desempeño político —como así también su rostro caricaturizado en el marco de la prensa satírica—, Roca fue para los dibujantes de fines del siglo XIX un personaje que desfilaba por entre las páginas de los periódicos, en múltiples actitudes bochornosas o bajo las animalizaciones más esperables.¹³ La singularidad de ser uno

12 Sobre el rol de la prensa durante el roquismo véase: Alonso, Paula, “En la primavera de la historia: El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa” en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 15, Buenos Aires: 1997. Y de la misma autora: *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

13 Para un estudio detallado y exhaustivo de la prensa satírica en el siglo XIX, véase: Roman, Claudia, “Argentinos y extranjeros en la batalla de la prensa satírica (1870-1893)” en *La prensa satírica argentina del siglo XIX: palabras e imágenes*, Tesis doctoral inédita, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2011. Y “¿Puede la crítica hacerse costumbre? Palabras e imágenes en el periódico satírico *El Mosquito* (1863-1893)”, en *VI Congreso de la Asociación Argentina de Semiótica: Discursos Críticos*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Semiótica, 2005. Sobre aspectos técnicos de *El Mosquito* y otras publicaciones ilustradas de la época véase: Szir, Sandra, “De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX. Colección Biblioteca Nacional”, en *Prensa argentina siglo XIX. Imágenes, textos y contextos*, Buenos Aires, Teseo-Biblioteca Nacional, 2009.

de los únicos presidentes que logró cumplir sus mandatos y su rol político como jefe de estado tanto el siglo XIX como en el XX, hizo que su figura deslumbrara a escritores y dibujantes, a amigos y enemigos, a la sociedad en su conjunto.

Atravesado por una multiplicidad de géneros que abarcan desde la investigación historiográfica, la política, pasando por la biografía, la semblanza hasta llegar a las memorias, el siglo XX cultivó un considerable número de textos que se dedicaron a retratar a Roca desde diversos ángulos.¹⁴ Naturalmente que esta reflexión sobre el General y su actuación pública no se agotó a fines de los años treinta, sino que por el contrario, como ha señalado Daniel Campione,¹⁵ fue objeto a lo largo del siglo de evaluaciones, inter-

14 Existe un caudal significativo de textos publicados en el arco que abarca de 1899 hasta 1938, fecha en la que apareció el texto de Lugones: De Vedia, Agustín, *El teniente general Julio A. Roca: bosquejo histórico-biográfico*, Buenos Aires: s/d, 1899; Daireaux, Godofredo, *El general Roca: ensayo publicado por la revista Ideas*, Buenos Aires, Prudent Hermanos y Moetzel, 1904; Oyarzú, Silvio A, *Vida militar, política y social de Julio A. Roca*, Buenos Aires, Escoffier-Caracciolo, 1914; González, Manuel J., *Vida del Teniente General Don Julio A. Roca*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1914; Caffarena, Agustín R., *La obra del teniente Julio A. Roca como promotor y propulsor de la cultura pública*, Buenos Aires, Damiano, 1926; Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo. Cincuenta años de historia argentina*, 1931; Bucich Escobar, Ismael, *Roca: 1880-1886, 1898-1904*, Buenos Aires, La Facultad, 1934; Amadeo, Octavio R., *Vidas argentinas: Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Rosas, Irigoyen, Roca, Pellegrini, Alem, Sáenz Peña*, Buenos Aires, La Facultad, 1934; Bucich Escobar, Ismael, *El atentado contra Roca: 10 de mayo de 1886. Perspectiva semisecular de una histórica agresión*. Buenos Aires: Librería Americana, 1935; Padilla, Alberto, *Roca, de ministro a Presidente, 1878-1880*, Buenos Aires, 1936; Vélez, Francisco M., *Ante la Posteridad. Personalidad marcial del Teniente General Julio A. Roca*, Buenos Aires, 1938; Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca (Argentina), *La casa donde nació el General Roca: averiguaciones y estudios efectuados por la comisión nacional sobre el lugar del nacimiento*, Buenos Aires, Araujo, 1938.

15 Para analizar la trayectoria de textos que abordan la figura de Roca entre los siglos XIX y XX, véase: Campione, Daniel, "Roca ante la historia. Puntos de vista acerca de una época", en Osvaldo Bayer *et all. Historia de la crueldad argentina 1. Julio Argentino Roca*. Buenos Aires: Centro Cultural de la

pretaciones y detracciones. El texto que hacia fines de la década del treinta Lugones supo silenciar con la propia extinción de su vida, se instituyó como la consolidación de una larga trayectoria intelectual y política que tuvo al general Roca como una constante. Entre el espanto expresado por Lugones en sus primeras manifestaciones políticas, y el viraje hacia las ideas fascistas de su última época, la figura de Roca se convierte en su posibilidad de consagración como escritor, en la alternativa de su progreso, pero también en el espacio de difusión de las ideas militaristas y religiosas expresadas por el escritor hacia fines de los años treinta.

Recién llegado a Buenos Aires desde su Córdoba natal, Lugones comienza a participar de los círculos socialistas. Allí es donde su juventud y efervescencia lo llevan, junto a José Ingenieros,¹⁶ a fundar el periódico *La Montaña*, que se proclamaba desde su título como “Periódico socialista revolucionario”. En el primer editorial titulado “Somos socialistas” fijaban con claridad su posición frente a la política liberal:

*Consideramos que la autoridad política representada por el Estado, es un fenómeno resultante de la apropiación privada de los medios de producción, cuya transformación en propiedad social implica, necesariamente, la supresión del Estado y la negación de todo principio de autoridad.*¹⁷

La singularidad de esta experiencia editorial, respecto de otras publicaciones de la misma tendencia política —como el diario *La Vanguardia*—, se basaba en un tono por demás beligerante que hacía de la diatriba contra la política burguesa y las instituciones

Cooperación Floreal Gorini, 2006.

16 Terán, Oscar, *José Ingenieros: pensar la nación*, Madrid-Buenos Aires, Alianza, 1986.

17 Lugones, Leopoldo y José Ingenieros. “Somos socialistas”, en *La Montaña*, Nº 1, Buenos Aires, 1 de abril de 1897, p.1.

gubernamentales un estilo particular de escritura. Era entonces una cuota superlativa de agresividad e irreverencia la que trasuntaban las páginas y los artículos publicados en *La Montaña*. La predica infamante se dirigía entonces hacia diferentes protagonistas de la política del momento y supo expresarse en lo que sea posiblemente su invectiva pública más conocida: “Los políticos de este país”, donde Lugones realiza una mordaz crítica a los políticos del momento. Entre sus blancos predilectos se encontraba la figura de Carlos Pellegrini:

*Pellegrini, que desea la presidencia con anhelo inaudito, le teme al mismo tiempo, como un adolescente en celo ante los muslos abiertos de una prostituta. Duda de su virilidad en plena erección, fenómeno que sólo experimentan los inferiores de corazón y de cabeza. ¿En dónde están, pues, sus energías? ¿Qué resta del imperioso autoritario que tiene asegurada la pensión política que le pagan para que no estorbe, en forma de senaturías y ministerios; la pensión con que mantiene a los alcabuetes de apellido ilustre que le negocian queridas en Polonia, los caballos finos y las bancas formidables de la ruleta del Progreso y del Jockey Club?*¹⁸

La beligerancia en el tono con el que Lugones expone las deficiencias políticas de Pellegrini recupera, a partir de las metáforas, la tópica del joven inexperto frente al acto sexual. La comparación es evidente, Pellegrini es un joven sexualmente (valga decir políticamente) inexperto frente a la imagen de la prostituta (patria dominada por la política liberal). La analogía deja entrever al joven temeroso de su encuentro sexual, y a las instituciones liberales de gobierno como los proxenetas que habilitan y promueven la vejación de una patria arrasada. Pero la invectiva que

18 Lugones, Leopoldo. “Los políticos de este país”, en *La Montaña*, N° 1, Buenos Aires, 1 de abril de 1897, p.5.

inicia con el vituperio de su desempeño político trae aparejada en la crítica lugoniana el desmedro de la inteligencia y de las aptitudes de Pellegrini como escritor y orador:

*Si analizamos al Pellegrini intelectual, su miseria aparece todavía más desnuda. Es una inteligencia sin duda, pero su capacidad es de gerencia y de parlamento. Todos sus discursos que he leído en un folleto recientemente editado, son de una vulgaridad lamentable. Y eso que cuando le da por hacer literatura le resultan cosas peores todavía. Talento, se le supone. Pero en todo caso no puede levantarse porque es un ignorante. Y no seré yo por cierto quien niegue que sabe muy bien inglés. Es lo único que sabe.*¹⁹

Pero en este memorable artículo sobre la clase política dominante a fines del siglo XIX, Lugones no dejará afuera a otra de las figuras relevantes del elenco de políticos afrentados por los jóvenes socialistas. El escrito también avanzará sobre Julio A. Roca:

*Se dice, no robará en la futura presidencia porque está muy rico. He aquí un cálculo político del más genuino cuño burgués. Para no robar se necesita haber robado ya, hasta hartarse. Consecuencia moral de los que peregrinan a Luján y envían los hijos a los internados jesuitas. He aquí, por otra parte, las manos en las cuales está la suerte del pueblo. ¿Qué otra cosa puede merecernos la clase elevada, la gente decente, sino desprecio y asco?*²⁰

Roca era para el joven escritor una manifestación del orden burgués, una figura que tranquilizaba a las clases dominantes

19 Lugones, Leopoldo, "Los políticos de este país", op., cit., p. 5.

20 Lugones, Leopoldo, "Los políticos de este país II", en *La Montaña*, N° 4, Buenos Aires, 15 de mayo de 1897, p. 5.

garantizando, a través de la estabilidad del sistema económico y la perpetuidad del orden liberal en las instituciones, la matriz hipócrita de la ideología burguesa. Bajo la mascarada del epíteto “decente” los redactores de *La Montaña* denunciaban las verdaderas intenciones de los políticos, veían en Pellegrini y en Roca a los enemigos de la patria, a los representantes de los intereses de la clase dominante en acción.

Ignoraba Lugones en aquel momento que Roca volvería a cruzarse en su vida, y que ese vínculo daría por resultado una larga cadena de sucesos sobre la que estaría signada no sólo su carrera periodística y literaria sino también su futuro. Años después de la publicación de esta nota en *La Montaña* Lugones intentaba hacerse un lugar en el medio periodístico porteño; sea más por sustento económico que por afición a la escritura, había sabido invocar los contactos de sus colegas cordobeses.²¹ Fue la carta escrita en 1896 por Carlos Romagosa a Mariano de Vedia —director por entonces del diario roquista *La Tribuna*—, el gesto que se constituye como uno de los impulsos más eficaces para el ingreso de Lugones al ámbito de la prensa porteña:

Leopoldo Lugones es pariente de aquel distinguido “intelectual” malgrado que se llamó Benigno Lugones, y tiene actualmente veinte y dos años. Ha escrito mucho, colaborado en diarios y revistas de esta ciudad, y puedo asegurarle que desde sus primeros ensayos dejó vislumbrar que había en él un literato y un poeta de alto vuelo. Desde que esgrimió la pluma hizo notar el temple magnífico de su estilo con rasgos enérgicos y esplendorosos. Escribe en prosa y verso con la misma facilidad, y con el mismo estilo exuberante y resplandeciente. Pero, en el verso que él labra y cincela con pasión de un lapidario, es

21 Sobre esto véase: Laera, Alejandra, “Padrinos, mecenas y patrones: Leopoldo Lugones en la arena de entre siglos”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, tomo V, Buenos Aires, Emecé, 2006.

*donde hace vibrar todas las energías estéticas de su espíritu, y donde derrama a raudales los extraños fulgores de su mente.*²²

En su presentación, Romagosa construye una genealogía del lugar del escritor. Para legitimar al joven Lugones, su colega cordobés invoca la figura de su malogrado antepasado literario. La alusión a Benigno Lugones,²³ uno de los más renombrados escritores de fines del siglo XIX, resulta una estrategia hábil por parte de Romagosa, puesto que además de encontrarse ambos vinculados por la filiación onomástica, es la figura del escritor joven la que se reitera entre Leopoldo y su antepasado. El contenido de la carta resalta con precisión las virtudes del escritor y su activa colaboración en la prensa periódica cordobesa. Frente a estas cualidades vinculadas estrictamente con la producción escrita, y que buscan persuadir al eventual redactor del acierto que conlleva la contratación de Lugones, Romagosa desarrolla hacia el final de su epístola la vinculación del joven escritor con la política:

*Por ahora es liberal, rojo subversivo e incendiario: cuando publique su “Profesión de fe”, poesía inédita, tan agresiva y tan incandescente, que parece escrita con un punzón de fuego, creo que levantará una tempestad de aplausos... y de injurias.*²⁴

Incluso para referir a su tendencia política de cuño socialista, la carta de colega desvía ese espíritu y lo orienta a su incidencia en el plano de la escritura. Romagosa adscribe la pertenencia de

22 De Vedia, Mariano, “La carta de Romagosa”, en *Nosotros*, N° 26-28, Buenos Aires, 1938, p. 86.

23 Sobre Benigno Lugones véase: Galeano, Diego, “Exhumación de una obra inconclusa”, en Benigno Lugones, *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

24 De Vedia, Mariano, “La carta de Romagosa”, op., cit., p. 86.

Lugones al socialismo, entendiéndolo como una manifestación propia del carácter juvenil del poeta, y rescata su orientación política como matriz de escritura de sus poemas. No obstante, como ha señalado María Teresa Gramuglio,²⁵ la carta de Romagosa tuvo un relativo impacto en el director de *La Tribuna*, puesto que Lugones no logró ingresar al diario hasta 1898. Sin embargo, eso no retrasó su iniciación en el mundo de la prensa, ya que el autor tuvo sus primeras incursiones periodísticas en el diario *El Tiempo* dirigido por Carlos Vega Belgrano.

Tanto Vega Belgrano como De Vedia fueron quienes le aportaron al joven escritor dos ámbitos propicios que se constituyeron, no sólo como medios de subsistencia, sino también como espacios en los que Lugones tomó contacto con figuras relevantes del campo literario y político que modificaron respectivamente el curso de su itinerario intelectual en Buenos Aires. De la mano del director de *El Tiempo* el autor conoce a Rubén Darío y a Luis Berisso, lo que implica un reconocimiento de los representantes del campo literario y un acercamiento de Lugones al Ateneo de Buenos Aires donde realizará sus primeras lecturas públicas.²⁶ Pero será gracias a Mariano de Vedia que Lugones conocerá en persona al general Roca, al mismo personaje que años antes había criticado duramente desde las páginas de su pasquín socialista.

La vinculación de la familia De Vedia, y particularmente de *La Tribuna* con Roca son conocidas. El diario familiar fue uno de los organismos de mayor difusión propagandística del régimen roquista²⁷ y se constituyó, durante su primera presidencia,

25 Gramuglio, María Teresa, "Comienzos en fin de siglo: Leopoldo Lugones", en *Orbis Tertius*, Año I, Nº 2-3, La Plata, 1996.

26 Sobre el Ateneo véase: Bibbó, Federico, "Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892)", en *Orbis Tertius*, Año XIII, Nº 14, La Plata, 2008.

27 Sobre ciertas particularidades de *La Tribuna* en el marco de la prensa por-

como un espacio de legitimación pública de las determinaciones del presidente. Su director y redactor en jefe, Agustín de Vedia, ocupó junto a su hijo Mariano la dirección del periódico a partir de 1885. Por disposiciones del juarismo, el diario se suspende en 1889, reapareciendo en 1891 bajo el nombre de *Tribuna*.²⁸

El vínculo estrecho entre Roca y Mariano de Vedia no sólo se limitó a una relación signada únicamente por intereses políticos. Un análisis de la correspondencia entre ambos deja entrever un proteccionismo económico que el líder militar le brindará en varias oportunidades al redactor en jefe del diario:

*Estoy en mi casa con un déficit de dos mil quinientos pesos y si usted me ayuda a suprimirlo acaso no tenga más que llevar en su presencia mis largas desventuras. Orden al portador que le deje esta y vuelva por la respuesta a eso de las diez por si la hora no le fuera molesta.*²⁹

A la vez que Roca se desempeña como un verdadero protector de los intereses económicos y, en muchos casos un garante financiero de los avatares monetarios del director del diario, De Vedia llegará a constituirse como un nexo fundamental entre el político y otros sectores sociales. En tanto interlocutor de Roca,

teña véase: Roman, Claudia, “La prensa periódica: De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, y Alonso, Paula, “*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la Argentina moderna en la década de 1880”, en *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

28 Para un breve testimonio sobre el funcionamiento del diario véase: de Puga, Rodolfo, “*Tribuna*, el diario de los Vedia”, en *El Diario. Edición extraordinaria. La prensa argentina*, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1933.

29 De Vedia, Mariano, “Carta al General Roca, Buenos Aires, 3 de Marzo de 1913”, AGN, Sala VII, Archivo General Julio A. Roca, Leg. 112, Correspondencia recibida: enero-diciembre, 1913, fol. 1r.

el redactor en jefe oficiará de nexo con otros representantes del mundo del periodismo, tal como se advierte en ciertas cartas conservadas:

Mi querido general:

Primero, muchas gracias. Después, hoy irá el repórter Fernández para pedirle la carta que ha de llevar a los socios y las instrucciones que usted quiera darle.

Irá también a ponerse a sus órdenes Salvador Aguirre, que es el joven de quien le hable y que ha de servirle admirablemente para el caso.

Suyo, a vuestro sumo servicio

*Mariano de Vedia.*³⁰

La circulación de los nombres propios del universo de la prensa que se transmiten en las cartas se encuentra al servicio de las necesidades del jefe de estado, a la vez que por aproximación a la figura política, De Vedia intercederá a favor de algunos miembros en busca de una mejora socio-económica. Al igual que Salvador Aguirre, también De Vedia acercará a Roca a otros miembros, ya no del mundo laboral de la prensa, sino de la burguesía emergente del interior:

Mi querido general:

*Del obsequio es un joven Casterás, muy trabajador y que se ha hecho una fortuna en el Río Negro, teniendo por usted un verdadero entusiasmo, según le he oído expresarse siempre.*³¹

30 De Vedia, Mariano, "Carta al General Roca, Buenos Aires, 5 de Julio de 1913", AGN, Sala VII, Archivo General Julio A. Roca, Leg. 112, Correspondencia recibida: enero-diciembre, 1913, fol. 1r.

31 De Vedia, Mariano, "Carta al General Roca, Buenos Aires, Sábado, s/n, 1913", AGN, Sala VII, Archivo General Julio A. Roca, Leg. 112, Correspondencia recibida: enero-diciembre, 1913, fol. 1r.

De este modo, el nexo relacionante entre Mariano de Vedia y el general Roca reviste una mayor complejidad de ámbitos de intercambio que exceden el rol unívoco que la crítica ha señalado, respecto del lugar del diario familiar en la construcción de la imagen pública del régimen. Unida a la evidencia de un sostén económico, la posibilidad de ofrecerles a otros representantes del mundo laboral de la prensa, como así también el hecho de acercar al político con la burguesía adinerada del interior, posiciona a De Vedia como un promotor de relaciones públicas que lo convierten en un auténtico gestor de confianza del general y por lo tanto, alguien influyente en su círculo íntimo.

Será ese mismo nivel de cercanía e intimidad aquello que le permitirá a De Vedia escribir la primera biografía extensa de Roca. Su texto parte de una paradoja ficcional, cuyo objetivo es el de explicitar la finalidad y condiciones del propio gesto de la escritura. Para ello, el autor recrea un diálogo con su biografiado donde le manifiesta su interés y los objetivos perseguidos:

Yo quisiera escribir sobre usted, mi General; consagrarle un estudio detenido, que comprendiese su vida pública y su vida privada y pudiera servir más tarde como fuente histórica, para evitar errores y destruir inexactitudes.³²

Y agrega: “¿Me permitiría usted venir a su casa con alguna frecuencia y recoger las observaciones necesarias, sin el temor de incurrir en un abuso o en una infidencia?³³”

El objetivo del libro resulta entonces, de una detenida investigación que persigue la veracidad de un texto de carácter histórico. De Vedia será ante todo un observador, un lector de la vida

32 De Vedia, Mariano, *Roca*, París, Cabaut y Cía, 1928, p. 1.

33 De Vedia, Mariano, op. cit., p. 2.

cotidiana, cuyo objeto será el de ofrecer un relato libre de las inexactitudes y vicios emergentes de la distancia. No obstante, es la paradoja de la cercanía la que eventualmente anularía la intención de objetividad a la hora de construir el relato. Para librarse de esas imputaciones de subjetividad en la factura del texto, De Vedia recurre a una estrategia por demás inteligente que es la de instalar la crítica y la falibilidad de su proyecto en la voz del general Roca:

Me propone usted algo inconducente a la realización de su proyecto e inaceptable desde mi punto de vista. Como no podría ignorar en momento alguno su presencia, su proximidad, debería ponerme en “pose” así que lo supiera a usted en acecho, adoptando actitudes forzadas y engañosas. Usted no habría de pedirme entonces lo que los fotógrafos suelen recomendar a sus clientes: naturalidad. Mi situación sería insostenible. La suya, totalmente falsa.³⁴

La operación de someter la idea del proyecto de escritura bajo la crítica puesta en boca del biografiado, que en tanto personaje le indica la imposibilidad de llevar a cabo una obra que resulte de la naturalidad de la observación, soluciona el problema del género e inscribe al texto en la línea de un relato literario. De este modo, el libro sobre el general Roca es efectuado, aunque aquello que se reconfigura es la intención con la que ese libro se escribe. Si en su espíritu inicial, De Vedia proponía la idea de la construcción de un texto de carácter histórico que despeje de dudas a los lectores, incorporada la cuestión de la objetividad, el libro se propone como

Un libro de notas, impresiones y recuerdos. Un libro de cosas

34 De Vedia, Mariano, op. cit., p. 2.

*vistas, oídas, sospechadas. Podrá no constituir el contingente de información y revelación que algunas personas bondadosas hubieran querido esperar.*³⁵

Se deslinda de esta manera la problemática sobre el valor del texto como documento histórico. La obra por tanto se acerca más al género del retrato, cuya dominante no es la documentación, sino el despliegue de inferencias proporcionadas por la observación del escritor.

No será este texto el último que De Vedia escriba sobre Roca. Años después, será la misma Comisión de Homenaje, la institución que lo convocará para concluir el ciclo narrativo que Leopoldo Lugones había dejado trunco:

*Lugones llegó a escribir los capítulos de la vida de Roca que cierran un primer ciclo con La Conquista del Desierto. Había que seguir al grande hombre en su actuación sobresaliente de gobernante y jefe de partido. Ya en la plenitud del ejercicio de su autoridad prócer. La Comisión Nacional de Homenaje consideró que nadie como el señor Mariano de Vedia podía llevar a cabo esta tarea. Los hermosos capítulos que integran este volumen muestran al insigne hombre de letras y ferviente admirador de Roca. En la integridad de su talento y belleza de su estilo.*³⁶

El libro de De Vedia se plantea entonces como una continuación de la biografía trunca de Lugones. No obstante, el tono que recorre su texto es sustancialmente distinto. Al escritor poco le importa la construcción de un heroísmo militar como expresaba la obra lugoniana, por el contrario, se trata de un articulado rela-

35 De Vedia, Mariano, op. cit., p. 2.

36 De Vedia, Mariano, *Roca en el escenario político*, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939, p. 10.

to de ciertos sucesos históricos con sus particularidades y ciertas apreciaciones laudatorias por parte del autor. La obra se inicia con la narración de la federalización de Buenos Aires, la primera candidatura presidencial y narra diversos hechos en la trayectoria de Roca como estadista.

En la redacción de *Tribuna* y rodeado por todos los miembros del clan familiar que dirigía el diario roquista, Lugones se encuentra por primera vez con el general Roca. La narración testimonial de dicho encuentro fue reproducida por el menor de los De Vedia, Joaquín, que recopiló en un libro de retratos de figuras eminentes prologado por el mismo Lugones:

Yo me concentraba en escribir una gacetilla teatral, sentado a la mesa larga de la redacción, cuando entró y vino a ocupar a mi lado la silla inmediata, un hombre joven, de anteojos, pálido, de pelo y bigote negros, sencillamente vestido, que desde hacía poco tiempo frecuentaba la casa donde todos le consideraban con respetuosa admiración y le escuchaban con profunda curiosidad. Apenas habíamos cambiado éste y yo unas palabras, cuando se produjo en la sala un movimiento: el general Roca se retiraba ya, y cruzaba hacia el pasillo de salida de nuestro taller. Sombrero en mano, saludaba con gesto afable a derecha e izquierda, mientras todos nos poníamos de pie a su paso. Cuando estuvo junto a mi vecino, Mariano de Vedia, que lo acompañaba, le detuvo, diciéndole:

—Permítame, general. Le presento a Leopoldo Lugones.

El general se detuvo, en efecto, y con acento de penetrada sinceridad, con gesto de verdadera complacencia, tendiendo la mano al ya famoso escritor, tribuno y poeta, conocido sobre todo por sus resonantes arengas revolucionarias, por sus colaboraciones en los periódicos rebeldes, y por la intensa vibración lírica de sus “Montañas de oro”, dijo

—Ah ¡Lugones! Tengo un verdadero gusto, y tenía deseo de conocerlo.

Fue efusivo el general, y sobrio y reservado el poeta. El diálogo siguiente pareció un interrogatorio.

—¿Desciende Ud. del coronel Lugones, el guerrero de la independencia?

—No, precisamente, pero soy de su misma familia.

—¿Es Ud. de Santiago?

—De Córdoba, señor.

—¿Dónde ha estudiado Ud.?

—En mi casa, con mi madre primero, y solo, después.

Etc., etc. Los testigos de la escena teníamos todos, más o menos, la impresión de estar presenciando un encuentro acaso histórico, y quizá por eso mismo, la emoción del presagio nos impedía recoger muy distintamente las palabras que allí se cambiaban. Por mi parte, sólo sé que el general, en cada una de sus preguntas, marcó bien la admiración que le inspiraban el talento, la erudición, el vasto acoplo de conocimientos revelados por el escritor, a una altura de la vida —también quiso saber la edad de Lugones—, en que los ingenios confían a la imaginación las fuerzas que más tarde piden a los libros y a la ciencia. Después, repitiendo sus demostraciones de placer por haberlo encontrado tan inesperadamente, el general púsose a las órdenes de su nuevo amigo, y prosiguió su marcha.

Nadie ha hablado en el país de Roca con tan inalterable respeto ni con tan noble belleza como ha hablado Lugones. Recordemos la famosa conferencia del Victoria, aquella donde le comparó al “árbol de encrucijada en cuyo tronco prueban los leñadores sus hachas al pasar”, o la conmovida y breve oración fúnebre, de tan varonil concisión, con que le dio su adiós definitivo, y hasta la sobria alusión de los versos de su oda “A los ganados y las mieses”, cuando canta las glorias y fatigas del caballo criollo, que:

*“En la final campaña del desierto, sumiso y militar sirvió con Roca.”*³⁷

Como lo explicita Joaquín de Vedia, este primer encuentro será casi premonitorio dentro de la trayectoria intelectual de Lugones. Roca reaparecerá en varios momentos sobresalientes de la vida del escritor, y particularmente hacia 1913 cuando el poeta dicte una serie de conferencias en el teatro Odeón, ámbito propio de la élite porteña, donde a partir de seis intervenciones intentará dar cuenta del carácter épico del *Martín Fierro*. Esas conferencias constituirán tres años después la primera edición impresa de dichas reflexiones en formato libro bajo el título *El payador*.³⁸ El diario *La Nación* publicó diferentes crónicas como registros testimoniales de estas intervenciones públicas realizadas por Lugones. Debe tenerse en cuenta que no es casual ni el ámbito ni la coyuntura en la que se inscriben estas reflexiones, como afirma Miguel Dalmaroni:

*Las conferencias de Lugones proponen un modo particular de construcción de ciudadanía, esto es un camino para aglutinar a la población del territorio del moderno Estado naciente en torno de una identidad común asentada en una idea de nación y en el sentimiento compartido y naturalizado de pertenencia a ella.*³⁹

37 De Vedia, Joaquín, *Cómo los vi yo. Semblanzas de Mitre, Roca, Jaurès, Clemenceau, Alem, Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, Agustín de Vedia, Herrera y Obes, Quintana, Pedro C. Molina, Emilio Becher*, Buenos Aires, A-Z, 1994, pp. 30-32.

38 Sobre las operaciones que subyacen a *El payador*, véase: Dobry, Edgardo, *Una profecía del pasado. Lugones y la invención del ‘linaje de Hércules’*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 y Quereilhac, Soledad, “El intelectual teósofo. La actuación de Leopoldo Lugones en la revista *Philadelphia* (1898-1902) y las matrices ocultistas en sus ensayos del centenario” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 12, Bernal, 2008.

39 Dalmaroni, Miguel, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, p. 91.

Inscrito en este debate Lugones ensaya, dentro de una encrucijada entre la oralidad y la escritura, sus “papeles preliminares” de *El payador*,⁴⁰ que consiste en una serie de operaciones críticas que exponen una concepción esencialista de la nación, partiendo del presupuesto de que la nacionalidad es algo ya existente, forjado en un pasado y con rasgos precisos y delimitados. Si años antes Lugones había atacado a los representantes del estado liberal, resulta no menos significativo que los miembros que se constituyen como sus interlocutores dentro del auditorio destinatario –tanto el presidente Roque Sáenz Peña como sus ministros– son aquellos que escucharon atentamente el discurso del poeta. De este modo, la oralidad transmite conocimientos hacia un auditorio constituido por los representantes del poder político, donde Lugones interpela al Estado liberal que encabeza la Nación a la que él mismo le está otorgando un origen mítico. Pero es en este gesto de compartir una misma espacialidad donde queda evidenciada una alianza ideológico-política, en palabras de Jorge Rivera: “La autoridad intelectual del orador aparece convalidada, de este modo, por la autoridad protocolar y política del elenco oficial.”⁴¹

En una de las conferencias ofrecidas, el cronista repone la presencia del general Roca dentro de los miembros del auditorio: “El general Roca ocupaba uno de los palcos, a la izquierda del escenario, y Lugones empezó así: ‘Señoras; Señor General Roca; Señores’.”⁴² La crónica deja en claro, en el marco de la primera

40 Sobre esto véase: Canala, Juan Pablo, “Lugones entre la oralidad y la escritura: Hacia el proceso escritural de *El payador*” en *Escritural. Écritures d'Amérique latine*, N° 4, Poitiers, 2011.

41 Rivera, Jorge B, “Ingreso, difusión e instalación modelar del *Martín Fierro* en el contexto de la cultura argentina” en Éliida Lois y Ángel Nuñez (coords.), *Martín Fierro*, México, Conaculta-Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 566.

42 Lugones, Leopoldo, “El hijo de la Pampa”, en *La Nación*, Buenos Aires, viernes 9 de mayo de 1913, p. 4.

de las intervenciones de Lugones, el lugar de importancia que se le otorga a la figura del General Roca como representante de la clase dirigente; y agrega: “El Presidente de la República no asistía, y a él se hubiera vuelto el primer saludo del conferencista. El dirigido al General Roca impresionó noblemente al auditorio.”⁴³

¿En qué podría fundarse el extrañamiento del auditorio? Es posible que todos los presentes recordaran aquel viejo suelto publicado en *La Montaña*, y las opiniones acerca de Roca vertidas por el beligerante y joven Lugones. Lo cierto es que exactamente en 1898, un año después de aquellas duras declaraciones, Lugones publica un artículo en *Tribuna*, donde se advierte uno de los primeros atisbos de viraje en cuanto a su consideración sobre la política conservadora:

*Para ser político, hay que ser, ante todo, conservador. No se llega de otro modo a la conquista del poder. Los pueblos aplauden la oratoria flamante, el apóstrofe incisivo, la sátira mordaz, pero acaban por seguir el camino trillado.*⁴⁴

Como ha señalado María Pia López, la operación de generalizar el modo en que funcionan los partidos políticos, filiadolos al pensamiento conservador, lo lleva a concluir que: “el problema son todos los partidos y todos los políticos, no el conquistador del desierto.”⁴⁵

Ese tenue viraje ideológico expresado en aquel suelto periódico se vuelve una adhesión más que evidente en la “Conferencia Política” que Lugones pronunció en el Teatro Victoria el 6 de noviembre de 1903. Esta intervención se constituyó como una respuesta a la crisis interna que sufrió el Partido Autonomis-

43 Lugones, Leopoldo, “El hijo de la Pampa”, op. cit., p. 4.

44 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, Buenos Aires, Losada, 2009, p. 62.

45 López, María Pia, *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Buenos Aires, Colihue, 2004, p.107.

ta Nacional entre las líneas que apoyaban a Pellegrini y aquellas, como Roca y Mitre, que postulaban a Manuel Quintana como sucesor a la presidencia. La institución de una Convención de Notables ratificó la candidatura del segundo provocando un duro enfrentamiento entra las facciones internas del partido.⁴⁶ En el marco de este enfrentamiento, Roque Sáenz Peña impulsó una cruzada política en contra de Roca y su candidato. Allí Sáenz Peña filió la figura del presidente con la larga tradición del caudillaje violento de fines de siglo XIX:

*Yo enfoco al general Roca como un vestigio del pasado, como el caudillo anacrónico que sobrevive a su tiempo y a la evolución política y social de la República; por eso no lo encaro como estadista; le niego ese carácter y esa investidura.*⁴⁷

La intervención de Lugones apuntó a contestar las acusaciones proferidas a Roca por parte de sus adversarios del partido. El centro de la cuestión disputada focalizaba más en un nombre que un cargo y contra ese personalismo Lugones se proclama en el inicio de la disertación:

No hemos de creer que lo constituya solamente la intermediación del cambio presidencial, siendo éste una función democrática importante, pero no decisiva. El país ha adelantado lo bastante para poder relegar a segundo término las personas discutiéndolas sólo como accidentes, u objetándolas por el modo como vienen a la lucha, no por lo que intrínsecamente son. Ya esto es un gran paso, y de aquí arranca, a mi ver, la evolución política que imprime al momento su solemnidad. La

46 Lobato, Mirta Zaida, “Estado, gobierno y política en el régimen conservador”, en *Nueva historia argentina*, tomo V, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 189-199.

47 Citado por Conil Paz, Alberto, *Lugones*, op., cit., p. 82.

*lucha contra ese personalismo, que siendo un vicio nacional característico domina al pueblo entero, ha absorbido durante los cincuenta años de vida constitucional todas las fuerzas intelectuales del país.*⁴⁸

El nombre del candidato es accidental, es el resultado de una coyuntura concreta pero no es el foco sobre el que una política evolucionada debería prestar atención. Asimismo, la calificación que Sáenz Peña le imputa a Roca, en tanto un caudillo del pasado, entroncándolo con una genealogía de las montoneras previas a la organización nacional, es rebatido por Lugones amparándose en el pragmatismo de la política, en lo circunstancial de pactar con las fuerzas de choque de los caudillos y relegar temporalmente el ideal constitucional: “Constitución y gobierno, son fenómenos correlativos y posteriores a la existencia de la nación y de la autoridad.”⁴⁹

Pero lo que acaso se funde como la estrategia más inteligente de Lugones, a la hora de desarticular la crítica de la oposición al roquismo, es la formulación de una serie histórica en la que Roca se presenta como un continuador de una sucesión de políticos pragmáticos: “Nadie admira menos a Mitre porque transigiera con Taboada, ni amengua la grandeza de Sarmiento el verle buscando astucias de gato en su casta de león, tras las chuzas montoneras erguidas a su alrededor como los barrotes de una jaula.”⁵⁰ De esta manera Mitre, Sarmiento y Roca son aquellos representantes del estado que, conociendo el valor y el espíritu de la constitución, no ignoran que la política también implica una *praxis*, una acción, como se llamará años después el programa político del propio Lugones, que sobrepasa el plano

48 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 67-68.

49 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 69.

50 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 70.

institucional. Con esta argumentación –fundada en la tradición histórica–, Lugones opera en dos planos: por un lado enaltece a la figura de Roca como el político, en el que convergen las dimensiones teóricas y prácticas necesarias para un cabal desempeño de la labor ejecutiva, y por el otro, inscribe a sus adversarios detractores en el lugar de aquellos “malos lectores” de la historia nacional. De modo que la incapacidad de reconocer la decisión de Roca se funda en una merma del conocimiento histórico; quien no puede leer el pasado, tampoco puede decodificar el presente.

Dentro de la argumentación esbozada por Lugones, no queda al margen la vinculación con el universo de lo privado, puesto que la decisión política entró en interdicción con el vínculo personal con Pellegrini: “el Presidente debió optar entre el amigo y el pueblo; y el acto de gobierno impersonal que lo decidió en favor de éste, trajo como consecuencia la enemistad de aquél.”⁵¹ De este modo, Roca antepone el desarrollo de una política impersonal, siguiendo los lineamientos fijados por el Acuerdo. Es la conciencia del obrar según la convicción política lo que debe primar frente a los sentimientos, frente al “acto personal” del presidente. Lo que sus detractores ven como una traición hacia la figura de Pellegrini es, según la argumentación lugoniana, el sacrificio abnegado en pos de una evolución de la política nacional.

La conferencia resulta entonces una justificación de la candidatura de Manuel Quintana pero el texto desplaza su foco de interés hacia la figura de Roca. Para que el candidato prevalezca es necesario poner el discurso al servicio de defender los argumentos de una de las facciones en pugna del partido.

Doce años después, el 21 de octubre de 1914, muere el general Roca. El diario *La Nación* dedica toda su sección central, y

51 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 75.

la del día siguiente, a la cobertura de las exequias del político.⁵² Entre las adhesiones y condolencias reproducidas por el diario se encuentran una larga lista de mensajes de instituciones locales como el Centro Militar de Expedicionarios al Desierto⁵³ o el Círculo de la Prensa,⁵⁴ a lo que también se le sumaron manifes-

52 “Teniente General Julio A. Roca. Su fallecimiento, intenso pesar público”, en *La Nación*, Buenos Aires, miércoles 21 de octubre de 1914, pp. 8-10 y “Teniente General Julio A. Roca. El sepelio de sus restos. Elocuente demostración de duelo”, en *La Nación*, Buenos Aires, jueves 22 de octubre de 1914, pp. 9-10.

53 “La comisión directiva resolvió en sesión extraordinaria, pasar notas de condolencia a la familia del general Roca y a los ministros de guerra y del interior; se puso de pie en homenaje a la memoria del extinto; nombró una comisión de guerreros del desierto compuesta de los generales: Victoriano Rodríguez y Federico Zeballos, coroneles Narciso Bengolea, Pedro Arriola, Teófilo T. Fernández, Justo Domínguez, Juan J. Rezepi, Pedro A. Gordillo, Bernardo Calandra y Celestino Pérez, tenientes coroneles Francisco Bidot y Juan Insay, mayor Benjamín Matoso, capitán Antonio G. Cernadas y teniente de navío Elías E. Romero, para que vele el cadáver; acordó enviar una corona, designar al coronel Teófilo T. Fernández para que haga uso de la palabra en el acto del sepelio e invitar a los guerreros del desierto a concurrir al acto. También ha dispuesto el centro una suscripción popular en toda la república, con el objeto de levantar un monumento a la memoria del extinto”, en *La Nación*, Buenos Aires, miércoles 21 de octubre de 1914, p. 8.

54 “Para acordar el homenaje de la institución a la memoria del general Roca, se reunió ayer en sesión extraordinaria la comisión directiva del Círculo de la Prensa. Los asistentes a la reunión después de haberse puesto de pie como propia manifestación de homenaje, resolvieron designar a los Sres. Matías Calandrelli, Henri Paplaud, Eduardo Facio Hebecquer, Rafael Manzanares, José Santos Golian, E. Astudillo Méndez, Juan B. Clará, Alfredo Bastos, Pedro Colombo, Alfredo Maggi, Benito Cometa Manzoni, P. Arita Ibarra, Camilo Villagra, José Rouco Oliva, Próspero Aste, Armando Tombeur, Enrique Diosdado, Atilio Palma, José María Neyra, Ernesto P. Piot y Pablo de Aróstegui para velar los restos del extinto. También se dispuso que se pasara una nota de pésame a la familia del general Roca; concurrir en corporación al acto del sepelio, y designar al presidente del centro para que haga uso de la palabra en nombre de la asociación, resoluciones éstas que fueron adoptadas por unanimidad. Los socios del Círculo de la Prensa se reunirán esta tarde esta tarde a la 1:45 en el local de la calle Bolívar, para incorporarse después a la columna”, en *La Nación*, miércoles 21 de octubre de 1914, p. 8.

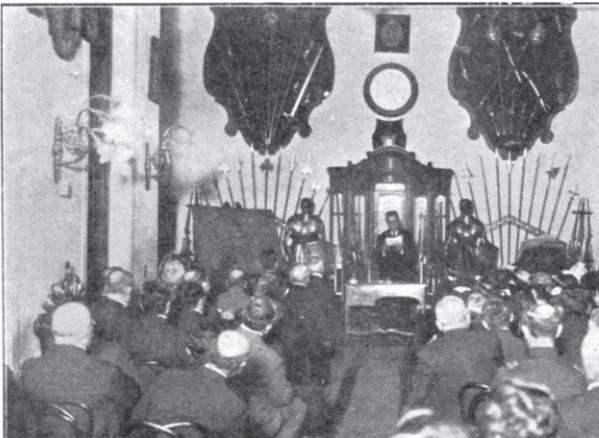
taciones de duelo de países vecinos como Brasil y Chile. Fueron también publicadas palabras laudatorias de muchas figuras de la cultura. Allí, Mariano de Vedia recordaba a su protector y amigo diciendo: “El país está lleno de su vida y de su obra, de su patriotismo y de su inteligencia, de sus desvelos, de sus luchas, de sus alegrías, de sus sinsabores; está lleno de su pensamiento.”⁵⁵ Lugones por su parte, deudor de una estética modernista, enfatizaba la despedida: “La muerte de los débiles causa compasión; causa congoja la muerte de los medianos. La de los fuertes sólo áspera indignación, en lo cual ya vibra el coraje de vivir.”⁵⁶

Roca ya era parte de la inmortalidad con la que la muerte reviste a las figuras destacadas de la historia. En los años posteriores Lugones continuará aludiendo a su figura de modo recurrente. Si la conferencia del teatro Victoria implicó una defensa de la política de Roca dentro del Partido Autonomista, es decir que funcionó como una intervención concreta dentro de una coyuntura donde era necesario garantizar la adecuada sucesión de Quintana como presidente, los textos que Lugones publicó sobre Roca una vez fallecido evidencian un desplazamiento llamativo respecto de su figura. Un año después de la muerte del político se realizaron actos de conmemoración al primer aniversario de su desaparición. La revista *Fray Mocho* se encargó de cubrir los diferentes eventos convocados por las fuerzas armadas entre los que contaron: un discurso del general Ricchieri, la entrega de una placa conmemorativa ofrecida por el ejército y la armada, y una conferencia del coronel Teófilo T. Fernández sobre el desempeño de Roca en la “Conquista del desierto”.⁵⁷

55 “De D. Mariano de Vedia”, en *La Nación*, Buenos Aires, jueves 22 de octubre de 1914, p. 10.

56 “De Leopoldo Lugones”, en *La Nación*, jueves 22 de octubre de 1914, p. 10.

57 “Homenaje al general Roca”, en *Fray Mocho*, Año IV, N° 183, Buenos Aires, 29 de octubre de 1915, p. 29.



Homenaje al general Roca, *Fray Mocho*, Año IV, N° 182

En ese mismo número se publicó un breve relato de Lugones titulado: “Roca. Un rasgo autobiográfico”⁵⁸ que narra un encuentro entre el escritor y el político:

*Cierta mañana de otoño, hace nueve años, me encontré en París con el general Roca cerca del Arco de la Estrella. Iba yo con mi chico, para mostrarle entre la gloriosa lista de los guerreros que conserva el monumento grabada en su piedra por la parte interior, el nombre del general Miranda, único americano de aquella homérica nomenclatura. Roca, al saberlo, me dijo con su habitual benevolencia:
—Yo también quiero recibir mi lección...
Así fue como lo tuve de alumno en compañía de Polo, gran roquista ya entonces. Fortuna singular; por cierto, al ser aquello lo único que yo podía enseñarle a Roca.*⁵⁹

El encuentro pone énfasis sobre el lugar predominante de Lugones en la escena. Ante Roca y su propio hijo, el escritor despliega su “lección”, que por cierto no es nada ingenua, puesto que se vincula la historia militar del viejo mundo con la participación del único americano allí conmemorado. De este modo, el escritor es el mediador entre el pasado histórico de la gloriosa gesta militar, con el presente político encarnado en la figura del general. Pero a la vez que Lugones establece nexos entre el pasado y la actualidad evocada en la narración, es Polo en tanto espectador, es decir de las futuras generaciones, lo que completa ese circuito del saber de la historia militar que debe atesorarse para las generaciones futuras. Es ese “rasgo autobiográfico” que trasunta la escena narrada por Lugones lo que se constituye como la contracara del relato antes referido

58 Lugones, Leopoldo, “Roca. Un rasgo autobiográfico”, en *Fray Mochó*, Año IV, N° 182, Buenos Aires, 22 de octubre de 1915, p. 4.

59 Lugones, Leopoldo, “Roca. Un rasgo autobiográfico”, op. cit., p. 4.

donde Joaquín de Vedia narra el primer encuentro entre ambos. Lugones ya es un escritor consagrado que ha demostrado su fidelidad a Roca y el texto lo reafirma, al poner al escritor como su confidente:

*“La gente creyó después que yo había calculado aquello para perjudicar a Pellegrini. No es cierto. Yo estaba en el asunto de buena fe. Es una necesidad querer gobernar los acontecimientos. En política nunca se sabe lo que va a suceder. Yo he gobernado con los acontecimientos, y creo que en esto consiste la habilidad del político.”*⁶⁰

Lugones califica el accionar de Roca a la luz de una suerte de “política de los hechos”, argumento que ya había esbozado en la conferencia de 1903 pero que en este nuevo texto aparece desprovisto de su carácter de intervención política para apuntar a construir una complicidad con la figura de Roca.

Lo mismo acontece con la conferencia que Lugones pronuncia en el Prince George’s Hall en mayo de 1926 titulada “La personalidad del general Roca”. El contexto político ha variado y Lugones se constituye como un enemigo declarado del irigoyenismo. En esta segunda conferencia pronunciada luego de la muerte de Roca, el autor vuelve a inscribir su marca autobiográfica en el texto dedicado a la personalidad del general. Ya desde el inicio de la conferencia se advierte esta operación autobiográfica que intenta construir una cercanía con el político:

Y por esto, la mitad de su destreza consistía, como él mismo me lo dijo alguna vez, en saber esperar la ineluctable evolución de los hechos. Pero la grave afirmación que hice al principio,

60 Lugones, Leopoldo, “Roca. Un rasgo autobiográfico”, op. cit., p. 4.

*contando a Roca entre los constructores de la nacionalidad, requiere pruebas que serán mi discurso.*⁶¹

De modo que este segundo texto recupera nuevamente en su decurso el pragmatismo del militar y estadista como confesión a la persona del escritor. Lugones es quien, a partir de un vínculo personal, puede producir una figura de Roca fiel a su correlato real, a la vez que el acto de narrar al político lo instituye como escritor, pero no cualquier escritor, sino uno sobre el que las figuras del poder político depositan su confianza.

La conferencia presenta diversos momentos en los que el accionar político de Roca se funde con el relato autobiográfico de Lugones. Es la anécdota personal la que irrumpe en la argumentación del discurso para transmitir un retrato del político diferente al conocido por la opinión pública:

He aquí dos hechos comprobatorios en los que me tocó actuar: Iba yo a intervenir como inspector del ramo en el distrito de Correos y Telégrafos de una provincia lejana. Como el asunto se vinculaba con la política local, pues provenía de una denuncia sobre violación del secreto telegráfico por motivos electorales, el general me dio instrucciones como Presidente de la República, habiéndome llamado al efecto. Después de encarcerarme la mayor severidad en materia tan delicada, añadió confidencialmente:

—Si habla con el gobernador, dígame de mi parte, que a Fulano y a Zutano (dos profesores que figuraban en la oposición) no les estorbe el acceso a la legislatura, porque, según mis informes, merecen lo que pretenden. Y hágale la reflexión de que ponerse a impedirle es doblemente malo: primero, porque al

61 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca. Conferencia dada en el Prince George's Hall, el 31 de mayo de 1926*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1926, p. 27.

*mérito, lo mejor es reconocerlo, dado que acabará siempre por imponerse; y después, porque privará con ello a la Provincia de una buena colaboración de gobierno.*⁶²

Lugones quiebra la confidencialidad del suceso narrado por Roca, y la anécdota referida por el autor es la que le permite mostrar al líder político que respeta a la oposición, que considera sus logros y virtudes y, que por encima de las disidencias partidarias, valora el aporte que puedan contribuir al engrandecimiento de la patria. A partir de esta anécdota, Lugones construye a un “Roca personaje” que resulta la cabal muestra de los valores democráticos por sobre las coyunturas de la política del momento. Servir bien a la patria, contribuir al engrandecimiento y mejora de su gobierno, le sirve a Lugones para introducir, a partir del prisma de Roca como manifestación ideal de los valores republicanos de pluralidad y paz, la invectiva contra el populismo irigoyenista:

*El gobierno se define, pues, no por su origen, sino por su objeto. Y de esta suerte, el mejor gobierno es el que mejor sirve al país, no el que fue mejor electo. Si las elecciones correctas producen gobiernos perjudiciales o inútiles —y todos los presentes saben que esto no es una mera suposición— sacamos en consecuencia que dicho sistema de formar gobierno es malo.*⁶³

En su cruzada antiinmigratoria y su aversión por las masas populares —rasgos que atravesaron la ideología lugoniana de los años veinte y treinta—, la figura de Roca resulta funcional en términos de contramodelo. Lugones desautoriza la legitimidad del voto, planteando la necesidad de una figura política fuerte que en este

62 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca*, op. cit., p. 34.

63 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca*, op. cit., p. 29.

tiempo será, tal como evidencia el sintagma final de la conferencia, la de “el otro general”, que es José Félix Uriburu.

En cuanto a la invectiva contra las medidas políticas efectuadas por el radicalismo, Lugones apela nuevamente a un episodio en el que convergen la historia política y la experiencia autobiográfica:

Y ya que menciono como magistrado a aquél que fue el más ilustre de mis amigos, vaya a su respecto la mención de otra grande iniciativa de gobierno, ahora que tanto se habla de obrerismo y otros condimentos electorales destinados al soborno popular: el Código del Trabajo, cuyo capítulo relativo a las mujeres y los niños me encargó redactar: verdadero monumento de dignidad y de concordia humanas, organizado por el mismo gobierno que había reprimido las huelgas sediciosas, tal cual acaban de hacerlo en la Gran Bretaña: con el estado de sitio y la expulsión de los extranjeros facciosos que ya comenzaban a infestarnos el país.

Pero, advierto que empiezo a mi vez a hablar de mí mismo, y a tomar el camino anecdótico: indicios ambos de fatiga mental. Por otra parte, no he querido referirme sino al Roca de la estatua, dejando para otra vez el de la intimidad afectuosa que le lloré aquel día infausto, cuando el cielo argentino también lloraba sobre el reposo marmóreo de su comenzada inmortalidad.⁶⁴

Estos textos explicitan de un modo evidente los andamiajes sobre los que opera la construcción que Lugones lleva a cabo de su lugar de escritor. Como ha señalado María Teresa Gramuglio,⁶⁵

64 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca*. op. cit., p. 35.

65 Gramuglio, María Teresa, “Literatura y nacionalismo: Leopoldo Lugones y la construcción de imágenes de escritor”, en *Hispanérica*, Año 22, N° 64-65, Maryland, 1993, pp. 5-22.

un análisis de las diferentes etapas dentro de la trayectoria de escritura del autor, permite entrever que sus diversos posicionamientos políticos y sus cambios estéticos van diseñando diferentes imágenes de escritor. Estos textos breves sobre el retrato de Roca prefiguran la creciente construcción pública que Lugones portará en los años treinta, preocupada mucho más por

*la prédica nacionalista, cuyas estrategias se desplegaron en el discurso público, el artículo periodístico, los programas de acción y de gobierno, reforzados por otras formas múltiples de intervención en el espacio político.*⁶⁶

De este modo, llevando a Roca a ocupar el objeto de su narración, instalándolo en los dominios del relato autobiográfico, Lugones desarrolla una operación mediante la que el personaje se convierte en una excusa para hablar de si mismo, para marcar sus vínculos con el poder y para, desde allí, desarrollar una figura de escritor. En contraste de la “Conferencia Política”, estos dos textos producidos *a posteriori* del fallecimiento de Roca, cambian el móvil de su intervención, puesto que no buscan actuar sobre la política del roquismo o del desempeño político de la figura del general, sino que por el contrario, ambos persiguen otros fines dentro del proyecto escritural de la obra lugoniana. Estas intervenciones breves dan cuenta del lugar que ocupa la figura de Roca como personaje narrativo, cuyo objetivo consiste en justificar las nuevas ideas militaristas de Lugones, como así también la construcción de una figura de escritor que exhibe deliberadamente sus huellas biográficas en la andadura del texto.

No obstante, también podría sugerirse que tanto el relato publicado por Lugones en la revista *Fray Mocho*, como la conferencia ofrecida en el Prince George’s Hall, se constituyen como

66 Gramuglio, María Teresa, op. cit., p. 19.

manifestaciones preliminares o como formas “pretextuales”, en tanto esquemas narrativos que Lugones va pergeñando para la posterior elaboración de un texto de mayor envergadura y meridiano entre la biografía y el ensayo sobre la figura de Roca. El 19 de abril de 1938, la Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, institución de homenaje a la memoria del militar y político refrendada por el Honorable Congreso, le encargó a Leopoldo Lugones un texto extenso sobre el fallecido prócer. Como ya había acontecido con su biografía sobre Sarmiento, Lugones volvía a escribir por encargo. Según consta en las actas de la Comisión el escritor cobró 15.000 pesos por la redacción de la obra el 19 de abril de 1937.⁶⁷

La *Historia de Roca*, texto que Lugones comenzó a redactar y que su fatal decisión interrumpió, supo retomar muchos de los temas y segmentos narrativos que el escritor había desarrollado en los textos antes aludidos. Fundamentalmente puede pensarse a la conferencia pronunciada en 1926 como el “armazón” que definirá el conjunto de ideas y de preocupaciones que serán revisitados y profundizados más extensamente en su obra inconclusa. A diferencia de los textos anteriores, en su biografía sobre Roca Lugones no inscribe de forma deliberada experiencias personales, por el contrario, la escritura autobiográfica se diluye para dar lugar a la carnadura historiográfica, para el relevamiento de las fuentes, y, fundamentalmente, para la exposición de las ideas políticas que el escritor profesó por estos años. Declaraba Lugones:

Si bien Roca figuró entre los hombres de primera línea que realizaron la integración política del país, con la federalización de Buenos Aires, aquella obra que fue, también, una de las grandes construcciones de la nacionalidad, debe atribuirse,

67 Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, *Gastos efectuados 1938*, Buenos Aires, s/d, 1939, p. 20.

*por privilegio de autor, al ilustre presidente cuyo gobierno le dio cima. Políticas o militares, las campañas se denominan por su jefe; y así llamamos de Napoleón, a las que éste hizo con los ejércitos, los generales, la diplomacia y hasta la estrategia de la Revolución.*⁶⁸

Esta alusión presente en la conferencia de 1926 expone la dualidad de la figura de Roca que Lugones intentaría profundizar en su texto más extenso. Roca es militar y político y su obra apostaría a representar esas dos facetas. No obstante, el texto inconcluso sólo llega a caracterizar al jefe militar, al líder de la campaña; mientras que la figura del político quedará postergada hasta la publicación del libro que la Comisión le encargará a Mariano de Vedia en 1939. De esta manera, lo predominante en la *Historia de Roca* es la construcción de la figura del político como militar, como representante de una gesta armada que concluirá —inicialmente esa fue la intención original del texto—, con su llegada al poder político.

La narración trunca del militar que llega a convertirse en primer mandatario dos veces y a caballo entre dos siglos, se reviste de rasgos de religiosidad y militarismo, en tanto se constituyen como las directrices que articulan el trasfondo doctrinal con el que la *Historia de Roca* se inicia. Pero si bien la conferencia de 1926, como se afirmó previamente, se puede erigir como el “laboratorio” de escritura sobre el que se organizará su obra póstuma, ambos textos, en cuyo centro está presente Roca, marcan dos momentos distintos dentro del vínculo de Lugones con la política argentina.

Para 1926, Lugones era uno de los más fervientes detractores del populismo irigoyenista y veía en el llamamiento al militarismo la única alternativa de regeneración de la patria.

68 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca*, op. cit., p. 30.

Esta radicalización en el discurso de Lugones, que se advierte también en la conferencia dedicada a la personalidad de Roca, ya estaba presente en un conjunto de intervenciones públicas del escritor que pasaron a integrar dos volúmenes programáticos: *Acción. Las cuatro conferencias patrióticas del Coliseo* (1923, publicado por el Círculo de la Tradición Argentina)⁶⁹ y otro libro al que se considera como punto más polémico del viraje intelectual y político del escritor: *La patria fuerte* editado en 1930 por el Círculo Militar, donde recopila un conjunto de intervenciones desarrolladas a lo largo de la década del veinte. Este segundo libro incluye el famoso “Discurso de Ayacucho” que ha sido considerado por la crítica como el clímax exacerbado del pro-militarismo del escritor:

Señores: Dejádme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo.⁷⁰

69 En la “Advertencia al libro”, Lugones enfrentaba los dichos de sus adversarios y a propósito el autor redobla la provocación y afirma: “He proclamado la necesidad de una enérgica adhesión a las instituciones militares; y si ante el doble peligro que nos amenaza con un desastre ya empezado, no hay decoro ni esperanza sino en las espadas argentinas, allá hemos de irlos a buscar”, en Leopoldo Lugones. *Acción. La cuatro conferencias patrióticas en el Coliseo* (6, 11, 14, y 17 de julio de 1923). Buenos Aires, Círculo de la Tradición Argentina, 1923, p. 5.

70 Lugones, Leopoldo, *La patria fuerte*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Luis

¿Cuál era origen del nuevo ideal que perseguía Lugones?, o mejor dicho, ¿de dónde tomaba estas ideas que parecían contradecir aquellas expresadas en sus *Odas seculares*? Federico Finchelstein ha señalado que el viraje del escritor evidencia un corrimiento de aquella idea liberal de nación, hacia una decididamente fascista.⁷¹ Su apelación a las armas y su mirada profundamente antiliberal le valieron el desprecio del campo literario y político de la época, de modo que podría plantearse entonces que es este gesto de prédica fascista lo que impulsa el “acta de defunción” del poeta liberal para constituirse como el intelectual orgánico del general Uriburu. El “otro general” como lo llamaría Lugones en el cierre de su conferencia, fue para el escritor la alternativa por las armas, el mascarón de proa de esa “patria fuerte” por él tan mentada. La admiración de Lugones por el general estaba fundada en varios puntos de contacto, puesto que ambos coincidían en que la única alternativa para el sistema político era la implementación de una democracia en clave corporativa. Si bien es cierto que en el trasfondo de esta idea de organización política se podían entrever ecos del imaginario fascista, Uriburu intentaba desestimar esa correspondencia: “creía que el fascismo era un ejemplo, no un molde.”⁷²

Ese gobierno corporativista postulaba asimismo una represión de la izquierda y un diálogo cordial con la Iglesia, pero por sobre todas las cosas la idea de una “élite capaz” que pudiera gobernar por sobre los desmanes de la política liberal, del populismo y del pueblo inculato. La revolución de septiembre de 1930 tuvo varias implicancias para la historia de la nación, fue el primer paso de un largo y recurrente “jaque” al que serían sometidos los

Bernard, 1930, p. 17.

71 Finchelstein, Federico, *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

72 Finchelstein, Federico, *Fascismo transatlántico*, op. cit., p. 132.

interludios democráticos del siglo XX, y un llamamiento acerca de la fuerte injerencia que tendrían las Fuerzas Armadas en la vida política del país. En ese sentido, el golpe de 1930 hacía visible tanto las fracturas del Partido Radical,⁷³ dividido entre las vertientes populista y aristocrática, como el creciente descontento entre militares y conservadores. Estos factores resultaron decisivos y propiciaron la intervención militar.

El 6 de septiembre de 1930, Uriburu y un grupo militar reducido marchó sobre Buenos Aires, en un acto que significó el “tiro de gracia” contra el gobierno de Yrigoyen. Lugones –ahora intelectual cercano al dictador triunfante– redactó las palabras pronunciadas por Uriburu en su manifiesto, que concluía con una alusión a la genealogía de los próceres nacionales:

*Invocamos, pues, en esta hora, el nombre de la patria y la memoria de los próceres que impusieron a las futuras generaciones, el sagrado deber de engrandecerla; y en alto la bandera, hacemos un llamamiento a todos los corazones argentinos para que nos ayuden a cumplir ese mandato con honor.*⁷⁴

Sin embargo, las condiciones que propiciaron el golpe fueron mucho más complejas, particularmente por los enfrentamientos internos en el seno de la institución militar. Si bien Uriburu, como se ha expresado, deseaba imponer una renovación política en clave corporativa, otra facción del ejército liderada por el general Agustín P. Justo no tenía las mismas aspiraciones. Justo era un liberal antiyrigoyenista más cercano a las prácticas electorales fraudulentas previas al asenso del radicalismo y prefería

73 Sobre esto véase: Persello, Ana Virginia, *El partido radical. Gobierno y oposición. 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

74 “Pasajes del manifiesto que el general Uriburu se proponía dar al pueblo”, en Tulio Halperín Donghi, *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires: Emecé, 2004.

pactar con la oposición y restituir el orden constitucional. El breve interludio político de Uriburu estuvo friccionado por dos frentes: mantener por un lado la lealtad a su proyecto y a los nacionalistas, y por el otro pactar con Justo y sus disposiciones.⁷⁵ A pesar de esta tensión, el general mantuvo firme su intento de impulsar una reforma constitucional que era parte de su programa de gobierno:

El pueblo ha sentido y comprendido a la Revolución de septiembre, mas no así los círculos que usufructúan a la política como profesionales y que creen que el país está encerrado dentro de ellos. Esos círculos pensaron que la Revolución se había hecho para ellos y que debía terminar al día siguiente del derrocamiento del gobierno personalista.

Reclamaron inmediatamente, envueltos todavía por el polvo del derrumbamiento, los despojos del gobierno, que era el botín que pretendían, detrás de la palabra que invocaron e invocan a grandes voces: la normalidad. Y bien: volveremos a la normalidad; es éste mi más apurado deseo y mi más vivo empeño, pues me es muy áspero el sacrificio de un gobierno difícil que no ambiciono.

Pero no retornaremos a la normalidad engañosa que hasta el 6 de septiembre permitió todos los excesos de la demagogia, y que representa en el porvenir un grave peligro que puede repetirse, sino a la que estará garantizada con las reformas que constituyen el programa de la Revolución, para las que por mi parte agotaré todos los esfuerzos, a fin de que sean sancionadas.⁷⁶

75 Sobre un detallado análisis de estos sucesos véase: McGee Deutsch, Sandra, “Argentina: por la patria, el trabajo y la justicia social”, en *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

76 “Discurso en cena de camaradería de las Fuerzas Armadas”, en Tulio

El fracaso de ese tan esperado “programa de la Revolución” hizo que la política de Uriburu naufragara. El corolario de las tensiones internas de las Fuerzas Armadas, la aplastante victoria de los radicales en las elecciones de 1931 en Buenos Aires, hecho que motivó la suspensión de las elecciones en Córdoba, Santa Fe y Corrientes y la consecuente anulación de dichos comicios, evidenciaron la debilidad de su política y propulsaron su salida del gobierno. El astuto pragmatismo de Justo,⁷⁷ que supo aglutinar al Partido Demócrata Nacional, a los antipersonalistas y a los socialistas independientes, fue determinante en la construcción de un frente civil que brindó apoyo a su candidatura. De este modo, y con auxilio del fraude, la victoria de Justo por sobre Lisandro de la Torre fue categórica. Los ecos de la derrota del programa uriburista amedrentaron a los nacionalistas que lo siguieron durante su breve interludio como jefe de estado. Los “jóvenes desheredados” como ha llamado Sandra McGee Deutsch⁷⁸ a los nacionalistas cercanos al líder de la revolución de septiembre, vieron en el triunfo de Justo un retroceso a la política conservadora previa al radicalismo y el ocaso de la esperanza de una democracia corporativa.

La estrella de Uriburu se apagaba luego de un brillo intenso pero breve. Con ella quedaba soterrada aquella ferviente defensa de la idea de profundizar el proceso revolucionario, que Lugones había realizado desde las páginas de *La Nación*, cuya extrema posición había ocasionado discrepancias hacia el seno del diario obligándolo a retirarse de la redacción.⁷⁹ Lugones continuó su

Halperín Donghi, *La república imposible*, op. cit. p. 47.

77 Sobre la personalidad política de Justo véase: De Privitellio, Luciano, *Agustín P. Justo. Las armas de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

78 McGee Deutsch, Sandra, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, op. cit.

79 Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La*

militancia a favor de Uriburu desde las páginas de *La Fronda*⁸⁰, donde un año después de la muerte del líder escribirá una semblanza de homenaje:

*Él había creído cuando tantos dudaban, retrayendo la conciencia como un gusano en la sonrisa pálida del pesimismo, o entregándose al sensualismo soez del despilfarro sobre carta blanca otorgada por multitudes aturdidas en una hora aciaga de la conciencia nacional; había conspirado solo o poco menos, con el desenfado de una mocedad jovial, entre un puñado de muchachos animosos; había jugado su posición consular en el bien ganado retiro de una carrera brillante, sin aspirar a nada, sin querer nada, sin ceder a las premiosas resistencias de los que veían acaso mejor que él mismo, un exceso peligroso en su abnegación invencible ante lo que pudiera resultarle un halago del poder, con la sencillez de la verdadera grandeza y hasta con un dejo irónico de buen gusto para el plebiscito que se le brindara solo, si lo hubiera querido, porque debía saberle, según es fácil colegir, a una especie de comensalía en el plato sucio de la francachela demagógica.*⁸¹

Es esta semblanza de Lugones la que articula una reflexión sobre la construcción de la figura de Uriburu basada en la abnegación del lugar de la política. El general difunto es quien supo ver a la política de su tiempo y retirarse de su escenario. Pero a la vez que el texto conmemorativo remite a la figura del general en tanto figura que marca la inscripción

Nación, 1909-1989, Buenos Aires: Sudamericana, 1993, p. 125-130.

80 Sobre el rol de *La Fronda* en los momentos decisivos del gobierno de Uriburu, véase: Tato, María Inés, “La frustración de una quimera, 1930-1923”, en *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI.

81 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 335-336.

de un “Él”, no deja de lado la construcción de un “nosotros”, de ese “puñado de muchachos animosos” con quienes Uriburu gestó la revolución. Y continúa Lugones:

*Cada cual toma de la muerte lo que corresponde a su jaez; y como tiene sus chacales el león, toda grandeza tiene también su canalla. Librenos Dios de incurrir en desentono ante la postrera celebración de los clarines que alzarán cantante en bronce la voz marcial de su ejército. Al silencio augusto que impone la voz del cañón con solemne estremecimiento, únese, más imperioso todavía, el mandato del deber. El General, nuestro general, duerme ahora en el reposo de la gloria. Duerme, si, pero quedamos todos despiertos. La palabra que le empeñamos al marchar con él permanece irrenunciable y vigente. Su lección no ha de perderse. Él la dejó como clavada en el corazón del pueblo con el asta de la bandera, y bajo su espada la juramos para realizarla hasta el fin. Ejército de la patria, Oda de la paina en el aire y en el mar, pueblo de la patria en honor y en el deber, todo fue para él, como es para nosotros, uno y lo mismo. Esta ha sido la significación del 6 de septiembre. Y bajo tal concepto se cumplirá todo cuanto falta por cumplirse.*⁸²

El escritor construye un discurso de homenaje, pero lejos de los laudatorios usos que las Fuerzas Armadas harán de la memoria del general, el verdadero homenaje consiste para el escritor en la obstinación y la persistencia del proyecto trazado por la revolución del 6 de septiembre. Si Uriburu duerme en la heroica gloria eterna, sus “jóvenes” están “despiertos” y su deber es el de continuar con el proyecto iniciado por el general y refrendado por la memoria de quienes marcharon sobre la ciudad encolumnados tras su dirigencia. De modo que Lugones insiste en mantener

82 Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*, op. cit., p. 336-337.

vivo aquel ideario del nacionalismo que fue desplazado por las conspiraciones y los pactos de Justo. Pero a la vez que el retrato conmemorativo impone en la agenda nacionalista una responsabilidad por continuar el legado del golpe de 1930, también, y mediante un discurso organizado a partir de un “Él-nosotros”, se interviene con fuerza sobre la construcción y el uso ritual que el gobierno liberal de Justo emplea de aquella revolución y de su líder. El texto de la conmoración se convierte en una declaración pública de denuncia sobre los usos estatales del pasado reciente. Como ha señalado Federico Finchelstein:

La figura de Uriburu articulaba en términos míticos la fusión de los supuestos valores patrios esenciales relacionados con la Iglesia y el Ejército. Como devoto ideal, Uriburu estaba dotado de un alma profundamente cristiana que había permitido la regeneración del país. Como soldado arquetípico había usado su espada para permitir la “resurrección” de la patria.⁸³

Las representaciones emprendidas por muchas instituciones de extrema derecha, tanto de Uriburu como de los “mártires de septiembre”, se constituyeron como una constelación de objetos, recuerdos y discursos que promovieron de creación de un pasado forjado en la fragua de la operatoria de selección e invención de tradiciones,⁸⁴ que reforzaron la consideración de Uriburu como héroe y de la revolución de septiembre como una gesta. El general “real”, aún cercano en la retina de la sociedad, quedaba desplazado por un conjunto de dispositivos tendientes a la cons-

83 Finchelstein, Federico, *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 120.

84 Se retoman los conceptos de “tradición inventada” de Hobsbawn, Eric y Terence Ranger. *A invenção das tradições*. Sao Paulo, Paz e Terra, 1997. Y el de “tradición selectiva” de Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Madrid, Península, 1997.

trucción de una figura “ideal”, mediatizada por la imposición de cualidades exacerbadas en cuanto a la caracterización de su impostura (modo de caminar y tono del voz), como también de la caracterización de la “gesta de septiembre” revestida de un léxico ceremonial que provenía del vocabulario de la liturgia cristiana. Al igual que había acontecido con el gaucho al que el propio Lugones, tutelado por el estado liberal, había convertido en un objeto abstracto y deshistorizado para la homogeneización del conjunto de la nacionalidad, como señala Finchelstein en su pormenorizado estudio:

*El culto de Uriburu tuvo desde sus comienzos una clara funcionalidad política. La construcción y la continua reformulación del relato mítico permitieron matizar el extendido sentimiento de orfandad política vivido por los nacionalistas tras la muerte del dictador. En ese sentido intentaba reemplazar esa sensación de pérdida con otra unidad. La unidad de los nacionalistas se podía establecer a partir de la compartida adscripción al pasado liderazgo muerto. La figura de Uriburu era planteada entonces como el ejemplo más evidente de una unidad nacionalista.*⁸⁵

La potencialidad cohesiva que tenía este mito fundante entre las diversas facciones del nacionalismo atomizado, fue utilizada hábilmente por el gobierno de Justo, quien no abjuró de los homenajes rendidos a su antecesor, sino que por el contrario, tanto él como sus funcionarios participaron activamente de los actos celebratorios rendidos a su memoria. Por su parte, el general Justo aspiraba, como ha señalado Tulio Halperín Donghi, a “construirse en un segundo Roca”⁸⁶ en tanto recuperaba la figura de

85 Finchelstein, Federico, *Fascismo, liturgia e imaginario*, op. cit., p. 132.

86 Halperín Donghi, Tulio, *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Emecé, 2004.

un militar y estadista que llegaba al gobierno por el voto (aunque fraudulento) del pueblo. Es posible que Lugones haya advertido, como se puede apreciar en el homenaje a Uriburu, de los usos que el estado hacía del pasado glorioso de la nación. Ni Roca, ni el jefe de la revolución del septiembre debían constituir ideales permeables para la facción liberal que había conspirado contra el proyecto de un gobierno corporativo.

El otro, el mismo: de Roca a Uriburu

*“Nosotros crearemos ese príncipe de la sapiencia.
La sociedad se encargará de confeccionar
su leyenda y extenderla.”*

ROBERTO ARLT, *Los siete locos* (1929)

Si en 1926, Roca era la calzada para marchar hacia la revolución liderada por Uriburu, el fracaso de la gesta implicó la necesidad de profundizar aquellos valores de militarismo, el heroísmo y la cristiandad que el programa uriburista no había podido implementar. Lugones instaba a la acción, a mantener vivo el contenido espiritual de la revolución y será el texto biográfico que el escritor comienza a redactar por encargo hacia 1938 el espacio en el que se plasmarán aquellos postulados. De modo que la escritura de la *Historia de Roca* será una suerte de “excusa”, de instancia formal, para exponer argumentos acerca del ideal uriburista de héroe militar y de hombre de gobierno.

El proceso de escritura de la biografía de Roca, su dimensión material, se encuentra atravesada por las preocupaciones y las posiciones ideológicas que invadieron la escritura de los últimos textos de Lugones. En la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional de Maestros ubicada en el Palacio Pizzurno se encuentran

custodiados los ejemplares de la biblioteca personal de escritor.⁸⁷ Muchos de los volúmenes que la componen presentan notas manuscritas, esquelas y documentos (como tarjetas y cartas) en su interior. Quien se ha dedicado a analizar en profundidad estas inscripciones ha sido Jorge Ferro, que señaló a propósito de este reservorio:

*Es imposible no advertir las constantes que descubren una modalidad personal de trabajo. Los índices temáticos, ya sea escritos directamente en hojas libres al comienzo o final del volumen, o en papeles posteriormente pegados en las mismas, las anotaciones marginales, los papeles sueltos intercalados, conforman en su variedad un trabajo tejido en el que vienen a imbricarse subrayados, marcas de todo tipo y hasta recortes periodísticos.*⁸⁸

La arqueología del proceso de escritura del texto puede reconstruirse siguiendo ciertas referencias introducidas por Lugones en el desarrollo de la *Historia de Roca*. El circuito que actúa como nexo entre los libros consultados y analizados por Lugones, con las marcas allí conservadas, y el uso empleado por el escritor en su texto sobre el general Roca. Resulta evidente que el autor

87 Para las particularidades de la colección véase: Rivero, Nicolás Augusto, *Historia de la Biblioteca Nacional de Maestros*, Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1984.

88 Ferro, Jorge N., "Apuntes manuscritos del autor en la biblioteca de Lugones (I)", en *Incipit*. N° V, Buenos Aires: Secrit (CONICET), 1985, p. 129-130. La investigación sobre la biblioteca lugoniana se completa con una segunda entrega de materiales: "Apuntes manuscritos del autor en la biblioteca de Lugones (II)", en *Incipit*. N° VI, Buenos Aires: Secrit (CONICET), 1986, pp.141-156. Aquí Ferro se detiene en el análisis de ciertas notas vinculadas a traducciones homéricas. Su extenso trabajo dedicado a catalogar, transcribir y analizar los 1759 volúmenes permanece aún inédito. Agradezco la generosidad del Dr. Ferro el permitirme consultar aquellos asientos de su catálogo relacionados con la obra que aquí se edita.

siguió muy de cerca la obra de Augusto Marcó del Pont, *Roca y su tiempo: cincuenta años de historia argentina*⁸⁹ que ofrece un pormenorizado relato de la vida del general conquistador y a la que Lugones presta singular atención en su exposición. El libro presenta algunas anotaciones en lápiz de grafito negro. Coincidentemente, las alusiones directas a esta obra presentes en el manuscrito se encuentran también escritas con el mismo tipo de inscripción. Asimismo, se debe destacar que en el folio final del testimonio autógrafo también se encuentra escrito a lápiz, de modo que es posible que las anotaciones marginales introducidas en el libro de Marcó del Pont hayan sido realizadas en el mismo período de tiempo.⁹⁰

No obstante, las inscripciones introducidas en la edición, poco tienen que ver con la narración biográfica de Roca, aunque dejan entrever algunas consideraciones sobre el marco de ideas del proyecto lugoniano de fines de la década del treinta. Escribe en la hoja de guarda al comienzo del libro y en forma apaisada:

*Es bueno que la juventud combata para agotar el exceso de belicosidad y miedo que de lo contrario hacen al pueblerlo fantástico del extremismo, mal gobernante por ideólogo y mal gobernado por descontento incontenible. Está de moda la emasculación de los héroes. Resultan tontos.*⁹¹

En la nota, el escritor postula el llamamiento a una juventud armada que pueda garantizar la valentía del pueblo, que incor-

89 BNM, ST, 11-2, Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo: cincuenta años de historia argentina*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1931. [Las notas corresponden al mimeo del *Catálogo* de Jorge Ferro].

90 Para un análisis detallado de las particularidades del manuscrito de Lugones, véase el Estudio Filológico presente en esta edición.

91 BNM, ST, 11-2, Marcó del Pont, Augusto, op. cit. [Hoja de Guarda anterior, nota en lápiz apaisada].

pore las armas a la vida política. De modo que resuena, como advertencia en este comentario marginal, aquella lección vertida por Lugones en “El discurso de Ayacucho” acerca del pacifismo como culto al miedo.⁹²

Las otras dos notas conservadas en el volumen se encuentran entre las páginas 218 y 219, anotadas en dos esquelas de papel blanco. En la primera de ellas Lugones escribe: “Porque el Gbno. es obra de arte, su distinción y buen gusto. El palurdo tiene que gobernar mal. El Gbno. es función aristocrática.”⁹³ En la siguiente continúa:

*La diferencia entre el demagogo y el gobernante está en que el primero vive le hace al pueblo el gusto y el segundo le hace el bien. Raro es que esto coincida con aquello, porque el gusto del pueblo es habitualmente el desorden y el abuso con que se hace daño, así como su móvil más [fol. 1v] activo es la envidia, que fundamento de su amor á la igualdad; vale decir una pasión destructiva y negativa.*⁹⁴

En ambas notas se evidencia la crítica de Lugones a los sistemas políticos populistas, incurriendo en una descalificación tanto del proyecto radical, como de las instituciones liberales de tiempos de Justo. Lugones recupera en la crítica vertida en estas notas manuscritas aquella idea de la “democracia funcional” de vertiente profascista que formaba parte del programa uriburista de reforma

92 “El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una aňagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido.” en Lugones, Leopoldo, *La patria fuerte*, op. cit., p. 17-18.

93 BNM, ST, 11-2, Marcó del Pont, Augusto, op. cit. [Hoja blanca entre pp. 218-219, 1 folr. nota en lápiz].

94 BNM, ST, 11-2, Marcó del Pont, Augusto, op. cit. [Hoja blanca entre pp. 218-219, 1 folr-v. nota en lápiz].

constitucional. Así, las notas rápidas de Lugones conservadas en este volumen sobre la vida de Roca, se instituyen como una suerte de consignas fundamentales que el escritor plasma, a modo de explicitación y de recordatorio, de los ejes fundamentales del programa político subyacente a su puesta estética. El manuscrito trunco sólo transmitirá la formación del jefe militar y la narración sobre la “Campaña del Desierto”. De modo que en el texto conservado se podría afirmar que Lugones expone la formación del héroe militar, y la necesaria gesta que lo posiciona como una figura imitable dentro de la historia de militar argentina.

Para la creación de este retrato marcial del prócer, la primera operación que emprende el escritor es la de desarrollar una genealogía de la historia militar del pasado. Así expone una rápida reconstrucción de los antecedentes históricos que testimonian, que los cimientos del país, fueron inculcados por una alianza indisoluble entre la destreza de las armas y la devoción de la cruz:

De acuerdo, pues, con su historia, el pueblo argentino, predestinado a la espada, como se verá, no obstante las apariencias y errores de un falso liberalismo, debe tener por constructores a individuos de formación cristiana y militar, según acontece hasta hoy, lo que es ya una prueba; y por esto su más grande obra, o sea la emancipación, iniciáronla, adecuáronla y consumáronla el 9 de julio de 1816, soldados y sacerdotes. Así, el éxito inicial de la Revolución, lo aseguró Saavedra con su espada; la libertad ganáronla con las suyas Belgrano, Güemes y San Martín; el régimen federal y la forma republicana de gobierno, única organización viable, fueron sendas iniciativas del deán Funes y del padre Oro; empresa tan nacional, que cada uno de todos ellos perteneció a distinta provincia.⁹⁵

95 Lugones, Leopoldo, *Roca*, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, 1938, p. 57-58.

El argumento resulta dirigido: militares y clérigos ilustrados fueron quienes pusieron en juego sus respectivos saberes en el proceso de organización que tuvo por objeto la fundación de la patria. Ese falso liberalismo al que alude el escritor, que no admite la tutela de las armas y que se presenta como férreo defensor del anticlericalismo, ignora que en los orígenes de aquellas instituciones republicanas que tan fervientemente defienden se encontraba esta alianza entre militares y clérigos.⁹⁶ De este modo el liberalismo al que autor de *El payador* repudia peca del desconocimiento de la historia. A partir de esta argumentación, Lugones debe forjar una figura en la que converjan los dos saberes que se aliaron en los orígenes de la nación. Entre las figuras de la tradición occidental, el autor encontrará en el “paladín cristiano” la matriz que vinculará el ejercicio militar con la práctica cristiana:

*No que el tiempo pasado fuese mejor porque pasó, que en muchas cosas era peor, ciertamente, sino que los hechos enunciados revelan el temple superior de sus hombres; y esto a causa de que su educación, según el concepto cristiano, tenía por objeto la formación del héroe, o sea: el que cumple con su deber sin subordinarlo a posibilidades ni consecuencias porque Dios manda. Noción total del orden bajo su triple aspecto prescriptivo, jerárquico y constructor.*⁹⁷

96 Sobre esto también se expresa en “El helenismo en la caballería andante”: “Téngome dicho también que la Conquista de América, o sea la operación que incorporó estos países a la Cristiandad, dándoles luego categoría de naciones, fue la postrera Cruzada; con lo cual resultanos de positiva importancia estudiar, como lo haré, la formación histórica de sus ejecutores: el soldado y el misionero, sendos campeones de la espada y de la cruz. Pues así son por ellos estas patrias hijas preclaras de la gloria y de la fe” en *La misión del escritor. El ideal caballeresco. Obras Completas*, Tomo II, Buenos Aires, Ediciones Pasco, 1999, p. 180.

97 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 82.

El caballero cristiano, resulta entonces de una reformulación de los héroes homéricos cultivados por Lugones décadas antes. La cristianización de la figura heroico-militar, la mutación de la *moira* en la asunción del destino trazado por misión cristiana y la metamorfosis del panteón politeísta en una deidad omnipresente de rostro insospechado, le permite al escritor la construcción de un ideal militar y religioso del que se revestirá el general Roca. El imaginario del “hombre nuevo”, usado reiteradas veces para referirse a Uriburu como un cristo sacrificado de la política nacional, se traslada a la caracterización del Roca que desarrolla Lugones en su libro, puesto que él es el jefe militar, el conductor y el constructor, reúne en si mismo las cualidades del héroe cristiano militar.

La *Historia de Roca* se inicia con una serie de capítulos dedicados a la formación de la figura del héroe. La reconstrucción de un linaje familiar que da cuenta del indisoluble vínculo con la institución militar, a partir de la apresurada exposición de los nombres y de las hazañas de sus antepasados, como antesala del nacimiento del biografiado. Escribe Lugones: “Siete hijos varones y una mujer, como en los antiguos romances de la leyenda –y de la historia– glorificaron la unión que contrajo con Agustina Paz.”⁹⁸ La conformación del esquema familiar remite a la organización tradicional de los mártires y héroes de la liturgia cristiana y de la literatura tradicional respectivamente.⁹⁹ El recurso

98 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 74.

99 Son siete los varones dados a luz por Roca y su esposa. Número recurrente en historias como la de Santa Sinforosa y sus siete hijos mártires. El relato de martirio narra que Sinforosa, esposa del tribuno militar cristiano San Getulio que fue mandado a decapitar por el emperador Adriano, son perseguidos y encarcelados por los paganos romanos. Tanto ella, como sus siete hijos varones resisten todas las vejaciones perpetradas sobre sus cuerpos y ascienden a la gloria eterna. La narración completa de “Santa Sinforosa y sus siete hijos mártires” corresponde al día 18 de julio dentro del calendario litúrgico. Para su relato completo véase: De Rivadeneira, Pedro, *La leyenda de oro. Para cada día del año. Vidas de todos los santos que venera la iglesia*, Tomo III, Madrid-

de incluir esta alusión de Roca inscripto en esa organización familiar vinculada con los relatos míticos, enfatiza proféticamente el destacado lugar que desempeñará en la historia, pero también en términos de progresión narrativa, anticipa lo que el propio Lugones desarrollará en los subsiguientes episodios.

Contextualizado su linaje, el escritor pasa a elaborar un retrato del niño y de su educación. Entre los valores destacables de la formación del vástago de los Roca, Lugones recupera la profesión de fe de su biografiado, que lo habilita a introducir una digresión en la que emite una dura crítica a los “racionalistas laicos”:

Dijérase que más completa con aquello, formaba más pronto y mejor también el criterio personal; y así se explica la responsabilidad, la capacidad, la serenidad de esos alféreces de quince años. Es que la educación, inculcada desde el principio como doctrina religiosa, hacía del deber prescripto la piedra fundamental que según su objeto propio se pone en bloque, armonizando, lo que es decir robusteciendo, la obra hoy dislocada del hogar y la escuela; con lo cual, a la menor aptitud consciente, corresponde otro fruto no menos contradictorio del racionalismo laico, que es la apreciación de las antedichas virtudes como “prejuicios burgueses”, y del deber como aborrecible carga.¹⁰⁰

De modo que es la educación religiosa aquella que inculca los valores de la responsabilidad y la serenidad, valores fundamentales para la civilización, a los que el racionalismo imputaba de

Barcelona, Imprenta de Llorens hermanos. 1845, p. 88. En la tradición literaria, la gesta militar y la traición a los Siete Infantes de Lara también constituye otro mítico linaje de los siete hijos varones, ajusticiados por los moros. Para un análisis detallado véase: Alvar, Manuel, *Épica medieval española*, Madrid, Cátedra, 1997.

100 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 82-83.

prejuicios burgueses. El temple, la dedicación y la noción del deber presentes en la ilustre figura de Roca, son la resultante de los valores religiosos, que se le sumarán, como se verá, a sus aptitudes militares. Pero al interior de la descripción de la educación del prócer, Lugones opta por explicitar otra zona relevante en la formación intelectual de Roca. Es la representación de un “saber letrado” que el autor pretende reconstruir, a partir de la puesta narrativa de una biblioteca de saberes edificantes para su formación intelectual:

*Su curiosidad estudiosa, indicio de talento que asimismo define su índole por la predilección electiva, indújolo simultáneamente a la geografía y a la historia, que amplió temprano con cuanto libro pudo, lector aplicado desde la infancia, y hasta durante las más rudas campañas de su milicia, cuando, a usanza romana, que por cierto conocía bien, aprovechaba sobre la página de tal cual clásico, traído de bagaje, sus vísperas de batalla.*¹⁰¹

Lo que resulta llamativo es que a la hora de elaborar el listado de autores y de temas leídos por Roca, Lugones sigue muy de cerca pasajes correspondientes a la formación del joven presentes en el texto de Augusto Marcó del Pont. No obstante, sobre esa información común, se pueden advertir tres instancias de reescritura. En algunos casos Lugones opta por mantener una fidelidad narrativa respecto de su fuente. Señala Marcó del Pont acerca de los gustos escolares del general:

Manifestó una decidida vocación por las matemáticas y por la geografía, disciplinas que estimulan la inteligencia positiva y la sagaz observación. Cuando llegó a los diez años, una desme-

101 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 80-81.

*did a afición a la lectura lo poseyó. “Devoraba” todo libro que se refiriera a motivos históricos y, particularmente, cuando glossaba las fecundas nacionalidades madres: Grecia y Roma.*¹⁰²

De este modo, el cotejo de este pasaje con la elaboración presente en el texto lugoniano no presenta mayores transformaciones.

Un segundo tipo de reescritura de la fuente empleada, apunta a una estilización que diluye referencias concretas, tal es el caso de las alusiones a las lecturas que Roca mantenía en sus ratos de ocio en el frente de combate. Mientras Lugones opta por no desarrollar esos textos, que furtivamente el general solía leer en los interludios de la batalla; en la fuente, Marcó del Pont se demora en dar cuenta de los textos leídos:

*Pudo allí en horas de reposo entregarse íntegro a su pasión favorita: la lectura de los clásicos griegos y latinos. Agradábanle, particularmente: Plutarco, Horacio y Virgilio. “Las vidas paralelas”, “Las Odas”, “Las Églogas” y “La Eneida”, eran su alimento diario. De Quinto Horacio Flaco, extrajo el nervio del sereno ardor, opuesto al destino, mientras que; de Publio Virgilio Marrón, una más amplia satisfacción al contemplar las delicias de la vida rusticana. Veremos más adelante, como esa íntima comunión, con sus autores predilectos, le valen, aparte de su acervo cultural, un meritorio ascenso. Muchos de sus actos están inspirados en la conocida frase de Horacio: “Dulce et deorum est pro patria mori”: Dulce y bello es morir por la patria.*¹⁰³

Lugones prefiere mantener bajo el hiperónimo “clásico” aquellos textos que Marcó del Pont enumera detalladamente, y a los que

102 Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo*, op. cit., p. 18.

103 Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo*, op. cit., p. 36.

les atribuye la formación del carácter político y militar del prócer que se plasmarán en hechos posteriores de la historia nacional. No obstante, en la narración de Lugones, el borramiento deliberado de este núcleo de lecturas se encuentra subordinado a la tercera modalidad de reescritura, en la que el escritor opta por amplificar el relato incorporando referencias ausentes en el texto fuente. Señala Lugones: “Así, en su vejez ilustre, nada extraño era oírle comentar, por ejemplo, una reciente lectura del *Viaje de Nansen*, o el *Carlos XII* de Voltaire...”¹⁰⁴ La referencia a las dos obras que lee en su vejez el general: el relato de viaje al polo norte llevada a cabo por el naturalista noruego Fridtjof Nansen¹⁰⁵ y la lectura de *Carlos XII* (1730), una de las novelas históricas de Voltaire sobre el rey de Suecia, no resultan ingenuas. Lugones se aparta de la fuente libresca para dejarle lugar al testimonio, de modo que la inclusión de estas referencias, dentro del programa de lecturas de Roca, revisten significaciones polivalentes.

En primer lugar, en tanto incorporación testimonial, Lugones vuelve a inscribirse biográficamente en el texto, vuelve a constituirse, como se ha señalado ya en las conferencias, como testigo privilegiado de los hechos y de la vida del político. En segundo lugar, la cita instituye al general Roca como un lector-crítico de dos obras filiadas con su propia experiencia vital: el viaje del expedicionario y la figura del relato aleccionador de Voltaire sobre

104 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 80-81.

105 Nansen realizó varias expediciones donde recorrió Groenlandia y el Polo Norte. Ambas experiencias se cristalizaron en dos libros: *Paa ski over Grønland. En skildring af Den norske Grønlands-ekspedition 1888-89*, Aschehoug: Kristiania, 1890 [La primera travesía de Groenlandia, 1888-89]; y *Fram over Polhavet. Den norske polarfeerd 1893-1896*, Aschehoug: Kristiania, 1897, 2 tomos. [En la noche y entre los hielos: la expedición polar noruega de 1893 a 1896]. Posiblemente la alusión de Lugones se refiera al segundo libro del expedicionario, que ya 1903, vio la luz en traducción castellana en la Biblioteca La Nación bajo el título: *Hacia el polo*. Esta traducción castellana de seguro se basó en la versión francesa de Carlos Rábot: *Vers le pôle*, Paris, Ernest Flammarion, 1897.

la caída política y militar del rey sueco. Si Roca efectivamente leyó estas obras poco importa en términos de la construcción que Lugones ofrece de él. Resulta sugerente que ambos textos condensan, en esta escena inicial, las dos caras del sujeto biografiado: expedicionario al desierto y político. A partir de estas alusiones el autor construye una suerte de “heroicidad de los libros”, en la que no sólo pone a Nansen y a Carlos de Suecia como figuras especulares de Roca, sino que también lo instituye a este último como lector de esos relatos. No hay mejor crítico que quien ha experimentado el rol del expedicionario y quien se ha enfrentado a las lides de la política sin caer en las desmesuras del fracaso. Roca será entonces un lector infalible.

A la formación religiosa y a las lecturas Lugones le suma el último rasgo en la caracterización de Roca. Retomando la tónica habitual en otros relatos biográficos de la tradición literaria nacional, como *Recuerdos de provincia* de Sarmiento o *Juvenilia* de Miguel Cané, la formación del héroe militar se completa con datos de su escolarización formal. Marcó del Pont señala que Roca ingresó a la edad de trece años al Colegio del Uruguay fundado en 1849 por Urquiza y tan sólo enumera al ilustre plantel de forma completa. Lugones por su parte, a efectos de reforzar la formación intelectual y religiosa del joven, enfatiza ciertos nombres y describe con mayor detalle el programa de estudios allí impartido:

Limitado primeramente el plan de estudios al latín, la filosofía, las matemáticas y el francés, habíase reorganizado bajo la dirección del doctor Alberto Larroque, al ingresar nuestro flamante alumno, adoptando un tipo mixto de liceo, escuela comercial y facultad de derecho, en el cual predominó la influencia francesa, como lo era la nacionalidad del propio director y de los catedráticos más notables: Peyret, de la Vergue y Pasquier. Luego, no más, fue definiéndose aquélla en racio-

*nalismo liberal, llamado entonces Progreso por fervorosa autonomía, aunque el plan reformado (1855) contuviese como primera asignatura la “enseñanza religiosa” y moral impartida por el mismo Larroque, quien había sido seminarista en su juventud; mientras para los cursos elementales, desempeñaba la cátedra el presbítero don Vicente Martínez.*¹⁰⁶

La educación formal y los nombres sobre los que Lugones puntualiza coronan, dentro de la trayectoria formativa de Roca, la consolidación de un saber que combina las propias aptitudes de lectura, sus talentos intelectuales de niño, con la inserción institucional que le otorga un plan de estudios y una currícula de aprendizaje, a la vez que lo forma religiosamente. Esta narración sienta las bases para la segunda operación emprendida por Lugones en la construcción de un relato biográfico, que contemple los ecos del imaginario militarista y religioso, que es la del jefe militar.

No obstante, al momento de describir el ingreso de Roca a las filas de la educación militar, Lugones establece una disociación entre el saber intelectual y la práctica de la fuerza física:

*Debía imponerse el muchacho por la fuerza bruta cuanto más culto fuera para evitar el apodo de marica, si no pegaba, venciendo asimismo la ojeriza de los colegas graduados a puro coraje y maña que los ensoberbecían con chocante desdén, y aplicando el rigor, atroz muchas veces, de una ordenanza que fuera de la penalidad vigente aun, a despecho de la abolición constitucional —estacas, azotes y hasta ejecución a lanza— confería, por ejemplo, al oficial más joven el mando del pelotón que ajusticiaba. El episodio era corriente, y retemplaba, por decirlo así, con épica barbarie la educación militar.*¹⁰⁷

106 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 86-87.

107 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 92.

El aprendizaje de la formación militar no se hacía por las letras, no era suficiente poner en juego el capital intelectual, sino que la iniciación en las “primeras armas” requería la prepotencia del cuerpo. Esa “épica barbarie” en la que, a partir de golpes y de rigores violentos, contribuía a ser el método de enseñanza del régimen militar, se contraponen con el uso peyorativo de la figura del “marica”. El hombre que porta rasgos femeninos, asociado a aquel que no puede defenderse o que es cobarde, constituye en sí una imagen condensadora del contramodelo de masculinidad con el que el autor intenta revestir la figura del joven militar en formación. Evitar, por medio de la violencia el mote de marica, implicaba entonces exacerbar los rasgos de la masculinidad, apelando al culto, por momentos decididamente homoerótico, que signó la representación del estereotipo masculino fascista, encarnado primero en Uriburu, y traspolado luego por Lugones a Roca en la construcción del modelo de masculinidad militar.

Atravesado por esta caracterización, más que las primeras hazañas militares y su desempeño de guerrero, el texto lugoniano busca definir al militar a partir de referencias a su construcción física, corporal y ceremonial:

Esa naturalidad del dominio es la hermosura de la fuerza que tampoco faltaba, materialmente dicho, en aquel oficial de elegancia casi cenceña, donde por lo mismo resaltaba la intrepidez con sutilidad incisiva y consiguiente acentuación del rasgo original, tan importante en la formación de la personalidad pública. Ya por esos años de 71 a 72, puede afirmarse que estaba hecha.

La aristocrática expresión del rostro cuya delicada palidez afinaba todavía la pera rubia, peinada juntamente con el bigote, a usanza del tiempo, retraíase bajo la visera militar en la oblicuidad de un escorzo característico; mas, al propio tiempo, la pensativa esquivez de los ojos garzos atraía con cierto encan-

to fatal que magnetizaba entre dulce y cruel la aceración de la pupila. Casi suave de serena, su energía conquistaba con aquella noble dignidad en que se embellece la altivez del señorío.

Al prestigio de su bravura reunía la jovialidad, otra excelente condición de soldado para esa guerra de privaciones durísimas; retozo de vitalidad juvenil que solía arriesgar tal cual vez hasta lo indiscreto la travesura criolla de su epíteto cuando lo suscitaba la ridiculez vanidosa.¹⁰⁸

De este modo, Lugones parte de la descripción del rostro del jefe militar y lee allí, casi como si se tratara de un texto antropomórfico, las particularidades emocionales, las habilidades del pensamiento y la destreza al frente de las guerras. No hay en el relato lugoniano una descripción épica de las batallas, por el contrario, se trata de una explicitación acerca de los valores abstractos que encarna la figura del biografiado. Así, la acción militar coyuntural se encuentra subsumida bajo la fabricación de un retrato, lo suficientemente exhaustivo, como para deducir de él los hechos heroicos que cifran la acción militar. La personalidad del general es ante todo la pura invención que recupera datos fácticos y los modela, proponiéndose un borramiento del referente real para la emergencia de un artificio manipulado por el biógrafo.

Caracterizado tanto intelectual como militarmente, forjada esa figura heroica que Lugones pretendió imprimirle a Roca, era necesaria una gesta que lo complete el proceso de formación del héroe militar. Dentro del imaginario social y político la figura de Roca se encuentra indisolublemente ligada a la “Campana del Desierto”. Este hecho histórico, fundamental y decisivo dentro de su vida militar y política, se cristalizó en el imaginario social, constituyendo al propio Roca como la metonimia de toda la ex-

108 Lugones, Leopoldo, *Roca*, op. cit., p. 140-141.

pedición militar. Su rol en la conquista fue, como señala Claudia Torre, aquello que

*confería unidad militar y política a todas las acciones, la conquista se conformó a partir de una serie de hechos muy diversos: operaciones pequeñas que antecedieron a la constitución de cinco columnas del ejército: la del propio Julio A. Roca y Conrado Villegas –a la que se sumaron Vintter y García–, la de Nicolás Lavalle, la de Eduardo Racedo, la de Napoleón Urriburu y la de Hilario Lagos. Cada una de estas columnas expedicionarias tenía sus particularidades. Sin embargo, la historia y los relatos de la conquista provienen sólo de la primera.*¹⁰⁹

El protagonismo de la columna liderada por Roca, en cuanto la formación de relatos vinculados a este proceso expedicionario, lo elevó por sobre el colectivo que intervino en dicho proceso. Su imagen se singularizó, convirtiendo a la expedición militar en una gesta personal. Señalaba en su conferencia de 1926 el propio Lugones:

*La primera construcción de Roca, es precisamente una obra militar. “La Conquista del Desierto” fue la integración territorial del país, dividido hasta entonces, por deprimente y peligrosa capitulación, con el imperio de las tribus salvajes.*¹¹⁰

Pero el proceso de mitificación de Roca en relación con este proceso militar no se constituyó tan sólo como un constructo reservado exclusivamente a producir una imagen pública de general conquistador. El análisis de la correspondencia conservada en el archivo personal de Roca permite advertir cierta recurrencia de

109 Torre, Claudia, *El otro desierto de la nación argentina. Antología de narrativa expedicionaria*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, p. 11-12.

110 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca*, op. cit., p. 30.

materiales que se constituyen como la voz de otros actores intervinientes en la campaña militar:

Mi distinguido Jefe, después de saludarlo a Ud. y familia en el día glorioso para nuestra Patria.

Haora [sic.] ya que no lo puedo ver mas, los soldados que servimos bajo su mando cuando estaba en el Fuerte General Paz en el batallón 7 de infantería de línea que serví a sus órdenes 11 años y 5 años y medio la campaña del Río Negro a los Andes. Yo era el que daba instrucción a mi compañía hasta los toques de aviso, cortaba el pelo y sabía la lista de memoria de toda mi compañía.

Sin más los saluda en el día de hoy su muy seguro servidor.

Esteban Rivero

S/c. San Antonio 1100

PD: Espero que en este día se acuerde de sus servidores como yo que tengo 75 años.¹¹¹

La carta de Rivero ofrece una mirada personal, no institucional, respecto del lugar que ocupaba Roca en la evocación del aniversario de la campaña. No hay en esta carta la pretensión de una construcción pública laudatoria de la figura del general. No obstante, al momento de evocar el recuerdo, Rivero busca la figura de un interlocutor ilustre. La expedición militar existe en el recuerdo de sus protagonistas, sólo si sobre ella ejerce la presencia del recuerdo del general. La posdata de la carta confirma esa búsqueda de reconocimiento, puesto que poco importa si el veterano de guerra recuerda a sus 75 años los nombres de sus compañeros, el recuerdo que vale, que instituye sentido a ese pasado es la memoria de Roca.

111 Rivero, Esteban, “Carta al General Roca, Buenos Aires, 9 de julio de 1913”, AGN, Sala VII, Archivo General Julio A. Roca, Leg. 112, Correspondencia recibida: enero-diciembre, 1913, ff. 1r-v.

Sea en la esfera pública o en la privada la narración sobre los expedicionarios al desierto se convierte en una prolongación de la figura del general. No obstante, el relato de este acontecimiento militar fue rápidamente apropiado por el nacionalismo militarista que, primero desde el Centro Militar de Expedicionarios al Desierto, y luego desde la Comisión Nacional Monumento Teniente General Julio A. Roca promovieron la relectura de la expedición como gesta heroica. La integración de los territorios de la Patagonia, fue para el nacionalismo argentino, el proceso de consolidación territorial necesario para la definitiva organización nacional. De modo que en muchos de los textos producidos por estas instituciones, “Conquista del Desierto” y nacionalismo eran sinónimos. Esto puede corroborarse en la invitación que las autoridades del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto le enviaron al general Roca en 1913 con motivo de una conferencia del coronel Teófilo T. Fernández:

Al Sr. Presidente Don Teniente General Don Julio A. Roca

Me es altamente honroso dirigirme a Ud. invitándolo, especialmente, a la conferencia que dará bajo los auspicios de nuestro Centro, el Sr. Coronel Teófilo T. Fernández, en los salones del Ateneo Hispanoamericano, el día 7 del actual, a las 8 h. 30 pm. Ese acto, cuyo tema es EL NACIONALISMO, tiene por primordial móvil, la rememoración del inolvidable día 24 de mayo de 1879, en qué el Ejército expedicionario, que Ud. comandaba, ocupó las márgenes del Río Negro y cuya fecha celebramos anualmente.

Queríamos con sumo placer, realizar dicho acto con la presencia de V.E. a quien saludo con mi mayor consideración.

Mariano Rodríguez
Presidente

Elías Romero
Secretario General¹¹²

El título de la conferencia es “El nacionalismo”, aunque como expresan las autoridades del Centro, el objetivo de la disertación es la de conmemorar la ocupación militar de Río Negro. Curiosamente en dicha conferencia Fernández recuperaba de forma casi literal aquellos juicios vertidos por él en un folleto publicado tres años antes.¹¹³ La filiación de la campaña militar devenida “gesta” fue una idea muy difundida entre los nacionalistas y militares de la época. Esto es la resultante de una operación historiográfica e institucional que, como señala Claudia Torre:

*Gran parte de la bibliografía del siglo XX sobre el tema es laudatoria, no produce una lectura crítica y proviene de historiadores de instituciones militares que recolectaron fuentes para confirmar hipótesis establecidas previamente.*¹¹⁴

La exhaustiva investigación de Torre, sugiere desde los acontecimientos de la ocupación rionegrina, pasando por los textos y obras editadas por la Comisión que tenía por objeto homenajear a Roca, llegando al Congreso de Historia sobre la Conquista del Desierto de 1979 las lecturas sobre el suceso militar han estado atravesadas

112 Centro Militar de Expedicionarios al Desierto, “Carta al General Roca, Buenos Aires, 4 de julio de 1913”, AGN, Sala VII, Archivo General Julio A. Roca, Leg. 112, Correspondencia recibida: enero-diciembre, 1913, ff. 1r-v.

113 Fernández, Teófilo T, *La conquista del desierto*, Rosario, Establecimiento tipográfico La Capital, 1910.

114 Torre, Claudia, *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 21.

por una doble de concepción que postulaba, en primer lugar, que la Conquista del Desierto era una continuación histórica de la conquista española, y en segunda instancia la continuidad con la gesta de independencia. El relato que dedica Lugones a esta sección se encuentra claramente atravesado por estas dos afirmaciones.

Al momento de narrar esta gesta heroica, Lugones sigue muy de cerca los sucesos históricos desarrollados por Marcó del Pont. La inclusión de largos segmentos tomados de esta obra, que recuperan los partes militares entregados por los expedicionarios a las autoridades, como así también la cuidadosa inclusión de los datos históricos con la mayor veracidad dan cuenta de un demorado proceso de escritura de este capítulo trunco. Esta afirmación se sostiene a partir de un examen de la realidad manuscrita del texto, en la que Lugones tacha y reescribe con tal recurrencia, que hace que muchos de los pasajes del manuscrito resulten ilegibles, al punto de no poder ofrecer una descripción del proceso de génesis del texto.

Resulta evidente también que el tono de escritura empleado por Lugones en este último capítulo conservado dista respecto de los anteriores, puesto que predomina un tono con pretensiones decididamente historiográficas. El profuso caudal de documentos citados, la narración detallada de los diversos sucesos que articulan la gesta militar atenúan, por no afirmar que diluyen, las apreciaciones y vuelos poéticos que caracterizaron el andamiaje retórico de los capítulos previos. La gesta militar se encuentra más cerca de cualquiera de los relatos de lo que Claudia Torre analiza como “narrativa expedicionaria”.¹¹⁵ Posiblemente Lugones haya pensado este capítulo como una “bisagra” dentro de la narración, para luego pasar a la vida política de Roca y que su suicidio interrumpió. No obstante, los tópicos que se han ido analizando evidenciaron el modo en el que Lugones fue articulando diversas cualidades (héroe intelectual, religioso, militar), una gesta patrió-

115 Torre, Claudia, *Literatura en tránsito*, op. cit., 2010.

tica (la conquista del Desierto) que entra en diálogo con los rasgos que Finchelstein,¹¹⁶ había definido como parte del ideario masculino fascista encarnado en el mito de Uriburu y de los “mártires de septiembre”. Lugones intentó llevar a cabo aquella promesa que señalaba con tono melancólico y exasperado, manteniendo despierto el ideario del uriburismo derrotado.

Si en 1926 la conferencia sobre la personalidad del conquistador del desierto daba el paso obligado hacia “el otro general”, la escritura de la *Historia de Roca* podría ser pensada como una respuesta alternativa, como un gesto de resistencia. En todo caso este texto, trunco por la desesperación, por la soledad, arrinconado por el fanatismo y el desencanto, exponía una versión “uruburizada” del general Roca. El héroe de la revolución de 1930, se disfrazaba bajo la imagen histórica del retrato del militar y estadista; y la “gesta de septiembre” se trasportaba a las viejas e inexploradas fronteras de la Patagonia decimonónica. Cabría preguntarse si en la caracterización de Roca como líder del estado que Lugones jamás llegó a escribir, hubiera recurrido a los rasgos políticos de Uriburu. De haber sido así, se completaba el ciclo del héroe militar que llegaba a ocupar el poder político.

El legado como olvido y polémica

“Entonces aquel hombre, señor de todas las palabras y de todas las pompas de las palabras, sintió en la entraña que la realidad no es verbal y puede ser incommunicable y atroz, y fue, callado y solo, a buscar en el crepúsculo de una isla, la muerte”

JORGE LUIS BORGES, *Leopoldo Lugones* (1955)

116 Finchelstein, Federico, *Fascismo, liturgia e imaginario*, op. cit., 2002.

Muchos años después de aquella fatídica madrugada, Ezequiel Martínez Estrada, en lo que acaso sea la imagen más sensible y desgarradora del escritor, recordaba los últimos días de la vida de Lugones:

*En su despachito, sin habitaciones particulares ni mucamos, sin automóvil, sin colaboradores familiares, sin edictos, transcurrió parte de su luminosa vida. Iban por la tarde, a visitarlo y a recoger la dádiva fecunda de su palabra, algunos amigos. A veces se interrumpía la plática por el vibrar del timbre con que se lo llamaba desde los sitios de las autoridades superiores. Lugones salía para recibir órdenes e instrucciones de sus jefes. Una vez, en los malos tiempos de siempre, lo encontré frotándose las manos ante la estufa, con la cabeza casi totalmente encanecida, su traje pulcramente aseado y raído de las tareas sedentarias. Frío, vejez, pobreza. Sentí en mí la pena y la vergüenza de doce millones de seres humanos juntos, y sentí ganas de tirarme al suelo y ponerme a gritar.*¹¹⁷

El testimonio evocado por el autor de *Radiografía de la pampa*, su amigo, ponía de manifiesto el modo en el que Lugones trascurrió sus últimos años. La selva varia de las suposiciones sobre su decisión fatal ha alimentado a biógrafos, detractores y advenedizos de la escritura. Para algunos el desencadenante fue el fracaso de la política que él defendió hasta el final, para otros un romance prohibido que lo supo enfrentar a su hijo. Lo más indecisos y proclives a quedar bien “con Dios y con el Diablo” barajan ambas hipótesis en conjunto. El tendal de habladorías sobre el suicidio ocupó los diarios de la época, pero también continuó como un eco ineludible a lo largo de la historia de la literatura argentina. Es posible que en su determinación el

117 Martínez Estrada, Ezequiel, *Leopoldo Lugones: retrato sin retocar*, Buenos Aires, Emecé, 1968, p. 79.

escritor intuyera, como manifestación de su cultivado egocentrismo, que incluso la dura determinación del suicidio fuera recibida con asombro e interés. ¿Quién acaso en horas aciagas no ha fantaseado con espiar las consecuencias inmediatas de su propia muerte? Lo cierto es que Lugones pudo no haber tenido en cuenta los testimonios que sus amigos irían expresando a lo largo de las décadas. La muerte de Lugones conmocionó al campo literario, que en su conjunto no cesó de rendirle fastuosos homenajes. Sin embargo, en sus últimos momentos de vida, muchos de sus colegas del mundo del periodismo y de la escritura lo habían hecho a un lado.

Su legado, ensangrentado por la beligerancia, su actuación política en los años previos a su muerte, redujeron su obra y su influencia a una incómoda y compulsiva necesidad de leerla en clave crítica. Nadie podía ni debía defender la obra de Lugones. Ese lugar incómodo, políticamente incorrecto, dificultó a los escritores el reconocerlo como precursor, y el reconocerse a sí mismos como herederos de su estética. No obstante, el lector sagaz reconoce en las motivaciones de ciertos cuentos fantásticos de Borges, o en la construcción del fanatismo militarista de ciertos personajes de Arlt, cómo, con sigilo y culpa, ambos autores bucearon, cada uno a su manera, en las aguas prolíficas de la estética lugoniana. El legado de Lugones es un legado silencioso. Donde el silencio se expresa como voluntad, como deseo. Silenciosamente sus contemporáneos diluyeron su influencia, silenciosamente ocultaron su admiración enmascarándola a partir de la polémica. Con el tiempo su obra fue callándose y dejando de ser editada, sometida la tiranía de unos cuantos títulos que, en forma desalentadora, se encuentran frecuentemente repetidos en los estantes de algunas librerías o en las bateas desprolijas de los locales de usados. Si el curioso merodeador de libros tiene el espíritu de un aventurero a lo Julio Verne y decide bajo su propia responsabilidad sumergir su nariz en un

empolvado rincón hallará con suerte un ejemplar desvencijado del *Lunario sentimental*. Editores y críticos han contribuido a dictaminar que la obra de escritor se resume, en el mejor de los casos, a *Las montañas del oro* o *El payador*. Sean por demandas editoriales o por caprichos académicos, son estos los títulos que aparecen una y otra vez en los exiguos catálogos informáticos de ciertos emporios del libro. Lugones interesa a unos pocos, y la errática frecuencia con que algunas de sus obras se han editado, el infortunio que ha condenado a otras a su más categórica desaparición, y por último, la certeza apabullante de que parte de su producción aún continúa adormecida entre las páginas de las revistas custodiadas en algunas hemerotecas, lleva a pensar sobre el destino trágico al que muchos de los escritores nacionales están sometidos. Lugones es recordado en la actualidad como el exquisito ensayista lector del *Martín Fierro*, como el gran poeta modernista, como cuentista, tal como rezan sus antologías y selecciones recientemente editadas. En lo que respecta a sus textos políticos, a sus intervenciones sobre el debate nacional de los años veinte y treinta, persiste esa incomodidad. De esa incomodidad ha nacido este libro, que intenta expulsar a su texto póstumo de las redes del olvido y la polémica, lanzándolo nuevamente a la arena del combate.

Estudio Filológico

El inesperado suicido de Leopoldo Lugones impidió la conclusión de su biografía política y militar del General Roca. Años antes y por encargo, como ya había acontecido con su texto sobre Sarmiento, la “Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca” había encomendado al escritor un texto de homenaje a la ilustre figura política:

*El primero de estos libros se referirá a la acción de Roca y a su vida pública, de Roca dos veces Presidente de la Nación, senador nacional, pacificador de su pueblo y autor de la consolidación de la paz americana, reafirmada en los históricos tratados de Río de Janeiro y en el pacto firmado en las aguas neutrales de los mares del Sur. Para llevar a la realización este propósito, fue designado el escritor D. Leopoldo Lugones, quien aceptó la misión confiada.*¹¹⁸

A pesar del plan original de la institución, la obra de Lugones se interrumpe en el capítulo dedicado a la Conquista del Desierto, dejando trunca toda aquella sección destinada a la labor política de prócer. Ese manuscrito autógrafo, inconcluso sobre el que el escritor dejó plasmado sus últimos momentos desesperados, fue editado de forma póstuma por la Comisión, y estuvieron a cargo de su preparación Clodomiro Zavalía, Octavio R. Amadeo y Bartolomé Galíndez. Han sido muchas y evidentes las decisiones emprendidas por los tres editores, quienes afrontaron la tarea de ofrecer un texto legible de esta póstuma y malograda obra lugoniana. Retomando el viejo imperativo expresado por Gianfranco Contini¹¹⁹ se advierte una distancia entre el original manuscrito y la obra editada póstumamente. De esta manera, el estudio que aquí se presenta apuntará a establecer los lineamientos básicos de la escritura lugoniana, como así también una escrupulosa evaluación acerca de los itinerarios editoriales sufridos por la obra hasta la aparición de la primera edición.

118 Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, *Monumento al Teniente General Julio A. Roca. Reseña de antecedentes y adhesiones recibidas. Subcomisiones*, Buenos Aires, s/d, 1937, p. 85.

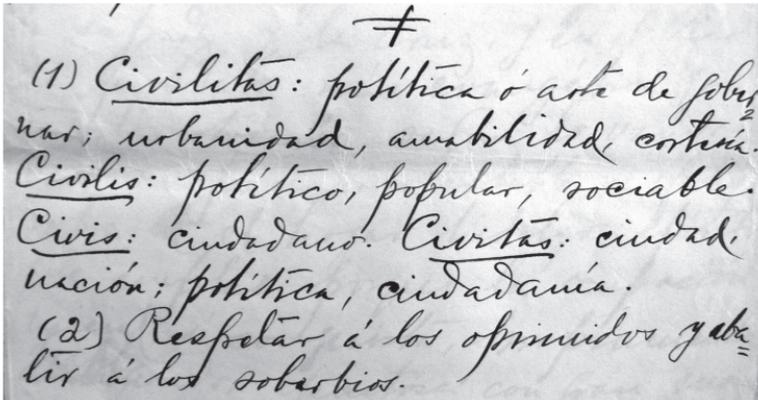
119 “Una edición crítica es, como todo acto científico, una mera hipótesis de trabajo, la más satisfactoria (o sea, económica), que reúna en un sistema, los datos.”, citado por Orduna, Germán, *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*, Kassel, Reichenberger, 2000, p. 59.

El manuscrito

El análisis detallado del conjunto de papeles y manuscritos originales de Leopoldo Lugones que se conservan en distintos reservorios públicos¹²⁰, arrojan un evidente y homogéneo *usus scribendi*, que permite advertir los diversos procesos escriturales y las instancias de elaboración emprendidas en la factura de sus obras. En el caso particular del manuscrito de la *Historia de Roca*, se trata de un total de 239 hojas escritas en papel blanco liso por la mano del autor y foliadas en números arábigos. Lugones emplea todos los rectos de estas hojas (originalmente sueltas)¹²¹ como soporte de su escritura. El tamaño de cada hoja del manuscrito es de 270 mm. de largo por 190 mm. de ancho. Los versos están destinados a eventuales agregados posteriores del texto con indicaciones específicas introducidas por el autor. En general la escritura es en tinta negra, con letra amplia y clara. Cada uno de los nueve capítulos de la obra se encuentran escritos en tinta de pluma negra y al final de cada uno de ellos, el autor introduce las notas de referencia correspondientes:

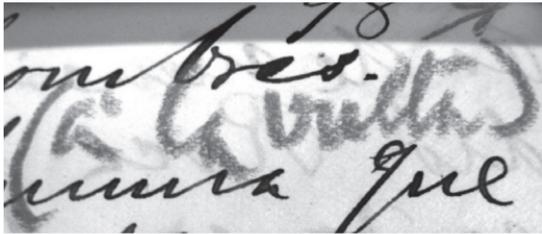
120 Deben destacarse entre ellos, aquellos manuscritos conservados en la Sala de Tesoro de la Biblioteca Nacional. Sobre ellos véanse los trabajos de: Canala, Juan Pablo, “Lugones entre la oralidad y la escritura: hacia un proceso escritural de *El Payador*”, op., cit., y los criterios de edición desarrollados por Solana Schvarztman para *El Payador*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2009; y por María Pia López y Cecilia Larsen para *El Dogma de obediencia*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011. En lo que respecta a los manuscritos cordobeses de Lugones, véase: Lermon, Miguel, *Contribución a la bibliografía de Leopoldo Lugones*. Buenos Aires, Ediciones Marú, 1969 y Barcia, Pedro Luis, “El manuscrito de *Los crepúsculos del jardín* de Leopoldo Lugones” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, N° 155-158, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1975.

121 Como se puede advertir en otros manuscritos de su producción, es una constante de Lugones el escribir en hojas sueltas. Así queda testimoniado tanto en los manuscritos de *El Dogma de obediencia* o en el manuscrito del capítulo III de *El Payador*. Ambos de la colección de sus papeles personales conservados en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional.



[fol. 12r]

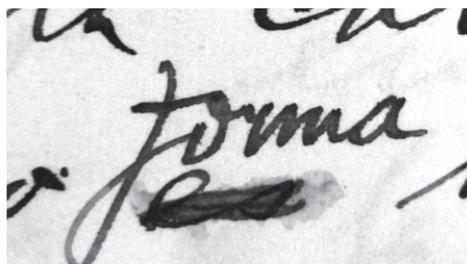
También deben advertirse correcciones posteriores sobre el texto manuscrito en lápiz rojo, tinta azul y lápiz de grafito. En el primer caso, corresponden en general a indicaciones de agregados posteriores, en general en los versos del manuscrito, introducidos por Lugones sobre el texto escrito inicialmente.



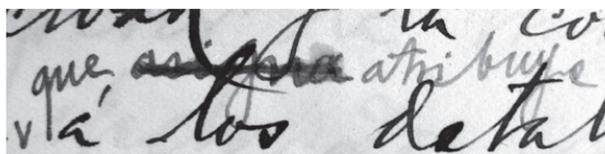
[fol. 98r]

Un segundo tipo de correcciones se encuentran en tinta de pluma azul, son muy escasas y es posible que se trate de una fase de lectura ejercida por el autor en un contexto de escritura diferente al usualmente emprendido. Probablemente Lugones haya introducido esas correcciones alejado de su escritorio y de su pluma habitual. Así, al releer su manuscrito y encontrar algunas

secciones que no le parecieron adecuadas, utilizó para corregir una pluma distinta a la que acostumbraba.

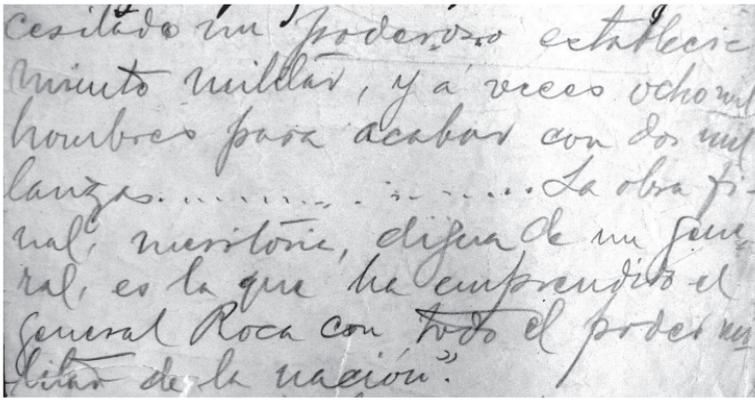


[fol. 159r]



[fol. 161r]

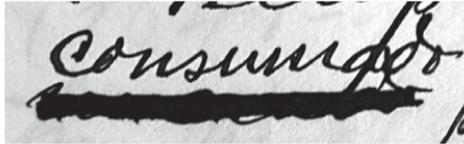
Por último, toda la sección final del manuscrito se encuentra escrita en lápiz de grafito, y es aquí donde el texto resulta trunco. Posiblemente Lugones haya concluido el capítulo dedicado a la Conquista del Desierto, máxime que a lo largo de los folios conservados introduce las referencias a las notas explicativas que aparecen siempre al final de cada uno de los capítulos. Probablemente, al encontrarse sueltos los folios, se hayan perdido los correspondientes a la sección final de este capítulo.



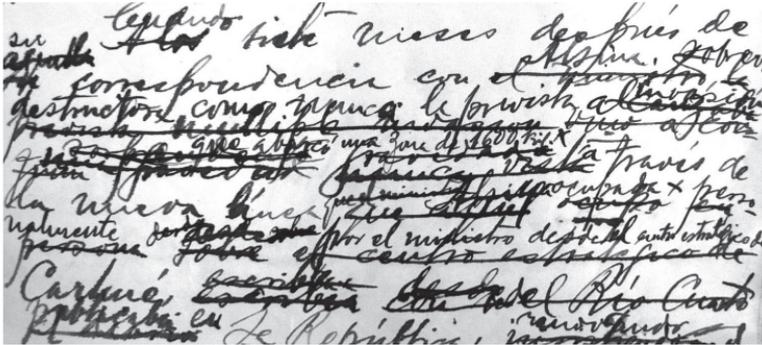
[fol. 230r]

Un análisis de los tipos de intervención llevados a cabo por el autor en diversas instancias de escritura y reescritura, permiten advertir los modos en los que Lugones iba organizando la exposición de cada uno de los segmentos que fueron desarrollado los capítulos conservados. En un clásico estudio acerca de los procesos genéticos y de las tachaduras en los manuscritos literarios, Pierre Marc de Biasi¹²² proponía una tipología clasificatoria de la tachadura como instancia que permite el análisis de las operaciones escriturarias emprendidas por el autor. En el caso particular de Lugones, y siguiendo la tipología enunciada, se pueden advertir al menos tres tipos de tachaduras. En primera instancia, existen en el manuscrito casos de “tachaduras de supresión”, en los que el autor opta por introducir una corrección, sin permitir que se advierta lo que se encuentra debajo de la tacha. Son numerosos los casos presentes en este manuscrito, particularmente en el último capítulo, donde Lugones reescribe de forma permanente el texto, lo que ocasiona que muchos de sus segmentos se vuelvan completamente ilegibles.

122 De Biasi, Pierre Marc, “Qu’est-ce qu’une rature?”, en Bertrand Rouge (ed.), *Ratures et repentirs*, Pau, Université de Pau, 1994.

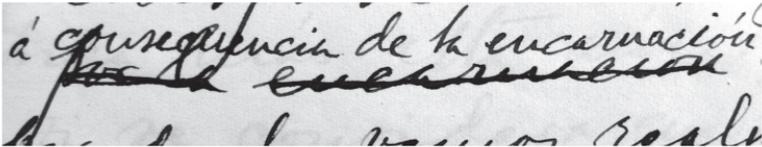


[fol. 41r]



[fol. 206r]

En otros casos se puede advertir un segundo empleo de la tachadura, que es el de la “tachadura de sustitución”. Allí Lugones opta por una segunda lección, sustituyendo, luego de una lectura posterior, el texto primigenio. No obstante, el acto de la tacha permite distinguir la primera opción de escritura ensayada:



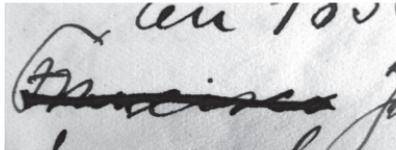
[fol. 5r]

por la **encarnación** a consecuencia de la encarnación

Este tipo de tachaduras, recurrentes y abundantes en el presente manuscrito, se constituyen como aquellas zonas más ricas para

el desarrollo de hipótesis escriturarias. En el ejemplo arriba citado, se puede advertir que la reescritura practicada por Lugones, apunta a fortalecer la idea de la unidad de la nación, a partir de la metáfora del cuerpo religioso encarnado en Cristo, como modelo de la autoridad que rige un colectivo político. De este modo, el acto de sustituir la forma “por la encarnación” frente a la lección definitiva del manuscrito: “a consecuencia de la encarnación” realza el vínculo de lógica causal, imprimiéndole a la emergencia del “cuerpo de cristo” una relación necesaria con la acción de la encarnación.

Un tercer tipo de tachadura comprende las “tachaduras de supresión provisional o dilatoria” en las que la tacha apunta a suprimir un segmento del texto manuscrito, sin comprometer la legibilidad de la lección desecheda. De esta forma, en una posterior versión del manuscrito, el autor evaluará la eventual reincorporación de lo que en una primera instancia de escritura decidió suprimir:

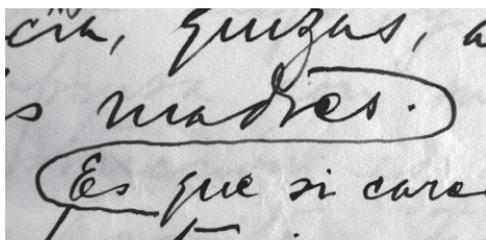


[fol. 36r]

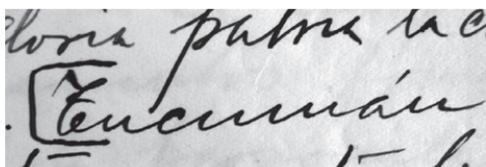
En 1836, el general unitario don Francisco Javier López

A su vez, existen en el manuscrito una serie de marcaciones que responden a un código de escritura del propio Lugones y que indican, a partir del empleo de ciertas marcas específicas, reescrituras, avisos o consideraciones a tener en cuenta en una puesta en limpio posterior de este texto manuscrito primigenio. De esta forma, en muchos momentos, el autor reconsidera la organización en párrafos del texto manuscrito. En el curso de la relectura

de su texto, Lugones incorpora una serie de marcaciones que indicaran la emergencia o supresión de saltos de línea:

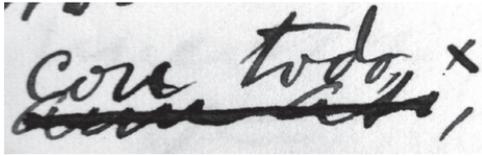


[fol. 21r]



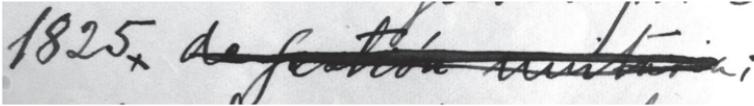
[fol. 28r]

Así, el empleo del trazo de una línea curva le permitía, luego de una eventual relectura, unificar dos segmentos de escritura que, por su unidad temática, correspondía que en una puesta por escrito posterior se unificaran dando origen a un mismo párrafo. Si la corrección apuntaba al caso contrario, Lugones empleaba los corchetes de apertura, indicando así, que en ese punto del texto se iniciaba un nuevo párrafo. Existen testimoniadas también en el manuscrito otras marcas que permiten entrever el arduo proceso de lectura emprendido por Lugones luego de la escritura del texto. Si se analiza con detalle el decurso de la narración se advierten, a un lado de ciertas palabras, unas cruces en tinta negra:



[fol. 79r]

aún así con todo x

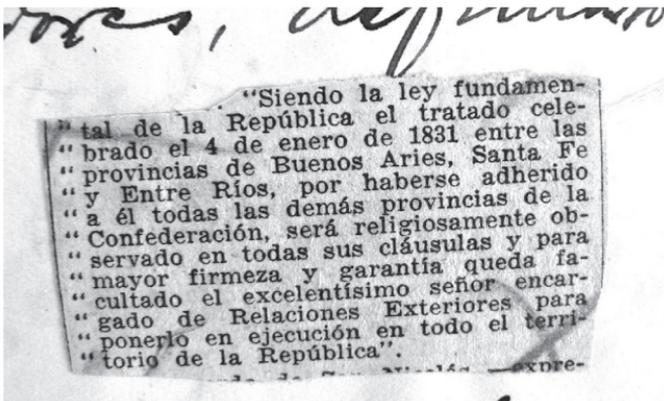


[fol. 60r]

1825x de gestión unitaria

Estas marcas, como se ve, son introducidas por el autor en un momento posterior al de la escritura e indican, en su factura, un señalamiento dudoso acerca del segmento indicado. En tanto marca, quedará allí presente como un aviso que el autor considerará como un recordatorio de una futura reescritura.

Otro tipo de indicaciones que Lugones empleaba en esta primera redacción, se vinculaba con un claro sistema de abreviaturas de los eventuales textos que podían llegar a ser citados en el trascurso de la escritura. Estas indicaciones señalaban largos segmentos de citas directas presentes en otros textos. En algunos casos, como en el ejemplo que a continuación se presenta, el autor al introducir una referencia a un texto legal, optará por no desarrollar la escritura, tomando un recorte del diario e incluyéndolo en el lugar correspondiente a la cita:

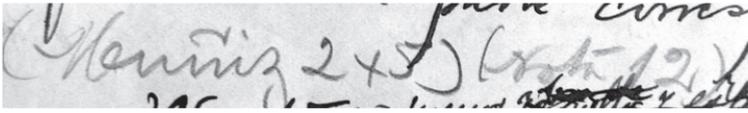


[fol. 193r]

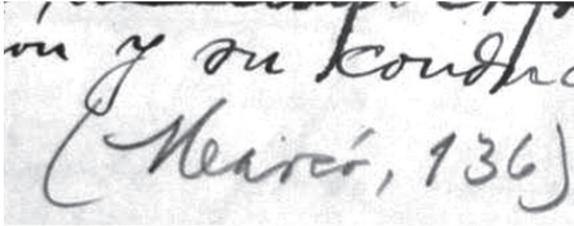
Igual de sintomático resulta que en el recorte de diario pegado en el folio del manuscrito tenga marcas en lápiz rojo. Como ya se ha señalado, Lugones acude al uso del lápiz rojo, si no en la última, en una de las etapas finales de escritura. De modo entonces, que las marcas rojas sobre el papel del periódico dan cuenta de una lectura previa del texto legal sobre la plana del diario. De este modo, la marcación de Lugones en el fragmento de texto que deseaba introducir a su obra y una posterior decisión de, en lugar de copiar la cita, recortar ese fragmento seleccionado y pegarlo en la zona del manuscrito correspondiente. En otros casos, por tratarse de un texto inconcluso, Lugones opta por indicar de forma abreviada las referencias a las citas que en una versión posterior desarrollará de forma completa. En el manuscrito es posible encontrar en lápiz de grafito las alusiones a la paginación de las obras de Augusto Marcó del Pont y de Francisco Muñiz:

(Marcó, 130)

[fol. 207r]



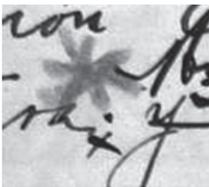
[fol. 225r]



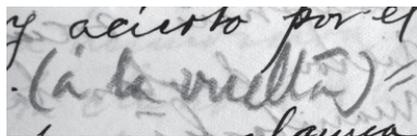
[fol. 215r]

El empleo del lápiz de grafito en estas indicaciones podría vincularse con la etapa final de la escritura del manuscrito puesto que, como ya se ha indicado, el autor escribe en lápiz los folios finales del texto. De esta manera, se podría inferir que la escritura de esos folios finales sea contemporánea a la incorporación de estas referencias.

Por último deben destacarse las marcas incorporadas al manuscrito por Lugones para indicar interpolaciones de fragmentos de texto. La incorporación de la leyenda: “(a la vuelta)” recurrente en varias zonas del manuscrito, como así también el único caso en el que se emplea el asterisco, son las marcas en rojo que el autor utiliza para señalar que en el verso del folio se encuentra una sección de texto que debe agregarse:



[fol. 211r]



[fol. 19r]

El empleo del color rojo resulta mucho más eficiente a la hora de ejercer una lectura y en el caso de una posterior copia del texto, le resultará más sencillo al escritor o eventual copista advertir que en aquellas secciones señaladas se debe incorporar el fragmento de texto incluido en el verso del folio. De esta manera, las marcaciones introducidas por Lugones, resultan claras y apuntan a señalar aquellos aspectos neurálgicos del manuscrito que deben ser tenidos en cuenta en una fase escritural posterior.

La obra lugoniana inconclusa fue editada, como se verá más adelante en el presente estudio, y los miembros de la Comisión en homenaje a Roca encargada de la edición donó el manuscrito para integrara el acervo de la Biblioteca Nacional:

El almirante don Manuel Domecq García y los señores doctor Clodomiro Zavalía y don Bartolomé Galíndez, presidente y secretarios, respectivamente, de la Comisión Nacional Monumento al teniente general Julio A. Roca, visitaron la Biblioteca Nacional e hicieron entrega a su director de los manuscritos de don Leopoldo Lugones correspondientes a su obra póstuma sobre la personalidad del prócer.

Este donativo viene a enriquecer la vasta colección de manuscritos, del mayor interés para los investigadores, que posee la Biblioteca Nacional.¹²³

Al ingresar al entre los manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de la República Argentina, el manuscrito fue encuadernado en cartón y tela azul. Las medidas de la encuadernación son de 280 mm. de largo x 198 mm. de ancho y 350 mm de espesor. Posee un tejuelo en cuero: “L. LUGONES/BIOGRAFÍA/INCONCLUSA/DEL GENERAL/JULIO A. ROCA”. Presenta en el folio 4r grabado en

123 “Manuscritos de Leopoldo Lugones para la Biblioteca Nacional”, en *Caras y caretas*, Año XLI, N° 2098, Buenos Aires, 17 de diciembre de 1938, p. 54.

tinta el antiguo número topográfico: 14623, correspondiente al *Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*.¹²⁴

El manuscrito integró la colección de la Biblioteca, hasta la decisión impulsada por el decreto presidencial de 1954, en el que se disponía que todos los manuscritos históricos existentes en diversas instituciones públicas debían pasar a integrar los fondos del Archivo General de la Nación. La ejecución efectiva de la medida resultó polémica, incluso a internas de la Biblioteca, tal como queda registrado en el informe que el interventor Raúl Touceda le envía al Director de Cultura en Agosto de 1955:

*Recién a veinte días de encontrarme al frente de la Biblioteca Nacional, puedo dirigirme a Ud. con conocimiento de causa de un asunto de suma gravedad para la vida del organismo a mi cargo. Se trata nada menos que de la entrega del patrimonio documental manuscrito de la institución, realizada por el interventor señor don José Luis Trenti Rocamora, aplicando —a mi modo de ver— equivocadamente el decreto N° 19.021/54, dado por el Ministerio de Interior y Justicia, y por el que se dispone la concentración en el Archivo General de la Nación de toda documentación de carácter histórico existente en oficinas públicas (Art. 1° del decreto aludido) y para subsanar la deficiencia observada de que “muchas reparticiones públicas poseen documentación que no hace a su esencia y que pertenece por su naturaleza a las fuentes de la historia del país” (considerado por el decreto). Pasaré a analizar los propósitos de la disposición de referencia según la interpretación que creo corresponde y a concretar lo injustificado que considero la entrega del material manuscrito de la Biblioteca Nacional al Archivo General de la Nación.*¹²⁵

124 Martínez Zuviría, Gustavo, *Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Tomo II, 1939, p. 953.

125 AHIBN, *Informe del Interventor Raúl Touceda al Sr. Ministro de*

Si bien el informe brindaba argumentos contundentes no logró disuadir a las autoridades del error en el que se incurrió al derivar los fondos manuscritos de la Biblioteca hacia el Archivo. Durante el proceso de trasladado, cada documento fue sellado y se le otorgó un número de inventario antes de su salida de la Biblioteca: “BIBLIOTECA NACIONAL/033255/INVENTARIO”¹²⁶. Desde entonces el manuscrito se encuentra en la Sala VII (Colecciones Donadas y Adquiridas) del Archivo General de la Nación en la denominada “Colección Biblioteca Nacional, bajo la signatura 28-7-741”.¹²⁷

Los adelantos publicados en *La Nación*

Además del manuscrito autógrafo, el itinerario editorial de la *Historia de Roca* cuenta con otros testimonios que deben ser considerados como material pre-textual¹²⁸ valioso para la re-

Educación Prof. Don Enrique Catani, Buenos Aires, 20 de Agosto de 1955, fol. 1r. Agradezco a la Prof. María Etchepareborda el haberme facilitado este documento.

126 Este sello se encuentra en: fol 1v; fol. 13v, fol. 38 bis v, fol. 65v; fol. 109v; fol. 129v; fol. 169v; fol. 198v; fol. 230v.

127 AGN, *Inventario de las colecciones documentales de la Biblioteca Nacional, Museo Histórico Nacional, Museo Histórico Sarmiento, Museo Mitre incorporados al Archivo General de la Nación por decreto 19.021/54*, Buenos Aires, 1956, p. 71.

128 Se toma el concepto de “pre-texto” (avant-texte) siguiendo la denominación propuesta por Bellemin-Noël, Jean, *Littérature et psychanalyse*, Paris, PUF, 1978. Recientemente se han reconsiderado los dactiloescritos y adelantos de obra en publicaciones periódicas como materiales genéticos útiles para las ediciones. Véase: Higashi, Alejandro y Laurette Godinas, “La edición crítica sin manuscritos: otras posibilidades de la edición crítica genética en *Balún-Canán* de Rosario Castellanos”, en *Incipit*, N° XXV-XXVI, Buenos Aires, Seminario de Edición y Crítica Textual (CONICET), pp. 265-281. y Canala, Juan Pablo, “Imprenta, variación textual y edición. *El crimen de la calle Reconquista*” de Eduardo Gutiérrez (Mimeo).

construcción de la historia editorial de la obra. La biografía de Roca escrita por Lugones tuvo dos publicaciones parciales en el diario *La Nación*, periódico en el que el escritor se desempeñó como activo colaborador hasta el momento de su muerte. En sus páginas se dieron a conocer, a modo de adelanto, dos capítulos completos de su texto que permiten establecer dos instancias diferenciadas de la trayectoria pública de esta obra lugoniana en particular. El sábado 1 de enero de 1938, vio la luz un fragmento correspondiente al capítulo VIII y titulado “El Jefe”. La publicación, que ocupaba la plana entera del diario, era anunciada así por los redactores: “Con carácter real de primicia ofrecemos hoy a nuestros lectores esta pieza de Leopoldo Lugones, perteneciente a una obra a la que actualmente pone fin. Es el capítulo 8º de la Historia de Roca, que corresponde a la instalación de éste en Río Cuarto como jefe de la Frontera del Interior, para la cual habíalo designado Sarmiento”¹²⁹. La “primicia editorial” se completaba con dos ilustraciones realizadas por Juan Carlos Huergo que enfatizaban el protagonismo de los personajes centrales del episodio. Por un lado, el retrato de Julio A. Roca y por el otro, los soldados acampando en la frontera:



129 Lugones, Leopoldo, “El Jefe”, en *La Nación*, Buenos Aires, 1 de enero de 1938, p. 3.



Para esta época, Lugones todavía se encontraba vivo, de modo que voluntariamente debió haber facilitado una copia en limpio del texto manuscrito. Entregada a la redacción del diario, este testimonio se constituye como una de las versiones más acabadas y, por ende, más cercanas al ingenio del autor. Este texto publicado en *La Nación* no ofrece variantes respecto de su correspondiente sección en el manuscrito. Aunque sí debe destacarse que todas las correcciones presentes en la versión autógrafa fueron debidamente actualizadas en el texto édito. De esta forma, se podría hipotetizar la existencia de un manuscrito intermedio que posiblemente Lugones haya entregado a la redacción del diario, pasando en limpio aquellas correcciones y reescrituras presentes en la versión autógrafa conservada. Es este pre-texto del libro inconcluso acaso la única sección de la *Historia de Roca* que vio luz en vida del autor, y por ende uno de los testimonios más certeros a la hora de realizar una edición del texto. La obra generaba entre el público gran expectativa y sin duda, la publicación de “El Jefe” fue una estrategia comercial muy hábil por parte de los redactores del diario. No sólo porque ofrecía una pieza literaria singular e inédita de uno de los escritores más visibles dentro del campo literario de su tiempo, sino porque además la temática en la que este fragmento se inscribía —en la órbita de los sucesos acerca de la campaña militar de Roca— interpelaba de forma directa a los lectores del diario, muchos de ellos miembros del patriciado liberal, cuyos antepasados habían integrado las filas militares

durante la ocupación de la Patagonia. Acerca de esto, resulta significativa la carta enviada a Lugones por José Ignacio Olmedo, a propósito del texto dado a conocer en el diario:

Mi estimado señor:

Acabo de leer, en La Nación, el capítulo de su bello y anunciado libro "El Jefe". Al felicitarle, me permito hacerle una relación de un episodio histórico, oído a mi madre. Mi abuelo materno Don José Cortés Funes, era el auditor de guerra en la batalla de Santa Rosa.

Improvisorador admirable, así en prosa como en verso, dijo este brindis, al celebrarse la promoción de Roca a general en el campo de batalla.

*El alférez de Pavón,
General en Santa Rosa,
Aun será más grande cosa
Cuando llegue a su sazón.
Si tiene la precaución
De irse con paso prudente,
¡Llegará a ser presidente
Y hará el bien de la nación!*

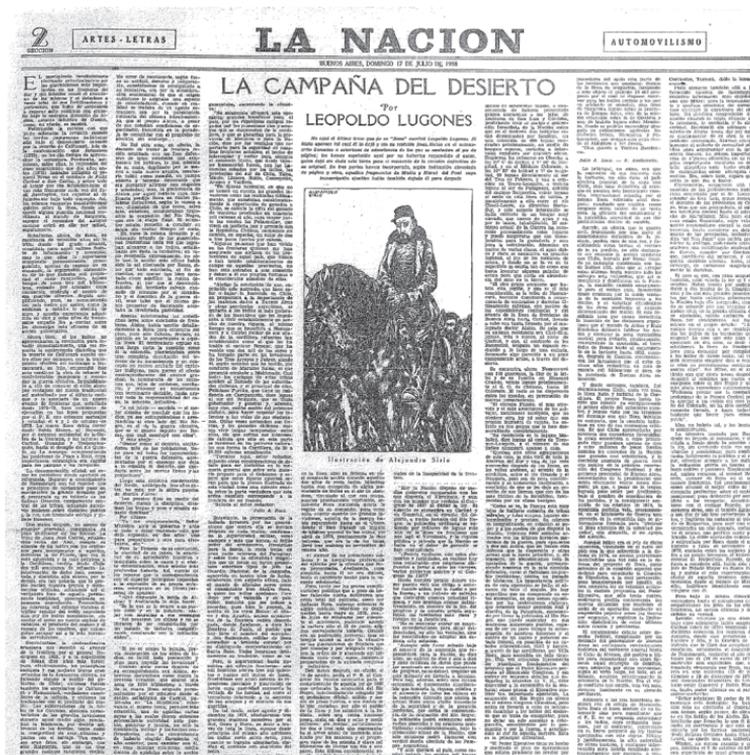
El 74 el vate así lo pronosticaba; y el 80 era un hecho consumado su presidencia. Con tal motivo me es grato sentirme de Usted su muy atento servidor.

José Ignacio Olmedo.¹³⁰

130 Olmedo, José Ignacio, "Carta a Leopoldo Lugones", Buenos Aires, 1 de enero de 1938. Esta carta se conserva en el volumen *Roca y su tiempo. Cincuenta años de historia argentina*. Buenos Aires, Rosso, 1931 (Biblioteca Nacional de Maestros, ST 11-2). Agradezco al Dr. Jorge Ferro el haberme facilitado una copia de la misma.

La carta de Olmedo explicita el carácter memorialístico emergente del texto lugoniano, puesto que no sólo interpela a un miembro de la comunidad lectora del diario, que establece lazos en términos de afinidad política o cultural, sino que también genera una empatía con el receptor a través de la evocación del recuerdo familiar.

Otro de los capítulos de la obra fue dado a conocer como adelantado en el diario de los Mitre. El domingo 17 de julio de 1938, luego de la muerte de Lugones, las páginas de *La Nación* ofrecían otro fragmento de la, ya por entonces, inconclusa biografía del prócer. La publicación venía ilustrada con reproducciones de los folios 196r y 230r, inicio y final del capítulo IX del manuscrito autógrafo, y con un dibujo de Alejandro Sirio:





En esta segunda publicación, la inclusión de las imágenes cambia. Si en el primero se replegaban sobre la trama narrativa, en este segundo texto, se repite la ilustración de Roca (montado a caballo, en tanto se trata de una escena que remite a la campaña militar) pero la inclusión de la reproducción de los folios del manuscrito remiten de forma contundente a la presencia del escritor desaparecido. De este modo, ya desde las ilustraciones se plantea la problemática de la escritura inconclusa del libro. Al inicio del artículo, los redactores informaban la aparición del texto de esta manera: “He aquí el último trozo que de su ‘Roca’ escribió Leopoldo Lugones. El texto aparece tal cual él lo dejó y

sin su revisión final.”¹³¹ A partir de esta aclaración introducida por el diario se establece una dimensión diferente en cuanto al estatuto genético del segundo adelanto publicado. A diferencia del texto dado a conocer previamente, este segundo capítulo es la resultante de una operación de edición póstuma, aclarándose que no fue la voluntad del autor la que se expresa en este fragmento, sino la habilidad de los editores de la obra. Y continúa la aclaración editorial:

*Había en el manuscrito llamadas o asteriscos de advertencia de los que se contestan a pie de página; los hemos suprimido aquí por no haberlos respondido el autor, quién dejó sin duda esa tarea para el momento de la revisión definitiva de su original. En tres partes hemos incorporado, según indicación abreviada de página y obra, aquellos fragmentos de Muñiz y Marcó del Pont cuya transcripción efectiva había dejado también él para después.*¹³²

De esta manera, ya en la nota aclaratoria que inicia el artículo del diario, se explicitan ciertas particularidades presentes en el manuscrito, y las eventuales soluciones editoriales emprendidas con la Comisión a cargo del establecimiento del texto de la edición. De modo que sobre los *loci critici* emergentes de la escritura inconclusa de la obra, los editores ofrecen diversas operaciones cuyo objetivo es el de instaurar legibilidad a un texto inconcluso.

En primer caso corresponde a las “llamadas o asteriscos” que Lugones introdujo en aquellos casos, en los que consideraba necesario interpolar fragmentos que incluía en los versos de los folios. En algunas zonas, las más frecuentes a lo largo del texto autógrafo, Lugones incorpora en tinta roja una indicación de que el texto continúa en el dorso:

131 Lugones, Leopoldo, “La Campaña del Desierto”, en *La Nación*, Buenos Aires, 17 de julio de 1938, p. 1.

132 Lugones, Leopoldo, “La Campaña del Desierto”, op. cit., p. 1

*Ms.***[fol. 201r]**

Las sublevaciones de la tribu de los Catrieles, ~~[] siglo que [] característico hizo de las grandes invasiones lo que revelaba el escaso valor~~ siglo síntoma característico de las grandes invasiones durante aquel medio siglo, revelaban la tendencia, por decirlo así, troncal de las hordas, tanto como la inseguridad de esas alianzas y pactos con el salvaje (vuelta)

[fol. 201v]

Tan onerosos ^{costosos} eran éstos, sin embargo, que sólo Baigorrita, uno de los tres grandes caciques ranqueles, recibía anualmente mil vacas, mil quinientas arrobas de harina, mil de azúcar, cuatrocientas de jabón y cuatro pipas de aguardiente.

LN (17/7/1938, Sec. 2, p. 1, col. C)

Las sublevaciones de la tribu de los Catrieles, síntoma característico de las grandes invasiones durante aquel medio siglo, revelaban la tendencia, por decirlo así, troncal de las hordas, tanto como la inseguridad de esas alianzas y pactos con el salvaje. Tan costosos eran éstos, sin embargo, que sólo Baigorrita, uno de los tres grandes caciques ranqueles, recibía anualmente mil vacas, mil quinientas arrobas de harina, mil de azúcar, cuatrocientas de jabón y cuatro pipas de aguardiente.

En este caso, los editores interpolan el fragmento del texto en el punto donde el autor había dejado una marca de aviso para una posterior copia. Existe también un único ejemplo en el que, dado el poco espacio presente en el recto del folio como para introducir la leyenda habitual, Lugones opta por incluir un asterisco en rojo que indica la continuación del texto en el verso:

*Ms.***[fol. 211r]**

El año 77 combatióse ~~en~~ bajo condiciones análogas: los indios en sistemática fuga, para postrar la caballada del ejército que

[] a cada descuido substraían o dispersaban con ardid, y la tropa efectuando operaciones parciales contra el malón eventual o las tribus más próximas a la línea ~~con el~~ sin mas otro objeto de [] ~~empujan la misma~~ que alejarlas de ella, ~~según~~ conforme según el erróneo proyecto ^{plan}; hasta que el 29 de diciembre, ~~el tenaz~~ fallecía el tenaz ministro, víctima de una afección contraída en sus campañas de frontera.*

[fol. 211v]

Pues corresponde recordar aquí, por ~~que su~~ justo elogio de su empeño y ~~valentía~~ sinceridad que, coronel de la Guardia Nacional él mismo, entre los buenos ~~que no eran pocos~~ y aun excelentes de entonces, no sólo dirigió personalmente la ocupación de la línea, sino ~~que su~~ defensa en casi constante acción durante aquellos dos años de recia lucha.

LN (17/7/1938, Sec. 2, p. 1, col. C-D)

Todo el año 77 combatióse bajo condiciones análogas: los indios en sistemática fuga, para postrar la caballada del ejército que a cada descuido substraían o dispersaban con ardid, y la tropa efectuando operaciones parciales contra el malón eventual o las tribus más próximas a la línea, sin otro objeto que alejarlas de ella, según el erróneo plan; hasta que el 29 de diciembre, fallecía el tenaz ministro, víctima de una afección contraída en sus campañas de frontera. Pues corresponde recordar aquí, por justo elogio de su empeño y sinceridad, que, coronel de la Guardia Nacional él mismo, entre los buenos y aun excelentes de entonces, no sólo dirigió personalmente la ocupación de la línea, sino su defensa en casi constante acción durante aquellos dos años de recia lucha.

El segundo tipo de intervenciones editoriales apuntan a reponer aquellas citas directas en las que Lugones aludía a documentos oficiales de la campaña militar. La incorporación de las referencias a Muñiz **[fol. 225r]** y Marcó del Pont **[fol. 207r]**;

[fol. 215r] suponen una astucia mayor por parte de los editores, puesto que implica no sólo develar el libro que Lugones utilizó, sino también en la edición correspondiente y tomar la decisión, mediante un análisis del sentido de la narración, para incluir de esa referencia el fragmento exacto, o al menos lo más aproximado posible de la cita seleccionada por el autor:

Ms.

A los Cuando siete meses después de aquella su correspondencia con Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista

†] el ministro Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista invasión que abarcó una zona de 1600 kilómetros a través de la nueva línea ocupada personalmente por el ministro desde el centro estratégico de Carhué, publicaba en *La República*, insistiendo en insistentemente renovando el mismo tema con más extensión, al diario *La República* diciendo una de aquellas cartas suyas que a las que a las cuales daban entonces daban dieron entonces probada sobresaliente autoridad sobre ante el gobierno y la oposición política pueblo, gobierno y prensa, no sólo pesaba el prestigio personal y los hechos la nombradía militar y los hechos confirmatorios, sino por la circunstancia de que, el año anterior, Sarmiento lo hubiéramos elegido de haberlo elegido Sarmiento, el año anterior, para cambiar cambiar con él, en la esas mismas columnas, media docena de epístolas el desarrollo patriótico y

LN (17/7/1938, Sec. 2, p. 1, col. C-D)

Cuando siete meses después de su correspondencia con Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista invasión que abarcó una zona de 1600 kilómetros a través de la nueva línea ocupada personalmente por el ministro desde el centro estratégico de Carhué, publicaba en *La República*, renovando el mismo tema, pero con más extensión, una de aquellas cartas suyas a las cuales dieron entonces sobresaliente autoridad ante pueblo, gobierno y prensa, no sólo la nombradía militar y los hechos confirmatorios, sino la circunstancia de haberlo elegido Sarmiento, el año anterior, para cambiar con él, en esas mismas columnas, media docena de epístolas sobre la acción de su gobierno cuando las rebeliones de Arredondo y López Jordán, lo que asignaba de suyo al joven general una elevada categoría política. Y en aquella exposición, argumentaba, sosteniendo la ofensiva:

“No solamente ofrecerá esta

militar la acción de su gobierno cuando las rebeliones de Arredondo y López Jordán, lo que [—] asignaba de suyo al joven jefe a la [] política general una elevada categoría política. Y en esa aquella exposición, argumentaba, sosteniendo la ofensiva: (Marcó, 130)

operación grandes beneficios para el país, por los riquísimos campos regados por los numerosos ríos y arroyos que se desprenden de la cordillera, y que se ganarían para la provincia de Mendoza o para la Nación, sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito, que desde tiempo inmemorial hacen, con las haciendas robadas por los indios, las provincias del sur de Chile, Talca, Maule, Linares, Nuble, Concepción, Arauco y Valdivia.”

En los casos arriba señalados se advierten diferentes soluciones editoriales que parecen a simple vista sencillas, pero al intentar resolver para la publicación en el diario, aquellas zonas confusas del manuscrito, los editores debieron interpretar el conjunto de signos y prácticas de escritura de Lugones por tratarse de un texto preliminar e inacabado. De modo que la edición de este fragmento póstumo se inscribe en un estadio del texto que se resolvería en una versión posterior que jamás se realizó a causa del deceso del escritor.

Las ediciones

El 17 de diciembre de 1938 salió a la venta la edición del texto póstumo de Leopoldo Lugones.¹³³ A diferencia de lo que en va-

133 Así queda expresado en el colofón de la edición: “Esta obra acabóse de imprimir el día 17 de diciembre de 1938 en la imprenta y casa editora ‘Coni’ calle Perú 684, Buenos Aires.”

rios momentos había manifestado el autor,¹³⁴ el libro inconcluso sobre la vida del general conquistador del desierto aparecía titulado como “Roca”. Según se halla testimoniado en la sección de la memoria anual de 1938 dedicada a las publicaciones de la Comisión: “Comprb. N° 26. Por impresión de 6000 ejemplares a la casa Coni: 4.992.50”.¹³⁵ A la vez que se declara el costo total de la publicación, se dan algunas precisiones técnicas acerca de las características materiales de la edición fijadas por la Comisión:

*Se solicitó precios a Imprenta Coni y Casa Kraft, resolviendo la Comisión Nacional que debía tenerse en cuenta el modelo de la obra “Mitre Militar”. Kraft y Coni, casas elegidas por la Comisión, presentaron presupuestos, pero la última no pudo hacerlo sobre la base indicada, por falta elegido. Se adjudicó a Coni.*¹³⁶

Características que se explicitan en la aclaración incluida en la edición misma: “De esta obra se han impreso 4900 ejemplares en papel Antique y 100 ejemplares en papel tipo Holanda, Marca Coni, que constituyen la totalidad del tiraje.”

La edición consta de 206 páginas impresas en foliación arábiga. Cada uno de los capítulos se encuentra dividido por números romanos correlativos [I-IX]¹³⁷. Las medidas de los folios son:

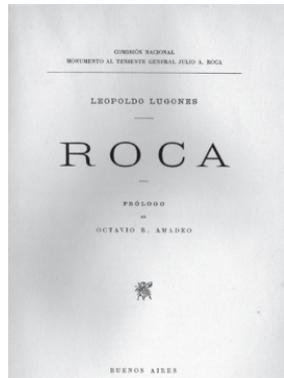
134 Recuérdese que tanto en la carta de suicidio reproducida en el apartado primero como en la nota editorial del adelanto de la obra “El Jefe” dada a conocer en vida del autor, el texto llevaba por título *Historia de Roca*. Posiblemente pensándose en tándem con la otra obra biográfica por encargo que Lugones había publicado sobre Sarmiento, titulada *Historia de Sarmiento*.

135 Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, *Gastos efectuados 1938*, Buenos Aires, s/d, 1939, p. 20.

136 Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, *Gastos efectuados 1938*, op. cit., p. 20, nota 2.

137 Prólogo (9-49); (hoja en blanco); Limen (s/fol); Índice (s/fol.); Colofón (s/fol); [Capítulo I] Los constructores (53-59); [Capítulo II] El Hogar Hidalgo (61-66); [Capítulo III] La Cepa (67-76); [Capítulo IV] El Vástago (77-88); [Capítulo V] Primeras Armas (89-97); [Capítulo VI] Formación del

219 mm. de alto por 140 mm. de ancho. La caja de escritura es de: 150 mm. de alto por 92 mm. de ancho y las hojas presentan la filigrana de la casa editora Coni. Por tratarse de una publicación de la Comisión, la edición presenta los datos oficiales de sus miembros¹³⁸ como así también aquellos que han estado encargados de forma directa de la edición en particular.¹³⁹ La edición se encontraba precedida por un retrato del General Roca y por un prólogo de Octavio R. Amadeo:



Jefe (99-116); [Capítulo VII] El país que iba a mandar (117-138); [Capítulo VIII] El Jefe (139-168); [Capítulo IX] La Campaña del Desierto (169-205).

138 Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca (s/ fol.); *Presidentes honorarios*, Doctor Felipe Jofre, General Agustín P. Justo; *Presidente*, Almirante Manuel Domecq García; *Vicepresidentes*, General Francisco M. Vélez, Doctor Ernesto Padilla; *Secretarios*, Doctor Clodomiro Zavalía, Don Bartolomé Galíndez; *Tesorero*, Don Juan B. Mignaquy; *Protesorero*, Doctor Joaquín S. de Anchorena; *Vocales*, Doctor Ramón S. Castillo, General Juan E. Vacarezza, Doctor Carlos Risso Domínguez, Almirante Juan A. Martín, Vicealmirante Ismael F. Galíndez, Doctor Ernesto Aguirre, General Camilo Idoate, Doctor Adrián C. Escobar, General Nicolás C. Accame, Doctor Octavio R. Amadeo, Doctor Enrique Larreta, Contraalmirante Francisco Stewart, Doctor Luís María Campos Urquiza, Doctor Tito L. Arata, Doctor Eduardo Crespo, Don Saturnino J. Unzué, Doctor Enrique Navarro Viola.

139 Comisión Especial Encargada de la Publicación de Esta Obra (s/ fol.): Doctor Clodomiro Zavalía, Doctor Octavio R. Amadeo, Don Bartolomé Galíndez; Prólogo.

El carácter inconcluso de la obra impuso al prologuista la necesidad de desplazar el foco de atención desde Roca, figura central de la biografía, hacia la personalidad del escritor y las vicisitudes de su desaparición:

La Comisión Nacional del monumento al teniente general don Julio A. Roca, presidida por el señor almirante don Manuel Domecq García, me ha hecho el honor de confiarme la redacción del prólogo a la obra sobre tan ilustre prócer que fuera encargada al malogrado escritor don Leopoldo Lugones, cuyo libro, interrumpido por la muerte, resultó de tal suerte póstumo.

He dividido mi prólogo en tres partes: en la primera estudio la personalidad literaria del autor de la obra; en la segunda doy una noticia o resumen del libro; y en la tercera hago una síntesis de la personalidad del general Roca, en la época no alcanzada por Lugones.¹⁴⁰

Así, el prólogo dedica su mayor sección a la figura de Lugones; lo caracteriza, lo describe y a la vez ofrece un sumario rápido de los episodios contenidos en la inacabada obra. Sólo hacia el final, en la tercera parte, se detiene en aquellos segmentos, posiblemente los más relevantes para la Comisión, de la vida política de Roca en el gobierno. De este modo, la estrategia del prólogo de Amadeo consiste en homologar la jerarquía de los dos ilustres fallecidos (el protagonista político y objeto de la narración: el General Roca, y su biógrafo desaparecido: Lugones). Es entonces el prólogo que antecede a la obra póstuma el que se constituye como una suerte de guía de lectura que apunta a contextualizar a las dos figuras trucas de la obra: al Roca personaje inconcluso del universo literario; y a Leopoldo Lugones el escritor desaparecido.

140 Amadeo, Octavio R., "Prólogo", op. cit. p. 9.

La edición de la obra recuperaba las mismas decisiones editoriales empleadas en el segundo fragmento anticipado por el diario *La Nación*. Sus editores habían optado por publicar el texto lugoniano libre de sus profusas correcciones, desarrollando las interpolaciones escritas en los versos de los folios y las referencias a los documentos citados. No obstante, al momento de editar algunas secciones problemáticas del capítulo IX (“La Campaña del Desierto”) los editores –a diferencia del fragmento dado a conocer en el diario, cuando deben desarrollarse los documentos de Marcó del Pont o de Muñiz–, toman otra determinación:

**LN (17/7/1938, Sec. 2, p. 1,
col. C-D)**

“Termino aquí, señor redactor, dejando otras consideraciones de detalle para ser incluidas en la memoria general que sobre esta materia preparo para el Gobierno, y espero que estos ligeros apuntes serán para que la prensa ilustrada de esta ciudad tome una opinión exacta sobre la parte verdadera que esta ardua cuestión corresponde a la frontera de mi mando.”

“Saluda al Señor Redactor”

“Julio A. Roca”

1ed. (p. 179)

“Termino aquí, señor redactor, dejando otras consideraciones de detalle para ser incluidas en la memoria general que sobre esta materia preparo para el Gobierno, y espero que estos ligeros apuntes serán para que la prensa ilustrada de esta ciudad tome una opinión exacta sobre la parte verdadera que esta ardua cuestión corresponde a la frontera de mi mando.”

Como se advierte en el ejemplo citado, en cada uno de los documentos los editores desarrollan la referencia pero omiten la salutación final típica del formulismo de la carta y presente en las fuentes de donde Lugones extrajo las referencias. Sin embargo, en cada uno de los casos, los editores optan por incluir la siguiente nota al pie: “El autor transcribe íntegramente la frase de forma del final de la carta y la firma de Julio A. Roca. La comisión

encargada de la publicación se ha permitido suprimirlas.”¹⁴¹ No hay ninguna explicación aparente que justifique esta determinación, más que una opción de los editores de no incluir la cita completa.

La *Historia de Roca* ha tenido al menos dos ediciones más luego de ver la luz por primera vez. La primera de ellas, fragmentaria, es la que incluye Leopoldo Lugones (hijo) en la selección de la obra de su padre reunida en su *Antología de la prosa* y publicada en 1949.¹⁴² A pesar de lo que declara el compilador en la nota introductoria: “Tras repasar el texto de ‘Roca’ me he decidido por el capítulo X –‘Primeras Armas’– que es donde aparece el protagonista retratado en su paso inicial por la carrera de su afición y tendencia.”¹⁴³ Efectivamente el texto que presenta la edición es el del capítulo V (“Primeras Armas”) salvando la errata del número de capítulo deslizada por el compilador. La segunda edición completa de la *Historia de Roca* fue publicada en 1980 en la “Colección de Clásicos Argentinos” de la Editorial de Belgrano. Esta segunda edición completa incluía una introducción de Tomás Alva Negri y reproducía el mismo texto de la edición de 1938, sin embargo a diferencia de la primera reponía el título original de la obra al que había aludido Lugones en varias oportunidades.

En el año 2009 el actual presidente de la Academia Argentina de Letras, Pedro Luis Barcia, impulsó un ambicioso proyecto que tenía por objeto editar, en varios tomos, las *Obras completas* de Lugones. El proyecto contó con el apoyo de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación¹⁴⁴; y bajo el sello edito-

141 Lugones, Leopoldo. *Roca*. Buenos Aires: Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1938, p. 179.

142 Lugones, Leopoldo, *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949.

143 Lugones, Leopoldo, *Antología de la prosa*, op. cit., p. 475.

144 Se lee en el verso de la portada: “La presente primera edición de las

rial Ediciones Pasco, Barcia comenzó a publicar los tomos de la obras. Del ambicioso proyecto de 53 volúmenes sólo se dieron a conocer cuatro: *Romances del Río Seco* (Tomo I); *La misión del escritor. El ideal caballeresco* (Tomo II); *Odas seculares* (Tomo III) y *Elogios* (Tomo IV). La biografía inconclusa del General Roca ocupaba el lugar del tomo XXXVII, que no llegó a publicarse aún y que el editor ha optado por titular como se fija en la primera edición: *Roca*.

La presente edición crítico-genética es la primera que edita el texto lugoniano atendiendo a sus particularidades manuscritas y las decisiones emprendidas por anteriores editores.

Obras completas de Leopoldo Lugones ha sido declarada de Interés Cultural por la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación mediante la Resolución N° 3973/99, y de Interés Nacional por la Secretaría General de la Presidencia de la Nación a través de la Resolución N° 1366/99.”

Agradecimientos

En una de las tantas cartas que pueblan la narración de *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, Marcelo Maggi le confiesa a Emilio Renzi:

Sufro esa clásica desventura: haber querido apoderarme de esos documentos para descifrar en ellos la certidumbre de una vida y descubrir que son los documentos los que se han apoderado de mí y me han impuesto sus ritmos y su cronología y su verdad particular. ¹⁴⁵

Algo de ese sentimiento misterioso me fue invadiendo desde que me topé por primera vez con el manuscrito autógrafo de la *Historia de Roca* de Leopoldo Lugones. Le debo mi acercamiento a una inquietud que nació de la invitación del director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, y de Roberto Casazza para que participara de un ciclo de conferencias acerca de la historia de la Biblioteca Nacional que tuvo lugar durante el año 2011. En aquel momento analicé los manuscritos de escritores argentinos, siguiendo sus huellas textuales a través de cartas, diarios y memorias.¹⁴⁶ Seguí a muchos de nuestros autores, indagué acerca de sus vínculos de amistad, sus relaciones amorosas y su contacto con la muerte. De Lugones me cautivó ese carácter novelesco del que estaba revestido su momento final, allí fue cuando me detuve con singular atención en la lectura de la biografía inconclusa sobre la figura del general Roca. Debo decir que al igual

145 Piglia, Ricardo, *Respiración Artificial*, Barcelona, Anagrama, 2011, p. 27

146 Canala, Juan Pablo. "El arte de atesorar: escritura, amistad y autobiografía en originales manuscritos de autor", Conferencia leída en *I Seminario Institucional. Historia de la Biblioteca Nacional (1810-2010)*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 20 de Abril 2010. (Mimeo)

que el personaje de Piglia, el manuscrito fue seduciéndome, fue guiando mis lecturas, se convirtió paulatina y estrepitosamente en un desvelo. Es esta edición el resultado de un largo tiempo de vínculo con los últimos momentos de la trayectoria intelectual de Leopoldo Lugones; he intentado ofrecer una edición crítico-genética que pueda esclarecer los complejos entramados textuales y contextuales que incidieron en su escritura pero también en su naturaleza inacabada.

Como suele ocurrir en estos casos, muchas personas han intervenido de forma insoslayable en la factura de este libro y quiero reconocerlos aquí. En primer lugar, sin el amable interés de Juana Orquin, sin su reiterada insistencia para que este texto integrara la colección de *Los Raros*, el destino esperable de esta edición hubiera sido el silencio definitivo. Yasmín Fardjoume fue una lectora sagaz, que supo hacer correcciones adecuadas y sugerencias aún más fundamentales. A ella le agradezco su generosa tarea y su buen humor en el trabajo. Agradezco también el impulso generoso de los amigos del equipo de publicaciones de la Biblioteca Nacional. A Sebastián Scolnik, por su escucha atenta, su sensibilidad y su afecto. A Horacio Nieva, Ignacio Gago, Alejandro Truant, Griselda Ibarra, María Rita Fernández y Gabriela Mocca. Porque su generosidad y aliento hicieron que el libro creciera, se hiciera fuerte para finalmente ser dado a luz. Especialmente a Rita y Gabi que me escucharon tantas anécdotas que se entrecruzaron con su escritura. Me gustaría agradecer a Carlos “Cucho” Fernández la ardua tarea que emprendió al diseñar esta complicadísima edición, sin relegar la estética visual y atendiendo a las sugerencias metodológicas, propias de una edición crítica como la que aquí emprendí. A mis compañeros de la Sala del Tesoro “Paul Groussac” su interés cotidiano y su humor constante.

Quisiera destacar la fundamental ayuda brindada por el personal de la Sala VII del Archivo General de la Nación. Su amable

trato cotidiano y el haberme permitido consultar el manuscrito de Lugones en varias oportunidades. Al personal de la Biblioteca “Raúl Prebisch” del Banco Central de la República Argentina, donde pude localizar con rapidez los artículos y adelantos publicados en el diario *La Nación*. Asimismo agradecer la gentileza de los referencistas y bibliotecarios de la Hemeroteca y de la Sección Libros de la Biblioteca Nacional que me ayudaron a localizar textos escurridizos y libros extraños que aceleraron los ritmos de escritura.

Una mención distinguida merece Jorge Ferro, que con su amistad habitual me ofreció los originales de su inédito y exhaustivo estudio sobre la biblioteca de Leopoldo Lugones. Él compartió conmigo sus hallazgos, y nuestras charlas sobre la vida y la obra de Lugones fueron fundamentales para la elaboración del estudio preliminar. Muchos amigos acompañaron el proceso de escritura, alentándome siempre con ideas, textos y sugerencias: María Pia López, Esteban Bitesnik, Evelyn Galiazo, Graciela Goldchluk, María Mercedes Rodríguez Temperley, Laura Rosato, Germán Álvarez y María López García.

Alejandra Laera recibió con entusiasmo y alegría este proyecto, y no dudó en alentarme durante su realización. Una confirmación más de nuestras pasiones librescas comunes.

A mis compañeros de la cátedra de Literatura Argentina II de la Universidad de Buenos Aires, con quienes he compartido estos años de alegrías y reflexiones acerca de la investigación y la docencia. Especialmente a Elena Donato que tanto se alegró cuando le mostré los primeros avances de esta edición.

La escritura de este libro ha estado atravesada por numerosas coyunturas personales y profesionales. Sin el apoyo de mis afectos más próximos su realización se hubiera diluido irremediablemente. A mis padres, que siempre siguen de cerca mis pasos con atención y auténtico afecto. A mi hermano Emiliano, que con humor e inteligencia me ayudó a resolver momentos difíciles. A

Sylvia Saítta, que ha sido una promotora permanente, tanto en los momentos más felices, como en los más difíciles que convivieron con la escritura de este libro. Sin su humor, sin su amistad y su afecto todo hubiera sido mucho más complejo. A ella le debo haberlo terminado. A Agustín Kohan, que me conecta con la alegría, con el humor; portando esa misteriosa sabiduría que poseen los niños, y que se fascinó con la historia del manuscrito del suicida. A Claudia Roman que confió en mí en todo momento, y que supo acompañarme en las jornadas menos venturosas con gran afecto y paciencia. A Mariela Monsalve y Laura Cabezas cada una de las charlas, el respeto por mis silencios y por mis verborragias. La escritura final de este libro aconteció en La Plata, en un ámbito cálido y libre de preocupaciones pude dedicarme varias jornadas a la lectura y a la escritura. Esto fue posible gracias a la generosidad de Alejandra Graiver, Antonio Galeano y Vicky que me abrieron las puertas de su casa. Sin sus charlas amenas, la rica comida servida y el buen humor me hubiera resultado difícil escribir. *At last, but not at least*, a Diego Galeano. Él sabe lo fundamental que me resulta su presencia y el lugar privilegiado que ocupa en mi vida como lector, como amigo, como cómplice.

Juan Pablo Canala
La Plata, invierno de 2012.

Criterios de la presente edición

Para el establecimiento del texto de la presente edición crítico-genética de la *Historia de Roca* de Leopoldo Lugones, se ha tenido en cuenta el manuscrito autógrafo conservado en la Colección Biblioteca Nacional existente en la Sala VII (Colecciones donadas y adquiridas) del Archivo General de la Nación. Por tratarse de un texto inconcluso, se ha intentado mantener la mayor fidelidad posible al manuscrito. A su vez se tuvieron en cuenta las dos ediciones póstumas completas publicadas (Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca-Coni, 1938; Editorial de Belgrano, 1980).

Se han respetado las grafías del texto presentes en el manuscrito. En lo que respecta al uso de las mayúsculas, se ha optado por seguir el criterio actual. Sin embargo, para aquellas palabras que Lugones escribía sistemáticamente con minúscula (estado, ejército) o en algunos casos que se emplea el uso de las mayúsculas (Nación, Guerra) se ha respetado su criterio. En lo que respecta a palabras subrayadas en el original, se ha optado por destacarlas en la edición con bastardillas.

El texto se ha puntuado y acentuado siguiendo los criterios ortográficos vigentes, aunque se ha decidido conservar las formas verbales arcaicas empleadas por autor. En lo que respecta a los signos paralingüísticos (signos exclamativos, interrogativos, uso de comillas) se han repuesto los de cierre o apertura según corresponda en cada caso. Asimismo, se ha respetado la organización de párrafos y disposición del texto presente en el manuscrito.

Para los capítulos VIII [El Jefe] y IX [La Campaña del Desierto], que fueron dados a conocer en el diario *La Nación* como adelantos a la edición póstuma, se ha señalado en cada caso al inicio del capítulo, centrado y entre corchetes, la fecha y la pa-

ginación que se corresponde con el texto de la siguiente manera:

[*La Nación*, sábado 1 de enero de 1938, p. 3¹]

A su vez la inclusión del número en superíndice [1] permite indicar en nota al pie los datos de titulación presentes en las respectivas entregas del diario, separando con barra [/] cada salto de línea:

EL JEFE/POR/LEOPOLDO LUGONES/ILUSTRACIONES DE JUAN CARLOS HUERGO.

Al pie del texto de *Historia de Roca* se encuentran dos tipos de notas. Las primeras corresponden a las variantes y correcciones presentes en el manuscrito, que se señala como *Ms*. Se trata en este caso de notas estrictamente genéticas, y el código utilizado es el siguiente:

~~tachado~~: texto tachado en el manuscrito.

^{exponente}: texto que figura en el manuscrito, escrito en el interlineado, en los márgenes, superpuesto o, en todo caso, después de una primera redacción.

[-]: texto tachado ilegible.

[corchetes]: intervención del editor.

Se consignan también al pie aquellas variantes que corresponden a los adelantos publicados en el diario, que se señalan como *LN*. El segundo tipo de notas corresponden a las que el autor incluyó en la redacción del texto. En ese caso se ha optado por señalarlas según el criterio de numeración presente en el manuscrito y

entre paréntesis: **(1)**.

Por último la edición incluye una serie de Apéndices. El **apéndice I [Textos]** recopila una serie de artículos y conferencias escritas por Leopoldo Lugones todas ellas sobre la figura de Roca. El **apéndice II [Reseñas y comentarios]** reúne las escasas referencias vertidas en la prensa coetánea acerca de la publicación póstuma de la *Historia de Roca*.

Abreviaturas empleadas

AGN: Archivo General de la Nación.

AHIBN: Archivo histórico Institucional (Biblioteca Nacional).

BNM: Biblioteca Nacional de Maestros (Sala del Tesoro).

fol.: folio

LN: diario *La Nación*.

Ms: Manuscrito autógrafo de la *Historia de Roca*.

r: recto (cara anterior del folio)

v: verso (revés o segunda cara del folio)

Historia de Roca

Edición crítico-genética

Limen

El general don Julio Argentino Roca nació en Tucumán el 17 de julio 1843, y falleció en Buenos Aires el 19 de octubre de 1914. Fue dos veces presidente de la República Argentina, mandó en jefe sus ejércitos, completó su dominio territorial por las armas, lo aseguró en el derecho, y dándole todavía prosperidad,¹ orden, paz y justicia mereció el título de constructor de la Nación entre² los grandes que así venera la Patria.

1 *Ms:* pa orden

2 *Ms:* entre de

Los constructores

Toda nación, como entidad viviente y política según su sentido propio, vale decir, racionalmente dispuesta, es una construcción determinada por la necesidad de instalarse los hombres que la forman, el método¹ con que procuran realizarla en satisfactorias condiciones de seguridad y bienestar, los medios de que a este efecto disponen, y la aspiración de mejorarla que abrigan; pues tratándose de un organismo humano, al estar compuesto de elementos así, dicha tendencia progresiva le es inherente como tal.

Esta noción de adelanto, al excluir la fatalidad biológica, diferencia radicalmente el crecimiento animal del humano; con lo que, siendo el pueblo quien forma la nación, resulta de la mayor importancia indagar en su servicio aquel cuádruple fenómeno material y moral que dicha obra resume, para darle así el concepto de su ser y la conciencia de su destino. El objeto de la historia es, entonces, averiguar cómo se formó la nación, para saber de qué modo hay que seguir construyéndola. Cuanto más hondo arraigue ella en la entraña de la civilización a que pertenezca, mayormente fortificará su vitalidad y su carácter. La continuidad histórica es garantía de solidez.

No vive el hombre por vivir, como la planta o el animal que, con hacerlo, se consumen; sino para algo superior que da al patriotismo su significación de virtud, transformando el apego instintivo en fuerza consciente. Esta noción espiritual de superioridad, conceptúa el honor de la patria, que es una constante afirmación de dicha excelencia. La historia puramente narrativa frustraría aquella su elevada misión, aunque la lleve implícita, toda vez que reducida la nación a cosa geográfica, biológica y

1 *Ms*: plan método

económica, sólo sería una tribu. Al afirmar que la nación no es obra del pueblo, sino y mejor² que ella misma, definimos una entidad humana³ que practicando el arte de gobernar, reconoce categoría superior a la inteligencia. Más aún: que ejerce esta facultad en su triple acepción formativa de orden moral, racional y estético; por donde se dijo con verdad que el gobierno es una obra de arte.

Bajo este concepto, el constructor, según llamamos por antonomasia al que organiza los elementos de la obra y la dirige, adquiere un descuello tal⁴ que la sintetiza⁵ en su persona aplicada de esta suerte al bien común; con lo cual⁶ la define, dando su nombre a la época correspondiente. Los nombres de esos grandes servidores del pueblo, resultan, como se ve, expresiones significativas de la historia, y tanto, que ésta deja de existir con su olvido, o tiene que inventarlos para no acabarse, imaginando los númenes epónimos;⁷ pues así es de indispensable el jefe a cualquier organización humana. La unidad de la acción colectiva tiene que manifestarse encarnando en un director; y para atenerme nada más que a nuestra filiación latina, tal fue durante el paganismo la formación del Imperio Romano, lograda al cabo de una experiencia multiseccular como el mejor resultado político que se conozca, y tal es, en la continuidad histórica, la Cristianidad o “cuerpo de Cristo”, según se la define a consecuencia de la encarnación⁸ redentora; por donde vemos realmente que, cuanto más espiritual, mayor eficacia congregante posee la susodicha dirección.

2 *Ms:* lo que es decir sino y mejor

3 *Ms:* con esto histórico una entidad humana

4 *Ms:* en ella una concurrencia adquiere un descuello tal

5 *Ms:* construye sintetiza

6 *Ms:* y con con lo cual

7 *Ms:* [-]epónimos

8 *Ms:* por la encarnación a consecuencia de la encarnación

De este modo, pues, no hay civilización completa sin latinidad; o mejor dicho, la⁹ civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico sentido esencial¹⁰ (1); y por lo mismo, también, el cristianismo perfecto es el católico romano.

Cobra, así, una trascendencia evidente el hecho de que fuese España, campeón del catolicismo, quien conquistara estos países para incorporarlos a la Cristiandad, formándolos por¹¹ consiguiente en el heroísmo y en la fe de su inspiración militante. Categoría histórica más alta aun, según lo dicho, si se considera que siendo España, por la sangre, tan arábica y hebrea a la vez, era completamente latina por la fe y el idioma que constituyen los valores esenciales del alma; pues, con ello, vuelve a verse que es el espíritu lo que forma al hombre y al pueblo, y no la raza o materia biológica, ni¹² menos, la territorial o climática. Pero, más todavía, ninguna de las naciones pertenecientes a la latinidad fue tan romana como aquélla, y bastan para comprobarlo, tres elementos fundamentales de su índole: el idioma, superior en la prosa, con temple y decoro análogos a los de aquel verbo¹³ imperial, también mejor, por lo más genuino, que los metros de la retórica helenizante; el derecho precristianizado, diré así, en la noción estoica del “género humano”, que, al soplo ya providencial del Evangelio,¹⁴ inspiraría con santo amor de justicia la legislación promovida por Vitoria y Las Casas; y el heroísmo caracterizado por la estupenda constancia, zócalo de granito con

9 *Ms:* esta^{la}

10 (1) *Civilitas*: política o arte de gobernar; urbanidad, amabilidad, cortesía. *Civilis*: político, popular, sociable. *Civis*: ciudadano. *Civitas*: ciudad, nación, política, ciudadanía.

11 *Ms:* de^{POF}

12 *Ms:* yⁿⁱ. *Las dos ediciones equivocan la lección a la hora de editarla, dejando y en lugar de editar ni que fue la opción realizada por Lugones.*

13 *Ms:* [-] verbo

14 *Ms:* del ta Evangelio

que, en su propia cordura, daba apoyo la empresa al arrebato quimérico que no era sino la negación de lo imposible, como hachón precursor descabellado en llamaradas. Pues lo asombroso de la Conquista estuvo en que excedió los modelos ya sobrehumanos de su propósito: romances¹⁵ caballerescos y leyendas de santidad. Así con Álvar Núñez, Pizarro, Cortés, Francisco Solano, Ruiz de Montoya...

Todo ello que da ganas de ponerlo en latín recio y flamígero como bronce de combate. *Parcere subjectis et debellare superbos*¹⁶ (2) —fórmula del Senado—. ¡Qué cosa, también, más de paladín y apóstol! ¡Qué obra tan romana, pues, la Conquista de que salimos!

Pero todavía más ardua fue en la tierra argentina por la escasez de recursos, que afligiéndola con singular pobreza entre todas las de América, impuso al hombre mayor esfuerzo y sobriedad, y por lo indómito de sus indios, que prolongaría la guerra de ocupación, concluida hacia 1600 para el resto del Continente, hasta el último quinto del siglo decimonono. Austeridad que prepararía, como el ayuno precedente a la toma de armas¹⁷ del paladín, para la empresa libertadora de nuestros padres.

De acuerdo, pues, con su historia, el pueblo argentino, predestinado a la espada, como se verá, no obstante las apariencias y errores de un falso liberalismo, debe tener por constructores a individuos de formación cristiana y militar, según acontece hasta hoy, lo que es ya una prueba; y por esto su más grande obra, o sea la emancipación, iniciáronla, adecuáronla¹⁸ y consumáronla el 9 de julio de 1816, soldados y sacerdotes. Así, el éxito inicial de la Revolución, lo aseguró Saavedra con su espada; la liber-

15 *Ms.*: novelas romances

16 (2) Respetar a los oprimidos y abatir a los soberbios.

17 *Ms.*: al formar, para^a la toma de armas

18 *Ms.*: [-]adecuáronla

tad ganáronla con las suyas Belgrano, Güemes y San Martín; el régimen federal y la forma republicana de gobierno, única organización viable, fueron sendas iniciativas del deán Funes y del padre Oro; empresa tan nacional, que cada uno de todos ellos perteneció a distinta provincia.

Constituye, entonces, el más alto interés nacional la conservación de las virtudes cristianas y marciales, que siendo las mismas del hogar, dan a la patria su fundamento mejor en la familia bien formada. De hogares así procedieron los constructores; pero hay todavía algo más característico.

En concepto romano, y por esto no menos significativo para la presente latinidad, el estadista completo también ha de ser general; como que *emperador* quiere decir comandante en jefe. Tal fuéronlo, y excelentes, Marco Aurelio el filósofo, Justiniano el codificador, y asimismo lo entendía Sarmiento para quien, como latinos: “formamos parte integrante del Imperio Romano”, cuando apreciaba con tanto celo sus galones. Pues de más lejos viene, siendo esencial en la índole grecolatina, y baste recordar, a propósito, que Pericles fue brillante general, con lo que, al integrarse aquélla en la civilización cristiana, gloria del mundo, su esclarecimiento resulta un verdadero título de nobleza para las naciones de tan ilustre prosapia.

[II]
El hogar hidalgo

Si la Conquista, o dicho con mejor criterio histórico, la incorporación de estas tierras a la Cristiandad, fue obra conjunta de la espada y la cruz, y en el Río de la Plata más evangélica que militar todavía, según lo vamos a ver, su formación estable se efectuó sobre el hogar hidalgo; epíteto que empleo porque la ocupación inicial, o Conquista, propiamente hablando,¹ ejecutóse con gran mayoría de gente de aquella clase, cuya condición transmitieron desde el principio los padres, en su afecto natural, a la descendencia ilegítima de los primeros accesos.

Adviértase, sin embargo, que siendo de carácter militar dicha condición, por su origen habitualmente guerrero, el condigno pundonor sobrepúsose luego al sentimiento con severo decoro, aunque la familia criolla nunca perdió, tampoco, aquella índole cariñosa y democrática inherente a las exigencias del medio: uniones, que dije, inevitables ellas; aislamiento peligroso que acentuaba la intimidad; necesidad de bastarse y ayudarse entre pocos, lo cual igualábalos en el mérito del esfuerzo común, tal como a su tiempo la hidalguía originaria.

La religión, tan poderosa entonces, como que el objeto superior de la Conquista fue su propagación, primer deber del cristiano, quien ejerciendo así, a un tiempo, la caridad y el amor a Dios, practica las dos mayores virtudes, influyó, a su vez, con doble motivo: la moral obligatoria y la fraternidad en el divino linaje, que igualando a los hombres por la Redención, y protegiendo en consecuencia a indios y criollos contra la iniquidad frecuente del privilegio peninsular, hizo de ellos sus más, fervientes devotos. Así, mediante empresas asombrosas como las

1 *Ms:* dicho hablando

misiones jesuíticas, y creaciones como la Universidad de Córdoba, con² todo el esplendor de su doctorado *in utroque*, sobre la miserable ranchería que era entonces la ciudad.

Por otra parte, la hidalguía del conquistador, ganada principalmente en la guerra de reconquista contra el musulmán, llevaba ínsito el fervor religioso, y habíase formado sobre el concepto medieval de la identidad entre patria y religión, más vigoroso por aquel motivo en España. Aplicó así ambos elementos a la formación del hogar que constituía y de la patria que se dio después en el ejercicio de la libertad cristiana; pues bajo tal signo se realizó aquella empresa de nuestra gloria. Por esto no cometieron felonía los españoles que nos ayudaron a consumarla, y fueron tan buenos cristianos, a la vez, sus sacerdotes y sus soldados.

Al propio tiempo, como salvo en la pampa, desdeñada entonces por estéril, —el indígena ofreció poca resistencia o quedó pronto exterminado— la obra civilizadora de estas comarcas fue, según dije, más evangélica que militar, hasta la guerra de la independencia, cuando la familia criolla estaba ya de antiguo constituida con la sólida honestidad que forjaron por decirlo así, la robusta fe y la digna pobreza.

Poco antes de la Revolución, el incremento de los malones, renovando el peligro de la instalación inicial, exaltó la energía bélica, nunca extinta, además, por la amenazadora repercusión que siempre tuvieron las guerras metropolitanas. Así, las invasiones inglesas requirieron la organización de los³ elementos militares con que hubo de iniciarse el movimiento emancipador.

Entonces, con las prolongadas campañas de la independencia y la guerra civil, que pusieron a casi todos los varones sobre las armas, quedó el hogar hidalgo bajo la dirección poco menos⁴ que

2 *Ms.*: y con

3 *Ms.*: de los

4 *Ms.*:[-] poco menos

exclusiva de la mujer, cuya categoría cristiana dáble ya grande influencia. Plegarias y promesas por los ausentes, consejos más solicitados al confesor, autoridad moral más necesaria en razón de la femenina delicadez, acentuaron la devoción familiar. Esas madres fueron, pues,⁵ y con preponderancia cada vez mayor, las autoras de las tres generaciones que construyeron principalmente la patria. Y nada enseña mejor cuánto más importante para la mujer es la cultura moral –no la intelectual, y menos la intelectualista–, que la instrucción de aquéllas, reducida a lo elemental, cuando no hasta nula como en la madre de Sarmiento, que fue analfabeta, sin perjuicio de ejercer el gobierno del hogar con predominio y acierto por él mismo alabados.⁶

Casadas muy jóvenes, además, entre los trece y los dieciocho años, sólo una formación moral y una disciplina social firmísimas, pudieron darles la seguridad que manifestaron en tan ardua labor como vino a corresponderles, sin perder candor ni gracia bajo la tempestad. Así, en su propia endeblez, resiste mejor al huracán la azucena que la encina.⁷

Las monjas, a veces alguna señora necesitada que “ponía escuela” para ganarse la vida, o la propia familia con más generalidad, enseñaban el modesto cuadrivio: lectura suficiente, escritura más perfilada que ortográfica, pocos números, mucho catecismo y rezos; pero quien haya oído conversar a esas damas, tal cual yo las alcancé, guardará vivo, sin duda, el encanto de una discreción armoniosa que con noble pulcritud no exenta del genuino grano de sal, complaciase en la elegancia de aquella expresión ¡cuyo secreto parece haberse perdido!

Y como la eficacia del lenguaje consiste en su hermosura, y ésta le viene de su claridad y exactitud, que significan pureza

5 *Ms*: con pues

6 *Ms* agrega en color rojo: (a la vuelta)

7 En *Ms* todo este párrafo se encuentra en [fol. 20v]

veraz – con todo lo cual es pecado la palabra ociosa, según cristiano precepto – dicha expresión revelaba por sí sola una efectiva cultura,⁸ según llamamos a la civilización cuando florece en el espíritu. Así constituyen la verdad y la virtud estados de belleza, reintegrando con ésta su unidad esencial. Ética y estética son una y la misma cosa; y por esto Horacio, en texto que me parece de oportuna recordación, llama decentes a las Gracias.^{9 (1)}

Hubo, entonces, tanta grandeza en la patria, siendo la gente tan poca, a¹⁰ causa de que hombres y mujeres realizaron al grado heroico su respectiva misión, que es la defensa por el coraje¹¹ y la conservación por la virtud; obra ésta cuyos méritos asignan preeminencia, quizás, al elogio de nuestras madres. Es que si carecieron ellas de escuela, tuvieron hogar, que educa mejor; y éste, por los motivos antedichos, cultivaba como primordiales virtudes la prudencia, la fortaleza, la modestia, la concordia y el desinterés que, constituyendo el carácter, daban al patriotismo firmeza y temple.¹²

En hogar así nació Roca y lo criaron, lo cual no intenta explicar su eminencia propia, sino armonizarla debidamente con su origen; pues, si al hombre común¹³ lo hacen de consuno familia y sociedad, el grande hombre se forma y realiza él mismo. Sólo que cuando para ello encuentra elementos favorables allá, como a éste le sucedió, lo efectúa mejor, y de igual modo lo compensa con su obra, toda vez que construcción es armonía realizada. Escrito está que el espíritu sopla dondequiera; y nada lo escl-

8 *Ms:* cultura formada efectiva cultura

9 (1) Libro I, Oda IV, verso 6

10 *Ms:* p a

11 *Ms:* las armas el coraje

12 *En el Ms.* Esta última oración se encontraba en punto y aparte. Lugones introduce una marcación gráfica para indicar que va seguido a lo anterior.

13 *Ms:* al hombre común

rece tanto como la personalidad singular¹⁴ del grande hombre; pero la planta humana tiene su clima natal, y cuando es de las superiores, redundo ello en mérito de aquél, porque acredita su potencia excelente. Dícese bien, con esto, que glorificando al grande hombre se enaltece el país, fuera de que la justicia es, asimismo, obra gloriosa.

Sopla, pues, dondequiera el espíritu, pero no como quiera, sino de acuerdo a la razón¹⁵ natural que presume la cepa en el racimo; consideración que excluye de la historia la apelación arbitraria al prodigio y la fatalidad determinista a la vez.

14 *Ms.* [-]singular

15 *Ms.* al principio a la razón

[III]
La cepa

El capitán español don Pedro Roca, que vino a Buenos Aires hacia la mitad del siglo XVIII, fue aquí el tronco paterno del¹ cual habremos de partir, no por desdén inmerecido para su noble alcurnia peninsular, sino porque la misma indiferencia con que solían desprenderse de la suya quienes como él trasladábanse a estas tierras, indica el escaso interés que en las mismas despertaba.

Hijos de sus obras, los conquistadores, cuando aristócratas, fueron rara vez mayorazgos, dado que esta condición ventajosa arraigaba naturalmente al suelo natal con halagos de posición y fortuna; doble² motivo de igualdad entre ellos y de apego al país donde se instalaban. Su diferencia con los nativos fue, así, gentilicia o nacional, más que nobiliaria; y cuando la inherente a la vez que odiosa superioridad, tornóse insostenible ante el aumento de los últimos, aquel doble motivo concurrió también a estimular³ el movimiento emancipador y republicano.

Fijado esto, y que lo sea para recordar, por su grande importancia, que la armonía con el medio infunde al sujeto eficacia⁴ mucho mayor, pongamos que el referido capitán pertenecía a la familia condal de los Roca, de marcial origen catalán que remontaba a la guerra contra los mulsumanes, en la cual otro de su mismo nombre había ya portado, como blasón, el roque de oro sobre gules.

Nada más difícil que la investigación de estos antecedentes familiares, en el enredo antojadizo y venal efectuado ya de antiguo

1 *Ms.*: al del

2 *Ms.*: un doble

3 *Ms.*: fomentar estimular

4 *Ms.*: una eficacia

por reyes de armas y truchimanes heráldicos; si no revela mayor acierto, a la vez, dejar tales cosas en una vaguedad, por decirlo así, de artístico claroscuro, puesto que siendo arte⁵ la historia, lleva consigo la aversión a todo exceso, como el de prolijidad, que es fastidiosa insignificancia.

Puede, con todo, permitirse uno añadir, por lo bello de los símbolos y su perfecta adecuación al personaje, que el roque expresa —como en el alusivo ajedrez, juego militar ciertamente—, fortaleza o torre de combate, y “roca”, según la etimología más exacta, a fe, en el blasón que en el *Diccionario*⁶ (1); el oro de su materia, entre otras cosas magníficas, el león del Zodíaco, el mes de julio, la magnanimidad, el esplendor y el poder; y de los gules de su campo, Marte entre los planetas, entre las virtudes el valor y el honor, entre las excelencias la lealtad y la victoria. Añadamos que el escudo de un solo cuartel, como el que nos ocupa, es propio del apellido puramente.⁷ (2) Documento histórico equivalente⁸ a un despacho militar, asume⁹ significación muy superior en su síntesis gloriosa.

Si esto, por lo demás, valiese tan sólo para los creyentes en la

5 *Ms*: la arte

6 (1) El libro académico desacierta en las etimologías de *roque* y *roca*, antonomasia aquélla de esta voz, es decir, la misma cosa. La primera procedería, según él, de un socorrido “persa *roj*, carro de guerra”, pasado al árabe erudito con la acepción de torre de ajedrez, aunque los musulmanes, introductores de dicho juego en Europa, llaman comúnmente a la pieza en cuestión, *al-kálaat*: la fortaleza. En cuanto a *roca*, voz que el léxico se limita a relacionar con las francesas *roc* y *roche*, y con la italiana *rocca*, procede del griego *rosch* (transcripción fonética) rogos: pedazo de cosa rota, y grieta, rajadura, que emparenta con el término latino *rugá*: arruga, aspereza, rugosidad.

7 (2) Vicente Castañeda y Alcover, *Arte del Blasón*, Cap. IV. (Madrid, 1916) y Gregorio García Ciprés *Diccionario Heráldico*, págs. 25 y 136 (Huesca, 1916).

8 *Ms*: de equivalente

9 *Ms*: el es de asume

predestinación, es el caso que nuestro héroe supo ganarse tan cumplidamente sus armas, que nadie mereció como él aquellas de su linaje; y en cuanto a lo que este último significa, básteme recordar que entre la herencia y el medio ambiente, los biólogos atribuyen a la primera más importancia cada vez como elemento constitutivo.

Desposado el capitán Roca en Tucumán con María Antonia Tejerina, de precipua clase allí, fue uno de sus hijos con ella, José Segundo, padre del general, en quien comenzó a tornarse gloria patria la claridad de la stirpe.

¹⁰Tucumán figuraba desde entonces entre los principales miembros de la entidad argentina, propiamente dicho, pues sabido es que, antes de advenir a nación, definíamosla¹¹ el Plata; y su formación histórica, bicentenaria ya, su situación geográfica, central en el Virreinato, su feracidad como de opulenta vega, al recuesto de la montaña frondosa, caracterizaban la hidalguía local con un triple rasgo de genuina combinación entre la recia forja del triunfo alcanzado en lucha secular contra las más porfiadas tribus del interior, que: fueron las¹² chiriguanas y calchaquíes; el patriotismo, como quien dijese focal, mas, así también, radiante, y la provechosa actividad fabril que, en el recíproco influjo de los elementos formativos, imprimía a la personalidad reposada benevolencia.

Merece especial recuerdo aquella industria, por decirlo así, solariega, en virtud del progreso que fomentaba; mientras el consiguiente bienestar, favoreciendo la instrucción de los libros y los viajes, daba de consuno ventajosa singularidad al consabido empresario. Actividad semicasera y explotación completamente

10 En *Ms.* Figura un “[” como indicación del autor para marcar un salto de línea.

11 *Ms.*: y la formaba definíamosla

12 *Ms.*: las

local de los productos nativos¹³ mediante¹⁴ la tenería, el made-ramen de construcción y rodado, el trapiche de las melazas y aguardientes, acentuaban todavía el rasgo criollo de aquel señorío ya más burgués que aristocrático.

Así fue patriarcal, pero firme como de brida potrera, su dominio sobre la plebe bravía con la sangre del indio antecesor que exaltaban a porfía el alcohol barato y el sol violento; si bien la índole profundamente amorosa con el clima, a la vez que el abandono peculiar del mestizo, predisponían el afecto popular a la entrega apasionada bajo el prestigio de voluntades poderosas.

Casta y naturaleza embellecíanse en la mujer, afamada por los ojos que diríamos propiamente¹⁵ de gacela, a la letra de un madrigal andaluz, si no los luciera más dulces la corza comarcana o “corzuela”, según su cariñoso diminutivo, como para enternecerlos con mayor suavidad en la fragante palidez de diamela. Y a esto, una correspondiente gentileza afinada en el donaire cimbreño;¹⁶ sutilizada por el rebujo entre picaresco y fatal del mantón, al amparo de su sombra de seda; agraciada por el dejo cantante y, al propio tiempo, la viva mordacidad que escondía la pimienta de su clavel en la delicia del roído alfeñique. No, a fe mía, sin que la rivalidad mujeril o el encono político, insolentaran tal cual vez en linda boca el agresivo remoquete con que se vocearan de puerta a puerta aquellas damas de pro, desahogando el vehemente genio...

Devotas ellas, no obstante, al paso que pulidas por la buena crianza, su encanto y su hermosura resaltaban con particular atracción, explicándose así que se le rindiese tanto forastero en andanza, o de guarnición, como el dicho don Pedro Roca.

Clara aparición de doncella en el zaguán profundo sobre el

13 *Ms.*: locales nativos

14 *Ms.*: [-] mediante

15 *Ms.*: justamente propiamente

16 *Ms.*: cimbreño cimbreño

patio morisco del aljibe y el arrayán, o de recatada feligresa en la nave sonora bajo su escarpín, —ay del galán, ay del pasajero al acaso—: que todo fue verla, diría mi capitán, y caer mal ferido el corazón indefenso, ante aquella preciosa cuanto bien nombrada María Antonia Tejerina y Medina.

La posición central, además de sus méritos ante¹⁷ la Patria, como aquella prístina victoria de 1812 que, confirmando la proclama del vencedor, renombróla “Sepulcro de los Tiranos”, para erigirla dos años después en capital de la provincia — que así fue su engendro heroico (8 de octubre de 1814)^{18 (3)}—, atrajo sobre la ciudad el galardón insigne de que allí se declarase la Independencia, con que ganó la otra mitad de su corona, al titulársela por ello “Cuna de la Libertad”; y sucedió que ese mismo año de 1816, sentó plaza de cabo primero de Cívicos de Tucumán, por supuesto que en ofrenda a la Nación, según lo estilaban las principales familias con lo mejor de su sangre, José Segundo Roca a la edad de dieciséis años.

Cincuenta de actividad militar, sostenida en una de las más largas carreras del escalafón, hasta caer durante la última campaña a la cual había concurrido con cuatro de sus hijos: uno, Celedonio, muerto también allá; otros¹⁹ dos, Rudecindo y Julio, sendos futuros generales; medio siglo, pues, sobre las armas, dio a soldado tan completo como lo fue, meritísima²⁰ participación en cuatro guerras: la de emancipación, para él consumada con los laureles de Junín; la del Brasil su complemento, donde ganó las charreteras de teniente coronel al lado de Alvear; la civil, si

17 *Ms.* con ante

18 (3) Así el condigno decreto del Supremo Director de las Provincias Unidas, considera el propósito “de distinguir en algún modo el glorioso Pueblo de Tucumán que ha rendido tan señalados servicios a la Patria”

19 *Ms.* los otros

20 *Ms.* brillante meritísima

no está mejor llamarla constituyente, que hizo con Lamadrid y²¹ Lavalle; y la del Paraguay, que aseguró a la nación los cimientos de su dominio imprescriptible con la sanción de la victoria.

Insistamos un poco más, que vale la pena.

A los catorce años de su ingreso en las tropas, alcanzaba el guerrero la efectividad de coronel, habiendo mostrado cumplidamente su calidad nativa y su cultura militar formada –letras inclusive– al pie del cañón, con servicios tan señalados como el que prestó a las órdenes del magnífico Arenales en aquella primera Campaña de la Sierra –la más ardua que efectuó, acaso, el ejército libertador del Perú–; ya que no sólo puso en ella su espada, sino que dejó, bajo el modesto título de “Apuntes” el mejor relato personal de la misma: brazo y cabeza a cual mejor para aquella asombrosa andanza de ocho años que lo llevó de triunfo en triunfo desde su Tucumán de los Cívicos hasta los campos del Ecuador con Sucre por jefe²²!...

Siete hijos varones y una mujer, como en los antiguos romances de la leyenda –y de la historia– glorificaron la unión que contrajo con Agustina Paz, también de ilustre ascendencia, pues era hija del doctor don Juan Bautista Paz y Figueroa, presidente del Cabildo tucumano que en 1810 se declaró por la Libertad. Así, la esposa asociaba con su linaje la palma cívica al bélico laurel.

Un episodio de dramática belleza había enaltecido²³ aquel amor al grado heroico.

En 1836, el general unitario don Javier López,²⁴ alzado contra el de su clase don Alejandro Heredia, gobernador federal de Tucumán, invadió esta provincia, desde Salta, al frente de algunas fuerzas entre cuyos jefes se hallaba Roca. Vencidos y presos por Heredia en Famaillá (23 de enero) y condenados todos a muerte,

21 *Ms.*: al mando de que hizo con La Madrid y

22 *Ms.*: en

23 *Ms.*: exaltado enaltecido

24 *Ms.*: don Francisco Javier López

fue ejecutado López dos días después, tal cual procediera él mismo con los generales don Martín Bustos y don Bernabé Aráoz en 1823 y 1824, según el implacable rigor militar de la época. Entonces Agustina Paz impetró de Heredia el indulto para su novio ya en capilla, pues solía perdonarse al reo cuando una mujer lo pedía para marido; piadosa costumbre, realzada seguramente en el caso, por los méritos y calidad de los protagonistas, tanto como por el motivo de la petición, cuya doble influencia es de inferir sobre aquel culto soldado.

Ya veremos con qué patriótica sencillez conceptuaba ella²⁵ la responsabilidad de su origen y su destino. Consideremos ahora la importancia de su gobierno familiar, casi permanente con las prolongadas ausencias del esposo, ora en la guerra, ora en la emigración, o detenido, por último, desde 1839 a 1842, en Buenos Aires, a disposición de Rosas: desempeño que por difícil asombra, entre las vicisitudes sin cuento de una época desgarrada hasta la ferocidad con que la suerte pareció templarla a porfía, hasta resultar, así, de su hechura el molde como para bronce en que había de lograrse con tamaño acierto la personalidad prócer que nos ocupa, aunque ésta ofrecería tanta dificultad, a fuer de su mismo carácter extraordinario. Nada más importante, en efecto, que el cuidado de la tierna planta, por eminente que haya de ser su adultez, y aun con mayor motivo si se considera lo que así ha de resaltar su temprana torcedura.

Amable señora de los ojos tranquilos, la frente ancha y tersa bajo la doble ala del sencillo peinado cuyo toque “virginal” acentúa la pureza de la boca en²⁶ que la maternidad no abatió aún las comisuras ascendentes de la doncella. Boca grande por generosa; expresión de nobleza fiel; manos en que concede su aristocrática suavidad la azucena que dijimos.

25 *Ms.*: ella

26 *Ms.*: la boca ^{en} que

[IV]
El vástago

La predestinación del grande hombre manifiéstase como un hecho natural que asume a veces carácter de prodigio, pero que, con más generalidad, hállase visiblemente determinado por la concurrencia de sus elementos formativos. Su interpretación histórica es, así, caso de lógica racional en el que, desde luego, va constituyendo prueba la correspondencia de la biología con la fe que asevera la creación providencial de las almas con un fin del mismo género; a cuya virtud tiene la vida humana un objeto trascendental como la propia¹ obra del individuo superior, que lo torna más visible por su propia eminencia.

Si la personalidad del que estudiamos se explica ya bastante por su prosapia, merece análoga consideración el voto profético que lo dedicó a la Patria en la misma participación de su nacimiento, cuando la animosa madre la escribía con el regocijo de haber tenido aquel varón “a quien llamaremos Julio, por ser el mes glorioso, y Argentino porque confiamos que será como su padre un diligente senador de la Patria” ¿No está eso de bien puesto que parece un epígrafe romano, inclusive la coincidencia cesárea en la advocación del mes imperial,² (1) y el concepto del patriótico deber referido al modelo paterno, como por definición *-patria* deriva de *pater, tris*: padre—, hasta parecer todo ello intencional de tan exacto?

Pues no provenía sino de la buena casta y de su cultivo familiar, como lo dije, y puede ahora verse a las claras, con que así debió expedirse naturalmente aquella hija, esposa y madre de próceres, ganando sitio correspondiente en la historia.

1 *Ms*: misma propia

2 (1) Sabido es que el mes de julio fue así llamado en honor de César, reformador del calendario.

Mas, el temple de su heroica³ alegría –“alegre” fue, asimismo, para romanos y paladines el epíteto de la espada desnuda⁴ (2)– habrá de apreciarse mejor si recordamos que corrían entonces los peores tiempos del desastre unitario, consumado⁵ por las derrotas del terrible año 41; poco menos que fresca aun la sangre de Avellaneda (3 de octubre) y con la terrorífica exposición de su cabeza en la plaza mayor, por añadidura, mientras casi de inmediato (24 de enero de 1842), a sólo dieciocho meses de la celebración natalicia, alzábase en el mismo sitio la pirámide que para perpetua glorificación de Rosas y Oribe mandó erigir el gobierno; recién acabada la durísima represión, de la cual había sufrido cárcel y destierro el consorte ilustre, y apenas extinto⁶ allá, bajo raudales de sangre, el fuego, remaneciente en el litoral con gravedad y consecuencias mucho mayores.

Sin embargo, y hasta durante lo peor de aquel septenio (1841–48), al que no faltó para siniestro ni el terremoto del año 44, gravemente destructor en Tucumán, la antedicha cultura de su sociedad redujo asaz los excesos. El implacable rigor fue, por lo común, demasía de forasteros. El federalismo local tenía una respetable tradición cívica que remontando de inmediato al dominio⁷ del general Heredia, doctor, por cierto, y protector de Alberdi –entonces al comienzo de su apostolado liberal–, continuábase ahora con el moderado gobierno del general Gutiérrez, quien, entre otras pacíficas obras de administración, mandó levantar en 1845, literalmente sobre los escombros del terremoto que cité, el censo de la provincia. Y era asimismo de tradición federal, a empezar por Rosas, lo que acrecentaba su prestigio, la consideración a los guerreros de la Independencia, sobre todo

3 *Ms*: noble heroica

4 (2) *Alacris-ensis*. Joyosa del bel cortar.

5 *Ms*: [-] consumado

6 *Ms*: apagado extinto

7 *Ms*: gobierno dominio

cuando habían militado en el Ejército de los Andes. Así se explica la amnistía que el año 42 acordó el tirano al coronel Roca, quien, correspondiendo a ella, abstúvose ya de la política hasta la caída de aquél.

Respetable y respetado, pues, en la decorosa prudencia de su retraimiento, el hogar del adversario caído pero glorioso, tal fue, en dos palabras, el ambiente infantil del hijo nacido al regreso de aquella dura ausencia, un año después, dilecto fruto del recobrado amor en bendición de fidelidad y esperanza.

Había sacado el niño la finura del rostro materno en la suave firmeza de su largor, destacada por la boca grande que la virilidad relevaría con malicia sensual, y los ojos garzos del padre, soslayados como de filo bajo su prominente encapotadura en característico rasgo de acerada intrepidez, hasta definirse aquel semblante por una expresión de astuta delicadeza cuya distinción, un tanto irónica, acentuaba a su vez la cabeza chica, pero frentona, bajo el blondo cabello. La travesura ingénita que lo animaba, en la agilidad del cuerpo menudo, ganáronle desde la escuela, donde entró a los cinco años, el apodo de zorrito, que le caía bien,⁸ y también por cierta semejanza⁹ fisonómica; con lo cual hubo de verse ya la agudeza de su ingenio, manifiesta como alumno¹⁰ en su poco infantil afición a las matemáticas.

Su curiosidad estudiosa, indicio de talento que asimismo define su índole por la predilección electiva, indújolo simultáneamente a la geografía y a la historia, que amplificó temprano con cuanto libro pudo, lector aplicado desde la infancia, y hasta durante las más rudas campañas de su milicia, cuando, a usanza romana, que por cierto conocía bien, aprovechaba sobre la página de tal cual clásico, traído de bagaje, sus vísperas de bata-

8 *Ms.*: [-]caía bien

9 *Ms.*: [-]seme;janza

10 *Ms.*: escotar alumno

lla. Así, en su vejez ilustre, nada extraño era oírle comentar, por ejemplo, una reciente lectura del *Viaje* de Nansen, o el *Carlos XII* de Voltaire...

Aquellas primeras letras del tiempo, que entraban con sangre según la fórmula, o por lo menos a rigor de palmeta, no andaban, pues, tan remisas como alguien pudiera creer en la formación instructiva, ni siquiera en la edad escolar, según acaba de verse; siendo digno de advertir que dicha enseñanza, con¹¹ su disciplina penal más conforme a la vida —en cuanto ésta integra el carácter incluyendo las reacciones del dolor tan efectivas como las placenteras— lejos de dañar, dio mayor energía y solidez, que ahora a la entereza, la veracidad y el pundonor. Dijérase que más completa con aquello, formaba más pronto y mejor también el criterio personal; y así se explica la responsabilidad, la capacidad, la serenidad de esos alféreces de quince años. Es que la educación, inculcada desde el principio como doctrina religiosa, hacía del deber prescripto la piedra fundamental que según su objeto propio se pone en bloque, armonizando, lo que es decir robusteciendo, la obra hoy dislocada del hogar y la escuela; con lo cual, a la menor aptitud¹² consciente, corresponde otro fruto no menos contradictorio del racionalismo laico, que es la apreciación de las antedichas virtudes como “prejuicios burgueses”, y del deber como aborrecible carga.

No que el tiempo pasado fuese mejor porque pasó, que en muchas cosas era peor, ciertamente, sino que los hechos enunciados revelan el temple superior de sus hombres; y esto a causa de que su educación, según el concepto cristiano, tenía por objeto la formación del héroe, o sea: el que cumple con su deber sin subordinarlo a posibilidades ni consecuencias porque Dios

11 *Ms:* con con

12 *Ms:* capacidad aptitud

manda. Noción total del orden bajo su triple aspecto prescriptivo, jerárquico y constructor.¹³ Mientras tanto, la guerra civil, perdida por los unitarios en el Norte durante los años 36 y 41, continuaba en el Litoral, desde que, el de 39, concertóse la alianza contra el gobierno de Rosas entre la provincia de Corrientes, dominada por aquéllos, y la República del Uruguay, con adhesión efectiva de Francia que desde el año anterior y bajo una pretensión tan arbitraria como ultrajante,¹⁴ (3) bloqueaba los puertos de la Nación Argentina cuyas relaciones, exteriores desempeñaba el dictador.

Enconada¹⁵ por la intervención extranjera con saña atroz que la posterior y aun más inicua adhesión de Inglaterra al bloqueo (1845) agravó naturalmente, había producido ya, el mismo año del nacimiento de Roca, una verdadera declaración de exterminio entre el gobierno unitario de Montevideo y el ejército federal, que mandado por Oribe sitiaba dicha plaza, al decretar el primero, en represalia, la ejecución de los oficiales prisioneros, mientras el otro continuase matando los que consideraba, a su vez, traidores y piratas: entre estos últimos, por ejemplo, los corsarios de Garibaldi que la alianza incorporó, aumentando el rencor de los federales.

De esta suerte, la oposición a Rosas exageró su extranjerismo,

13 **Ms:** constructor jerárquico y jerárquico constructor

14 (3) Para imponer a favor de sus naturales el mismo tratamiento acordado a los ingleses por el tratado de 1825; [**Ms:** de gestión unitaria] concesión que siendo de incumbencia soberana, negábase Rosas a negociar con agentes consulares y marinos sin representación diplomática. El objeto inmediato del conflicto, era una ley del gobierno unitario de 1821, que Francia consideró intolerable sólo quince años después...

15 *En las ambas ediciones se introduce al inicio del párrafo: La duda. Esto está ausente en el manuscrito. Evidentemente se trata de reponer el sujeto faltante. No hay ninguna indicación explícita que haga suponer que la elección de ese sujeto repuesto sea la correcta. Se optó, por tanto, mantener fidelidad al Ms. e indicar la enmienda practicada los editores.*

manifiesto¹⁶ ya cuando las tentativas monárquicas cuyo más¹⁷ señalado promotor fue Rivadavia, y profesado con la doctrina liberal hasta el menosprecio de la ascendencia española que contenía, sin embargo, la fecunda posibilidad de nuestra organización republicana, acabando por cometer errores tan graves como la declaración constitucional de la libertad de los ríos,¹⁸ cuya historia es Francamente lamentable, y –para reducirme a dos, tan sólo– la irresponsabilidad de la prensa.

Pero, si ochenta años de irremediable transgresión permiten apreciar ahora la impropiedad de la copia norteamericana, inexacta como traducción, por un lado, y empeorada, por el otro, con aditamentos como los que acabo de citar, túvose entonces por primordial deber la introducción de cuanto invento extranjero hubiese, bajo el concepto paradójico de que, siendo; tan criollo Rosas, todo lo criollo resultaría tan funesto como él...

Según pasó con la libertad franco-inglesa como la intervención que los unitarios justificaron con su alianza aunque sólo fuese para los autores un asunto de prepotencia comercial semejante a la coetánea guerra en China¹⁹ (4) –1840-60– sucedió lo mismo con la prosperidad o culto de la riqueza a todo trance, en imitación de los Estados Unidos, dimanando de ahí un acentuado racionalismo que, declarándose laico, era realmente anticatólico, y, a poco andar, el consiguiente materialismo que reduce el objeto de la existencia a la conquista de la fortuna. Hubo, así, de reconocerse todas las desmembraciones que durante las guerras

16 *Ms.* ya profesado manifiesto

17 *Ms.* que [] cuyo más

18 *En las ediciones se agrega la nota indicada como (3) en el Ms. en esta parte del texto. Una desición del editor sin mucho fundamento.*

19 (4) La llamada del opio, con sus [*Ms.* dos varias] varias intervenciones para imponer el uso de dicho tósigo, y a la cual no faltó, para mayor semejanza, ni la apertura a cañonazos del río Yangsé, como aquí el Paraná, y por idénticos motivos mercantiles.

emancipadora y civil había sufrido la Nación, en otras tantas entidades insuficientes y absurdas, pues la sinonimia entre progreso y extranjerismo, impuesta al país, comportaba su autonegación²⁰ pesimista; y la democracia que, de acuerdo con nuestra índole, será argentina o nunca²¹ existirá, convirtiéndose hasta el día de hoy en la vana tentativa de aplicar un sistema ajeno.

La crítica liberal que minó a Rosas hasta provocar su caída, mediante la coalición internacional hecha y rehecha²² durante catorce años, no sólo concibió así la teoría y la práctica, sino que tuvo decisivamente a su favor el éxito económico que consumó en el mundo entero la victoria del liberalismo, política cuya experiencia, hoy agotada, permite definirla como una expresión comercial. Su fórmula genérica: “dejar hacer, dejar pasar”, era, en efecto, un verdadero marchame de los fisiócratas de Manchester. El triunfo liberal fue, así, completo; y Alberdi, su filósofo más influyente, reflejaba en legítimo orgullo tucumano su nombradía nacional.

A la acción del ambiente, que hubo de ser eficaz sobre el niño, entonces en sus diez años ya notables de agudeza precoz, iba a agregarse una determinación mucho más profunda; antes de cumplir los catorce ingresaba en el Colegio del Uruguay, según oferta de Urquiza, quien había pedido al coronel Roca uno de sus hijos para que completara allá estudios; pues el vencedor de Caseros proponíase que, como prenda de unión nacional, cada ciudad provinciana enviara por lo menos un pensionista, generalmente con beca, a ese instituto fundado por él dos años antes de su pronunciamiento contra Rosas. Así llegó a contar aquella casa más de cuatrocientos internos procedentes de toda la Confederación, realizando con ello una obra de trascendencia tal,

20 *Ms.* negación autonegación

21 *Ms.* no nunca

22 *Ms.* deshecha rehe rehecha

que influyó durante medio siglo sobre las direcciones gubernativas del país.

Limitado primeramente el plan de estudios al latín, la filosofía, las matemáticas y el francés, habíase reorganizado bajo la dirección del doctor Alberto Larroque, al ingresar nuestro flamante alumno, adoptando un tipo mixto de liceo, escuela comercial y facultad de derecho, en el cual predominó la²³ influencia francesa, como lo era la nacionalidad del propio director y de los catedráticos más notables: Peyret, de la Vergue y Pasquier. Luego, no más, fue definiéndose aquélla en²⁴ racionalismo liberal, llamado entonces Progreso por fervorosa antonomasia, aunque el plan reformado (1855)²⁵ contuviese como primera asignatura la “enseñanza religiosa” y moral impartida por el mismo Larroque, quien había sido seminarista en su juventud; mientras para los cursos elementales, desempeñaba la cátedra el presbítero don Vicente Martínez.

Triunfó, con todo, el Progreso liberal que llevaba en su idealismo agnóstico, y la²⁶ cumplió, como²⁷ es justo reconocerlo, la promesa de poner el atrasado país a tono²⁸ con la civilización así rotulada. En esto consistieron su norma y su tarea, que la presente²⁹ generación debe concluir o rectificar con idéntico patriotismo, es decir, sacando con imparcialidad las consecuencias históricas y morales.

De esta suerte, concluiremos que la enseñanza laica, la inmigración y la prosperidad económica, fueron, sintéticamente hablando, los tres elementos fundamentales de pacificación y

23 *Ms.*: fue declarada predominó la

24 *Ms.*: como en

25 *Ms.*: reformado en (1855)

26 *Las ediciones omiten la presente en el Ms.*

27 *Ms.*: justo como

28 *Ms.*: ton tono

29 *Ms.*: [-] la presente

bienestar, supremas aspiraciones del país en aquella época, pero también causas del materialismo egoísta, que es efectiva inmoralidad como ahora se ve, y como no lo previeron los autores del sistema, creyendo tan sólo en su bondad inmediata y consiguiente. El optimismo liberal cuya expresión es el progreso infinito, recóndita autoidolatría del hombre, dominaba entonces, conformando la conciencia patriótica de la clase dirigente, poco menos que sin excepción, y el Colegio del Uruguay lo profesó con sinceridad nobilísima. Todo, decía el benemérito Larroque en el prospecto al plan de 1855,³⁰ todo cuanto fuese trabajo, entusiasmo,³¹ responsabilidad, debía ofrecerse “en obsequio del país”, como “sincera y leal cooperación a la grande obra de la regeneración argentina”.

Fue, así, recia la disciplina de la casa, a empezar por los ejercicios militares, entonces de rigor en las enseñanzas secundaria y normal, como siempre debieran serlo, hasta hacer un modelo del juvenil batallón que mandaba el coronel Fontes. Los estudios ocupaban, literalmente, el día entero, sin excluir ni la mañana del domingo, comenzando antes del alba en el salón de repaso, a la luz de las velas de sebo. La cátedra era exigente sin ambages; severa la responsabilidad ante el deber y el honor. Enseñábase y aprendíase bien, inclusive maneras y sociabilidad, a la francesa, lo que es decir con suficiencia veraz; de modo que cuando al hojear las clasificaciones del alumno Roca, lo hallamos por lo común sobresaliente o bueno con voto de tal en todos los ramos, sabemos a ciencia cierta que fue sólida la base de su instrucción. Así, sobretodo, en la gramática y el latín que tanto prueban la voluntad como el discurso.

Talento y aplicación distinguíanlo, en efecto, hasta darle fama entre el selecto plantel que formaban aquellos estudiantes desig-

30 *Ms.*: prospecto al plan de 1855

31 *Ms.*: y res entusiasmo

nados ya como mejores para el ingreso, según la honrosa invitación, en la respectiva localidad de procedencia; mientras le ganaban voluntades con prestigio que en muchos casos no menguaría jamás, su simpatía, su jovialidad y su audacia.

Y en eso estaba, cuando al empezar su segundo año de aprendizaje, el eco del clarín llamaríalo a su gloriosa vocación.

[V]
Primeras Armas

La personalidad de Roca defínese, y se explica,¹ por su condición militar. Es, así, fácil de entender y difícil de manejar como la espada; pero esto último consiguiólo el historiador, según creo que habrá de verse, a condición de interpretar en dicho concepto su vasta acción civil, determinada hasta caracterizarse lo mismo que al arma del símil su templada parejura, por el culto del orden, que con el nombre de disciplina constituye la virtud específica del soldado. Bajo aquella doble cualidad de temple y línea, la eficacia y la sencillez integran la estética de la espada; y estas mismas condiciones singularizaban la maestría del político, tornándola con frecuencia inadvertida en su naturalidad, como a veces las estocadas profundas.

Acción, dije, y es la palabra. Hombre de acción significa, en efecto, el militar, y Roca fue esto ante todo. Su parte de constructor ha de juzgarse, pues, por lo que hizo y describirse conforme lo realizó, para que resulte directa y honradamente el autor de sí mismo, como lo es, por lo demás, todo grande hombre.

De esta suerte, su acción pública empieza con el voluntario ingreso al ejército nacional el 1º de marzo de 1858, es decir, antes de cumplidos los quince años y al iniciarse el segundo de sus estudios en el colegio del Uruguay, para la campaña que concluyó con el triunfo de Cepeda.

Influiría, sin duda, en su determinación, tan decidida, que la tomó convaleciente aun de tal cual fiebre palúdica o tifoidea, la incorporación de su padre a las mismas tropas, con la efectividad que Urquiza habíale honrosamente reconocido; pero la coincidencia de su predisposición natural, según los antecedentes ya

1 *Ms*: se defínese, y ^{se} explica,

dados, con la ocasión ofrecida por el suceso histórico, asigna al mero destino categoría de predestinación, si la entidad humada es otra cosa que el accidente de una fortuita concurrencia, y la casualidad algo más que una expresión de insuficiencia filosófica. Ultimo eslabón de una cadena que representa la continuidad de las generaciones, cada individuo es el más joven y el más viejo, a la vez, de los seres que la formaron. En la primer condición entra a la vida como si fuese único, para actuar según las posibilidades que ella le ofrezca; pero en la segunda, trae consigo la índole o entidad sobreviviente de los antecesores, cuya importancia apreciaremos con recordar que, sobre la tierra, sólo el hombre es capaz de constituir la síntesis de memoria, sentimiento y razón, denominada conciencia. Por esto cobra tanto interés la indagación genealógica, transcendente, como se ve, sobre la fatalidad hereditaria, y explícate que la coincidencia histórica y personal en grado eminente, señale la predestinación de los grandes hombres. Así suelen éstos tener la fe recóndita en su estrella; porque si todos venimos para algo al mundo, siendo con ello desde nuestro origen colaboradores en el plan de la Creación unos nacerán jefes y otros no, sin mengua, pues, del común destino. El don natural revélase en aquella fe como una manifestación del temperamento. Sentirse jefe es presentir la victoria.

Incorporóse, pues, Roca al ejército de la Confederación, antes, repito, de cumplir sus quince años y sin abandonar los estudios con que ganó excelentes clasificaciones, graduado de subteniente como solía pasar, por el triple motivo de su ascendencia prócer que amaba la educación distinguida, su condición de estudiante y su preparación militar en el lucido batallón del colegio. Procurábase imponer, así, mando ejemplar a la ruda tropa de la leva todavía gaucha, donde no escaseaban el aventurero del enganche, facineroso con frecuencia, y el malhechor “destinado” por la justicia; aprovechamiento dignificante de la hez social, que no era la obra menor entre las muchas útiles del ejército. El 6^o de

infantería, al cual pasó Roca después de Pavón, formábase por entonces sobre un plantel de presidiarios. Pero si eso² constituía una tradición perenne desde el³ comienzo de la Patria, y Urquiza la mantuvo, prefiriendo para la formación de la oficialidad a los alumnos de su colegio, es de inferir la responsabilidad y las condiciones que exigía en aquellos adolescentes la asignación de semejante cometido.

Debía imponerse el muchacho por la fuerza bruta cuanto más culto fuera para evitar el apodo de marica, si no pegaba, venciendo asimismo la ojeriza de los colegas graduados a puro coraje y maña que los ensoberbecían con chocante desdén, y aplicando el rigor, atroz muchas veces, de una ordenanza que fuera de la penalidad vigente aun, a despecho de la abolición constitucional —estacas, azotes y hasta ejecución a lanza— confería, por ejemplo, al oficial más joven el mando del pelotón que ajusticiaba. El episodio era corriente, y retemplaba, por decirlo así, con épica barbarie la educación militar:

El alférez Soto, de quince años, va a mandar la primera ejecución que de acuerdo con lo antedicho, le toca; y por más que sea un futuro valiente de Curupaytí,⁴ (1) palidece ante la proximidad del acto tremendo. Entonces el reo, un desertor, asesino por añadidura, que amarrado ya al banquillo, rehusóla venda final, lo increpa:

—¡Qué se está poniendo pálido, como si usted fuese el que va a morir! ¡De pronto la voz de fuego!

Explícate, así, que para oficiales salidos de semejante tropa, como había muchos aún, cultura y urbanidad fueran indicios de

2 *Ms*: esto ^{eso}

3 *Ms*: ta ^{el}

4 (1) Don José Clementino Soto, autor de un estudio sobre dicha batalla en la cual fue ayudante del coronel Vedia, que mandó la artillería argentina: guerrero y escritor, literariamente afamado por su novela militar *El Capitán Morillo*.

cobardía, tan propalados a veces, que motivaron fatales actos de arrojo, causando al ejército pérdidas irreparables.

Más de un duelo costaron a Roca sus estudios de colegial, proseguídos en el cuartel y el campamento, y continuados por cuenta propia, después, bajo la tienda de campaña, con pretendido desaire de tal cual invitación a la parranda o el juego donde no faltaba el militarote que alardease su beodez o se desplumara con sus propios soldados. Y hete aquí, todavía, ese oficial que, sobre la marcha, pedía venia para bolear un avestruz o gama a la vista, cuando no se le adelantaba, más gaucho aun, el propio jefe del regimiento, o para trabarse en combate singular ante las líneas tendidas, con el otro que tal avanzado provocador del bando opuesto, resplandecientes de plata los pingos y de entorchados los jinetes; pues los ejércitos, por gallarda ostentación, vestíanse de gala para dar la batalla.

La de Cepeda, veinte meses después, dio al subteniente la ocasión de estrenarse con particular valentía, mereciendo el ascenso al grado inmediato, con felicitación personal del generalísimo; primera distinción entre las que realzaron, desde entonces, su foja a cada combate, hasta la gloriosa singularidad de ganarse espada en mano todos los ascensos de su carrera.

No le impidió la consiguiente ufanía rendir sus exámenes a los dos meses, no más, con aquellas excelentes clasificaciones que obtuvo también en los de 1859, tercero y último año del plan cuya terminación señaló su ingreso definitivo a las armas; siendo interesante, por lo menos, consignar que el mejor resultado de sus estudios correspondió al latín, o sea la asignatura⁵ más ardua, durante todo el trienio. De ahí, a no dudarlo, la predilección que siempre manifestó por Plutarco y por Virgilio.

Entre tanto, la guerra civil habíale dado con la milicia y el triunfo su primera triple noción de la política, la disciplina y la

5 *Ms*: asignatura asignatura

gloria: escuela ruda pero eficaz de la vida más noble que es, por cierto, la peligrosa del varón. Empezó, así, a familiarizarse en el manejo de hombres, y el más difícil, que es afrontarlos⁶ con la muerte; a civilizar la fuerza con el arte táctica; a hacer historia por su cuenta en la conquista del austero laurel. Y esa primera batalla mostróle ya la intervención bélica del indio en la caballería de los ranqueles de Coliqueo, mandada por el cuasi romanesco Baigorria que veinte años después concurriría con tal cual información de su experiencia a los preparativos de la Conquista del Desierto.

Tampoco influyó en su vocación el prestigio del arma montada, que era hasta entonces la principal, con lo que se explica la importancia militar de aquel auxilio de la indiada cuyo vuelco a favor de Buenos Aires contó entre los recursos valiosos de la campaña de Pavón. Artillero como el propio jefe, que ganó a su vez esta tercera batalla, y la decisiva de la era constitucional⁷ (2), allá iba a destacarse con un acto de heroica belleza, característico, si los hay, el teniente de dieciocho años.

Deshecha la infantería y copada la artillería del ejército nacional, hasta no quedarle sino tres de las cuarenta piezas que la formaban,⁸ (3) una de aquellas, la única restante a su vez de la última batería que, destruida y todo, se retiraba peleando, sostenía con su fuego la aislada operación, personalmente disparada por el joven oficial bajo el tiro convergente de los contrarios. Suerte que arrollada también la caballería de Buenos Aires, su dispersión en sentido opuesto favorecía con la doble confusión

6 *Ms*: que es el de afrontarlos

7 (2) Puesto que la de Caseros se dio y ganó con el objeto de constituir la Nación, precisamente.

8 (3) Martín Ruiz Moreno, *La presidencia del doctor Santiago Derqui y la batalla de Pavón*, Buenos Aires, 1913, T. I, págs. 358-59) dice que el general Francia salvó catorce piezas del ejército nacional. Mi afirmación corresponde al parte de Mitre.

sobreviviente,⁹ la retirada de aquel grupo cuya entereza eficaz manteníase de recio.

En eso, rompiendo la polvareda y el humo que ya espesaban las sombras del anochecer, sujeta su caballo sobre la diezmada batería un provector jefe cuya faz destácase al rasgón del fogonazo entre la enorme barba gris redondeada con leonina encrespadura. Es el coronel Roca, que presente como siempre en la lid, acude por el hijo a quien presintió su instinto en ese artillero¹⁰ de solitaria bravura. Con lo que, representándole la consumada perdición de la derrota que al no admitir ninguna esperanza torna insensato el sacrificio, lo invita a ponerse en salvo. Al fin es lucha fratricida que no glorifica ni deshonra...

Y entonces, la respuesta espartana que es de inferir con qué orgullo remozaría en el corazón del guerrero, desde la raíz a la flor, todo el árbol de su sangre:

–No puedo, mi coronel, sin que lo ordene mi jefe.

–Es que el coronel Santa Cruz ha caído prisionero.

–Entonces, mi coronel, tengo que contraerme a salvar la pieza.

Así llegó con ella y su puñado de hombres al Rosario, esa misma noche, haciéndose de un tirón los cuarenta y cinco kilómetros que de allá lo separaban.

9 *Ms*: así resultante sobreviviente

10 *Ms*: su instinto, su ~~corazonada~~ en ese artillero

[VI] Formación del jefe

No sólo fue la batalla de Pavón definitiva para la unidad nacional, sino para la guerra consuetudinaria, al haberse obtenido el triunfo con la infantería, arma predilecta del vencedor, mientras la caballería contraria derrotaba a la suya. Esta doble faz del combate, simbolizó, así, dos épocas cuyo conflicto prolongaríase mucho tiempo aun en la resistencia provinciana de montoneras¹ y gobiernos² (1) que el de la Nación debió reprimir con verdaderas expediciones punitivas; pues nuestra realidad histórica es de carácter militar, ya directamente, ya por consecuencia de medidas como el armamento y la táctica. Así la conquista del desierto, última etapa fundamental realizada mediante dos novedades en la materia: la ofensiva y el *remington*.

La formación de Roca iba a efectuarse bajo ese imperioso concepto de unidad nacional que la organización federativa requiere como ninguna, vigorizado todavía por la disciplina y la práctica, sendos agentes de convicción; pues al integrarse el gobierno de la República con la presidencia de Mitre, el ejército hízolo también, empezando acto continuo, bajo su jefatura constitucional, la campaña represora de los alzamientos locales que continuaron acá y allá, según dije.

El artificio rudimentario que es de suyo la federación, deformado por graves deficiencias³ de cultura y de recursos, precisaba⁴ asimismo una⁵ política mucho más militar que civil para

1 *Ms*: gobiernos montoneras

2 (1) Propiamente, hasta la rebelión de Buenos Aires en 1880, con gran concurso de caballería gaucha que reapareció, así, por última vez.

3 *Ms*: [-]deformado mostrada acabada por graves deficiencias

4 *Ms*: determinaba precisaba

5 *Ms*: una asimismo una

mantener el orden indispensable a cualquier progreso, con mayor motivo si necesita urgente impulso. Así ocurría, en efecto, y la misma Constitución, instrumento extranjero adoptado con fervorosa premura, llevaba en su inadecuación una intrínseca violencia. El designio de imponerla al pueblo cuya soberanía declaraba, era ya una paradoja de la fuerza, vicio natal que resultaría incurable.

Violaba desde entonces para poder gobernar, ya que el gobierno es eficacia y no lógica, la transgresión oficial justificaba la oposición rebelde que, en llegando a vencer hacía lo propio por ley de necesidad, hubiese triunfado mediante el rifle o el voto. La confusión de libertad con rebeldía, que en consecuencia sobreviene, fomenta⁶ el pesimismo anárquico, ora transformándolo en agresión permanente, como entonces sucedía, ora en abandono descreído, como ahora pasa, porque el sistema ajeno que se adoptó, padece —si se admite el retruécano— de impropiedad constitucional.

Pero el error de buena fe que ochenta y tantos años de experiencia patentizan al presente aunque no sin controversia todavía, determinaba, con todo,⁷ el sostén del orden indispensable. A este elemento de organización sumábase otro igualmente contradictorio y eficaz.

La libertad racionalista, deidad del siglo pasado, entonces en su meridiano esplendor, es negativa: facultad de no hacer, y con esto opuesta al deber, que es prescripción de obrar. Bajo su justo concepto, que la define como aceptación del deber, resulta militar de suyo, por cuanto su práctica racional ha de estribar⁸ en la disciplina. Tan cierto es que al tenor de la ley vital todo hombre nace soldado.

6 *Ms:* sistematiza fomenta

7 *Ms:* aún así con todo

8 *Ms:* [-] estribar

Así, aquella acción decisiva del ejército moderaba por sí sola el exotismo, mantenía un elemento fundamental de nuestra formación histórica, y contenía la perversión doctrinaria que pretende reducirlo a instrumento del poder civil, cuando es también un poder político, según lo veremos en su debido lugar. Pero hay algo más importante.

El concepto general de la historia cae bajo la ley universal⁹ de la periodicidad descrita sintéticamente por el vaivén del péndulo cuyo excesivo desplazamiento, en uno y otro sentido motiva las perturbaciones desorganizadoras y los consiguientes estados de¹⁰ recomposición, u orden, según su acepción genérica que tiene por expresión,¹¹ a la vez moral y social, la equidad y la disciplina. La narración¹² interpretada, que llamamos¹³ historia, proviene de que, humanamente hablando, aquellas demasías perturbadoras son fenómenos de voluntad y de conciencia, no reacciones automáticas; con lo cual resulta indispensable su apreciación al estudio de las personalidades históricas por su eminencia. La campaña del ejército enviado a pacificar el interior, deponiendo los gobiernos¹⁴ locales que conservaban su efectividad autónoma en el¹⁵ territorio de la disuelta Confederación, requirió dos años de operaciones activísimas, principalmente sobre el área de quinientas leguas donde llegó a comprender cinco provincias, cuando menos, la zona de influencia del general Peñaloza, apodado *el Chacho*;¹⁶ (2) extraordinaria figura de guerrillero en cuyas

9 *Ms.*: de periodici universal

10 *Ms.*: equilibrios estados de

11 *Ms.*: expresiones

12 *Ms.*: el La interpretación narración

13 *Ms.*: es la llamamos

14 *Ms.*: deponiendo a los gobiernos

15 *Ms.*: la el

16 (2) Las tres de Cuyo, Córdoba y La Rioja, pero con fuertes ramificaciones en Catamarca y Tucumán: verdadero bloque centro-andino for-

hazañas asombrosas¹⁷ con relación a sus medios, sobrevivía la índole gaucha tan vigorosa aun que la derrota definitiva del caudillo fue también la última acción importante de caballería.¹⁸ (3)

Tanto en este combate como en el anterior, no¹⁹ menos sangriento, que terminaron la campaña, tuvo Roca lucido desempeño; mientras el recorrido minucioso de la región a marcha y contramarcha sobre los estratégicos repentes de la montonera, proporcionábanle de suyo un conocimiento metodizado. La vida militar había de darle, así, el de la nación entera y aun más, al cumplir los treinta y seis años.

Por otra parte, el objeto de la operación iba conceptuando su criterio político de acuerdo con la realidad que sólo admite lo mejor en lo posible, al tratarse de imponer efectivamente un sistema, siquiera fuese inadecuado; ya que el otro término del dilema formáballo la encarnación, por decirlo así, pasional, de la autonomía en un caudillo noble y desinteresado, pero tan ignorante, que llegó a excusarse su primer alzamiento con la carencia de información escrita, pues no sabía leer. Fue aquello el primer conflicto entre la letra constitucional, que reconoce²⁰ las autonomías provinciales, y la necesidad de conformarlas al concepto efectivo de la Nación, que exige la unidad ante todo y sobre todo.

Es lo que explica, aun cuando no justifique su implacable rigor, la atroz energía con que Sarmiento, director de la guerra en la cual fue beligerante como gobernador de San Juan, fulminó el exterminio de la montonera. No entra en mi plan, ni concierne a

tificado aún por la distancia que lo aislaba.

17 *Ms.*: *cier* asombrosas

18 (3) El combate de *Las Playas* en los suburbios de Córdoba (28 de junio de 1863). El precedente de *Lomas Blancas* en la Rioja (20 de mayo) fue asimismo un choque de caballerías.

19 *Ms.*: más^{no}

20 *Ms.*: establece reconoce

la acción todavía subalterna de Roca, o sea puramente formativa de su personalidad, la discusión²¹ de esa política cuya sentencia histórica confirman la razón de estado y el éxito; pero ello ratifica una vez más el carácter militar de todo cuanto es definitivo en nuestra historia. Así la misma Constitución, fruto logrado de tres batallas.^{22 (4)}

Casi acto continuo, la guerra del Paraguay acentuarálo con trascendencia y determinación mucho más profundas.

Sobrevenida en plena organización interior que estorbaban a cada paso trastornos residuales, pero susceptibles de agravarse, comprometiéndolo todo, al persistir el atraso y la incomunicación, sendas causas de prepotencia rebelde, aquella amenaza contenía la fatalidad de un conflicto tremendo. Consecuencia histórica realmente vital para la Nación, según²³ va a verse, el promotor del drama había elegido su oportunidad en la extenuación de aquélla, tras doce años de guerra civil mal acabada todavía; pero, como²⁴ todo pueblo viril bajo el mando de un hombre superior, tal cual fue el caso, el argentino iba a alcanzar con el triunfo, y de esta vez para siempre, su definitiva unidad en el antedicho desenlace histórico; pues el sacrificio de sangre, no sólo es remedio heroico, literalmente hablando, sino menester esencial en la integración de la Patria. Organismo viviente, lo cual significa triunfante en la lucha por la existencia, la patria es una expresión de victoria; y la unidad de su pueblo sólo se consume en el peligro así dominado. La guerra nacional completaría, pues, con elementos tan superiores, y más aun, insuperables en su antedicha trascendencia, aquella formación del jefe empezada bajo la contienda intestina.

21 *Ms.* discutir la discusión

22 (4) *Caseros, Cepeda y Pavón*: dos victorias de Urquiza, y una de Mitre, quienes resultaron con ello los verdaderos autores de la definitiva organización.

23 *Ms.* como según

24 *Ms.* de guerra civil mal acabada todavía pero, a semejanza de como

La determinación histórica del conflicto²⁵ permitirá ver más adelante hasta qué punto.

Geográfica, económica y políticamente hablando, el virreinato de Buenos Aires fue un resultado experimental de la civilización practicada durante tres siglos por la conquista española en la cuenca del Río de la Plata, continente natural de la entidad formada así antes de que el gobierno peninsular la constituyera, no sin resistencia conjunta de intereses, inercia y rutina igualmente seculares; es decir, impuesta por aquella condición territorial. Preparada, entretanto, por los bocetos parciales y respectivamente complementarios que audiencias, obispos y intendencias vinieron a resultar, la creación salió de mano maestra en todo cuanto pudiera asegurarle la prosperidad indispensable a su propia categoría, desde su jurisdicción terrestre, marítima y fluvial, hasta la capital que le daba nombre; y tal fue el dominio que la Revolución de Mayo transformó en Nación Argentina. Por esto el *uti possidetis juri de 1810* conforma y confirma su derecho.

Ahora bien, constituye asimismo otro hecho natural tan eminente como la unidad de las cuencas, que el gobierno de las fluviales corresponde al dueño de la boca, sobre todo cuando lo es también de una ciudad metropolitana; pues ambas condiciones determinan la gestión de los intereses comunes que la población de aquellos territorios procura concertar con el máximo provecho. La boca es el órgano de comunicación con el mundo, y la metrópoli el principal centro consumidor, industrial y cultural. Esto explica la importancia decisiva que el pronunciamiento de Buenos Aires tuvo para la emancipación, aunque otros hubieran precedido en el Alto Perú y hasta en ciudades más renombradas entonces.

Independencia y organización con sus bélicos trastornos,

25 ~~Ms. del~~ histórica del conflicto

motivaron la separación de provincias que, consentidas a ello por debilidad o interés, cuando no estimuladas por pasiones de partido y doctrinas insensatas, erigiéronse en naciones cuya efectividad no quita el consiguiente absurdo; siendo así que hasta el día de hoy, no han podido vivir sin hacer y suscitar guerras en las cuales se echa de ver su irremediable desacomodo. Es que el sistema del Plata, al cual pertenecen, determina y requiere una política común, insustituible, según se ve y seguirá viéndose, con meras expresiones de fraternidad, americanismo, pacifismo, tan repetidas como inútiles.

La guerra que nos ocupa fue el más característico quizá, de esos episodios, ya que tuvo como causa un desatinado propósito de predominio paraguayo sobre aquel sistema, con violenta inversión de sus condiciones naturales y políticas; mientras al reconocimiento implícito de dicha preponderancia por la ayuda que pidió y obtuvo del Paraguay un gobierno uruguayo en simultáneo conflicto con la rebelión interna y con el Brasil, hizo crisis toda la cuestión del Plata.

País de la cuenca, y además uno de los dos principales, el Brasil tiene forzosamente que contar en el equilibrio del sistema. La anárquica ruptura de nuestra unidad territorial, había ya motivado entre ambos, cuarenta años atrás, una guerra inconducente y paradójica, cuando todo lo lleva, por el contrario, a una alianza tuitiva de esa política regional, con lo que, al asumir el gobierno paraguayo la protección pedida, lanzando al imperio un verdadero *ultimátum* en el cual invocaba precisamente el equilibrio de las naciones del Plata, la guerra sobrevenida puso en nuestras manos aquel desenlace, que además de natural es el definitivo, gracias al genio de Mitre.

Obedecieran o no a compromisos previos las actitudes visibles, según sostúvose entonces por ambas partes bajo recíproca imputación de mala fe, ello no modifica el designio promotor consistente en el imperialismo fluvial que el gobierno paraguayo

pretendía sin otro motivo ni razón que la fuerza organizada al efecto, justificando con esto, por lo demás, la unión preventiva de los así amenazados. La libre navegación de los ríos y el reconocimiento de la independencia del Paraguay por la República Argentina, eran además cláusula y consecuencia del tratado celebrado con el Brasil para derrocar a Rosas, contrario de ambas medidas hasta el *casus belli* declarado y efectivo.

Fundada en la alianza²⁶ con el Brasil para organizar el concierto del Plata, así tuvimos por primera vez política internacional, propiamente dicho. No sólo, pues, defendieron nuestras armas el honor nacional ultrajado con exigencias, invasión y declaración formal de guerra, así que el provocador consideró llegada la hora propicia^{27 (5)}, sino las condiciones vitales de un sistema cuya dirección efectiva para el bien común nos concierne como se ha visto, y cuya administración tomaremos por la misma doble causa, cuando las exigencias del desarrollo natural impongan la reintegración de la unidad dislocada. El mando en jefe de Mitre como autor de la empresa, simbolizó su futuro coronamiento.

Pero el conflicto fue tremendo, repito, no sólo por el interés vital que en él se jugaba y que más de una vez estuvieron a

26 **Ms:** Fundada para en la alianza

27 (5) Agosto de 1864: solicitud de ayuda formulada al Paraguay por el gobierno uruguayo contra el cual habíase alzado el general Flores apoyado por el Brasil. Setiembre de 1864: [**Ms:** rupt ruptura] ruptura de relaciones del Brasil con el Uruguay por dicha causa. Octubre de 1864: protesta amenazadora del Paraguay ante el Brasil que la desoyó. Noviembre de 1864: iniciación de las [**Ms:** guerra hostilidades] hostilidades del Paraguay contra el Brasil y consiguiente declaración de guerra de este último contra aquél. Diciembre de 1864: ofensiva paraguaya contra el Brasil cuyo territorio invade. Enero de 1865: pedido del Paraguay a la República Argentina para atravesar su territorio con tropas en guerra contra el Brasil y negativa del permiso por aquélla en nombre y salvaguardia de su neutralidad. Abril de 1865: invasión del Paraguay a Corrientes sin previa declaración de guerra. Mayo de 1860: declaración de guerra del Paraguay a la República Argentina, y tratado de alianza de esta nación con el Brasil y el Uruguay contra aquél.

punto de asegurarse para sí la mejor preparación militar y el heroísmo del pueblo paraguayo, sino por los inmensos obstáculos del terreno, que en gran parte se defendía de suyo, las enfermedades propias del clima tropical y hasta la epidemia del cólera que azotó al ejército, propagándose sobre nuestro país con daño gravísimo. Calcúlese el que sufrirían las tropas a la intemperie y con la pobre sanidad de una época en que la supuración de las heridas era, por decirlo así, de rigor, y la gangrena clásico morbo de hospital.

Recuérdese que presente en la guerra con cuatro de sus hijos, el coronel Roca y uno de ellos rindieron allá la vida a dichos contagios. Jugando cien veces la suya en las habituales proezas de aquella oficialidad cuyo arreo de batalla provocante el peligro con alardes como el vistoso dormán y el poncho blanco, prodigaba en ese esplendor fatal²⁸ el hijo de la bravura, habiase ganado nuestro teniente, a los veintidós años, su ascenso de capitán con mención honorífica, sobre los campos triunfales del Yatay y de Uruguayana, para hacer lo propio con el de mayor, a los veintitrés, sobre el de Tuyutí, la victoria²⁹ más importante de la guerra.

La derrota más sangrienta, que fue la de Curupaytí, señalaríalo con hazaña relevante.

A su tienda estudiosa, donde el jefe del Estado Mayor habíalo encontrado una vez, Tito Livio, si no fue César, en mano, llególe la designación de segundo jefe del batallón *Salta* en plantel, propuesta por aquel superior al generalísimo, para quien, letrado como era, no hubo mejor recomendación que el recuerdo oportuno de ese episodio ejemplar. Autodidacta él, y entroncada a la misma cepa de bronce su erudición asombrosa, el sabor clásico viene solo en esta anécdota de varones de Plutarco.

28 *Ms:* es el esplendor esplendor [-]

29 *Ms:* batalla victoria

Es el caso de advertir que recién por entonces, al año de comenzada la guerra, iban acudiendo contingentes³⁰ provinciales como el salteño, que Roca debía disciplinar, ya los retardaran obstáculos materiales de conducción o pertrecho, ya, y con más frecuencia, disensiones políticas que en ciertos casos llegaron a la traición armada o doctrinaria: tan defectuosa era todavía la unión, y de consiguiente tan oportuno el conflicto que había de consumarla en su doble trascendencia nacional.

Tres meses después, transformado el batallón *Salta* por su joven mayor, de bisoña milicia en sólida tropa, figuraba al mando de aquél entre las mejores que atacaron la fortaleza de Curupa-tytí, sufriendo en cuatro horas de frustráneo asalto, nueve mil bajas sobre veintidós milhombres.³¹ Es de mencionar que, entre aquéllas, perdió Roca a su primo Francisco Paz, caído en heroica flor de juventud y de esperanza.³²

Miembro de la columna que inició el ataque, soportando así el mayor estrago junto con los otros diez cuerpos de la formación, el *Salta*, completamente deshecho cuando se ordenó el repliegue, fue el único cuyo jefe salió ileso, aunque permaneciera montado durante toda la acción, sobre el foso delantero donde más que pelear caían barridos en masa por sesenta cañones y tres mil rifles que tiraban de mampuesto³³ (6) ante las infranqueables abatidas de la escarpa; pero, encabezando el trágico pelotón en retirada, si no es mejor dicho terrón de lodo sangriento, el jefe, a la grupa el mal herido subteniente Solier, salvaba también, por mano propia, la bandera desgarrada que sahumaron las rachas de metralla a quemarropa.

Ganado con tal motivo su ascenso a teniente coronel, tardaría

30 *Ms*: acudiendo las contingentes

31 *Ms*: agrega en color rojo: (a la vuelta)

32 En *Ms* esta oración se encuentra en [fol. 99v]

33 (6) El ejército paraguayo tuvo únicamente doscientos cincuenta soldados y dos oficiales muertos.

tres años en recibir la graduación, porque hallándose en ejercicio del Poder Ejecutivo el vicepresidente de la República que debía, así, conferírsele, consideró impedimento moral para efectuarlo, el parentesco que los unía: escrúpulo habitual, entonces, a la conciencia republicana. Era Roca quien había traído a Buenos Aires el parte de Curupaytí, acto que³⁴ debía incluir, según costumbre, el condigno ascenso.^{35 (6 bis)}

Entre tanto, Sarmiento, presidente de la Nación desde octubre de 1868, hallábase de nuevo ante la rebelión de caudillos y gobiernos provinciales, que ya para noviembre, suscitaba en Salta riesgosa desavenencia entre el jefe de la guarnición y el gobernador legítimo a quien jaqueaba, por otra parte, desde la campaña sublevada al efecto, el temible montonero Várela. Urgía la represión inmediata; no cundiese aquello otra vez como el asaz próximo levantamiento cuyano que apenas veinte meses antes, requirió³⁶ una división de las mejores tropas combatientes en el Paraguay para destruir el ejército rebelde mediante una batalla donde hasta se hubo de emplear la suprema carga a la bayoneta;^{37 (7)} pero la complicación local exigía asimismo, maña y no fuerza que excediera lo preciso para³⁸ resolverla por conciliación de todos los elementos útiles a la causa nacional, necesiándose de consiguiente un militar tan decidido como cauto en el desempeño de la difícil comisión.

Con ingrato asombro del presidente, que según recordarlo años después, había supuesto al hipotético candidato una recia marcialidad de pelo en pecho, el ministro de guerra presentóle

34 *Ms.* lo que acto que

35 (6 bis) Doctor en derecho y coronel, don Marcos Paz era justamente famoso por la integridad de su carácter y su acrisolado patriotismo. El primo de Roca, Francisco Paz, caído en Curupaytí, era hijo suyo.

36 *Ms.* meses antes, había requerido requirió

37 (7) En San Ignacio, sobre el Río Quinto, el 1º de abril de 1867.

38 *Ms.* en para

aquel mayor de veintiséis años, demasiado joven, demasiado fino en su menuda delgadez, y hasta demasiado hermoso para no parecerle, como lo dijo al rechazar la propuesta, un pisaverde que no el leonazo de su misma estampa imaginado por soldadesca³⁹ conjetura; pero el ministro, oficial culto y probo hasta ser modelo de virtud militar⁴⁰ (8) insistió representándole la brillante foja del propuesto, inclusive el retardado ascenso cuya promoción correspondía con oportuna equidad, su educada medida, sus vínculos tradicionales en la comarca natal y aquel mando del batallón *Salta* que habíale creado con la provincia de su nombre la intimidad de la gloria.

Hubo, pues, que ceder; firmó Sarmiento los despachos de teniente coronel, según procedía, y en ejecución del designio presidencial, partió Roca a mediados de diciembre con cincuenta hombres que debían bastar por acción de presencia, ratificando así el prestigio del ejército. Esto no obstaba para que, entre sus instrucciones, llevase la de prender al jefe de la guarnición, si era menester, procediendo “militar y sumariamente” si resistía.

El comisionado satisfizo por completo los propósitos del formidable presidente. Todo fue llegar, en efecto, a la frontera de Tucumán con Salta, para que, puestas bajo su dirección las milicias provinciales movilizadas contra la invasión de Várela, un destacamento en operación de vanguardia, desbaratase las fuerzas del caudillo quince días después [⁴¹(9)] Ocho más, y el pique entre el gobernador de la provincia con el jefe de la guarnición

39 *Ms*: *aquella* soldadesca

40 (8) El general don Martín de Gainza. Cabe decir exactamente lo mismo del jefe del Estado Mayor del ejército en el Paraguay, general don Juan Gelly y Obes que fue quien propuso a Roca para segundo jefe del batallón Salta.

41[(9)] *Se ha optado por restituir la nota manuscrita que Lugones introduce en el [fol. 109r] (9) Combate de Las Salinas, el 14 de enero de 1869. El autor olvidó incluir la referencia en el texto fuente, enmiendo que se ha practicado en la presente edición. Las ediciones anteriores omitieron esta nota.*

quedaba arreglado sin violencias ni resquemores. Poco menos que inadvertida para la misma ciudad entre los deberes sociales a que parecía entregado de preferencia el gallardo jefe, inclusive hasta el rumorcillo de un noviazgo eventual, la concordia así obtenida⁴² revelaba ya la mano maestra. Característica suya fue, por cierto, aquella suavidad cuya eficacia genuinamente sutil enguanta la garra como al disimulo del mismo arte con que la aterciopela. Así vengaba, más que lo ignorase aun, aquel injusto menosprecio de Sarmiento, quien habría de reconocerlo prontamente y mejor, si bien con su magnanimidad característica.

Trasladado a la guarnición de Tucumán, en merecido cuanto escaso recobro de la vida familiar, siempre tan cara al soldado, la gravísima rebelión entrerriana que encabezada por López Jordán empezó con el asesinato simultáneo del general Urquiza y dos hijos suyos el 11 de abril de 1870, iba a darle la nueva ocasión con creces.⁴³

Es así que invadida Corrientes por el mencionado caudillo, al empezar el siguiente año, el gobernador de la provincia, coronel Baibiene, tuvo que afrontarlo con una fuerza inferior por mitad en número y escasa de pertrechos, dándole batalla sobre el estero de *Naembé* (26 de enero). Sarmiento, que había cobrado fe al lucido mozo de la expedición salteña, acababa de enviarlo allá con perentoria decisión: “Quiero que vaya Roca”.

Comprometida, en efecto, la suerte del desigual combate, es él quien al frente del séptimo de infantería, ejecuta inesperado envolvimiento, atravesando a la carrera dos kilómetros de bravísimo espinar; rehace bajo el fuego enemigo la formación peligrosamente desordenada por ese mismo avance, carga sin tomar aliento, copa la artillería délos contrarios y decide la victoria. Coronel sobre el campo de batalla, por inmediata resolución de

42 *Ms.*: lograda obtenida

43 *Ms.*: en-efecto con creces

Sarmiento, es, así, a los veintisiete años, el jefe que se impone solo, espada en mano, conforme a su fiel⁴⁴ destino.

Veremos, si Dios quiere, la soberbia proyección de su remonte.

44 *Ms.* como era de su conforme a su fiel

El país que iba a mandar

Creación de seis guerras: la de independencia; la de organización o civil; las tres internacionales con¹ el Brasil, la coalición franco-inglesa y el Paraguay, que afirmaron su predominio en el Plata; y la de integración territorial por el sometimiento de los indios hostiles, la Nación Argentina, así formada durante los primeros setenta años de su existencia² (1), preparábase en la personalidad de Roca un jefe completo. La índole profundamente militar del país requería —va a verse con qué irresistible determinación de fuerzas concurrentes— el general de sus victorias decisivas en todo caso y terreno.

Vinculado a las tres grandes campañas: de la emancipación, de la organización y del Brasil, por la descollante acción paterna que tanto influyó en su destino; militante casi desde la infancia en la prolongada lucha por el orden indispensable a la existencia de la Nación, y en la guerra exterior más importante que sostuvimos después de la Independencia, iba a ser él, en efecto, quien consumara la integridad de la República por el dominio territorial, con la conquista del desierto, y por la posesión definitiva de su capital histórica. Igual, pues, entre los más grandes de los nuestros; vencedor si los hubo, así vino a lograrse en él este fruto de la experiencia romana: que el mejor guerrero es el mejor constructor.

Nombrado jefe de la que correspondía al Interior en la “línea de fronteras” de entonces, con asiento de comandancia en la villa del Río Cuarto, al sur de Córdoba, la importancia de aquel destino y la influencia que tuvo sobre su carrera de militar y esta-

1 *Ms.*: contra

2 (1) 1ª. de 1810 a 1820. 2ª. de 1820 a 1861. 3ª. de 1825 a 1828, aunque había empezado realmente en 1815 con la invasión de Lecor a la Provincia Oriental. 4ª. de 1845 a 1848. 5ª. de 1865 a 1870. 6ª. de 1878 a 1883.

distas, habrá de inferirse por lo que esa demarcación significaba.

Confín con el territorio reconocido implícitamente como dominio de las tribus salvajes, separaba así de la Nación, dentro de ella misma, un área de más de un millón de kilómetros, que era el Desierto por antonomasia, dilatado desde el lejano sur o Patagonia, vagas denominaciones de geografía aventurera, hasta el corazón del país, según acaba de verse. Dentro de esa superficie, la sección directamente en contacto con las fronteras del sur, interior y oeste, formaba una zona de guerra de cien mil kilómetros donde las tribus, nómadas y todo como eran, habían concluido por sistematizar en verdadera industria predatoria el saqueo de la ganadería.

Virtualmente confederadas por aquella aceptación de su poderío que les resultaba ventajosa prepotencia, organizáronse al fin en una rudimentaria monarquía militar u horda combatiente cuya influencia amplificóse de tres modos: el negocio con ciertos hacendados de Chile a quienes vendían el botín de sus malones, incluso algunos cautivos; la relación con espías y agentes secretos en las poblaciones cristianas, donde solían servirles de tales, mercaderes rapaces y gauchos bandoleros; y el concierto con la indiada del Chaco para la invasión simultánea, mediante embajadores que cruzaban la pampa interprovincial de Santa Fe, Santiago y Córdoba. Hubo que confinar, pues, al norte, otros doscientos mil kilómetros de dominio salvaje, con lo cual el país civilizado, propiamente dicho, venía a quedar rodeado por la barbarie hostil, y reducida en más de un tercio la posesión efectiva del territorio nacional.

Es a saber, en efecto, que los indios, no sólo comerciaban con Chile el producto de sus rapiñas, tal cual si practicaran un tráfico regular, sino que al doble aliciente de aquel negocio y de la paz que³ de tanto en tanto les compraba nuestro gobierno bajo la

3 Ms: de que

forma de un disimulado tributo, procedieron también de allá los más bravíos como auxiliares, primero, como aliados residentes, después, y por fin como dominadores al mando del famoso Calfucurá, quien implantó sobre todos un señorío de verdadero rey de las pampas. Por esto Rosas, primer vencedor eficaz de las tribus hostiles, mencionó y diferenci⁴ siempre en sus documentos a “los indios chilenos enemigos”⁵ (2), designación de mucho alcance como va a verse.

La conquista, que por infausta singularidad había empezado aquí con una derrota cuyo efecto retardó más de cuarenta años la fundación de Buenos Aires, y redujo casi a los términos de un ejido el reparto de la tierra circunvecina, fracasó, así, en la pampa, donde su dominio estable al sur y al oeste de dicha ciudad, comprendía unos cien kilómetros por término medio hacia el primer tercio del siglo XVIII. Sostenido, si cabe decirlo así, por inermes villorrios o “pagos” de avanzada, y una que otra estancia de situación excepcional entre⁶ veinte y cincuenta kilómetros más afuera, la paz con los indios estribaba en una recíproca aceptación de posesiones ya seculares; mientras por el norte, la defensa natural, comunicación y auxilio que el Paraná ofrecía, atrajo a su margen y territorio ribereño, la mayoría de la población rural, agrupada acá y allá en parajes como El Pergamino y Los Arroyos (San Nicolás) distantes más de doscientos kilómetros. Tal fue, pues, el área del dominio en cuestión, y hasta anduvo de⁷ trámite un pacto formal con los indios para fijarlo dentro de ella: defensiva sistemática que revelaba, tan sólo, el pesimismo de la impotencia.

4 *Ms:* reconoció y diferenció

5 (2) Calfucurá entró [*Ms. en*] el año de 1834, uno después del descalabro infligido por Rosas a la indiada, aprovechando juntamente la facilidad que sobre los vencidos le daba aquella derrota y la influencia que ganaba con su socorro.

6 *Ms:* entre cien entre

7 *Ms:* un de

El multiplicio espontáneo del ganado mayor cubrió, entretanto, el territorio así compartido, permitiendo a los cristianos la formación de estancias cada vez más extensas y la organización de correrías cada vez más fructuosas⁸ con la creciente demanda de corambre para exportar, mientras suministraba a los indios mejor caballada, o sea su principal elemento de andanza, combate y alimentación, y abundante vaquería para su ya entablado negocio eventual⁹ con Chile.

Por la misma antedicha época, la oposición de intereses naturalmente suscitada, así, entre indios y cristianos, hizo crisis bajo el estímulo de dos hechos concomitantes: la acentuación del prestigio araucano sobre las tribus, y la declaración de que la hacienda alzada era propiedad comunal, según¹⁰ la real cédula de 1708. El arreo libre por parte de los indios, transformóse legalmente en depredación que aumentando al propio tiempo con aquel ascendiente, motivó expediciones punitivas y protestas de los así escarmentados para quienes significaban una ruptura de tregua. Era, en verdad, la prosecución¹¹ de la Conquista; y al cabo de varias represiones infructuosas, la entrada del maestre de campo don Juan, de San Martín, en 1788, motivó con el sangriento castigo que impuso sin excepción a tribus belicosas y pacíficas, el alzamiento general para la guerra contra el cristiano.¹² (3) Así hubo de crearse espontáneamente la frontera con los indios, aunque sólo se dotó de guarnición militar a las poblaciones mencionadas, catorce años después; y fomentado el interés de Chile por el botín creciente de los malones, vendido a bajo precio como es de colegir, prefiguróse ya lo que, andando

8 *Ms*: provechosas fructuosas

9 *Ms*: en grande eventual

10 *Ms*: por según

11 *Ms*: la Conquista continua prosecución

12 (3) Era estanciero de los fronterizos, y esto explica su excesivo cuanto desacertado rigor.

el tiempo y ayudando nuestro faccioso desorden, sería la prolongada cuestión de límites con dicho país, hasta engendrar bajo el gobierno de Rosas una tirantez rayana en el *casus belli*. Ello¹³ aunque la expedición de 1833, mencionada más abajo, efectuóla aquél de acuerdo con la misma nación cuyo cambio de política tuvo el motivo que verá el lector también.

Mas, la guerra resultó victoriosa para los indios, quienes lejos de retroceder, trajéronla con sus incursiones¹⁴ hasta cuarenta kilómetros de la capital, y aun menos, con lo que hubo al fin de crearse, como guardias permanentes de fronteras, tres compañías de lanceros rurales denominados “blandengues”, una de las cuales, *La Valerosa*, cubrió el punto extremo de Lujan (hoy Mercedes) a cien kilómetros¹⁵ (4). Esta distancia, diametral por largo tiempo, correspondía, más o menos, a la jornada regular de un cuerpo medianamente montado; y dada la índole de aquella guerra, su explicación es visible.

El avance de las fronteras constituyó desde entonces asunto principalísimo; pero sólo en 1772, practicóse con tal fin un reconocimiento a fondo, que llevado hasta la Sierra del Volcán, quedó,¹⁶ sin embargo, en eso.

Así las cosas, el primer virrey, general Ceballos, apenas en posesión de su gobierno (1777) ideó el único plan concluyente para resolver la cuestión, que por cierto dominaba, decidiendo ocupar al frente de diez mil hombres el territorio de su jurisdicción austral, con¹⁷ definitivo aplastamiento del poderío

13 *Ms.* Esto Ello

14 *Ms.* ~~incur~~ ^{incur}siones

15 (4) Vale la pena recordar el nombre de las otras dos, no menos bélico y bien sostenido, a fe: *La Invencible* y *La Conquistadora*, por ser las primeras fuerzas permanentes de aquella guerra [*Ms.*: de la] pampeana que debía durar más de ciento cuarenta años.

16 *Ms.*: [-] quedó

17 *Ms.* con austral, con

salvaje. Casi dos siglos antes, las sendas entradas de Hernando Arias de Saavedra, quien las efectuó en son de ataque, avanzando mil kilómetros al sur, habían mostrado ya que el éxito era de la ofensiva; pero al dejar Cevallos el gobierno un año después, su proyecto caducó.

Vértiz, su reemplazante, buen conocedor también del asunto, acabó, sin embargo, por decidir¹⁸ un ligero avance, o mejor dicho rectificación de la frontera con nueve guarniciones de campaña y de fortín que, al fin de cuentas, sólo importó un incremento defensivo (1780). Era la resignación al azote de los malones que, no obstante, aumentaba sin cesar; pues al ir mermando la hacienda alzada con el arreo y el consumo, los indios dedicábanse cada vez más al saqueo de las estancias. Estas continuaban prácticamente reducidas al “estrecho y vergonzoso recinto en que las fijó Garay en 1580”, según la exacta frase del “proyecto de traslación de las fronteras de Buenos Aires a los ríos Negro y Colorado”, que en 1804 presentó al rey don Sebastián de Mudiano y Castelú, capitán del regimiento de milicias voluntarias de Mendoza.

Este notable documento cuyos cálculos y descripciones contenían todo el problema dominado sobre el terreno, casi diría que con geométrico rigor, delineó las campañas que habían de¹⁹ resolverlo. Así, de Angelis, en las pocas líneas con que precedió su publicación,²⁰ (5) pudo decir que quien “prescindiese de la fecha, creería que esta memoria fuese un comentario apologético de la última campaña del señor General Rosas” y es del caso recordar para que se vea mejor lo natural de la línea proyectada, que las susodichas expediciones de Arias de Saavedra, alcanzaron a su vez el mismo límite. Es que arrojados los indios más allá,

18 *Ms*: acabó, sin embargo, por decidir

19 *Ms*: debían habían de

20 (5) *Colección de Obras y Documentos*, etc. etc., Buenos Aires, 1836, T. I, 7ª parte.

obstáculo y distancia reduciríanlos a la incapacidad de ofender.

No obstante, persistió en la defensiva, negociando al efecto una colaboración con tribus auxiliares²¹ entre las más vecinas y sedentarias, hasta conseguir al cabo la paz o tregua estable, hacia 1790, con el río Salado como límite natural, entre doscientos cincuenta kilómetros al oeste y ciento cincuenta al sur de Buenos Aires, en números redondos; o sea desde el nacimiento de aquél en la laguna del Chañar, hasta su desembocadura en la ensenada de San Borombón. La patria naciente encontró así las cosas y las mantuvo²² en principio, reconociendo a los indios como “naturales de América”, derecho de ocupar tierras propias, si bien la Primera Junta ordenó ya un nuevo reconocimiento para avanzar la frontera ; hasta que la guerra civil iniciada en 1815, juntamente con la invasión brasileña de la Provincia Oriental, causó el descuido casi completo de la línea. La consiguiente preponderancia que los indios tomaron, creció todavía con la alianza militar que les propusieron los caudillos rivales, introduciéndolos en la política bajo condiciones fáciles de suponer; de suerte que a los cinco años, no más, su dominio sobre la campaña cobró las proporciones de un azote aterrador.

Aunque en marzo de 1820, estipulóse un tratado formal de amistad y límites entre la provincia de Buenos Aires y las tribus fronterizas del sur, el estado de la campaña, nada mejor con eso, motivó tres expediciones sucesivas del gobernador de aquella, general Rodríguez, en diciembre de dicho año, en marzo de 1823 y enero de 1824; pero, si logró adelantar la frontera unos cien kilómetros, estableciendo como avanzada extrema el fortín *Independencia* (hoy ciudad del Tandil) a trescientos treinta de Buenos Aires, los malones continuaron con más vigor aún, en desquite y consecuencia natural de esas operaciones insuficientes.

21 *Ms:* con las tribus amigas auxiliares

22 *Ms:* sostuvo mantuvo

Frustáneas ellas, al fin más que todo por falta de plan orgánico, el general Las Heras, sucesor de Rodríguez, designó en octubre de 1825 una comisión formada por Rosas, colaborador activo de este último, aun cuando había desaprobado sus campañas cuyo fracaso predijo, el general Lavalle y el ingeniero militar Senillosa, para que proyectasen sobre el terreno una nueva línea. Once meses después, Rivadavia, que además de la presidencia asumía el gobierno provincial de Buenos Aires, aprobó el informe de aquéllos, en ejecución del cual y simultáneo castigo de otra terrible invasión, salió a campaña el coronel Rauch con setecientos cuarenta hombres, quinientos de ellos de línea. Militar de escuela, había sabido dar a su tropa la eficacia peculiar que requería el triunfo completo sobre la indiada, aun cuando ésta, muy superior en número y agilidad, maniobrara dirigida por desertores chilenos que la apoyaban con fuego de carabina; pero si su acción, decisiva como ninguna hasta entonces, permitió avanzar la línea en 1827-28, desde Junín, por los fuertes *Veinticinco de Mayo* y *Tapalqué*, hasta Bahía Blanca, fundada a la sazón, la guerra civil malogró trágicamente éxito y jefe sólo dos años después.^{23 (6)}

Resuelto a afrontar la lucha con alcance definitivo esta vez, Rosas, que apenas recibido de su primer gobierno, había procedido a reorganizar la policía de campaña y avanzar, ello mediante, la frontera a viva fuerza (1830) planeó durante los dos años sucesivos, de acuerdo con Chile, que debía operar simultáneamente en su territorio, y con las provincias de Córdoba y de Mendoza, la entrada de tres divisiones argentinas que por la falda de los Andes, el centro pampeano y el sudoeste bonaerense, convergirían al Río Negro, barriando completamente la indiada más allá de ambas sus márgenes; de suerte que como los prepa-

23 (6) La campaña, iniciada a fines de setiembre de 1826, concluyó en enero del siguiente año, tras una serie de combates victoriosos. El coronel Rauch fue vencido y muerto en *Las Viscacheras* el 28 de marzo de 1829.

rativos de dicha campaña²⁴ estuviesen muy adelantados ya, al sucederle en la gobernación el general Balcarce, éste confióle el mando de la división de Buenos Aires en enero de 1833; pues el comandante en jefe de la triple expedición era el general Juan Facundo Quiroga.

Equipada aquélla por Rosas de su peculio particular y con la ayuda de estancieros amigos suyos, dado que el gobierno apenas le envió recursos tardíos, púsose en marcha el 23 de marzo siguiente. Chile cumplió lo convenido, enviando contra sus araucanos una expedición mandada por el general Bulnes, quien les impuso la sumisión al promediar el mismo año; pero las divisiones argentinas del centro y de la derecha, que hacia la mitad de febrero habían iniciado la campaña con un ataque eficaz contra los ranqueles de temido renombre, interrumpíanla a principios de abril, para no reanudarla más,²⁵ por falta de caballos, principalmente.

La división de Rosas, fuerte de dos mil hombres, continuó por su sola cuenta la entrada, hasta lograr en nueve meses de operaciones tan duras como eficaces, el completo descalabro de las tribus que impuso a todo rigor, concluyendo con algunas, sometiendo otras, y dejando guarnecidos hasta 1852 los ríos Colorado y Negro.

Mas, el abandono de la campaña por las otras dos, dejó incompleta la derrota de los ranqueles, facilitándoles con esto el recobro de su antigua dominación sobre aquella zona nornoroeste del desierto que lo dilatava, como sabemos, hasta el corazón del país.

Es así que en marzo del siguiente año, no más, invadían el Río Cuarto, exterminando casi su guarnición; desquite que cas-

24 *Ms:* expedición campaña

25 *Ms:* ya más

tigado con²⁶ decisiva prontitud por las fuerzas de Buenos Aires, iniciaba, sin embargo, una modificación radical²⁷ en el mando de las tribus.

Aquel malón formaba parte, en efecto, de un vasto plan de los araucanos de Chile, quienes, traicionando el pacto de su misión contraído con el general Bulnes, habían motivado otra campaña del mismo, que consumada con entereza hacia fines de 1834, puso a los más rebeldes en el trance de pasar la Cordillera. Aprovechando el reciente desastre infligido por Rosas a la indiada pampeana, para imponerle su preponderancia so pretexto de socorro fraternal, entraron en los territorios de nuestro sur, mandados por Calfucurá, que era uno de sus caciques. Con maña, primero, a la fuerza después, y ayudado siempre por el vínculo troncal de todas aquellas tribus, fue estableciendo dicho jefe su prepotencia; y así que ella se afianzaba, no sin lentitud, dada la índole dispersiva de los nómades y los reveses sufridos más de una vez, iba modificándose la política fronteriza de Chile a nuestro respecto.

Con todo, la autonomía de los ranqueles fue siempre completa por causa de su mayor poderío entre las tribus²⁸ confederadas, que hábale permitido servir de base al antedicho movimiento araucano. Aunque dirigidos, desde entonces, por caciques chilenos, tuvieron su política propia en la guerra comarcana y los tratados que la sucedían, ratificando prácticamente sus éxitos; a todo lo cual añadió la contienda entre cristianos un elemento de importancia.

Deshecho en 1831 el ejército del general Paz, el teniente Antonio Baigorria que a él había pertenecido, refugióse entre los ranqueles para evitar las sangrientas represalias de los vencido-

26 *Ms.*: [-] castigado con

27 *Ms.*: una modificación radical

28 *Ms.*: hordas tribus

res; y pasado el período de la probatoria observación que los indios aplicaban a esos prófugos, nada escasos entonces, formó con los que allí andaban, tomándolos de plantel, pues los más²⁹ eran desertores, una especie de regimiento que disciplinando a los guerreros de la tribu hospitalaria, impuso su predominio en malones y querellas con los rivales.

Ascendido, así, a cacique, tomó parte en el malón de 1844 sobre la frontera de Buenos Aires y Santa Fe, primera reacción de importancia que efectuaban aquellos indios³⁰ desde su escarmiento de diez años atrás; pero batidos de nuevo por las fuerzas bonaerenses³¹ que al mando del coronel don Vicente González infirieronles un completo revés, permanecieron casi inactivos en sus depredaciones, lo propio que los del sur, cuando el retiro de las guarniciones, dispuesto por Rosas para reforzar el ejército vencido en Caseros, así como esta derrota, suscitaron el avance de la indiada, iniciado por Calfucurá y generalizado con creciente empuje a favor de la sucesiva guerra civil de diez años.

El asunto era tan grave,³² que la Constitución dedicó un inciso especial —el 15º— entre los del artículo 67 que establecen las atribuciones del Congreso, reconociendo las fronteras y el trato con los indios, pacífico y evangélico por añadidura; vale decir, sancionando la jurisdicción de las hordas.^{33 (7)}

La ejecución de dicho estatuto, y la inmediata guerra con el Paraguay lo empeoraron³⁴ todo, según la consiguiente. Así, la ley del 13 de agosto de 1867, que resolvió la ocupación ribereña de los ríos Neuquén y Negro hasta el mar, no sólo insistió

29 *Ms.*: casi son los más

30 *Ms.*: los indios efectuaban que efectuaban aquellos indios

31 *Ms.*: pero batidos de nuevo contra por las fuerzas de Rosas bonaerenses

32 *Ms.*: importante grave

33 (7) “Proveer a la seguridad de las fronteras, conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo”

34 *Ms.*: para lo empeora^{ron}

en la celebración de tratados con los indios, *ad referendum* del Congreso, sino que dispuso su propia postergación hasta el final de la guerra; pero lejos³⁵ de ponerla en vigor, sistematizóse³⁶ la política de los convenios en que el gobierno nacional se obligaba al racionamiento de las tribus, siempre descontentadizas para exigir más, el respeto de su territorio que no podía recorrer sin aviso, y hasta la concesión de sueldos militares a capitanejos y caciques, con el uso del uniforme correspondiente a la graduación.^{37 (7 bis)}

Este vergonzoso tributo, no hizo más que aumentar el poderío de³⁸ la horda, reforzado aún por nuevos contingentes araucanos que acudían de Chile a la provechosa participación; mientras el servicio de fronteras, deprimente para el ejército al constituir una beligerancia con salvajes, facinerosos y desertores, insuficientes de recursos, ocasionado a los desmanes de la leva con que se lo remontaba, ni suprimía el malón violatorio de los tratados bajo cualquier pretexto, ni promovía la reducción de la indiana.

Ahora bien; Baigorria, al conocer el triunfo de Urquiza, había-sele presentado para ofrecerle³⁹ sus servicios, que el general aceptó, confiriéndole⁴⁰ el grado de coronel por antigüedad y el mando de la frontera con los ranqueles: perspicaz acierto al cual se debió una paz de diez años sobre la misma. En ese carácter concurrió aquél,⁴¹ como dije, a la batalla de Cepeda; y enajenada su voluntad por un desacierto político que lo indispuso con el

35 *Ms:* lejos pero lejos

36 *Ms:* entonces sistematizóse

37 (7 bis) Sólo el subsidio anual a los ranqueles, excedía de cien mil pesos fuertes; es decir, tanto como lo que costaba el sostén de la guarnición fronteriza.

38 *Ms:* ensombrecer aumentar el poderío de

39 *Ms:* ofreciendo para ofrecerle

40 *Ms:* reconociéndole confiriéndole

41 *Ms:* concurrió aquél

gobierno nacional,⁴² a la de Pavón bajo las órdenes de Mitre. Su regimiento de indios, pues conservaba entre éstos prestigio de cacicazgo, llegó a ser famoso entre la caballería.

La importancia así acordada a la Frontera del Interior fue creciendo junto con la potencia salvaje, de tal modo, que apenas aliviada la preocupación de la guerra del Paraguay, reemplazaron a Baigorria jefes tan distinguidos en ella como Arredondo y Mansilla. Tratábase, sin duda, de la mejor situación para estudiar el asunto a fondo; y el segundo de aquéllos, haciéndolo directamente en las tolderías que al efecto visitó, aunque con preferencia descriptiva por lo pintoresco, dio a nuestra literatura una obra notable. Posición y eficacia bélica, daban a los ranqueles tanto poder que durante los veinticinco años posteriores a la caída de Rosas, hubo de emprenderse contra ellos tres expediciones, todas infortunadas, mientras sólo se efectuó una, también infausta, contra los indios del sur.

El relevo del coronel-cacique no había significado la descon sideración de sus servicios, que continuó prestando allá, siempre al frente de su regimiento; sino que la comandancia de aquella frontera, centro geográfico de la Nación, era también estratégica, políticamente hablando, pues hallábase en contacto con⁴³ el litoral por la llanura santafesina, y con Cuyo por la puntana, lo cual asumía grande interés, dado que sólo se contaba con el caballo como elemento de movilidad para reprimir las⁴⁴ frecuentísimas sediciones⁴⁵ en nombre de la autonomía provincial y del sufragio “conculcados”. Guarnición cordobesa a la vez, resultaba un foco de influencia nacional sobre tan vasta zona, ya que Córdoba, por sí misma, ejercía la suya con trascendencia y categoría históricas que en su punto recordaré; de suerte que el jefe situado

42 *Ms.* federal nacional

43 *Ms.* direc con

44 *Ms.* tos las

45 *Ms.* frecuentísimos alzamientos frecuentísimas sediciones

allá, requería muchas condiciones fuera de la pericia para guerrear⁴⁶ contra los indios. Nadie las reunió como Roca, según va a verse; y de consiguiente, ninguno sacó de su posición en esa villa de frontera consecuencias de tanto alcance.

La parte política del programa liberal que la Constitución formulaba literalmente, seguía estorbando con su inadecuación al país el desarrollo del progreso material cuya expresión es el propio liberalismo, escuela económica en su prístina realidad; toda vez que el susodicho defecto, germen constante de abuso y de rebelión, malograba con la frecuencia de esta última acción, recursos y garantías indispensables al fomento de la prosperidad.

Cada nueva elección de las que el sistema representativo federal exige casi continuamente,⁴⁷ motiva hasta hoy, con análoga frecuencia, la declaración previa o posterior de que faltan las condiciones electorales garantidas por la ley o de que se violó la libertad del sufragio. Cierta o no, y más lo primero que lo segundo, la insurrección en nombre de la libertad es, ya lo he dicho, la consecuencia. El propio manual de instrucción cívica en que yo estudié, considerábala “un derecho y hasta un deber del buen ciudadano”.

El conflicto pertinaz⁴⁸ de nuestra política, que frustrando así su objeto esencial, en vez de armonizar divide, estriba en el vano empeño de realizar un sistema impracticable por lo extranjero. El⁴⁹ fraude está en él, más que en el “oficialismo”,⁵⁰ que viene a ser su fruto; y todo ello resultaba entonces mucho peor con la abundancia de elementos desquiciadores, a empezar por la incomunicación y la pobreza. Las entidades locales, más poderosas con aquélla ante la fuerza propia de la nación, tenían en

46 *Ms.*: para la guerrear

47 *Ms.*: constantemente continuamente

48 *Ms.*: [-] pertinaz

49 *Ms.*: Así El

50 *Las ediciones omiten este comillado presente en Ms.*

estotra un incentivo de aventura. Según se ha dicho con acierto, conservador es quien tiene algo que perder; y el botín sedicioso consistía principalmente en los empleos públicos adquiridos por conquista o transacción. Así, pues, resuelta la guerra exterior, los principales asuntos de estado eran el dominio territorial comprometido por la aceptación del poderío salvaje, y la organización política definitiva que no podía existir sin el imperio estable de la autoridad nacional.

Pero la misma capital de la nación funcionaba de prestado en la capital efectiva de la provincia de Buenos Aires; y esta doble entidad mantenía de suyo una perturbación tanto más grave, cuanto que los mayores recursos y prestigio de la segunda, inducíanla a ejercer la inherente preponderancia, no sin vinculación naturalmente buscada por las rebeliones autonomistas del interior para la acción concordante. Su prensa, libre hasta la arrogancia, era el popularísimo campeón de las instituciones, doquier se las transgrediese; pero, al defender teóricamente como le es propio, la perfección insostenible de la doctrina agregaba sin quererlo otro elemento perturbador. La dictadura racionalista, consecuencia natural de la paradoja que es el libre examen, tiene su instrumento más eficaz en la prensa irresponsable de la Constitución.⁵¹ (8)

Con todo ello, Córdoba, el segundo centro urbano de entonces, y el primero por su categoría federal, históricamente hablando, según se la asignaban su iniciativa y su acción desde los primeros días de la Patria,⁵² (9) resultaba el contrapeso natural que las provincias tomaban por núcleo para dar gobierno a la nación con Buenos Aires, ciertamente pero no bajo su hegemonía; y tal

51 (8) Sarmiento, que fue uno de los actores de la enmienda incorporada como artículo 3^a, consideróla después “un sabio error” en cuya virtud la prensa “no tiene juez competente, aun para sus delitos”.

52 (9) A propuesta de su diputado el deán Funes, la Junta Grande sancionó el 1º de febrero de 1811 el reconocimiento de la autonomía provincial como base de la Constitución que “los pueblos” iban a darse.

fue en sustancia la famosa cuestión entre porteños y provincianos. Creábala, como se ve, la acefalía de la nación, que no podía resolverse sino declarando su capital a Buenos Aires con este exclusivo fin; toda vez que si continuaba siéndolo también de la provincia, volvíase interminable el dualismo, causa de la contienda, y si se llevaba la capital a otra parte, el conflicto habríase prolongado por sí solo con la presencia de una metrópoli rival.

Así era, repito, doblemente estratégica aquella comandancia de la frontera del Interior en cuyo aislamiento aldeano formaba el futuro estadista su concepto exacto de la obra por realizar. El desierto, empequeñeciendo física, económica, y moralmente al país, y la acefalía, perpetuando su anárquica paradoja, condicionábanse entre sí como las dos principales causas de pobreza y desorden; vale decir, de ya intolerable atraso. Baste saber, en efecto, que la nación reducíase a millón y medio de habitantes, con catorce millones de pesos fuertes de renta consumidos⁵³ por mitad entre el malón y la sedición. Eran, pues, problemas complementarios, y en consecuencia de solución correlativa.

53 *Ms.*: de renta y consumidos

[*La Nación*, sábado 1 de enero de 1938, p. 31]

[VIII]
El Jefe

El acierto político y militar con que Sarmiento había confiado a su ya predilecto coronel de veintinueve años aquella frontera del Interior, según pronto se Acería, tuvo asimismo la eficacia que tan justamente sabe aprovechar la genuina capacidad del grande hombre.

Allá, en efecto, donde por ser la guarnición más peligrosa, un militar de carrera, puramente, habríase limitado a perfeccionarse como tal, haciendo con ello el debido mérito,² iba él a formar también el gobernante que completara su personalidad de estadista. La observación de la política lugareña, más de una vez sometida a su juicio por confidencias e intercesiones locales que su categoría militar, su prestigioso desempeño, su prudente agudeza,³ suscitaban naturalmente, enseñóle con la rapidez propia del ingenio, así bien llamado chispa, el manejo de los resortes humanos que según le oí una vez son los mismos de gobernar, ya se trate de un puñado o de un millón de hombres; por donde todo estriba, agregaba, en saber tocarlos a tiempo. Sólo que como dicha oportunidad constituye un don nativo, el arte de aplicarlo desarrolla la facultad, pero no la crea, y ésta es la predestinación de quienes, nacidos para el mando, han de mandar, a despecho y a favor de las circunstancias adversas o propicias.

1 *LN agrega esta nota:* Con carácter real de primicia ofrecemos hoy a nuestros lectores esta pieza de Leopoldo Lugones, perteneciente a una obra a la que actualmente pone fin. Es el capítulo 8º de la Historia de Roca, que corresponde a la instalación de éste en Río Cuarto como jefe de la Frontera del Interior, para la cual habíalo designado Sarmiento

2 *Ms:* ~~mari~~ mérito

3 *Ms:* ~~perspicaz~~ ~~prudencia~~ prudente agudeza

De esta manera existe, pues, la suerte en cuya virtud parece no faltarle ninguna cualidad al privilegiado; según lo cual hemos de contar para el caso aquel atractivo que asociaba con afable sencillez la benevolencia de la superioridad y el comedimiento de la modestia; la firmeza, a un tiempo moderada y cortés; la afectuosa distinción y la perspicaz reserva con que predisponía⁴ a la confianza sin entregarse nunca, lo que era, asimismo, condición de respeto; y todo ello como refundido a la cautelosa penetración de la mirada, más tranquila por azul, en una autoridad tan propia, que jamás necesitó confirmarse insistiendo ni sostenerse castigando.

Esa naturalidad del dominio es la hermosura de la fuerza que tampoco faltaba, materialmente dicho, en aquel oficial de elegancia casi cenceña, donde por lo mismo resaltaba la intrepidez con sutilidad incisiva y consiguiente acentuación del rasgo original, tan importante en la formación de la personalidad pública. Ya por esos años de 71 a 72, puede afirmarse que estaba hecha.

La aristocrática expresión del rostro cuya delicada palidez afinaba todavía la pera rubia, peinada juntamente con el bigote, a usanza del tiempo, retraíase bajo la visera militar en la oblicuidad de un escorzo característico; mas, al propio tiempo, la pensativa esquivez de los ojos garzos atraía con cierto encanto fatal que magnetizaba entre dulce y cruel la aceración de la pupila. Casi suave de serena, su energía conquistaba con aquella noble dignidad en que se embellece la altivez del señorío.

Al prestigio de su bravura reunía la jovialidad, otra excelente condición de soldado para esa guerra de privaciones durísimas; retozo⁵ de vitalidad juvenil que solía arriesgar tal cual vez hasta lo indiscreto la travesura criolla de su epíteto cuando lo suscitaba la ridiculez vanidosa. Nada alteraba, quizá, más prontamente su

4 *Ms.*: ^{con} que predisponíase

5 *Ms.*: [-] retozo

paciencia, bien que siempre de manifiesto en dicha⁶ espontánea reacción del buen gusto; pues era grande su imperio sobre la vehemencia natural, y así agregábase otra prenda superior esa represión de la cólera con que los fuertes mitigan el zarpazo mortal, apiadándola en ironía. De ahí que ésta suele parecer menosprecio y acaso lo contenga también, siendo el gobierno de los hombres, sabido está, escuela de pesimismo. Mas, la excelencia nativa es magnanimidad por definición, con lo que así perdona en lo mismo que ajusticia.

Militar y políticamente, la guarnición cordobesa del Río Cuarto vinculábalo con la capital de la provincia donde fue ganándose el condigno ascendente mantenido, asimismo, sobre las otras de su anterior conocimiento, a empezar por la natal, según es obvio, mediante una correspondencia entre cuyos mejores destinatarios contó algunos condiscípulos del Uruguay que también iniciaban su vida pública. La proximidad a San Luis, pues Villa Mercedes era el centro militar más importante de la zona, permitíale ejercer sobre esa provincia una influencia directa que veremos resaltar en el estudio de su formación política.

Aquellas cartas cuya letra aguda y fina perfilaba el acierto de la sagacidad en la cordura del raciocinio, imponían con decisión la firmeza de su concepto. Manifestación de ideas formadas sobre los asuntos capitales del país, su franqueza crítica hasta lo audaz, no era sino la precisión con que les señalaba soluciones definitivas. Este mismo acierto determinaba la eficacia de su previsión, facultad de tanto alcance en la guerra y en la política; pero todo ello sin resonancia, como si fuera el resultado de una sencilla operación que se impusiera por certidumbre y no por fe, aunque de ningún modo nace ésta mejor que al prestigio de la llaneza. Y asimismo pintábase su carácter con tal nitidez en el rasgo de la letra, que esto exige dos palabras todavía. Al antedicho aspecto

6 Ms: esa dicha

de su fina agudeza, había, pues, de añadirse la peculiar desligadura que revela intuición, o sea “percepción clara, íntima,⁷ instantánea de una idea o una verdad”, según el léxico, y la proporcionada sobriedad que enuncia sencillez y modestia; quedando sólo por advertir la fortaleza⁸ de la índole y la salud, manifiesta en la regularidad típica que le conservó hasta el fin.

Estaba, así, hecho para la estimación de aquella clase gobernante de Córdoba que se conservaba tal por merecimiento de su hidalguía, repartida esta dignidad del linaje y de la cultura que lo ilustraba con doscientos cincuenta años de universidad, entre próceres católicos de solemnidad un tanto apergaminada, dijérase que a estilo de instituía o de bulario, y caballeros liberales de chapa cartesiana, bajo la cual escocía, sin embargo, su puntita de enciclopedismo anticlerical y aun de entusiasmo anglicano a través del frecuentado *Federalist*; no sin que entre ambos tipos, como entre dos citas opuestas de Donoso Cortés y de Lamennais, hubiera nacido el intermedio católico liberal o liberal cristiano, según conciliase, por ejemplo, la creencia profesada o acepta, con el clasicismo constitucional de su Madison o la política biológica de su flamante Bagehot.⁹ (1) Pues lo cierto es que un noble afán remozaba la erudición y la cátedra. Precisamente el año 72 fundó Sarmiento, allá, la Academia Nacional de Ciencias.

Bien que algo de aquello fuese, tal vez, acomodo promediado de conveniencia y poquedad, dicha posición estribaba principalmente en la sinceridad republicana que a todos era común desde

7 *Ms.*: [-] íntima

8 *Ms.*: firmeza fortaleza

9 (1) Sabido es que Madison, redactor del *Federalista*, juntamente con Hamilton y Jay, fue mediante su famosa refutación al *bill* de los sueldos eclesiásticos, el verdadero autor de la neutralidad religiosa en la Constitución de los Estados Unidos. Walter Bagehot inició con su *Physics and Politics*, en 1869, la aplicación sistemática de la teoría de la evolución natural a las colectividades humanas.

los primeros días de la Patria, empezando por su clero democrático, y explicándose con ello la infaltable notabilidad cordobense en las arduas tareas de constituir la nación. Venía del abolengo conquistador, fortificando aún la consabida simpatía el espíritu marcial¹⁰ que ensalzaba en Paz su dechado selecto, pero también la mano ligera para las armas de dirimir por cuenta propia; carácter muy sensible de suyo al prestigio bélico. La valentía, en efecto, a fuer de virtud, acepta francamente lo superior; y por lo mismo que el brío favorece la dirección del corcel, sólo es difícil mandar cobardes. Oficiales cordobeses de brillante foja, que habían sido sus compañeros de armas en la guerra civil y nacional, abonaban su discreción y su mérito.

La índole comunicativa de la juventud y la formación colegial en el Uruguay de sus letras secundarias, inclinábanlo al liberalismo profesado generalmente por la mocedad de cepa unitaria como la suya, según venía viéndose con creciente decisión al ir aquélla tomando la delantera. El programa liberal, que exigía¹¹ con acierto la integridad de la Nación, ante todo, conforme a la aspiración provinciana de la capital de Buenos Aires, si proclamaba también la neutralidad laica del Estado, era por espíritu más progresista que irreligioso; y poco después, la presidencia de Avellaneda, católico activo, demócrata sincero, hijo de víctima unitaria, provinciano integralista, si se permite la definición, universitario de Córdoba y joven de treinta y siete años, no más, sería la expresión conjunta de cuanto he dicho.¹²

Una circunstancia tradicional creaba a Roca otro vínculo con la sociedad y la política locales: su tío don Marcos Paz había sido allá personaje de tanto fuste que, encarcelado en 1861 por rigurosa orden del presidente Derqui, una comisión de damas

10 *Ms.*: [-] marcial

11 *Ms.*: prolongaba exigía

12 *Ms.*: todo aquello cuanto he dicho

cordobesas solicitó a este último su libertad con buen éxito; y no más que al fin del mismo año, hete aquí que el agraciado era ya gobernador interino de la provincia. Hasta había quién, aludiendo al vencedor de la Tablada, en las tertulias donde era habitual la plática, por decirlo así, expurgatoria de los linajes, reputara como de¹³ una misma cepa todos los Paces históricos.

En eso, el joven coronel encontró nueva afección que lo uniera, y dulcísima y mejor, con haber hallado la esposa de su destino.

“Acontecimiento social” de la época “el fausto enlace”, quién más digna para elegida de la suerte que la Clarita Funes, dijera el cariñoso diminutivo local con que, engreída de tanta donosura juvenil, “toda Córdoba, sí señor, se miraba en ella”.

Clara, sin duda, por el nombre y la sangre, éralo también con aquella gentileza de su estirpe, como iluminada de inteligente simpatía que reuniendo la delicada jovialidad al noble candor, agraciaba el lindo rostro donde en el pétalo aun pueril de la sonrisa y en el ojo rasgado ya de belleza, parece interrogar, atónito de sí mismo, el encanto de la doncella. Y también como la mejor, supo ser la señora de nuestro hogar patricio, joya de su intimidad así acendrada en el decoro de la perla profunda; mas, no por esto cautiva de su rango, sino con la serena cuanto difícil virtud de acompañar al grande hombre en su vida gloriosa y seguramente tan acechada por la tentación.

Pero aquí corresponde una advertencia.

La historia del individuo¹⁴ superior ha de limitarse al estudio de las prendas y defectos peculiares que constituyen su entidad de tal. Lo que tenga él de común, no vale el tiempo que se emplearía en narrarlo. Basta, al efecto, con decir que fue un hombre. La exhibición de vulgaridad en que lo contrario redundaría, es pedantesca o demagógica. Si, precisamente por aquéllo, “no

13 *Ms:* entroncaba entroncaba reputara como de

14 *Ms:* de su vida del individuo

hay grande hombre para su ayuda de cámara”, rebajará la historia quien la escriba con criterio de lacayo. La historia es un arte y el arte un señorío. Nunca hay belleza en la vulgaridad, con lo que es de necio su consideración estética. Tanto vale aplicarla orfebrería a la hechura de una sartén, y esto explica la insignificancia fatal de las odas a la democracia o a la vacuna...¹⁵

Así como el silencio es la mitad de la música, la discreción es la mitad de la historia. El grande hombre, como hombre que es, tiene vida privada. Su eminencia no exime de respeto al historiador, así sea en nombre de la ciencia o del arte. El rigor del análisis puede resultar impío como la calumnia, toda vez que el hecho forma¹⁶ tan sólo una parte de la verdad; y por artística que sea, la desnudez arriesga siempre desvergonzarse en impudor.

Recordando, por otra parte, lo que está dicho de la mujer honrada, el hogar honesto no tiene historia. La virtud materna de que subsiste, es invisible como la sal en la sazón; y para el caso que nos ocupa, su ejercicio valeroso empezó con el destierro a la guarnición de la villa fronteriza donde la pampa bravía hasta lo feroz bajo la aridez de la barbarie, el consiguiente rigor del clima y el azote de las hordas que cuatro años antes, no más, saquearon y cautivaron, asolándolo todo^{17 (2)} amontonaba sus médanos de bulto sepulcral como cadáveres tapados, contra el pequeño oasis de las acequias industriales, el plantío frutal, el tablón de alfalfa cuidado entonces con mimo jardinero, y la media docena de sauces del riacho, desde¹⁸ cuya ribera sería dulcemente melancólico evocar, tal cual tarde veraniega, al toque de la retreta, el *Paseo*

15 En el *Ms.* Este último párrafo se encontraba en punto y aparte. Lugones introduce una marcación gráfica para indicar que va seguido a lo anterior.

16 *Ms.* con forma

17 (2) El 2 de marzo de 1868, un malón de dos mil ranqueles invadió el Río Cuarto, llevándose numerosos cautivos y un inmenso arreo de ganado.

18 *Ms.* donde desde

famoso de la capital, con su lago y su alameda desbordante de elegancia ajustada¹⁹ —sépanlo ustedes— sobre los últimos figurines de París.

Es propio de la civilización maquinal, o mejor dicho, maquinista, que nos arrastra, el exceso de publicidad y la consiguiente importancia que atribuye²⁰ a los detalles de rebusca, con presumible complacencia del tinterillo zurcidor. Viruta noticiera o secreto de trasalcoba, claro está que no he de reducirme a ese chismoso regodeo. Baste saber, pues, que Roca fue de genio vivo y de temperamento amoroso sin demasía; quedándolo quede esto pueda sobrar, a beneficio del supradicho buscón.²¹

Dos años después, sólo dieciocho días antes de terminar la presidencia de Sarmiento, una revolución gravísima, dada²² la categoría de sus jefes y la importancia de sus elementos de acción, estallaba en las provincias de Buenos Aires y San Luis al mando de dos generales con veteranas fuerzas de línea aumentadas por contingentes civiles, para impedir la trasmisión del gobierno²³ al electo, doctor Avellaneda.²⁴ (3) Baste decir que el general Mitre asumió la dirección del movimiento al frente de su poderoso partido, mientras los jefes del pronunciamiento militar eran Rivas y Arredondo, ambos generales sobre el campo de batalla, y aunque uruguayos los dos, de adopción completamente argen-

19 *Ms:* recatada ajustada

20 *Ms:* que asegura atribuye [*t.a*] a los detalles

21 *Ms:* de la supradicha ralea del supradicho buscón.

22 *Ms:* por dada

23 *Ms:* mando gobierno

24 (3) La revolución debía estallar el 12 de octubre, fecha constitucional de dicho acto; pero sorprendidos los trabajos por el gobierno la noche del 23 de setiembre, fracasó en la capital, donde nada pudo hacer, precipitándose el pronunciamiento al siguiente día en las provincias antes nombradas.

tina. Contaban entre los mejores²⁵ oficiales de la guerra con el Paraguay, poco antes concluida, así como el elemento civil reunía a su vez lo más granado de la juventud porteña. Agravaban la ya imponente amenaza, la sublevación de dos cañoneras en el mismo puerto de Buenos Aires, el amago de una nueva invasión de López Jordán a Entre Ríos, y dos alzamientos simultáneos: uno en Jujuy, que abortó luego, aunque no sin sangre (ciento ochenta muertos en el combate de *Quera*) y otro en Corrientes donde llegó a congregarse numerosos voluntarios de la campaña.

Era uno de los tantos conflictos motivados por la impropiedad de la Constitución extranjera adoptada en 1853, según quedó dicho (cap. VI) y que como todos ellos hasta hoy, procedía de dos deformaciones inevitables: la adulteración del sufragio universal y la liga de gobernadores para imponer presidente.

Incompatible aquél con nuestro carácter, según nos lo enseña una experiencia ya más que secular, en esotra consistió siempre, también, la posibilidad de toda organización gubernativa. Así, para no recordar sino las más importantes, el *Tratado Cuadrilátero* y la unión de las nuevas provincias bajo la dictadura del general Paz, ambas de iniciativa unitaria, el Pacto del Litoral y el Acuerdo de San Nicolás, bases de la federación que constituimos; y por supuesto, además, todas las presidencias viables hasta el presente.²⁶ (4) La causa está en que, conforme a la índole

25 *Ms*: [-] mejores

26 (4) El artículo 1° del acuerdo de los gobernadores, definíalo así:

“Siendo la ley fundamental de la República el tratado celebrado el 4 de enero de 1831 entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, por haberse adherido a él todas las demás provincias de la Confederación, será religiosamente observado, en todas sus cláusulas y para mayor firmeza y garantía queda facultado el excelentísimo señor encargado de Relaciones Exteriores para ponerlo en ejecución en todo el territorio de la República.”

La cita textual de artículo, se trata de un recorte de periódico que Lugones pega en Ms

latina, el gobierno representativo es para nosotros encarnación individual y ejecutiva, no principalmente parlamentaria como lo prescribe la Constitución, copiándolo de un país anglosajón y protestante.²⁷ Tal,²⁸ en Roma, el emperador, que como dice Mommsen con propiedad, era “el hombre de confianza del pueblo”; su representante por antonomasia.²⁹ (5) ³⁰

La candidatura derrotada del general Mitre había carecido de aquella condición inconstitucional pero indispensable que tuvo la de Avellaneda, empezando por la misma provincia de Buenos Aires cuyo gobernador resultó electo vicepresidente de la combinación³¹ victoriosa, aunque sin³² el voto de la mayoría bonaerense; política legalmente irregular, pero nada sórdida, como que, para honra suya, el principal mérito de su candidato consistía en haber sido un gran ministro de instrucción pública.³³ (6) Postizo, lo que es decir ajeno a la índole nacional el sistema violado, la consiguiente indiferencia explica porqué esa trasgresión no mancha aquí a quien la comete. Social y prácticamente hablando, el delito electoral no existe.

Es así que los sublevados invocaban con razón y sinceridad la pureza de una doctrina impracticable cuyo imperio, al rigor de la *dura lex*, no podían eludir sus adversarios sin la desventa-

27 *Ms.*: (3)

28 *Ms.*: Así Tal

29 (5) Aunque el gobierno nacional está formado por los tres poderes, constitucionalmente hablando, sobreentendemos que se trata del ejecutivo, o sea del presidente, cuando usamos aquella expresión.

30 *Ms.*: (3) (4) (5)

31 *Ms.*: fórmula combinación

32 *Ms.*: sin contra

33 (6) El vicepresidente, don Mariano Acosta, era asimismo un esclarecido ciudadano de vida pública tan activa como loable. Vale la pena recordar que había sido miembro de la convención constitucional revisora de 1860.

ja moral del subterfugio; pero éstos tenían por suya la eficacia constructiva que es todo el arte del gobierno, y así se habrá de ver cuando al estudiar el programa del liberalismo provinciano, aparezca en su alta significación la presidencia de Avellaneda.

Por otra parte, fue característica ilusión del siglo XIX, persistente hasta hoy bajo la acertada designación de *principismo* que acá le damos, la virtualidad supersticiosa atribuida al tenor de la ley, cuando este instrumento es de carácter interpretativo según su objeto social, que consiste en la adopción de lo conveniente cuantas veces se requiera; o sea en cada uno de los imprevisibles³⁴ y por lo tanto innumerables casos que pueden presentarse. Así el magistrado vivifica la ley, cuerpo sin alma en su mero texto; con lo cual dijo ya la Suprema Voz, que la letra mata.

La trascendencia del episodio es, pues, evidente, y realza todavía la descollante actuación que a Roca le cupo en él.

Empezando por este éxito significativo: la victoria bélica y legal fue de los jóvenes. La primera, además, de dos oficiales argentinos que representaban al ejército exclusivamente militar, invencible desde entonces: el teniente coronel Arias, triunfante sobre los generales Mitre y Rivas en *La Verde* (26 de noviembre) y el coronel Roca en *Santa Rosa* (7 de diciembre) sobre el general Arredondo.

Sin mengua ninguna de aquella victoria, ésta fue mucho más difícil.

La insurrección³⁵ de Buenos Aires, efectuada³⁶ casi enteramente por la guarnición fronteriza de cuatrocientos³⁷ hombres que sublevó el general Rivas en *El Azul*, pues la capital no se movió, invirtiéndose así totalmente el plan convenido, pudo

34 *Ms:* imprevisibles imprevisibles

35 *Ms:* rebelión insurrección

36 *Ms:* formada efectuada

37 *Ms:* por la guarnición ~~por la guarnición fronteriza~~ fronteriza de cuatrocientos

frustrarla en gran parte con su prestigio personal el doctor Alsina, jefe del partido gobernante en la provincia: el autonomista, numeroso entre los elementos más populares de la ciudad y campaña ; mientras el propio gobernador, sustituto de Acosta, coronel don Álvaro Barros, había sido cuatro años antes, no más, prestigioso jefe de aquella misma frontera donde fundó la actual ciudad de Olavarría. Así se explica que, aun incorporados luego mil quinientos indios del cacique Cipriano Catriel³⁸ ejército revolucionario, éste no pasara de tres mil quinientos³⁹ hombres.

Bien que su ataque contra los ochocientos de Arias parapetados en los corrales de la estancia que dio su nombre a la acción: *La Verde*, hubiera de malograrse convirtiéndose en retirada, la actitud de Mitre al capitular en Junín seis días después, parece más bien una desistencia⁴⁰ que una derrota. Aunque fuese el candidato vencido, su ardor revolucionario estuvo atenuado desde la preparación del movimiento, por la idea de evitar en lo posible la efusión de sangre. Habría⁴¹ querido que un alzamiento exclusivamente militar decidiese la cuestión sin combatir, por simple preponderancia numérica; de modo que al suceder lo contrario –pues ni el ejército ni la armada respondieron como se presumía, fracasando el concurso de esta última en un conato episódico– todo induce a creer que aprovechó la ocasión de hacer la paz con su habitual superioridad estoica. Siendo quien era ya, el abandono de una lucha fratricida, antes aumentaba que oscurecía su gloria.

Completamente distinto el caso de la otra comarca trastornada por la rebelión militar, el triunfo⁴² requirió allá dos meses de estrategia y una batalla decisiva.

38 *Ms*: Cipriano cacique Cipriano Catriel

39 *Ms*: doscientos quinientos

40 *Ms*: [-] desistencia

41 *Ms*: Había Habría

42 *Ms*: la rebelión y el militar, el triunfo

So pretexto de una grave dolencia, el general Arredondo había conseguido permiso de Sarmiento para residir, buscando así mejor clima, en la guarnición de Villa Mercedes cuyo jefe, el general Ivanowski, de quien fue predecesor allí mismo, era, juntamente con Rivas, su fiador moral ante el presidente que le desconfiaba. A favor de aquella hospitalidad, tramó Arredondo la sublevación que, llegado el momento, puso en obra, haciendo matar a Ivanowski por sorpresa y tomando la jefatura de sus tropas: 3^o de infantería y 4^o de caballería de línea. Es a saber que el sublevado conocía el prematuro estallido de la rebelión por su propia víctima, pues habiendo recibido Ivanowski el 23 de setiembre una advertencia telegráfica de Sarmiento para que vigilase con tal motivo a su huésped, tuvo la imprudente caballería de mostrársela; de modo que cuando⁴³ al siguiente día, un nuevo despacho mandábale ya prenderlo por su averiguada participación en el motín, Arredondo, apoderado secretamente del telégrafo, fue quien recibió tal orden, asumiendo de consiguiente la mencionada actitud. Con todo, Roca enteróse de ello el mismo día en el Río Cuarto,⁴⁴ merced a una confidencia telegráfica, siendo él quien hubo de comunicarlo al presidente de la República.

El pronunciamiento asumía, pues, gravedad extrema, no sólo por la calidad de la tropa con su armamento modernísimo entonces, y la colaboración entusiasta del gobernador de San Luis, simultánea y expresamente rebeldísimo, ante todo, por su jefe militar, quien al iniciarlo, como se ha visto, sin reparar en medios, correría el albur de lo que a sabiendas jugaba, extremando sus condiciones de formidable osadía, experiencia veterana y dominio de aquel terreno donde siete años atrás habíase ganado en San Ignacio el generalato sobre el campo de batalla.

43 *Ms:* que cuando que cuando

44 *Ms:* en el Río Cuarto, donde se hallaba;

Conforme al plan revolucionario, debía encaminarse acto continuo a Buenos Aires, movilizand o cuantas fuerzas pudiese, lo que hizo con la mitad del tercer regimiento de guardias nacionales, hasta reunir por todo algo más de ochocientos hombres. Así marchó sin tardanza en busca de la vía férrea, única entonces, que era la del Central Argentino entre el Rosario y Córdoba,⁴⁵ tomando el camino recto que pasa por el Río Cuarto donde esperaba incorporar sobre la marcha al regimiento 7º de caballería destacado en la frontera, y contaba con seducir o derrotar fácilmente al 10º de la misma arma, único que guarnecía la mencionada población.

Descubiertas sus fuerzas y sus intenciones mediante un ardid consistente en que el jefe de este último regimiento,⁴⁶ teniente coronel Racedo, fingiéndose rebelde, mandara pedirle órdenes desde allá (26 de setiembre) movióse Roca el 27 con el mencionado cuerpo hacia Villa María, estación importante del ferrocarril, para ocuparla el 29, cortando así el camino que Arredondo debía tomar; a cuyo efecto recibió el 28 su designación telegráfica de Comandante General del Ejército del norte, improvisado⁴⁷ en su persona, por decirlo así, y los escasos refuerzos que el gobierno nacional podía enviarle a la sazón: dos piquetes de infantería de marina y gendarmes del Rosario con dos piezas de artillería de campaña. Pero la misma noche de su arribo, el presidente le anunciaba que de un momento a otro iban a incorporársele dos batallones de infantería y un regimiento de caballería con dos cañones *Krupp* y quinientos fusiles *Remington*, mientras de Córdoba y Santa Fe seguirían llegando más tropas sobre la marcha. Con esto, decidió continuar replegándose sobre la misma vía férrea, es decir, cortando siempre el camino al jefe insurrecto, has-

45 *Ms.*: en Buenos Aires entre el Rosario y Córdoba

46 *Ms.*: en que el jefe del regimiento en que el jefe de este último regimiento

47 *Ms.*: e improvisado

ta lograr aquella incorporación, según se efectuó el 2 de octubre en la inmediata estación de Bell-Ville, más conocida entonces como⁴⁸ el *Fraile Muerto*, nombre antiguo del lugar.

Sarmiento habíase mostrado, como le era habitual, prodigioso de eficacia y energía. Puede afirmarse que cuarenta y ocho horas después de precipitar su estallido, había desbaratado la revolución a fuerza de cartas, despachos y decretos, como ese que creaba casi sobre el papel el Ejército del norte. Su conferencia telegráfica con Roca la noche del 29, y sus telegramas expedidos desde el 25 a los gobernadores de Córdoba y del Litoral, manifestaban su confianza en aquél, tan decidida como respetuosa, hasta no insistir, bien que esto mismo a título de mera colaboración, sino sobre un detalle realmente obsesor para él, y que constituía, por cierto, el nervio de la guerra contra la montonera y el indio: la necesidad de conseguir caballos a toda costa, pues no disponiéndose sino de la indicada vía⁴⁹ férrea, era ése el único elemento de movilidad en las operaciones distantes de ella. Así, el ejército nacional constaba entonces de doce regimientos de caballería por⁵⁰ once de infantería y dos de artillería solamente.⁵¹ Sugería, en consecuencia, la requisición lisa y llana que Roca, sin embargo, no ejecutó.⁵² (7) Otro era su concepto de la guerra como va a verse, por más que su experiencia militar hubiérale ya enseñado lo mismo, según también lo veremos⁵³ con motivo de la expedición al desierto y de su política gubernativa en materia vial.

48 *Ms:* por como

49 *Ms:* vía vía

50 *Ms:* y por

51 *Ms:* de infantería y dos de artillería solamente

52 (7) Así desde su primer despacho a Roca el 25 de setiembre: "... Expropie caballos. No hay más punto oscuro que ese... Pero coronel Roca, no se pagan los caballos a nadie, se quitan. Se procede como el enemigo procede. Estas son las leyes de la guerra. Etc."

53 *Ms:* ha de verse lo veremos

A su modo, pues, replegóse hacia el Fraile Muerto, según dije, llevándose la dotación ferroviaria utilizable, pero dejando en la oficina telegráfica como al descuido o por premura, las bandas de su conferencia con Sarmiento, para que la noticia del auxilio que iba a recibir causara sobre Arredondo la impresión que efectivamente produjo.

Dicho jefe había llegado el 27 al Río Cuarto donde sólo quedaba una patrulla de observación de Roca, la cual retiróse tras un breve tiroteo, y allá esperó hasta el 29 la incorporación del 7º de caballería sublevado por su jefe en la frontera, dirigiéndose entonces a Villa María, que ocupó el 2 de octubre. Enterado, como sabemos, de las fuerzas que incorporáronse a Roca en el Fraile Muerto ese mismo día, según díjelo también, resolvió marchar sobre Córdoba a cuya ocupación atribuía grande importancia y efecto en⁵⁴ la opinión regional del Centro y del Norte, tomándola el 3 sin resistencia, imposible, por lo demás, de la guardia vecinal que la defendía.

Pero el éxito no correspondió a su esperanza. La ciudad capitulada opúsole, desde luego, el aislamiento de la dispersión. Su guardia⁵⁵ de vecinos se disolvió, alzándose⁵⁶ al campo en gran parte; y la resistencia pasiva fue tal, que como nadie quisiera ocupar el gobierno acéfalo, hubo que reponer al mandatario destituido⁵⁷ la víspera.

Más impopular aun la revolución en las provincias interiores que en la de Buenos Aires, donde por igual motivo era ya un previsible fracaso, su descrédito aumentaba allá, todavía, con el asesinato del general Ivanowski cuyas circunstancias echábanle un borrón fatal, el abandono de la frontera a los indios más

54 *Ms.* sobre en

55 *Ms.* La ^{Su} guardia. *Las ediciones practicaron una lectura incorrecta de este fragmento, al editar La que se encontraba tachado en Ms. por el autor.*

56 *Ms.* tornándose alzándose

57 *Ms.* desposeído destituido

audaces, y la estrategia de Roca que impedía toda coordinación de sus fuerzas. Por otra parte, la desmoralización empezaba a cundir, con esto último, entre las tropas sublevadas mediante aquel odioso golpe de mano cuyos móviles éranles, sin⁵⁸ duda, ajenos; el gobierno de Santiago no se movió como Arredondo esperaba, contenido, si pensó realmente hacerlo, ante una situación que Roca podía decidir de inmediato con un ataque cada vez más temible, y cuatro días después, veíase el jefe rebelde obligado, así, a contramarchar sobre Villa Mercedes, llegando el 9 al Río Cuarto.

Pero, al día siguiente, mientras continuaba la marcha, destacado el 7º de caballería contra una fuerza enemiga que se avistó en actitud de observación, dispersóse sin combatir abandonando a su jefe.

Con bastante lentitud, debido a la postración de su caballada, llegó el general revolucionario a Villa Mercedes sólo tres días después, encontrando allá dos regimientos de guardias nacionales movilizados por el gobierno provincial. Buena falta le hacían, pues la desmoralización creciente en la tropa, estuvo a punto de inutilizarle el 3º de infantería con un motín que hubo de evitar mediante la ejecución de varios cabos y sargentos. Otro contingente de guardias nacionales esperábalo en la capital de la provincia hacia la cual marchó el 16, decidido a someter todo Cuyo para asegurarse así una vasta zona de poderío y resistencia. Triunfante, a su vez, la revolución en el suroeste de Buenos Aires, podrían reunir sus fuerzas por la intermedia pampa ranquelina, conforme a una certera previsión de Sarmiento;⁵⁹ (8) pero antes de emprenderlo,⁶⁰ ya que Roca le cortaba definitivamente el acceso ferroviario, necesitaba consumar su dominación, deponien-

58 *Ms.* del todo sin

59 (8) Carta de Sarmiento al coronel Borges que se hallaba de guarnición en Rojas, el 26 de setiembre.

60 *Ms.* em^{em}prenderlo

do a los gobiernos adversos de Mendoza y de San Juan.

En eso, la transmisión del mando presidencial efectuóse puntualmente el 12 de octubre; y designado Alsina ministro de guerra por Avellaneda, este nombramiento ratificaba en su persona la política del liberalismo provinciano que comprendía a los autonomistas de Buenos Aires, según sabémoslo ya. En cuanto a Roca, comprovinciano del nuevo presidente, y amigo y admirador suyo, además, la posición consolidábase, si cabía.

La entidad más importante de aquella política en Cuyo, era Mendoza, donde el gobierno⁶¹ había movilizado alrededor⁶² de mil quinientos hombres con una pieza de artillería de campaña, que mandados por el teniente coronel Catalán, intentarían cortar el paso a Arredondo. Llegado éste a San Luis el 22, pasaba el 21 la frontera de Mendoza, tomando la Villa de La Paz al frente⁶³ de unos dos mil quinientos hombres que se avistaron con las fuerzas provinciales el 28 al anochecer, sobre los campos de la estancia Santa Rosa donde ocupaban una posición defensiva, cubiertos⁶⁴ ambos sus flancos por los cercos de rama espinosa que formaban abatidas naturales, y el río Tunuyán, vadeable tan sólo a trechos precisos.

Rechazada por Catalán la intimación de rendirse, la superioridad de tropa y armamento decidieron al otro día el fácil triunfo del ejército rebelde consumado en dos horas con la muerte de aquel jefe. Arredondo entró el 1° de noviembre en Mendoza cuyo gobernador habíase retirado a la campaña, puso allá uno de su hechura y marchó sobre San Juan, que ocupó el 3, haciendo lo propio y remontando sus fuerzas con un batallón provincial de trescientas cincuenta plazas.

Siete días después regresaba a Mendoza, centro natural de su

61 *Ms:* gobernador gobierno

62 *Ms:* una fuerza alrededor

63 *Ms:* la frontera de Mendoza, tomando la Villa de La Paz al frente

64 *Ms:* con cubiertos

predominio cuyano,⁶⁵ donde levantó asimismo alguna milicia, y el 13 dirigióse nuevamente al campo de Santa Rosa que había elegido para esperar, fortificándose allí, al ejército con que Roca marchaba ya contra él. En veintidós días de que dispuso, reclutó el suyo con empeño hasta ponerlo sobre los cuatro mil hombres, combinando simultáneamente un sistema protector formado al frente por un foso con parapeto y abatida de expugnación muy difícil, al flanco derecho por el Tunuyán, y al izquierdo por los cercados de rama espinosa, que mediante acequias derivadas de aquél, inundaría oportunamente. Así compensaba a la vez su escasa artillería de cinco piezas.

Mientras tanto, Roca, desde su estratégica situación⁶⁶ sobre la vía férrea, que frustraba la junción de los rebeldes, había aprovechado los primeros cincuenta días de aquel bimestre para formar su pequeño ejército, sin arriesgarlo con intempestivo arrojó, pero reocupando lentamente las posiciones que el enemigo dejaba sobre el único camino a Cuyo, es decir, aislándolo cada vez más, al propio tiempo que aguerría por la maniobra y el espíritu la tropa escasa de cohesión y plantel. Acababan, así, como de forjarla, el mismo rigor del verano implacable sobre aquellos doscientos y más kilómetros de médano desolado hasta la maldición, y las penurias de todo género, tan grandes, que la caballería debió marchar a muía por no quedar más ganado servible, sin contar la frecuencia con que faltaba el de comer —y lo demás que se colige—.

Hacia fines de noviembre, al pasar de San Luis, las fuerzas, sólidas ya, contaban cerca de dos mil ochocientos hombres, entre ellas tres batallones de infantería de aquella misma Córdoba tan remisa con el jefe insurrecto, y otro batallón y un regimiento del Río Cuarto, no menos esquivo hacia él. La inferioridad

65 *Ms:* en Cuyo cuyano

66 *Ms:* posición situación

numérica era, sin embargo, muy grande aun respecto del adversario cuya fortificación, que conocían, acentuaba su ventaja; de suerte que la marcha continuó con lentitud en espera de un importante refuerzo que por momentos debía llegar al mando del coronel Nelson, nombrado segundo jefe del ejército el 11 del mismo mes.

Cuando poco más allá de San Luis, en *El Balde*, incorporóse dicho jefe con mil setecientos hombres y⁶⁷ algún suplemento de artillería, que elevó la dotación a nueve piezas, Roca, puesto así al frente de fuerzas ligeramente superiores, decidió abreviar en lo posible la restante travesía de ciento cincuenta kilómetros que lo separaba de su adversario; con lo que, el 4 de diciembre, hallábase a la vista del campo fortificado cuyo reconocimiento personal efectuó en seguida, mediante las adecuadas escaramuzas de rigor. Tenía, al fin, su batalla como dorada de sol glorioso entre las primeras colinas⁶⁸ del suelo montañoso que perfilaba la alameda ribereña del Tunuyán sobre la mole de los Andes al fondo.⁶⁹

Durante los días transcurridos, habían ido llegándole por la posta y el telégrafo noticias del triunfo de Arias en *La Verde* y la rendición de los sublevados el 2 de diciembre en Junín. El 5, pues, previas algunas operaciones de exploración y despejo sobre el flanco izquierdo de los rebeldes, inundado ya por ellos, ofició a Arredondo, comunicándole aquel completo fracaso de la revolución, para inducirlo, en consecuencia, a abandonar la lucha ya inútil. Rechazada al principio su información como una añagaza, el mismo jefe sublevado propúsole, horas después, capitular en condiciones tales, que comunicadas al Presidente de la República, tuvieron por inmediata respuesta la exigencia de

67 En el [fol. 185v] del Ms. introduce: zar de San Luis

68 Ms: arrugas colinas

69 Ms: tejados al fondo

rendirse a discreción.⁷⁰⁽⁹⁾ Ellas evidenciaban, por lo demás, la indudable superioridad que Arredondo se atribuía.

En esos trámites pasó el tiempo hasta promediar la⁷¹ tarde del 6, cuando el ejército de la Nación rompió las hostilidades con el cañoneo preparatorio de un simulado ataque frontal, cuyo amago sostenido en la sombra bajo el consiguiente recelo de lo invisible, permitióle correrse a medianoche por el flanco izquierdo de los sublevados, evitando el lodazal, y tomándoles la retaguardia sin ser sentido, pero con tal precisión, que al rayar el alba, amanecía formado en batalla cuatro kilómetros detrás. Era el envolvimiento clásico y total que atrapaba al enemigo en su propia fortificación, imponiéndole la derrota sin esperanza. Para eso y así había formado sus tropas el vencedor en diez semanas de maestría.

Batalla tácticamente ganada —y tanto, que la caballería, mitad del ejército,⁷²⁽¹⁰⁾ no llegó a combatir, impedida por los obstáculos naturales y la extenuación de la muías que montaba— dos horas de intenso fuego bastaron para consumir el triunfo sobre un adversario tan sorprendido, que el infortunio de su bravura fue sólo el precio de su tardanza en comprender. Desordenado por el brusco cambio de frente que hubo de constituir su infructuoso arbitrio, el desenlace sobrevino ante la increíble estupefacción del jefe rebelde, cuando Roca, ala cabeza de su escolta, lo afrontó diciéndole mientras le tendía la mano con caballeresca sencillez:

—General, es Ud. mi prisionero.

70(9) Dichas condiciones eran tres: 1ª Repliegue del ejército nacional a la Villa de La Paz; 2ª Reconocimiento de los gastos de guerra y grados militares del ejército rebelde por el gobierno nacional; 3ª Reposición de los gobernadores revolucionarios depuestos.

71 *Ms.*: [-] promediar la

72(10) Este hallábase formado por nueve batallones de infantería, nueve regimientos de caballería, uno de artillería [*Ms.*: ingenieros artillería] y la escolta del comandante en jefe.

Sometido Arredondo a consejo de guerra sobre el tambor, como procedía y estaba ordenado, su ejecución era segura. Así opinaba el presidente con innegable rectitud y aconsejaba el tenaz rigor de Sarmiento. Pero Roca profesaba por índole, más aun que a designio, el principio romano de no extremar la victoria. Arredondo, al fin, habíasele rendido, y la generosidad del perdón nunca deshonra los laureles. Facilitóle, pues, la evasión, preparándosela en persona y⁷³ hasta auxiliándolo con algún dinero al partir. ¿No era esto como de religión familiar, desde que, según sabemos (cap. III) su propio padre debió la vida a un acto análogo, en tal cual episodio de guerra civil también? Por otra parte, la fuga aceptada es siempre fatal a los guerreros, y la experiencia tampoco erró aquella vez. La destrucción del enemigo, objeto de la guerra, no requiere forzosamente su exterminio; pero toda victoria, sí, constituye una obra de arte.

General sobre el campo de batalla el mismo día, Roca supo embellecer así la suya. Habíala como embanderado allá, ante los Andes de su aurora, la gallardía del improvisado estandarte con que reanimara el ímpetu de aquese batallón titubeante bajo el fuego, enarbolando en una lanza su poncho a listas blancas y azules, obsequio alusivo de no se qué mano gentil, por lo *argentino*, del⁷⁴ bien merecido nombre; y cuando cincuenta días después en nuestra histórica Buenos Aires de plata animada por los festejos triunfales que coronó el banquete del palacio presidencial, estrenaba para el caso sus charreteras entre Avellaneda y Sarmiento, aclararía su frente ya ensanchada⁷⁵ de arduo, valeroso afán –certidumbre, que no ilusión– la sonrisa de la gloria.

73 *Ms.* personalmente en persona y

74 *Ms.* de la del

75 *Ms.* su frente ^{ya} ensanchada ya

[*La Nación*, Domingo 17 de Julio de 1938,
Sección 2, p. 1 y 3¹]

[IX]

La campaña del Desierto²

El movimiento revolucionario efectuado principalmente por las guarniciones más importantes en³ las fronteras del sur y del interior causó el abandono de las mismas y el deterioro a veces total de sus fortificaciones y pertrechos, que hubo de empezarse a reparar acto continuo con empeño bajo la enérgica dirección de Alsina, notable ministro de Guerra, como, en efecto, se mostró.

Felizmente, la rapidez con que pudo sofocarse la revuelta cuando las hordas pampeanas hallábanse aún bajo el desconcierto causado por la muerte de Calfucurá, jefe de la confederación que formaban (1873), no les dio tiempo de aprovechar la coyuntura. Perduraba, asimismo, entre ellas, la impresión del duro escarmiento que dos años antes (1872) habíales infligido el general Rivas en el combate de *Pichi Carhué* o *San Carlos*⁴ y sobre todo el temor que iba infundiéndoles el uso más frecuente cada vez del fusil *Remington*, tan superior al de fulminante bajo todo con-

1 LA CAMPAÑA DEL DESIERTO/POR/LEOPOLDO LUGONES/ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO.

2 *LN* agrega esta nota: He aquí el último trozo que de su “Roca” escribió Leopoldo Lugones. El texto aparece tal cual él lo dejó y sin su revisión final. Había en el manuscrito llamadas o asteriscos de advertencia de los que se contestan a pie de página; los hemos suprimido aquí por no haberlos respondido el autor, quién dejó sin duda esa tarea para el momento de la revisión definitiva de su original. En tres partes hemos incorporado, según indicación abreviada de página y obra, aquellos fragmentos de Muñiz y Marcó del Pont cuya transcripción efectiva había dejado también él para después.

3 *Ms*: de en

4 *Ms*: de *Pichi Carhué* o de *San Carlos*

cepto. Así, los mismos ranqueles mantuviéronse quietos sobre la línea, donde sólo quedó alguna guardia nacional movilizada al mando de Baigorria, aunque el renombre del antiguo cacique entró en ello por mitad, seguramente.

Subalterno, ahora, de Roca,⁵ su residencia de veintidós años en la tribu donde tal grado alcanzó, constituía para aquél valiosa fuente de información y concepto;⁶ mas lo que ellos⁷ le reportaron completólo personalmente,⁸ prosiguiendo, apenas de regreso en su comando,⁹ la exploración¹⁰ sistemática de lo que llamaba con propiedad el oasis ranquelino, áspero bosque¹¹ de unos tres¹² mil kilómetros, rodeado por¹³ arenas cuya¹⁴ desolación obstruía el acceso de esa guarida silvestre.¹⁵ Seguía amplificando,¹⁶ pues, su conocimiento del país metro por metro, como la andanza a caballo lo efectúa de suyo,¹⁷ y aquella experiencia adquirida en diez y ocho años¹⁸ de incansable empeño iba a contar entre los elementos más eficaces¹⁹ de su acción gubernativa.

5 *Ms:* Roca Roca

6 *Ms:* referencia juicio concepto

7 *Ms:* estos ellos

8 *Ms:* completólo completólo Roca personalmente

9 *Ms:* su guarnición el Río Cuarto su comando

10 *Ms:* el exploramiento la exploración

11 *Ms:* zona [-] áspero bosque áspero bosque

12 *Ms:* cuatro tres

13 *Ms:* de por

14 *Ms:* que cuya

15 *Ms:* la {} bajar {} protección {} protegían {} aridez {} desolación obstruía el acceso de esa guarida silvestre.

16 *Ms:* Continuaba Seguía efectuando completando amplificando

17 *Ms:* de suyo lo afectaba la jornada a caballo como la andanza a caballo lo efectúa de suyo

18 *Ms:* quince años diez y ocho años

19 *Ms:* los elementos eficaces más eficaces

Ahora bien;²⁰ si los indios no aprovecharon la revolución para invadir inmediatamente, una vez resuelta²¹ la controversia dinástica que la muerte de Calfucurá suscitó entre ellos por entonces, con la transmisión efectiva del cacicazgo²² a Namuncurá, su hijo, emprendió²³ éste acto continuo²⁴ la obra de rehacer la confederación pampeana y reanudar la guerra ofensiva. Impulsábanlo a ello de consumo el éxito siempre ventajoso del malón tradicional así metodizado por el difunto cacique²⁵ y la amenaza de un nuevo avance de fronteras que, estudiado desde 1872-73, tuvo²⁶ comienzo de ejecución en las leyes propuestas por el P. E.²⁷ con extensos mensajes y votadas el 4 y 5 de octubre de 1875. La nueva línea debía correr desde Bahía Blanca, al noroeste, por el extremo occidental²⁸ de la Sierra de la Ventana, y las lagunas de Carhué, Guaminí y Trenquelaquén,²⁹ hasta el desagüe del río Quinto, en La Amarga; comprendiendo las posiciones de Puán e Ítalo, cuya importancia estratégica era capital³⁰ para los pampas³¹ y los ranqueles.

20 *Ms:* Entretanto Ahora bien

21 *Ms:* ~~en el acto~~ inmediatamente una vez resuelta

22 *Ms:* transmisión efectiva del cacicazgo

23 *Ms:* su hijo, este emprendió

24 *Ms:* ~~de inmediato~~ acto continuo

25 *Ms:* ~~de este método que era en [] el malón~~ del malón tradicional así metodizado por el difunto cacique

26 *Ms:* tenía tuvo

27 *Ms:* [] propuesta del propuestas por el P. E.

28 *Ms:* ~~desde la tierra de occidental~~ desde B. Blanca, al noroeste, por el extremo occidental

29 *Ms:* ~~al Noroeste por~~ y las lagunas de Carhué, Guaminí y Trenquelaquén

30 *Ms:* ~~ocupando Puán e Ítalo cuya importancia estratégica~~ comprendiendo las posiciones de Puán e Ítalo, cuya importancia estratégica era capital capital

31 *Ms:* para los pampas

La documentación oficial, así como³² los periódicos donde apareció su referencia, llegaron³³ a conocimiento³⁴ de Namuncurá con tal rapidez que a principios de noviembre puso en movimiento la grande invasión por él³⁵ preparada en su toltería de las Salinas Grandes,³⁶ campamento central de las tribus, lanzando sucesivos malones sobre distintos puntos³⁷ a la vez, con tremendo estrago y pillaje inmenso.

Dos meses después, un suceso de singular³⁸ gravedad consumaba su plan unificador de las hordas.³⁹ La tribu de Juan José Catriel,⁴⁰ establecida cerca del Azul, rompió su alianza de un lustro con los cristianos⁴¹ para incorporarse a aquellas, mientras la de Pincén, que era la más aguerrida y la más próxima a la Cordillera, recibía desde Chile dos mil⁴² araucanos de refuerzo.⁴³ La intervención de dicho país,⁴⁴ comentada y discutida allá mismo, por lo demás, era tan notoria que lo propio hacían nuestra⁴⁵ prensa y documentos oficiales,⁴⁶ señalando así⁴⁷ el ver-

32 *Ms:* los-perió así como los diarios periódicos

33 *Ms:* llegaron hallaron llegaron

34 *Ms:* [-] conocimiento

35 *Ms:* que tenía por él

36 *Ms:* de las Salinas Grandes

37 *Ms:* que por sobre distintos distintos puntos

38 *Ms:* importante singular

39 *Ms:* horda hordas

40 *Ms:* La tribu de La tribu de Juan José Catriel

41 *Ms:* ya más que secular con los cristianos de un lustro con los cristianos

42 *Ms:* mil dos mil

43 *Ms:* de refuerzo auxiliares de refuerzo

44 *Ms:* de aquella nación de dicha dicho nación país

45 *Ms:* aque nuestra

46 *Ms:* [-] oficiales

47 *Ms:* [-] así

dadero foco de aquella permanente hostilidad,⁴⁸ sistematizada en inmensa depredación. Promediaba⁴⁹ las cuarenta mil cabezas vacunas⁵⁰ el tráfico regular del⁵¹ botín negociado allá por los indios anualmente,⁵² sin contar el arreo no menos copioso de caballos, el producto del saqueo y el rescate de los cautivos, que conseguían escapar así a la⁵³ más horrenda servidumbre.

Reproducíase la contraofensiva⁵⁴ araucana que sucedió⁵⁵ al avance de la frontera por el general Rodríguez en 1823,⁵⁶ y a la expedición de Rosas, diez años más tarde;⁵⁷ pues, efectivamente, los principales caciques y sus mejores tropas⁵⁸ eran oriundos de la Araucanía chilena, no faltando alguno a sueldo del gobierno de Chile;⁵⁹ chilenos fueron también los secretarios de Calfucurá y Namuncurá,⁶⁰ verdaderos cancilleres de la indiada, y chilenos los⁶¹ traficantes con el producto del malón. Las sublevaciones de la tribu de los Catrieles,⁶² síntoma característico de las grandes

48 *Ms.* guerra permanente-permanente hostilidad

49 *Ms.* Calculábase en Promediaba las

50 *Ms.* cabezas vacunas

51 *Ms.* el [] con el que el tráfico animal regular del

52 *Ms.* allá por los indios allá por los indios anualmente

53 *Ms.* las la

54 *Ms.* la grande ofensiva contraofensiva

55 *Ms.* que sucedió que intentó que sucedió

56 *Ms.* el avance del general de la frontera por el general Rodríguez hasta Tandil (1823) en 1823 en 1823

57 *Ms.* la expedición de Rosas (1833) y diez años más tarde

58 *Ms.* los principales caciques los principales caciques y sus mejores tropas

59 *Ms.* no faltando alguno a sueldo del gobierno de Chile

60 *Ms.* chilenos fueron los secretarios también los secretarios de Calfucurá y Namuncurá,

61 *Ms.* chilena la indiada más belicosa, y chilenos los traficantes verdaderos cancilleres de la indiada, y chilenos los

62 *Ms.* de los Catrieles

invasiones durante aquel medio siglo, revelaban la tendencia, por decirlo así, troncal de las hordas, tanto como la inseguridad de esas alianzas y pactos con el salvaje.⁶³⁶⁴ Tan costosos⁶⁵ eran éstos, sin embargo, que sólo Baigorrita, uno de los tres grandes caciques ranqueles, recibía anualmente mil vacas, mil quinientas arrobas de harina, mil de azúcar, cuatrocientas de jabón y cuatro pipas de aguardiente.⁶⁶⁶⁷

Persistíase, no obstante,⁶⁸ en el doble error⁶⁹ de reconocerle,⁷⁰ según fuese su actitud, derecho y beligerancia, sometiéndose de consiguiente⁷¹ a su iniciativa, ora⁷² por la consideración sentimental de que el origen autóctono le asignaba una especie⁷³ de conciudadanía,⁷⁴ cuando en realidad se trataba de un agente extranjero, ora por la persistencia⁷⁵ rutinaria del sistema⁷⁶

63 *Ms:* desde aquel negro siglo su síntoma característico hizo de las grandes invasiones lo que revelaba el escaso valor siglo síntoma característico de las grandes invasiones durante aquel medio siglo, revelaban la tendencia, por decirlo así, troncal de las hordas, tanto como la inseguridad de esas alianzas y pactos con el salvaje

64 *Ms:* agrega en color rojo: (vuelta)

65 *Ms:* onerosos costosos

66 *En el Ms.* Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.

67 *En Ms* toda esta última oración se encuentra en [fol. 201v]

68 *Ms:* Sin embargo Persistíase persistíase no obstante en el

69 *Ms:* como doblemente doble erróneo error

70 *Ms:* de reconocerle, el indio

71 *Ms:* lo cual importaba someterse sometiéndose de consiguiente

72 *Ms:* [-] parte ora

73 *Ms:* hacia una especie de ciudadanía autóctona que se [-] de que el origen autóctono le asignaba una especie

74 *Ms:* conciudadanía conciudadanía

75 *Ms:* [-] persistencia

76 *Ms:* en del sistema

intrafrentenzo,⁷⁷ que el propio Alsina, a pesar de⁷⁸ sus notables⁷⁹ condiciones de organizador, incurría en la paradoja⁸⁰ de consolidar con el propósito⁸¹ de abolirlo, sin embargo...

No fue otra cosa, en efecto, la decisión de trazar la frontera recién avanzada con un foso defensivo de igual extensión que eslabonara los fortines, lo que, además de su costo,(2)⁸² duplicado por lo menos⁸³ a cada nuevo avance, resultaría inútil⁸⁴ como sucedió,⁸⁵ en pampa abierta y terreno deleznable que era menester afirmar con céspedes y arboleda; mas, la preferencia⁸⁶ de Alsina por⁸⁷ aquel método cuya ineficacia predijo Roca en cuatro palabras definitivas, según lo vamos a ver, dimanaba de que todos, salvo éste, entonces, consideraban imposible la ocupación del Río Negro,⁸⁸ que era la etapa⁸⁹ final. El ministro estaba resuelto⁹⁰ a concluir su zanja sin contar tiempo⁹¹ ni coste.

En vano la misma invasión y el reiterado triunfo de las garni-

77 *Ms.* de la frontera interior intrafrentenzo

78 *Ms.* no obstante a pesar de

79 *Ms.* notables notables

80 *Ms.* [-] incurría en la paradoja

81 *Ms.* [-] el propósito

82 *En Ms.* se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca.

83 *Ms* agrega en lápiz esta frase como comentario en interlínea: Es que todos creían en la defensiva

84 *Ms.* resultaba poco eficaz resultaría inútil

85 *Ms.* pasó sucedió

86 *Ms.* preferencia preferencia

87 *Ms.* que por

88 *Ms.* la ocupación final del Río Negro

89 *Ms.* etapa etapa

90 *Ms.* decidido resuelto

91 *Ms.* [-] costara lo que costara zanja sin contar tiempo

ciones fronterizas cada vez que lograban alcanzar a los indios,⁹² señalábanle sin duda la iniciativa; en vano reconocía expresamente, no sólo⁹³ que la acción⁹⁴ más eficaz había sido la así efectuada por⁹⁵ Rosas, sino⁹⁶ que todo estribaba, al fin de cuentas, en operar tan bien⁹⁷ montado como aquéllos:⁹⁸ la rutina defensiva, al par que el⁹⁹ desconocimiento del territorio salvaje causado de consuno por el abandono y el desorden de la guerra civil, eran tales¹⁰⁰ que el mismo genio promotor de Sarmiento aceptaba la inveterada¹⁰¹ pasividad.¹⁰²

Apenas sancionadas las antedichas leyes sobre¹⁰³ extensión de fronteras, Alsina había escrito detalladamente a Roca para enterarlo¹⁰⁴ del plan, pues sólo faltaba,¹⁰⁵ decíale, su opinión en lo concerniente¹⁰⁶ a aquella línea.¹⁰⁷ El destinatario expuso en una larga¹⁰⁸ carta la cuestión como él la entendía, planteándola

92 *Ms:* En vano la misma invasión y las victoriosas [] policiales de los jefes de frontera contra los ataques [] en que aquella el reiterado triunfo de las tropas guarniciones fronterizas cada vez que lograban alcanzar a los indios

93 *Ms:* al mismo, que [] expresamente, no sólo

94 *Ms:* la acción

95 *Ms:* fue hasta [] la ofensiva de había sido la así efectuada por

96 *Ms:* así como sino

97 *Ms:* tan contra bien

98 *Ms:* el salvaje aquéllos

99 *Ms:* y el al par que el

100 *Ms:* tan inveterados profundos tales

101 *Ms:* [] inveterada

102 *Ms:* pasividad pasividad

103 *Ms:* de sobre

104 *Ms:* para enterarlo para enterarlo

105 *Ms:* sólo te faltaba

106 *Ms:* para completarla en lo concerniente

107 *Ms:* a la aquella línea

108 *Ms:* extensa larga

sobre una completa descripción del terreno de su incumbencia y un concepto¹⁰⁹ no menos acabado del¹¹⁰ carácter indígena, para prever el efecto contraproducente del avance gradual,¹¹¹ la inminencia de los malones que, lejos de contener, suscitaría,¹¹² y proponer en consecuencia con terminante decisión,¹¹³ hasta asumir toda la responsabilidad del caso, la solución definitiva.

“A mi juicio –escribía– el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es¹¹⁴ el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos.”

Y más abajo:

“Ganar zonas al desierto, alejándonos más de las poblaciones,¹¹⁵ tiene para mí todos los inconvenientes de la guerra defensiva, acrecentados por el enemigo que deja a la espalda el desierto que quedaría entre las nuevas líneas y las poblaciones.”

Luego esta sintética¹¹⁶ condenación del fortín, anticipada tres años antes, no más, por la sátira gaucha de *Martín Fierro*:¹¹⁷

“Los puestos fijos en medio del desierto, matan la disciplina, diezman las tropas y poco o ningún espacio dominan.”

Por último:

“Yo me comprometería, señor ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años: uno para prepararme y otro para efectuarlo, etc.”

109 *Ms*: del terreno de su incumbencia y un [-] concepto

110 *Ms*: del del

111 *Ms*: del avance gradual

112 *Ms*: iba a suscitar suscitaría

113 *Ms*: seguridad decisión

114 *Ms*: fue es

115 *Ms*: [-] alejándonos más de

116 *Ms*: Luego Luego esta sintética

117 *Ms*: del fortín que del fortín, anticipada tres años antes, no menos más, por la sátira gaucha de *Martín Fierro*:

Pero la firmeza de su convicción, la claridad de su juicio,¹¹⁸ la exactitud de su apreciación histórica e inmediata sobre la causa y el efecto determinantes, eran¹¹⁹ mucho más profundas todavía. Así, exento de los reparos que la correspondencia con el superior jerárquico imponían a la¹²⁰ expresión de su propia entereza, consignaba en su libreta personal de apuntes:

“¡Qué disparate la zanja de Alsina! Y Avellaneda lo deja hacer.”

“Es lo que se le ocurre a un pueblo débil y en la infancia: atajar con murallas a sus enemigos.”¹²¹

“Así pensaron los chinos y no se libraron de ser conquistados por un puñado de tártaros, insignificante, comparado con la población china.”

“Si no se ocupa la pampa, previa destrucción de los nidos de indios, es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones.”

Cuando¹²² siete meses después de su¹²³ correspondencia con Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista invasión que abarcó una zona de 1600 kilómetros a través de la nueva línea ocupada personalmente por el ministro desde el centro estratégico de Carhué, publicaba en¹²⁴ *La República*, renovando el

118 **Ms:** de su convicción, al ~~respecto~~, la claridad de su juicio,

119 **Ms:** son ~~eran~~ eran

120 **Ms:** oficial que al superior jerárquico con el superior jerárquico imponían a la

121 *En el Ms. Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.*

122 **Ms:** A los ^{Cuando}

123 **Ms:** aquella ^{su}

124 **Ms:** correspondencia con el ministro la prevista múltiple invasión [] Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista alcanzaba invasión que abarcó una zona de 1600 kilómetros a través de la nueva línea ocupada personalmente por el ministro desde el centro estratégico de Carhué, publicaba en

mismo tema,¹²⁵ pero con más extensión,¹²⁶ una de¹²⁷ aquellas cartas suyas¹²⁸ a las cuales¹²⁹ dieron entonces sobresaliente¹³⁰ autoridad ante¹³¹ pueblo, gobierno y prensa,¹³² no sólo la nombradía militar y los hechos confirmatorios,¹³³ sino la¹³⁴ circunstancia de haberlo elegido Sarmiento, el año anterior,¹³⁵ para cambiar con él, en esas mismas columnas,¹³⁶ media docena de epístolas sobre la acción de su gobierno cuando¹³⁷ las rebeliones de Arredondo y López Jordán, lo que¹³⁸ asignaba de suyo al joven¹³⁹ general una elevada categoría política.¹⁴⁰ Y en aquella¹⁴¹ exposición, argumentaba, sosteniendo la ofensiva:¹⁴²

“No solamente ofrecerá esta operación grandes beneficios

125 *Ms:* insistiendo en ~~en~~ insistentemente renovando el mismo tema

126 *Ms:* con más extensión, al diario *La República*

127 *Ms:* diciendo una de

128 *Ms:* suyas ^{suyas}

129 *Ms:* que ~~a las que~~ a las cuales

130 *Ms:* daban entonces ~~daban~~ dieron entonces ^{probada} sobresaliente

131 *Ms:* sobre ^{ante}

132 *Ms:* el gobierno y la oposición política ~~pueblo, gobierno y prensa,~~

133 *Ms:* no sólo pesaba el prestigio personal y los hechos ~~la nombradía militar y los hechos confirmatorios,~~

134 *Ms:* sino ^{por} la

135 *Ms:* circunstancia de que, el año anterior, Sarmiento lo hubiéramos elegido de haberlo elegido Sarmiento, el año anterior,

136 *Ms:* para cambiar ~~cambiar con él,~~ en ~~ta~~ esas mismas columnas,

137 *Ms:* el desarrollo patriótico y militar ~~la acción de su gobierno cuando~~

138 *Ms:* lo que

139 *Ms:* [-] asignaba de suyo al joven

140 *Ms:* jefe a la [-] política general una elevada categoría política

141 *Ms:* esa aquella

142 *En Ms* Lugones introduce en lápiz de grafito la referencia (Marcó, 130). Remite al libro de Augusto Marcó del Pont, Roca y su tiempo (cincuenta años de historia argentina), Buenos Aires, Talleres Gráficos J.L.Rosso, 1931. *Seguimos el mismo criterio de las ediciones de reproducir la cita desarrollada.*

para el país, por los riquísimos campos regados por los numerosos ríos y arroyos que se desprenden de la cordillera, y que se ganarían para la provincia de Mendoza o para la Nación, sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito, que desde tiempo inmemorial hacen, con las haciendas robadas por los indios, las provincias del sur de Chile, Talca, Maule, Linares, Nuble, Concepción, Arauco y Valdivia.”

“En épocas normales, en que no se tienen en cuenta las grandes invasiones como las realizadas últimamente, que aumentan considerablemente la exportación de ganados a Chile, se calcula la cifra del ganado de nuestras provincias en cuarenta mil cabezas al año, cuya mayor parte las venden los Pehuenches, que viven en perfecta paz y armonía con la República Chilena, recibiendo en cambio, en especies, un valor de dos a tres pesos fuertes por cabeza.”

“Algunas personas que han vivido en las fronteras chilenas me han asegurado que algunos de los prohombres de aquel país, que tienen o han tenido establecimientos de campo en aquellas provincias, no han sido extraños a este comercio y deben a él sus pingües fortunas o el considerable aumento de ellas.”

“Abrigo la convicción de que, suprimido este mercado, que hace subir o bajar la hacienda en Chile, en proporción a la importancia de los malones dados a Buenos Aires y otras provincias argentinas, se quitaría a los indios el más poderoso de los incentivos que les impulsaba a vivir constantemente en acecho de nuestra riqueza, al mismo tiempo que se impediría a Namuncurá y a Catriel recibir de sus aliados de la cordillera refuerzos tan considerables como el que les ha traído el cacique Renque, que ha venido con dos mil de los suyos y ha tomado parte en las invasiones de los Tres Arroyos y Juárez, siendo él, según noticias que he tenido, por conducto de Mariano Rosas, el que presentó combate a Maldonado. Casi todos los caciques de estas tribus

acuden al llamado de las autoridades chilenas, y el principal de ellos, Feliciano Purrán, que tiene su residencia en Campanario, doce leguas al sur del Neuquén, que se titula gobernador y general y, además, muy rico, recibe sueldo del gobierno chileno, *para hacer respetar los intereses y las vidas de sus ciudadanos*. Otras veces arriendan sus tierras, y los ganados chilenos suelen vivir largas temporadas entre ellas, sin que sufran sus intereses. Se calcula que sólo en esta parte se invernan en los potreros naturales que forma la Cordillera, de 20 a 30.000 cabezas anualmente.

“Termino aquí, señor redactor, dejando otras consideraciones de detalle para ser incluidas en la memoria general que sobre esta materia preparo para el Gobierno, y espero que estos ligeros apuntes serán para que la prensa ilustrada de esta ciudad tome una opinión exacta sobre la parte verdadera que esta ardua cuestión corresponde a la frontera de mi mando.”

“Saluda al Señor Redactor”

“Julio A. Roca”¹⁴³

Entretanto, la persecución de la indiana invasora por las guarniciones que contra¹⁴⁴ ella se movían después de cada malón, confirmaba¹⁴⁵ la superioridad militar, como siempre¹⁴⁶ y más que nunca, al triple poder del armamento, irresistible para la horda, la recia tropa, en gran parte veterana del Paraguay,

143 *Se ha optado por transcribir íntegramente la cita del libro referido. El adelanto publicado en LN desarrolla las citas en forma completa. Sin embargo, las ediciones han optado por no incluir el formulismo de despedida del informe y el nombre del firmante, incluyendo la siguiente nota al pie:* El autor transcribe íntegramente la frase de forma del final de la carta y la firma de Julio A. Roca. La comisión encargada de la publicación se ha permitido suprimirlas.

144 *Ms:* ~~detrás de~~ ^{contra}

145 *Ms:* ~~iba confirmando~~ ^{confirmaba}

146 *Ms:* ~~como siempre la superioridad militar~~ ^{la superioridad militar, como siempre}

(3)¹⁴⁷ y sobre todo la oficialidad magnífica que de fortín en fortín presentaba soberbios tipos de jefe. (4)¹⁴⁸ La Guardia Nacional de la campaña, aguerrida en tantos años de lucha, (5)¹⁴⁹ colaboraba con empeño¹⁵⁰ eficaz, bajo el mando de oficiales suyos como¹⁵¹ el comandante¹⁵² don Ataliva Roca, a quien los indios apodaban¹⁵³ *Toro Bayo* por¹⁵⁴ su valentía y su pelo rubio; mención¹⁵⁵ que me induce a recordar, pues bien lo merece, la acción de los otros Rocas: el citado y don Agustín, ambos estancieros de la frontera recién desocupada,¹⁵⁶ donde fundaron, a doce kilómetros¹⁵⁷ de Junín, el pueblo que hoy lleva el nombre del segundo; y don¹⁵⁸ Rudecindo, militar de línea ascendido a teniente coronel por su distinguido comportamiento en Santa Rosa. Todos honraban¹⁵⁹ debidamente su tradición, como se ve.¹⁶⁰

147 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

148 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

149 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

150 *Ms:* decisión ^{empeño}

151 *Ms:* bajo ~~+~~ ^{a su vez} el mando de oficiales suyos ^{como}

152 *Ms:* estanciero ^{comandante}

153 *Ms:* que los indios apodaban ^{apodado por los indios a quien los indios apodaban}

154 *Ms:* por ^{por}

155 *Ms:* circunstancia ^{mención}

156 *Ms:* de la frontera que acababa de ampliar Alsina ^{de la frontera recién desocupada,}

157 *Ms:* a poca distancia ^{doce kilómetros}

158 *Ms:* y el don

159 *Ms:* sostenían ^{honraban}

160 *Ms:* como se ve ^{su tradición,} como se ve.

Pero, la superioridad hasta numérica del ejército fronterizo:¹⁶¹ seis mil hombres contra tres mil quinientos¹⁶² o cuatro mil indios de lanza,¹⁶³ frustrábase con aquel sistema de¹⁶⁴ represiones parciales y guarnición¹⁶⁵ de fortín cuya pasividad mantenía la ventaja¹⁶⁶ de las hordas, así como el terrorismo inherente a la sorpresa de sus ataques y el misterio de sus guaridas.

De tal modo, entre¹⁶⁷ agosto y¹⁶⁸ diciembre de 1876, efectuáronse¹⁶⁹ tres grandes malones sucesivos¹⁷⁰ por¹⁷¹ el sud, oeste y norte,¹⁷² es decir, a través de¹⁷³ toda la línea, aunque desde principios¹⁷⁴ del mismo año sufriesen los indios revés sobre revés,¹⁷⁵ pues cuando se lograba alcanzarlos, eludían el combate con abandono del botín.¹⁷⁶

161 *Ms:* del ejército fronterizo:

162 *Ms:* mil hombres desfavorables de [-] ~~fronteriza en la frontera~~ contra tres mil quinientos

163 *Ms:* indios de lanza (6)

164 *Ms:* frustrábase aquel ~~con sistema de~~ frustrábase con aquel sistema de

165 *Ms:* guarnición guarnición

166 *Ms:* que daba a los últimos la ~~cuya~~ mantenía con su pasividad el terrorismo ~~pasividad mantenía la ventaja~~

167 *Ms:* Así, desde ~~Con esto~~ De tal modo, entre

168 *Ms:* y y

169 *Ms:* luego de ~~agrandarse~~ trajeron efectuáronse

170 *Ms:* invasiones sucesivas ~~malones grandes malones sucesivos~~

171 *Ms:* por ~~el~~ por

172 *Ms:* el sud, el oeste y el norte,

173 *Ms:* es decir ~~la~~ es decir, a través ~~sobre~~ de

174 *Ms:* aunque desde principios

175 *Ms:* los indios sufriesen los [-] ~~hubieran sufrido~~ sufriesen sufriesen los indios revés sobre revés,

176 *Ms:* forzados casi siempre a abandonar el botín para huir ~~pero eludían habitualmente el combate con el abandono del botín cuando cuando se ya que pues alcanzados cuando se lograba alcanzarlos, eludían el combate con abandono del botín.~~

Las proporciones¹⁷⁷ de este último, revelaban, no obstante, el estrago causado ya. Así, Vintter¹⁷⁸ y Freyre rescataron¹⁷⁹ doscientas veinticinco mil cabezas de ganado, entre ellas ciento sesenta mil vacunos,¹⁸⁰ cincuenta mil de éstas Dónovan; dieciséis mil Garmendia, para no recordar sino los mayores arreos que pudo coparse, ni contar¹⁸¹ caballos y ovejas que sumaban a su vez decenas de miles: todo¹⁸² ello acompañado por el saqueo de las poblaciones, el incendio y el cautiverio, más feroces que nunca, pues la ofensiva salvaje proponíase imponer, como tantas veces, la paz, malogrando con un supremo esfuerzo los propósitos del cristiano. Para agravar todavía aquella invasión, la mayor de todas hasta entonces, Manuel Grande, el último cacique pampa que continuaba sometido, se alzó en octubre,¹⁸³ plegándose a la invasión de ese mes.¹⁸⁴ Y tan seguro estaba el cacique de su victoria final, que ensoberbecido con ello, exigía por condiciones¹⁸⁵ de paz el abandono de la nueva línea fronteriza o una indemnización de doscientos millones de pesos moneda corriente, seis mil cabezas de ganado cada

177 *Ms:* pues las Las proporciones

178 *Ms:* Winter; *LN:* Winter

179 *Ms:* recobraron rescataron

180 *Ms:* vacas vacunos

181 *Ms:* no recordar sino los mayores arreos en contar no recordar sino los mayores arreos que pudo coparse, ni contar

182 *Ms:* Todo Todo todo

183 *Ms:* hasta proponíase imponer al [] con un esfuerzo propúsose [] al del enemigo proponíase imponer, como tantas veces, la paz, malogrando con un supremo esfuerzo los propósitos del cristiano. Para conveniencia de la amenaza, el último cacique de cierta importancia que continuaba sometido; Manuel Grande, rebelóse agravar todavía aquella invasión, la mayor de todas hasta entonces, Manuel Grande, el último cacique pampa que continuaba sometido, se alzó en octubre

184 *Ms agrega en color rojo:* (a vuelta)

185 *Ms:* que exigía condi que ensoberbecido con ello, exigía por condiciones

dos meses, gran cantidad de equipos y prendas de oro y plata, y sueldos de general para él y sus jefes.¹⁸⁶¹⁸⁷

Todo el año 77¹⁸⁸ combatióse bajo¹⁸⁹ condiciones análogas: los indios en sistemática fuga, para postrar la caballada del ejército que a cada descuido¹⁹⁰ substraían o dispersaban con ardid, y la tropa efectuando operaciones parciales contra el malón eventual o las tribus más próximas a la línea,¹⁹¹ sin otro objeto que alejarlas de ella, según el erróneo¹⁹² plan;¹⁹³ hasta que el 29 de diciembre, fallecía el tenaz ministro,¹⁹⁴ víctima de una afección contraída en sus campañas de frontera.¹⁹⁵ Pues corresponde recordar aquí, por justo elogio¹⁹⁶ de su empeño y sinceridad,¹⁹⁷ que, coronel de la Guardia Nacional él mismo, entre los buenos y aun excelentes de¹⁹⁸ entonces, no sólo dirigió personalmente la ocupación de la línea, sino su defensa¹⁹⁹ en casi constante acción durante aquellos dos años de recia lucha.²⁰⁰ Mientras tanto, con excepción de al-

186 *En Ms toda esta oración se encuentra en [fol. 210v]*

187 *En el Ms. Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.*

188 *En Ms figura: el año de 77. Se ha optado por seguir la enmienda practicada en las ediciones.*

189 *Ms: en* bajo

190 *Ms: dispensaba* a cada descuido

191 *Ms: frontera* línea

192 *Ms: con el* sin mas otro objeto de [] empujan la misma que alejarlas de ella, según conforme según el erróneo

193 *Ms: proyecto* plan

194 *Ms: el tenaz* fallecía el tenaz ministro,

195 *En Ms se introduce un asterisco * en tinta roja que indica la addenda en el verso del folio.*

196 *Ms: en su* justo elogio

197 *Ms: valentía* sinceridad

198 *Ms: que no eran pocos* y aun excelentes de

199 *Ms: sino* que su defensa

200 *En Ms toda esta oración se encuentra en [fol. 211v]*

gún²⁰¹ movimiento de indios en el sur²⁰² de Mendoza, vinculado al que nos ocupa,²⁰³ aunque prontamente reprimido, solamente Roca mantenía quieta la región de su²⁰⁴ comando; pues como solía ocurrir²⁰⁵ cuando las grandes invasiones, aquella de la pampa²⁰⁶ había repercutido hasta en el Chaco,²⁰⁷ donde si bien fracasó un intento de alianza general de las tribus, por abril de 1876, precisamente(7)²⁰⁸ la más belicosa, que era la de los tobas, llevó tres malones en noviembre del mismo año.²⁰⁹

Al clamor de las poblaciones asoladas y la inequívoca preferencia²¹⁰ del ejército por la ofensiva que Roca preconizaba, Avellaneda, cuya simpatía hacia él²¹¹ no era dudosa, tenía el candidato hecho para la vacante ministerial.

Pero,²¹² tanto²¹³ por las graves complicaciones políticas²¹⁴ que a poco de haber fallecido Alsina motivaron una crisis total del

201 *Ms:* ~~y de la guerra causada por el fracaso~~ Mientras tanto, con excepción de algún

202 *Ms:* movimiento ~~en el sur~~ de indios en el sur

203 *Ms:* vinculado a ~~al~~ la grande invasión que nos ocupa

204 *Ms:* su^{su}

205 *Ms:* pues aun por el Chaco como solía ocurrir

206 *Ms:* aquella habla ~~de~~ de la pampa

207 *Ms:* repercutido ~~hasta~~ en el Chaco

208 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

209 *Ms:* Indios ~~Los tobas~~ durante el mismo año tres malones la más belicosa, que era la de los tobas, efectuó ~~lanzaron~~ llevó tres malones en noviembre del mismo año.

210 *Ms:* [-] preferencia

211 *Ms:* ~~el candidato vacante que contaba~~ Avellaneda Avellaneda, cuya simpatía hacia él

212 *Ms:* Debido Pero

213 *Ms:* [-] ~~en~~ tanto tanto

214 *Ms:* ~~a las~~ a causa por las graves complicaciones políticas

gabinete,²¹⁵ como por hallarse Roca enfermo entonces de algún cuidado,²¹⁶ retardóse su designación hasta mayo de 1878,²¹⁷ cuando hubo de renovarse²¹⁸ por completo el ministerio,²¹⁹ pudiendo asumir la cartera sólo el 12 de junio,²²⁰ apenas convaléciente todavía. Grande era su postración corporal; mas su temple²²¹ animó al acto la ofensiva de las guarniciones de frontera²²² que por chasque y por telégrafo recibieron la²²³ orden de ir atacando²²⁴ sin tardanza²²⁵ cada cual, como inminente preparación de la entrada²²⁶ conjunta y definitiva.

Dos meses después, en efecto, el 14 de agosto, pedía²²⁷ el P. E. al Congreso los fondos²²⁸ necesarios para el cumplimiento de aquella ley de 1867 que ordenaba la ocupación del Río

215 *Ms:* ~~que el presidente había [-] puesto que Alsina que el ministerio de Alsina había representado la participación gubernativa casi tormentosa [-] cuya importancia hemos de ver que a poco de haber fallecido Alsina causaron motivaron una crisis total del gabinete~~

216 *Ms:* ~~como por hallarse Roca enfermo Roca enfermo entonces entonces de alguna algún enfermedad cuidado~~

217 *Ms:* ~~el 18 de junio~~ mayo de ~~de~~ 1878

218 *Ms:* ~~cuando asumió la cartera~~ cuando hubo de cambiarse renovarse

219 *Ms:* ~~gabinete~~ ministerio

220 *Ms:* ~~pudiendo [-] asumir la cartera solamente sólo en el 18~~ 12 de junio

221 *Ms:* ~~Su po~~ Grande era su ~~postración~~ postración corporal, ~~pero~~ mas su temple

222 *Ms:* ~~las guarniciones de frontera~~ la ofensiva de las guarniciones de frontera

223 *Ms:* ~~la~~ la

224 *Ms:* ~~de ir~~ atacando

225 *Ms:* ~~sin tardanza, ni vacilación~~

226 *Ms:* ~~mientras se preparaba de igual modo la operación~~ como inminente preparación de la entrada

227 *Ms:* ~~cursaba~~ pedía

228 *Ms:* ~~dineros~~ fondos

Negro, indefinidamente²²⁹ relegada por el pesimismo oficial: millón y medio de pesos fuertes, o sea menos de lo que costaban por año²³⁰ el sostén de la línea y los subsidios a la indiada, sobre una renta nacional presupuesta²³¹ en dieciocho²³² y medio millones(8)²³³: sin contar, naturalmente, los dos o tres más que representaba el arreo²³⁴ anual de hacienda efectuado por los malones y el progresivo valor de los setenta y cinco mil kilómetros de tierra que iba a ocuparse. Esta²³⁵ última consideración revestía capital importancia, dada la penuria²³⁶ económica que soportaba el país desde 1874,²³⁷ y Alsina habíala formulado también al proyectar el avance²³⁸ de la frontera.²³⁹

El mensaje enviado al Congreso, documento realmente²⁴⁰ histórico por su valor²⁴¹ intrínseco y la poderosa²⁴² síntesis de su argumentación, es quizá la mejor página de Roca.²⁴³ Resu-

229 *Ms*: pero que indefinidamente

230 *Ms*: que representaban en año de o sea menos de lo que costaban por año

231 *Ms*: calculada presupuesta

232 *En las ediciones*: diez y ocho. *Optamos por seguir la lección de Ms.*

233 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

234 *Ms*: ganado arreo

235 *Ms*: el valor incalculable progresivo valor de las quince mil leguas los setenta y cinco mil kilómetros de tierra ocupadas por las tribus que iba a ocuparse. Esta

236 *Ms*: angustia penuria

237 *Ms*: ~~1875~~ 1874

238 *Ms*: aprovechar proyectar su el avance

239 *En el Ms. Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.*

240 *Ms*: verdadero documento documento realmente

241 *Ms*: por su importancia por su valor

242 *Ms*: [-] poderosa

243 *Ms*: Es página de Roca sin duda alguna es quizá la mejor página de Roca

men de su²⁴⁴ correspondencia, apuntes privados y exposiciones²⁴⁵ públicas, afirmó²⁴⁶ todavía su sólida madurez el discurso con que lo sostuvo ante la cámara de senadores²⁴⁷ en el debate pertinente. Reproducía, por lo demás, aquella medida ejemplar del parte de Santa Rosa donde²⁴⁸ no sobró una palabra en lo²⁴⁹ que debía exponerse, pero sí faltaron todas las que el triunfo pudo²⁵⁰ inspirar sin reserva: virtud que, según²⁵¹ veremos, llegaría sencillamente a la abnegación. Y digo página de Roca, porque si es probable²⁵² que el texto hubiera sufrido la atildada revisión del presidente,²⁵³ materia y ordenación no admiten duda. El resumen histórico de la cuestión; su aspecto político;²⁵⁴ su decisiva trascendencia internacional, una vez resuelta²⁵⁵ por completo; sus consecuencias económicas y sociales; y sobre todo el criterio militar cuya aplicación resultaría lo más módico y fácil, constituyen una exposición de mano maestra.(9)^{256 257}

244 *Ms:* su ^{su}

245 *Ms:* apuntes privados y exposiciones

246 *Ms:* realzó afirmó

247 *Ms:* cámara de ~~diputados~~ senadores

248 *Ms:* aquel ejemplar entusiasmo del parte de Santa Rosa aquella medida ejemplar ~~don~~ del parte de Santa Rosa donde

249 *Ms:* palabra ~~de~~ en lo

250 *Ms:* ~~podieron~~ ^{el} triunfo pudo

251 *Ms:* ~~hegó~~ según

252 *Ms:* ~~porque~~ ^{si} es probable

253 *Ms:* ~~que hubiese revisado el texto~~ que el texto hubiera sufrido la atildada revisión del presidente

254 *Ms:* ~~militar~~ político

255 *Ms:* ~~de ofensiva tan oportuna como fácil de exponerla~~ ^{su} decisiva trascendencia internacional, una vez resuelta

256 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

257 *Ms:* sucesos [-] mano maestra (9)

Su texto es tan cabal que no hay²⁵⁸ cómo resumirlo y apenas permite una adecuada²⁵⁹ citación de fragmentos. He aquí algunos que reputo indispensables, entre otros motivos que habrá de verse, para advertir al lector cómo Roca fue a la vez quien resolvió la cuestión y mejor la expuso, mostrando así lo bien que la dominaba. Su hábito de no hacer sino lo que sabía determinaba el acierto de su expresión y su conducta:²⁶⁰²⁶¹²⁶²

“El Poder Ejecutivo viene hoy, simplemente, a pedirnos los recursos necesarios para el cumplimiento de esta ley, votada en medio de la guerra que sostenía la Nación contra el Gobierno del Paraguay, de las dificultades consiguientes de su situación, porque el Congreso comprendía ya que ése era el único medio de cortar de raíz los graves males de la inseguridad de la frontera.”

“Hoy la Nación dispone de medios poderosos, comparados con los que disponía el Virreinato, y aun con los mismos que contaba el Congreso de 1867 al dictar la ley. El ejército se encuentra en Carhué y en Guaminí, en el corazón del desierto, a media jornada del Río Negro; la población civilizada se extiende por millares de leguas más allá de las líneas de fronteras que nos legó el Virreinato, y la riqueza pública y privada que la Nación se halla en el deber de garantizar se han centuplicado.”

“¿Podría vacilarse, con estos elementos y facilidades, en reali-

258 *Ms*: a pesar no hay

259 *Ms*: una desleal ~~la~~ una adecuada

260 *Ms*: dabale a un tiempo expresión y al acto juntos determinaba ~~la~~ el acierto de su expresión y su conducta

261 En *Ms* Lugones introduce en lápiz de grafito la referencia (Marcó, 136). Remite al libro de Augusto Marcó del Pont, *Roca y su tiempo* (cincuenta años de historia argentina), Buenos Aires, Talleres Gráficos J.L.Rosso, 1931. *Seguimos el mismo criterio de las ediciones de reproducir la cita desarrollada.*

262 *Agrega LN en nota al pie numerada*: No siendo posible determinar cuáles fragmentos pensó reproducir el autor damos aquí el texto íntegro del mensaje de Avellaneda. *Se ha optado por reproducir el texto completo tal como aparece en LN.*

zar hoy una reparación que estuvieron dispuestos a llevar a cabo los virreyes, varios gobiernos patrios y el Congreso de 1867?”

“Hasta nuestro propio decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley, del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República.”

“No es menester entrar en mayores consideraciones para dejar evidenciadas, no sólo las ventajas, sino las necesidades de adoptar sin demora esta solución.”

Aunque sólo fuese mirado bajo el aspecto de la economía que representará para la Nación, en diez años, un capital de diez y seis a diez y siete millones de duros que puede ser empleado en obras reproductivas de progreso, no se deberá trepidar un solo instante en llevarla a término. Pero hay, además, sobre esta misma economía el incremento considerable que tomaría la riqueza pública y el aumento de todos los valores en la extensión dilatada que abraza la actual línea como efecto inmediato de la seguridad y de la garantía perfectas, que serán la consecuencia de la ocupación del Río Negro; la población podrá extenderse sobre vastas planicies y los criaderos multiplicarse considerablemente, bajo la protección eficaz de la Nación, que sólo entonces podrá llamarse con verdad dueña absoluta de las Pampas Argentinas.”

“Y aun quedará al país, como capital valioso, las quince mil leguas cuadradas que se ganarían para la civilización y el trabajo, productos cuyo precio irá creciendo con la población, hasta alcanzar proporciones incalculables.”

“En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del Río Negro, Los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa puede estimarse en veinte mil almas, cuyo número alcanzarán a contarse de mil ochocientos veintidós hombres de lanza, que se

dediquen instintivamente a la guerra y al robo, que para ellos son sinónimos de trabajo. Por otra parte, la ocupación del Río Negro, su navegación hasta Nahuel Huapí, por el Limay, la de algunos de sus afluentes, como el Chume Chum, y el Catapulliche, explorados por Villarino, facilitarán la colonización y la conquista pacífica de la parte comprendida entre el Limay y el Neuquén, riquísima comarca fecundada por numerosos arroyuelos, de suelo feracísimo, y cubierta en parte de bosques que alcanzan considerable altura. Sus cerros tienen metales de todas clases, principalmente el cobre aurífero y el carbón de piedra.”

Las tribus que la habitan son poco numerosas, y según informes fidedignos, su población total no alcanza a veinte mil almas. Miembros de la gran familia araucana pasaron a la falda oriental de Los Andes con el nombre de Aucas, y se dividen, según los nombres de los lugares que ocupan, en: Huiliches (indios del sur), Pehuenches (indios de los Piñales), etc. Han alcanzado un grado de civilización bastante elevado, respecto de las otras razas indígenas de la América del Sur, y su transformación se opera, como estamos viendo todos los días, de una generación a otra, cuando poderes previsores dedican un poco de atención. Su contacto permanente con Chile y la mezcla con la raza europea han hecho tanto camino, que estos indios casi no se diferencian de nuestros gauchos y pronto tendrán que desaparecer por absorción.”

“Los Ranqueles, famosos en la Pampa por ser los más valientes, se han reducido en la actualidad a menos de seiscientas lanzas, a consecuencia de haberse presentado grupos numerosos a los jefes de fronteras de San Luis y Córdoba, prefiriendo vivir al abrigo o protección inmediata de la Nación antes que en el desierto. Sus tolderías están diseminadas por familias, en una extensión de 600 leguas cuadradas próximamente, en medio de bosques espesos, cortados a intervalos regulares por grandes abras. Empiezan los primeros en Chocha a los 36° 6' de latitud y 7° 36' de longitud, y

en el Médano Colorado, a los 35° 52' de latitud y 7° de longitud, 60 leguas directamente al sur del Tres de Febrero, y van a concluir en Traru-Lauquén, a treinta leguas al sur de Patagones, asiento del cacique Baigorrita, veinte leguas al oeste de esta línea de toldos, y paralelamente a ella corre el río Chadi-Leuvu, en dirección Norte-Sur, y este espacio intermedio se halla cubierto de un bosque muy elevado, que carece de agua y es, por lo tanto, inhabitable. El ministro actual de la Guerra ha recorrido personalmente estos lugares y puede asegurarse que son inmejorables para la ganadería y aun para la colonización. Abundan en pastos de varias clases, el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie délos médanos de arena, y donde no se la ve en la superficie se oculta tan de cerca que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra.”

“El otro grupo araucano que habita esta región, y que es el más considerable, es la tribu de Namuncurá, bastante disminuida a consecuencia de contrastes y derrotas últimamente sufridas, con motivo de las expediciones realizadas y del avance de la línea de fronteras de Buenos Aires hasta Carhué, llevado a cabo con tanta firmeza por el malogrado doctor Alsina. Se sabe que su antigua residencia era Chel-Hue, leguas mas o menos, al oeste de Carhué, y que, al contrario de los Ranqueles, ocupaba un espacio reducido a lo largo de una cañada, formando algo parecido a un gran campamento árabe, a través del desierto.”

“Se encuentra ahora Namuncurá con 100 guerreros, la flor de la tribu y de su familia en Huacacó Grande, veinte leguas próximamente al S. O. de Chileme, hacia El Colorado. El resto se ha dispersado entre los montes, en precaución de nuevas persecuciones.”

“El cacique Pincén, el más atrevido y el más aventurero de los salvajes, montonero intrépido, que no obedece otra ley ni señor que sus propios instintos de rapiña, ha sufrido en dos golpes que lo han desmoralizado completamente.”

“Su residencia es la laguna Malalíco, 10²⁶³ leguas al oeste de Trenque-Lauquén, y el número de sus indios alcanzará apenas a cien.”

“Quedan aún otras agrupaciones de esta raza, la más viril de toda la América del Sur y una de las más avanzadas después de los Incas, en los valles andinos, al oriente de la cordillera, entre el río Grande y el Neuquén, pero son de poca consideración y se someterán fácilmente, a condición de que se les deje en posesión de sus tierras, que son de las más fértiles de la República, favorecidas por un clima benigno.”

“Como se ve, la Pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus salvajes, y éstas ocupan lugares determinados y precisos. Su número es insignificante, en relación al poder y a los medios de que dispone la Nación. Tenemos 6000 soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios, que no tienen otra defensa que la dispersión y otras armas que la lanza primitiva, y, sin embargo, les abandonamos toda la iniciativa de la guerra, permaneciendo nosotros en la más absoluta defensiva, como si fuéramos un pueblo pusilánime, contra un puñado de bárbaros. La importancia política de esta operación se halla al alcance de todo el mundo. No hay argentino que no comprenda en estos momentos, en que somos agredidos por las pretensiones chilenas, que debemos tomar posesión real y efectiva de la Patagonia, empezando por llevar la población al Río Negro, que puede sustentar en sus márgenes numerosos pueblos, capaces de ser en poco tiempo la salvaguardia de nuestros intereses y el centro de un nuevo y poderoso estado federal, en posesión de un camino interoceánico, fácil y barato, a través de las cordilleras, por Villa Roca, paso accesible en todo tiempo. Una vez expuestos ligeramente los principales fundamentos del proyecto que el Poder Ejecutivo presenta al Honorable Congre-

263 *En las ediciones figura: diez. Optamos por respetar la cita de Marcó del Pont.*

so, y sin entrar en mayores detalles que fatigarían la atención de V. H., debe descender a la exposición de la materia; como piensa el Ejecutivo realizar tan importante operación. La ocupación del Río Negro no ofrece en sí misma ninguna dificultad, pero antes de llevarla a cabo es necesario desalojar a los indios del desierto que se trata de conquistar, para no dejar un solo enemigo a retaguardia, sometiéndolo por la persuasión o por la fuerza, o arrojándolo al sur de aquella barrera. Esta es la principal dificultad.”

“El Poder Ejecutivo tiene ya hecho y meditado el plan de operaciones que estima prudente no revelar por ahora, para asegurar mejor su éxito, y cree firmemente que vencerá los obstáculos que se oponen al desalojo previo de los indios.”

“Ante la magnitud de la empresa que se acomete, podría parecer insuficiente la suma que el proyecto fija, pero el Poder Ejecutivo estima que ella bastará para llevar a cabo una obra que tantos y tan grandes bienes ha de producir y a la que tan valiosos intereses se hallan vinculados.”

“Hemos sido pródigos de nuestro dinero y de nuestra sangre en las luchas sostenidas para constituirnos, y no se explica cómo hemos permanecido tanto tiempo en perpetua alarma y zozobra, viendo arrasarse nuestra campaña, destruir nuestra riqueza, incendiar poblaciones y hasta sitiarse ciudades en toda la parte sur de la República, sin apresurarnos a extirpar el mal de raíz y destruir estos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto.”

“Ni se explica satisfactoriamente esta eterna defensiva, en presencia del indio, dado el carácter nacional.”

“Se trata de sofocar una revuelta y todas las fuerzas vivas del país concurren a vencerla, y sólo López Jordán cuesta al tesoro nacional catorce millones de duros y otros tantos, o más, a la fortuna particular.”

“Hoy, con la cantidad que el proyecto fija, la Nación va a asegurar la vida y la propiedad de millones de argentinos y a conquistar quince mil leguas de territorio; a disminuir el gasto

anual de la guerra en pesos fuertes: un millón seiscientos sesenta y seis mil ochocientos cuatro, y por fin a cauterizar esta llaga que se extiende por todo un costado de la República y que tanto debilita su existencia.”

“Enunciados así los grandes propósitos de este pensamiento y los medios más indispensables que requiere su realización, el Poder Ejecutivo debe agregar, para concluir, que cree justo y conveniente destinar oportunamente a los primitivos poseedores del suelo una parte de los territorios que quedarán dentro de la línea de ocupación. Responde a este objeto el artículo 19 del proyecto por el cual se dispone reservar para los indios amigos y los que en adelante se sometan, una área de cincuenta leguas sobre la frontera de Buenos Aires, otra de la misma extensión sobre la de Córdoba y una de treinta leguas sobre Mendoza, donde se podrán concentrar después en poblaciones agrícolas las distintas tribus, Ranqueles y Pehuenches, que ocupan esta zona desde el Atlántico a los Andes.”

“Dios guarde a Vuestra Excelencia”

“Julio A. Roca - N. Avellaneda”²⁶⁴

Lo principal,²⁶⁵ en suma, era que la supresión de esa frontera con la barbarie, no sólo daba al país efectiva²⁶⁶ posesión de la suya con Chile, sino base definitiva²⁶⁷ al arreglo de nuestra

264 *Se ha optado por transcribir íntegramente la cita del libro referido tal como aparece publicado en LN. Las ediciones han optado por no incluir el formulismo de despedida del informe y los nombres de los firmantes, incluyendo la siguiente nota al pie:* El autor transcribe textualmente la frase de forma del final del mensaje y las firmas del presidente Avellaneda y del ministro Roca. La comisión encargada de la publicación se ha permitido suprimirlas.

265 *Ms:* más importante principal

266 *Ms:* positiva efectiva

267 *Ms:* que planes bajo ya sobre base definitiva

más importante cuestión²⁶⁸ internacional resuelta por el mismo Roca veintidós años después; resultado que explica, como ninguno entre tantos de su vasta obra,²⁶⁹ la eficacia del constructor²⁷⁰ y la patriótica necesidad de sus²⁷¹ dos presidencias dentro de aquélla.²⁷²

Sucede,²⁷³ en efecto, que la guerra civil, frustrando por una parte el²⁷⁴ sometimiento definitivo de la indiada, posible más de una vez, y facilitándole otras tantas el recobro de lo ya perdido,²⁷⁵ no sólo desbarató sin remedio²⁷⁶ la acción conjunta con Chile, lograda²⁷⁷ por Rosas cuando su campaña combinada con las de Bulnes allá, sino que al arrojar estas últimas hacia nuestro lado los salvajes²⁷⁸ más indómitos, que así se instalaron²⁷⁹ y dominaron en la Pampa, la cuestión cambió enteramente para el vecino país,²⁸⁰ favorecido desde entonces por la doble ventaja de la sumisión²⁸¹ impuesta a los dóciles,²⁸² y el vasallaje clandestino de los otros mediante el negocio sistematizado del malón. Si este

268 *Ms:* [-] importante grave esta importante ~~cuestión~~ cuestión

269 *Ms:* su vasta obra

270 *Ms:* su [-] la eficacia del ~~de construcción~~ entre la constructor

271 *Ms:* las sus

272 *Ms:* que ~~la com~~ dentro de aquélla

273 *Ms:* Es así Sucede

274 *Ms:* el ~~malogrado~~ frustrando por una parte el

275 *Ms:* sobre todo cuando la campaña de que Rosas y facilitándole ~~por otra~~ otras tantas el recobro de lo ya perdido

276 *Ms:* para siempre sin remedio

277 *Ms:* conseguida lograda

278 *Ms:* haber arrojado ~~desterrado~~ de esta última de la cordillera por los salvajes arrojar estas últimas hacia nuestro lado los salvajes

279 *Ms:* que que [-] [-] así así se se instalaron

280 *Ms:* la nación vecina el vecino país

281 *Ms:* reducción sumisión

282 *Ms:* impuesta a los más dóciles

resultado tuvo por causa inmediata la inacción²⁸³ de las divisiones²⁸⁴ argentinas que al mando de Aldao y Ruiz Huidobro debieron faldear los Andes y dominar la zona ranquelina central para evitarlo, precisamente, consumando la operación, el buen éxito de Rosas bastó al escarmiento²⁸⁵ de la barbarie hasta 1852, cuando, después de Caseros,²⁸⁶ recomenzaron las invasiones que al cabo de cinco años reducirían²⁸⁷ en más de sesenta mil kilómetros el área de la provincia de Buenos Aires solamente.

Y²⁸⁸ desde entonces, también, fue disputándonos Chile, cada vez más, la línea justa²⁸⁹ y natural de la Cordillera. El propio Rosas había tenido que²⁹⁰ resistir ya enérgicamente²⁹¹ el primer efecto del antedicho cambio, y hemos visto por los términos del mensaje con que Roca iniciaba su campaña, que la cuestión²⁹² hallábase en uno de sus momentos críticos. Es que Chile aprovechaba por entonces dos coyunturas favorables: la crisis económica a cuyo prolongado rigor pasaban apenas de diez y ocho millones de pesos fuertes anuales las entradas de la Nación que gastaba casi veinticinco, y la creciente amenaza de guerra civil²⁹³ con motivo de la próxima renovación del congreso nacional y del gobierno

283 *Ms:* el fracaso^{la} inacción

284 *Ms:* columnas divisiones

285 *Ms:* mantuvo escarmentado bastó al escarmiento

286 *Ms:* cuando esta cuando, después de Caseros

287 *Ms:* habían reducido reducirían

288 *Ms:* Chile Y

289 *Ms:* justa justa

290 *Ms:* tenido ya que

291 *Ms:* resistir ^{ya} enérgicamente

292 *Ms:* el asunto ^{la} cuestión

293 *Ms:* que sufrimos cuyo ^a cuyo prolongado rigor rigor hasta [] a nuevo descendían no pasaban de quince millones de pesos fuertes anuales apenas de diez y ocho millones de pesos fuertes anuales las entradas de la Nación las entradas de la Nación que gastaba casi veinticinco, y la guerra civil que amenazaba de nuevo la creciente amenaza de guerra civil

provincial de Buenos Aires, antecedentes de la presidencial que debía efectuarse veinte meses después; ya que, a pesar de²⁹⁴ la tregua lograda poco antes por Avellaneda bajo el nombre de conciliación de los partidos, y la consiguiente amnistía de los rebeldes²⁹⁵ de 1874, la oposición porteña veía,²⁹⁶ precisamente, en el ministerio²⁹⁷ de Guerra²⁹⁸ una gerencia de la consabida²⁹⁹ liga de gobernadores formada para “obstruir el libre ejercicio de la voluntad popular”, con simpatía, si no³⁰⁰ apoyo, del ejército.

Aunque Mitre era³⁰¹ el jefe de dicha oposición, vinculada en el resto del país con³⁰² la que sobrevivía³⁰³ a la derrota de 1874, su sereno patriotismo manifestóse una vez más en la defensa del proyecto de Roca, como miembro de la comisión especial que designó para estudiarlo³⁰⁴ la cámara de diputados, a la cual pertenecía; pues³⁰⁵ transformado por aquélla en una completa ley de veintiún artículos la sucinta propuesta del Poder Ejecutivo, que sólo tenía cuatro,³⁰⁶ motivaron prolija controversia³⁰⁷ las

294 *Ms:* a veinte meses de distancia; pues o no obstante que había de debía efectuarse veinte meses después; ya que, a pesar de

295 *Ms:* de ^{de} los rebeldes

296 *Ms:* señalaba ^{veía}

297 *Ms:* ministerio ^{ministerio}

298 *Ms:* de la Guerra

299 *Ms:* el [-] [-] una gerencia de la ^{consabida}

300 *Ms:* [-] [-] vez que no [-] que ^{con simpatía, si no}

301 *Ms:* Aunque era Mitre era

302 *Ms:* la ^{con}

303 *Ms:* perdu ^{sobrevivía}

304 *Ms:* designó la cámara ^{para estudiarlo}

305 *Ms:* y que ^{pues}

306 *Ms:* por aquella en una completa ley al [-] esbozo fundamental del P.E. por aquélla en una completa ley de veintiún artículos la sucinta propuesta del Poder Ejecutivo, que sólo tenía cuatro,

307 *Ms:* largo [-] prolija ^{debate} controversia

nuevas cláusulas que resolvían³⁰⁸ el costo de su operación mediante un empréstito popular sobre las tierras por ocuparse, y reglaban la limitación distributiva de estas últimas entre nación y provincias.

El consiguiente debate sobre derecho federal, complicado por un mensaje del gobernador de Buenos Aires en anticipada reivindicación histórica del territorio³⁰⁹ austral hasta el Cabo de Hornos, dio motivo a Mitre para desautorizar³¹⁰ con clara firmeza aquel concepto de dominio, cuya adopción por otras provincias, según se vería luego, no más, en el senado, anulaba prácticamente la soberanía de la Nación. Era el viejo conflicto que surgía,³¹¹ una vez más, siempre inminente en su absurda pertinacia.³¹²

Asistente a³¹³ las tres laboriosas sesiones con su colega de Hacienda, tuvo Roca el buen sentido de no intervenir sino para manifestar que el P. E. no se proponía³¹⁴ exterminar a los indios, cuya reducción buscaba, por el contrario, reservando³¹⁵ en su breve proyecto de ley tierras apropiadas³¹⁶ con este³¹⁷ objeto. Militar y jurídicamente, la alta autoridad de Mitre bastaba, y cualquier intervención suya habría resultado contraproducente

308 *Ms:* que que probaban resolvían

309 *Ms:* reivindicación histórica del territorio

310 *Ms:* desbaratar desautorizar

311 *Ms:* asomaba surgía

312 *En el Ms.* Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.

313 *Ms:* Presente Asistente en a

314 *Ms:* [-]el propósito de se proponía

315 *Ms:* proveyendo reservando

316 *Ms:* reservas [-] tierras apropiadas

317 *Ms:* ese este

por excesiva³¹⁸ o presuntuosa: sentido³¹⁹ de la justa proporción que le era especialmente característico. Pero en el senado, adonde pasó la ley votada por gran mayoría, el disenso³²⁰ del senador por Corrientes, Torrent, dióle la buena ocasión.

Pudo atenerse también allá a la favorable opinión de Sarmiento, miembro informante más decidido aún que Mitre; pero la inconsistente y confusa oposición del correntino ofrecíale la coyuntura del³²¹ debate. Su sintética reexposición del asunto alcanzó³²² la triple eficacia de la precisión, la modestia y la sinceridad. Reconoció sin ambages el mérito de Alsina hasta dar por mera continuación de su obra la expedición proyectada. Atúvose estrictamente al criterio³²³ de necesidad pública para argumentar con la más sobria llaneza. La misma imperfección³²⁴ de algunas cláusulas en su réplica improvisada³²⁵ resultaba un detalle simpático ante tanto orador de campanillas como albergaba el recinto. Era, sobre todo, seguro³²⁶ que sabía lo que iba a hacer.

Ciertamente, reapareció³²⁷ allá la cuestión³²⁸ de las jurisdicciones históricas,³²⁹ enunciada por el señor Lucero, senador de San Luis, quien recordó el derecho de las provincias de Cuyo, bien

318 *Ms:* [-] excesiva

319 *Ms:* [-] sentido

320 *Ms:* la el oposición ~~divergencia~~ disenso

321 *Ms:* ~~del~~ del

322 *Ms:* logró alcanzó

323 *Ms:* Atúvose al estrictamente al criterio

324 *Ms:* vacilación imperfección

325 *Ms:* la palabra al comenzar algunas cláusulas en su réplica improvisada

326 *Ms:* evidente seguro

327 *Ms:* Ciertamente Ciertamente Reapareció reapareció

328 *Ms:* la-cuestión cierta la cuestión

329 *Ms:* provinciales históricas

que sin pretenderlo, al mismo territorio³³⁰ austral hasta el estrecho de Magallanes. Mas³³¹ para este caso estaba Sarmiento, cuyo³³² vehemente nacionalismo encaró³³³ la controversia hasta excederse en detrimento de las provincias, inclusive; dijo “mi San Juan” que podría pretender lo análogo, motivando ambos oradores una rectificación moderada³³⁴ de Cortés, senador por Córdoba, que, partidario del proyecto, y roquista decidido además,³³⁵ hubo,³³⁶ sin embargo, de enderezar magistralmente la doctrina. (10)³³⁷ 338 339

El caso es que, con³⁴⁰ gran mayoría también,³⁴¹ salió, votada la ley el 4 de octubre. Había tenido por sostenedores a dos padres de la Constitución y los dos más grandes presidentes que hasta entonces³⁴² gobernaron la Nación³⁴³ bajo ella integrada; siendo de advertir aún que ninguno de ambos creía en la pronta eficacia de su ejecución, mérito exclusivo de Roca, por consiguiente. Así Sarmiento en el propio debate: “¿En cuánto tiempo van a ser desalojados los indios de los territorios que ocupan?

330 *Ms:* derecho histórico de su provincia y la de Mendoza al territorio derecho de las provincias de Cuyo, bien que sin pretenderlo, al mismo territorio

331 *Ms:* También Mas Mas

332 *Ms:* quien con el carácter quien cuyo

333 *Ms:* empezó encaró

334 *Ms:* motivando ambos oradores una ~~una interpretación moderadora~~ rectificación moderada

335 *Ms:* ya además

336 *Ms:* enderezó hubo

337 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

338 *Ms:* la doctrina magistralmente la doctrina doctrina (10)

339 *En el Ms. Esta última oración se encontraba en punto y aparte. Lugones introduce una marcación gráfica para indicar que va seguido a lo anterior.*

340 *Ms:* con Por con

341 *Ms:* igualmente también

342 *Ms:* a la que que hasta entonces

343 *Ms:* rigieron los destinos de gobernaron la Nación

Se cree que este plan se ejecutará en dos años, es decir, se establecerá la línea de frontera; pero para desalojar por completo a los indios de donde están, tal vez será necesario emplear diez o veinte años en persecuciones continuas contra ellos”. Así Mitre, en el artículo con que cinco³⁴⁴ meses después despidió al ministro que partía en campaña sobre el Río Negro y que más abajo reproduzco enteramente:³⁴⁵ “Podemos pensar que la campaña preliminar de la Pampa Central para arrojar a los indios del otro lado del Colorado, no ha sido metódicamente llevada, y haya todavía bastante que hacer para conseguirlo”.

Mas, no había tal,³⁴⁶ y los hechos³⁴⁷ lo comprobaron.

La ofensiva iniciada por Roca desde su llegada al ministerio, y decidida a fondo desde la sanción de la ley, iba contando cada vez más triunfos y sumisiones;³⁴⁸ pues combinadas hábilmente la política y el rigor, ofrecíase siempre a los indios la reducción previa en tierras de buen cultivo y pastoreo. Empleando, así, ambos recursos, el coronel Racedo,³⁴⁹ sucesor de Roca en el comando fronterizo,³⁵⁰ fue precisamente quien alcanzó³⁵¹ el³⁵² mejor

344 *Ms:* dos cinco

345 *Ms:* Río Negro y que puso abajo [-] Negro y que más abajo reproduzco enteramente:

346 *Ms:* [-] habría tal

347 *Ms:* con según y los hechos

348 *Ms:* Desde su llegada al ministerio, desde su llegada al ministerio, iba contando muchos triunfos y sumisiones más frecuentes cada vez; La ofensiva iniciada por Roca desde su llegada al ministerio, y decidida a fondo desde la sanción de la ley, iba contando cada vez más triunfos y sumisiones

349 *Ms:* bajo el amparo del ejército que lo que ^{cuál}, poniendo en acción, en tierras de buen cultivo y pastoreo. Empleando, así, ambos recursos, el coronel Racedo.

350 *Ms:* en el la frontera del interior que para mayor [] su refu [...] y en jefe del estado mayor [] de la campaña de [] Rios en el comando fronterizo

351 *Ms:* alcanzó obtuvo

352 *Ms:* el [] de los

éxito de la campaña preliminar sobre el centro pampeano;³⁵³ pues desbarató por completo a los ranqueles, sometidos³⁵⁴ unos, con el cacique Ramón, prisioneros otros, con el temido Epumer, o sea³⁵⁵ dos de sus tres principales jefes, (11)³⁵⁶ y fugitivos los restantes al mando de Baigorrita,³⁵⁷ para caer casi³⁵⁸ exterminados un año después, inclusive él mismo, que³⁵⁹ prefirió morir peleando. La doble operación ordenada y estimulada por Roca desde el ministerio a fines de noviembre de 1878, contaba entre los mejores jefes a su propio hermano, el teniente coronel don Rudecindo,³⁶⁰ Racado, que fuera a sucederle allá, había sido³⁶¹ su jefe de Estado Mayor en Santa Rosa y quizá el más experimentado oficial³⁶² de aquella frontera donde mandaba³⁶³ desde el tiempo de Mansilla, hallábase identificado como ninguno con él.³⁶⁴ Pero baja la misma dirección animadora hasta el entusiasmo desempeñábanse los jefes de las otra fronteras, no menos

353 *Ms:* mejor éxito en la campaña preliminar contra los ranqueles de la campaña preliminar sobre el centro pampeano

354 *Ms:* los ranqueles que sometidos

355 *Ms:* con el cacique Ramón [] (11) y capturando al temido Epumer (11) es decir prisioneros otros, con el temido Epumer, o sea

356 *En Ms. se introduce la marca para la nota introducida por Lugones. Debido a la pérdida de los folios finales esta nota ha quedado trunca*

357 *Ms:* jefes principales jefes que prefirieron [] recurso salvación recurso que la fuga el restante Baigorrita y fugitivos los restantes al mando de Baigorrita,

358 *Ms:* casi casi

359 *Ms:* los que incluso sobre si inclusive él mismo, que

360 *Ms:* La acción conjunta estuvo [] por el propio general desde el ministerio de guerra, mediante órdenes y estimulaciones [] La doble operación ordenada y estimulada por Roca desde el ministerio a fines de noviembre de 1878, contaba entre los mejores jefes a su propio hermano, el teniente coronel don Rudecindo,

361 *Ms:* por lo demás había fuera a sucederle allá, había sido

362 *Ms:* jefe oficial

363 *Ms:* operaba mandaba

364 *Ms:* La persecución de estos últimos [] anunciado por [] de Roca

eficaces y decididos en verdad.³⁶⁵

Levalle,³⁶⁶ veterano ya con Alsina, bajo cuyo ministerio había ocupado Carhué (abril de 1876)³⁶⁷ venciendo en durísima campaña las penurias del desierto, donde casi perecieron de hambre y frío, y³⁶⁸ la bravura de la indiada³⁶⁹ que le libró³⁷⁰ dos sangrientos combates, consumaba el descalabro de Namuncurá,³⁷¹ deshecho el año anterior por él (10 de enero de 1877) mediante una expedición que, estimulada vivamente por Roca, recorría en una quincena³⁷² (25 de noviembre a 10 de diciembre de 1878) mil trescientos kilómetros de territorio entre³⁷³ Guaminí y Bahía Blanca, hasta poder afirmar en el parte correspondiente.³⁷⁴

“Señor ministro: El poder de Namuncurá está destruido: ha huido casi solo en dirección al Colorado, con ánimo, según parece, de alojarse en las faldas de los Andes. En el territorio que formaba lo que él llamaba su patrimonio y que está dominado por las fuerzas nacionales desde Salinas Grandes hasta Chadi-Leuvú, no queda una sola toldería”³⁷⁵

365 *Ms*: ciertamente tan capaces como el no menos eficaces y decididos en verdad.

366 *Ms*: Así Levalle

367 *Ms*: (en ²³de abril del de 1876)

368 *Ms*: que pusieron a pique de perecer donde casi perecieron de hambre perecieron de hambre y frío, y

369 *Ms*: de los la indios indiada

370 *Ms*: [-] libró

371 *Ms*: la derrota inflingida el descalabro de Namuncurá

372 *Ms*: recorría en menos de una quincena

373 *Ms*: más de doscientas cincuenta leguas mil trescientos kilómetros de territorio entre

374 *En el Ms*. Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.

375 *El Ms omite la cita textual pero introduce una referencia indirecta en lápiz de grafito*: (Muñiz, 245) (Nota 12) *Las ediciones desarrollan la cita indicada.*

Vintter,³⁷⁶ no menos resuelto y capaz, iniciaba el 2 de octubre de 1878³⁷⁷ una expedición³⁷⁸ de igual género que cubrió quinientos kilómetros entre Bahía Blanca y el Colorado, obteniendo a los pocos días la sumisión de la tribu de Marcelino Catriel, después de batirlo y tomarlo prisionero; en noviembre, la de su hermano Juan José con éste a la cabeza,³⁷⁹ y a mediados de enero³⁸⁰ de 1879, la derrota y prisión del cacique Cuyul con toda la suya; o sea, como resultado general, la captura de cinco caciques, veintisiete capitanejos, quinientos cuarenta y seis indios de lanza y setecientos seis de chusma.

El intrépido Villegas atacaba el 6 de noviembre³⁸¹ de 1878 la toldería³⁸² de Pincén, quien habíasele escapado justamente un año antes, no sin perder ochenta indios de lanza, cien de chusma³⁸³ y todo el ganado, desbaratando³⁸⁴ por completo su gente y capturando³⁸⁵ en su persona al cacique más temible y audaz.³⁸⁶ Doce cautivos rescatados y la tribu entera exterminada³⁸⁷ por la muerte o la rendición, consumaron el éxito de esta entrada decisiva.³⁸⁸

376 *Ms:* Wintter; *LN:* Winter

377 *Ms:* Wintter, no menos resuelto y [] resuelto y capaz, iniciaba el 2 de octubre de 1878

378 *Ms:* invectiva expedición

379 *Ms:* la de su hermano Juan José en noviembre en noviembre, la de su hermano Juan José con éste a la cabeza

380 *Ms:* el 15 a mediados de enero

381 *Ms:* en el 6 de noviembre

382 *Ms:* las la tolderías

383 *Ms:* y cien de chusma

384 *Ms:* desmejorando desbaratando

385 *Ms:* por completo por completo su gente y capturando

386 *Ms:* al más temido y audaz de los jefes cacique más temible y audaz

387 *Ms:* toda la tribu [-] la tribu entera exterminada

388 *Ms:* consumaron esta el éxito de esta entrada decisiva.

Quedaba, así, despejado³⁸⁹ el campo de la ocupación final que Roca emprendió personalmente, partiendo de Buenos Aires para el Azul el 16 de abril de³⁹⁰ 1879, diez meses después de asumir³⁹¹ el ministerio, lo cual reducía a menos de la mitad,³⁹² como se ve, aquella su primera cauta promesa de dos años. Consistente³⁹³ la operación en el avance de cinco divisiones que marchando de consuno³⁹⁴ por la falda de la cordillera, desde San Rafael hasta Chos-Malal, y por³⁹⁵ el centro y el oriente³⁹⁶ pampeanos hasta los ríos Colorado y Negro frente a Choele-Choel,³⁹⁷ tomaría el mando de la primera, formando con las fuerzas de Puán y Trenque-Lauquén, para barrer la indiada al múltiple³⁹⁸ empuje de la estratégica combinación, más allá de los mencionados ríos que, comprendidos el Neuquén y el Limay confluencia, encierran³⁹⁹ la vasta zona cuya ocupación, definitiva esta vez, iba a consumir la extirpación de la barbarie. De tal modo,⁴⁰⁰ la escuadrilla que debía remontar asimismo⁴⁰¹ el Negro, formado por dicha confluencia, desde Viedma hasta Choele-Choel, o sea desde el

389 *Ms:* explorado despejado

390 *Ms:* [-] el 16 de abril de

391 *Ms:* a los diez meses de haber asumido después de asumir

392 *Ms:* reduciendo en menos de la mitad, según se ve lo cual reducía lo cual reducía esa a menos de la mitad

393 *Ms:* Consistente Consistente Consistente

394 *Ms:* que marchando de consuno marchando de consuno [-]

395 *Ms:* por por

396 *Ms:* este oriente

397 *Ms:* frente a Choele-Choel

398 *Ms:* de corrido la indiada la indiada al múltiple

399 *Ms:* forman encierran

400 *Ms:* Así, la De tal modo

401 *Ms:* a su vez asimismo

océano,⁴⁰² completábala todavía con⁴⁰³ el dominio naval.

Fue⁴⁰⁴ efectivamente, y así se llamó por esto, que no por jactancia ni halago, la conquista del desierto⁴⁰⁵ o última etapa de la civilización posesora⁴⁰⁶ sobre el país, que la Nación Argentina, en ella formada, ponía al fin bajo⁴⁰⁷ su ley. La Conquista que incorporó estas tierras a la cristiandad, es decir a la civilización, acabó⁴⁰⁸ así de realizarse.

Paseo militar, y hasta mañosa usurpación del esfuerzo ajeno, dijo luego la envidia, denigrando, como siempre, lo más meritorio, por ser también lo que más la mortifica.⁴⁰⁹ Así, la segura facilidad con que se efectuó⁴¹⁰ la campaña,⁴¹¹ provino de su preparación excelente, como ésta de la pericia y la acertada decisión⁴¹² del autor. El mismo había reducido con exagerada probidad las dificultades de la operación en el mensaje al Congreso:⁴¹³

“El ejército se encuentra en Carhué y en Guaminí, en el co-

402 *Ms:* Atlántico océano

403 *Ms:* en con

404 *Ms:* Esa Fue

405 *Ms:* ni [-] adoración, halago, ~~la conquista~~ la conquista del desierto

406 *Ms:* la posesora civilización posesora

407 *Ms:* ponía al fin bajo

408 *Ms:* concluyó acabó

409 *Ms:* [-] luego y hasta usurpación del esfuerzo ajeno, aprovechando con mucho abuso [-] de la [-] con que será el autor confundido es grande [-] el exceso. [-] casi legítimo de su gloria. y hasta mañosa usurpación del esfuerzo ajeno, dijo luego la envidia, denigrando, como siempre, lo más meritorio, por ser también lo que más la mortifica.

410 *Ms:* [-] efectuó

411 *Ms:* la obra campaña

412 *Ms:* el acertado concepto la acertada decisión

413 *Ms:* Nadie, por cierto ~~en efecto,~~ podía verlo como él, porque este era su don El mismo había reducido a sus precisos [-] con exagerada probidad las dificultades de la operación en el mensaje al Congreso:

razón del desierto, a media jornada del río Negro... Nuestro⁴¹⁴ propio decoro nos obliga a someter cuanto antes por la fuerza un puñado de salvajes” etc. “...la pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus⁴¹⁵... Su número es insignificante en relación al poder y a los medios de que dispone la Nación”.⁴¹⁶

Pero el mérito estaba en que nadie supo verlo ni realizarlo como él, porque esto era de su índole superior. Había nacido tal por decisión de la Providencia, y esto es todo. Ni él ni yo tenemos culpa de su grandeza.

Oigámoslo decir, sin embargo, a sus dos contemporáneos más eminentes y capaces de apreciarlo a la vez.

Sarmiento, cuya opinión previa conocemos, escribía en *El Nacional* del 17 de julio, cuando ya Roca oficiaba desde la confluencia del Neuquén y el Limay: “El general Roca lo ha visto y a él se le debe⁴¹⁷ en mucha parte el descubrimiento de una verdad que ocultaban los mirajes de la pampa: no había tales indios... y hoy, meditándolo bien, da vergüenza pensar que se haya^{418[*]} necesitado un poderoso establecimiento militar, y a veces ocho mil hombres, para acabar con dos mil lanzas... La obra final, meritoria, digna de un general, es la que ha emprendido el general Roca con todo el poder militar de la Nación”.

Pero nada tan concluyente como el saludo con que Mitre, díjelo ya, despidió a aquél en *La Na* [...]

414 **Ms:** Hasta Nuestro

415 **Ms:** tribus salvajes

416 *En el Ms.* Este último párrafo se encontraba seguido. Lugones introduce una marcación del [para indicar que va en punto y aparte.

417 **Ms:** visto y y a él se le debe

418 **[*]** De aquí hasta el final del folio Lugones escribe el texto en lápiz de grafito.

Apéndice I

(Textos)

Conferencia Política¹

Señores:

No por la primera vez, pero nunca con tanta gravedad como ésta, diarios de todos los tamaños y políticos de todas las estaturas, nos dicen a porfía que el momento es solemne.

Hay, en efecto, algo más que el habitual bullicio de charangas electorales en esa afirmación, cuyo fondo duplica en su neutralidad de espejo, desencantos y esperanzas. Solemne momento.

No hemos de creer que lo constituya solamente la inmediatez del cambio presidencial, siendo éste una función democrática importante, pero no decisiva. El país ha adelantado lo bastante para poder relegar a segundo término las personas discutiéndolas sólo como accidentes, u objetándolas por el modo como vienen a la lucha, no por lo que intrínsecamente son. Ya esto es un gran paso, y de aquí arranca, a mi ver, la evolución política que imprime al momento su solemnidad.

La lucha contra ese personalismo, que siendo un vicio nacional característico domina al pueblo entero, ha absorbido durante los cincuenta años de vida constitucional todas las fuerzas intelectuales del país, en la prensa que la ha sostenido airoosamente y a la vanguardia; en las oposiciones cuyo programa sustancial ha formado, y aunque parezca extraordinario y requiera la demostración que voy a hacer, en el gobierno cuyo concepto político fundamental ha sido, por sobre las transigencias inevitables y las pasajeras claudicaciones.

No es una novedad para nadie, que la era constitucional se

1 Lugones, Leopoldo. *Conferencia política leída en el teatro Victoria el 6 de noviembre de 1903*, Buenos Aires: Imp. Juan Grant e hijo, s/f. Reproducida en Lugones, Leopoldo. *Antología de la prosa*, selección y prólogo de Leopoldo Lugones (h). Buenos Aires: Centurión, 1949, pp. 32-48 y en Lugones, Leopoldo. *Escritos políticos*, selección y prólogo de María Pía López y Guillermo Korn. Buenos Aires: Losada, 2011, pp. 67-84.

abrió con una transacción, entre el espíritu nuevo de estrictez legal y evolución armónica –lejano ideal todavía ahora– y el caudillaje, tanto más poderoso, cuanto que siendo un instinto arraigaba en las entrañas de nuestro ser. Y con el mismo pacto implícito se entabló ya la lucha, la eterna lucha de las pasiones con los principios, que está en el fondo de todo hombre como de toda sociedad.

Raza, costumbres y educación estorbaban el éxito de la democracia orgánica, importación que habíamos hecho de trasplante, por carecer de tronco en que injertarla; y la obra de gobierno consistió en protegerla mientras arraigaba; en imponerla después, aboliendo los últimos retoños del cardo aborigen que asalataba al tierno roble, y ahora que éste se ha logrado y prospera, en dejarlo librado a su intrínseca fortaleza.

Tal fue la obra de gobierno que la clase dirigente debió hacer y que muchas veces no ejecutó; pero lo que resulta claro en la sobriedad sintética del esquema, no sale así en la vida real y cuando es necesario ir construyendo sobre la marcha.

Lo primero era la constitución de la nacionalidad como entidad indivisible, dentro de la estructura compleja que sus antecedentes históricos determinaron; y a esto hubo de sacrificarse lo que, comparando, resultaba secundario: el perfeccionamiento de esa misma estructura. Entretanto había que ir disputando, a retazos y como se pudiera, jirones de legalidad, digamos así, a la recelosa clausura de la semibárbara federación. Lo delicado de la obra de gobierno estaba aquí. Conflicto de pueblos que insurgían porque se realizaba tardíamente el ideal, y de caudillajes que se sublevaban porque se iba demasiado pronto.

Mas como la condición esencial para realizar la obra y hasta para subsistir, era sentar de modo inmovible el principio de autoridad, hubo que empezar por reconocer a quienes lo representaban, es decir a los caudillos, inclinándose a la vez ante el hecho consumado, elemento pasivo pero de importancia capital

en política; mucho más cuando ésta había sido caprichosa como los redomones que le sirvieron de vehículo.

Las complacencias con el caudillaje arrancan de este hecho que las circunstancias impusieron; y así fue cómo para salvar la integridad de la nación, es decir su existencia misma, y robustecer el principio de autoridad, base indispensable de toda organización política, debió relegarse temporalmente el ideal constitucional, subalterno, por grande que sea, de aquella integridad y de aquel principio. Constitución y gobierno, son fenómenos correlativos y posteriores a la existencia de la nación y de la autoridad.

Casi dos tercios de nuestro medio siglo constitucional, estuvieron ocupados con descansos más aparentes que reales, por el problema separatista. Y esto que apenas deja veinte años para el perfeccionamiento de nuestro régimen institucional, unido a las forzosas transigencias que antes enumeré, explican de sobra cómo ha sido imposible realizar, sino en principio, el más difícil de los sistemas políticos; el que por diferencias bien conocidas de origen, y salvo la semejanza fisonómica, se encuentra más distante de nuestras ideas gubernativas.

Cuanta más diferencia existe entre el ideal por alcanzarse y la realidad actual, tanto más violento el impulso de los que a ése aspiran, tanto más ruda la oposición de los que a ésta representan. La diferencia era enorme entre el nuestro, formado por la democracia norteamericana, y la actualidad de una república inconclusa, en cuya política figuraban como factores los gauchos malos y las tribus del desierto; empeorando aún la comparación, si se considera que el *quantum* de autoridad necesario para la subsistencia del gobierno, residía en esos caudillos cuya destrucción formaba parte de la obra constitucional.

Fue necesario, entonces, adoptar un criterio de realidad ante el dilema tremendo, y violar resueltamente la constitución, apelando a la historia y repitiendo la imperativa confesión del romano. No hay un gobernante argentino que haya escapado a esta situación.

Sólo el motivo podía justificar una conducta tan análoga a la de los caudillos, y tan susceptible de conducir a los extremos del gobierno personal; pero no se atraviesan sin ese riesgo semejantes situaciones, y en tales casos basta el éxito para justificar el propósito.

Nadie admira menos a Mitre porque transigiera con Taboada, ni amengua la grandeza de Sarmiento el verle buscando astucias de gato en su casta de león, tras las chuzas montoneras erguidas a su alrededor como los barrotes de una jaula.

Debió contarse con el caudillaje, a pesar de todo, y aguantarlo y aun sostenerlo, porque en política los acontecimientos y los hombres forman una especie de escalera, en la cual el mismo pedáneo que se abandona y queda abajo, sirve de apoyo para llegar al sucesivo. Por eso es que los partidos se forman sobre el rastro de un hombre que persevera, o de un principio que progresa.

Así se formó el partido nacional, sobre el principio progresivo de la unidad de la nación, que era el secreto mismo de su existencia, agregándose luego el programa autonomista, complementario de aquel principio, y alcanzando el máximo poderío bajo la dirección de su jefe actual.

Resuelto el problema del separatismo, la situación planteaba inmediatamente otros, tanto más urgentes cuanto más tiempo se los había descuidado por atender al principal. El fomentó de la riqueza y de la inmigración, el progreso general, la cuestión monetaria, y parpadeando en el horizonte para no desvanecerse ya en veinte años, la cuestión internacional con sus recelos y sus angustias: todo eso y mucho más componía la tarea con que brindaba el porvenir.

Un partido dominaba enteramente la situación, y él debía bastarse para liquidar la herencia del caudillaje, realizando la democracia, y para desobligar al país de sus insolvencias con la civilización. Tuvo, como toda agrupación humana, sus repuntes y sus descensos; sus errores y sus castigos; pero su ideal auto-

mista, que era el federalismo constitucional en acción, lo salvó de cien disoluciones empezadas, porque sólo conseguido muere del todo el ideal.

Salvo la realización de las autonomías cuya efectividad se produce con la riqueza, que es decir con el tiempo, y la carga subsidiaria de fomentar el progreso nacional, obra común al fin y hasta ajena a la política, su deber más inmediato consistía en terminar, por la victoria de una u otra, el combate de las dos tendencias que dividían su espíritu, a semejanza del país cuya imagen reducida era: la progresiva, basada en el principio del gobierno impersonal; la regresiva, fundada en el caudillaje.

Conspiraron a favor de esta última los egoísmos de arriba, interpretando como impunidad el apoyo que en homenaje a intereses superiores les prestaba el conjunto, y las servidumbres de abajo con su sensualismo de pulpería. Tal tendencia aventajaba por la tradición, el predominio de las costumbres y su mayor familiaridad.

Pero la nave que marcha lleva adelante cuanto va en ella, aunque algún pasajero aparente retroceder, caminando hacia la popa. Tal los caudillos, con todo y seguir manteniendo su tendencia, progresaron con el progreso común, y al abandonar la pelea y los arbitrios de otrora, rindieron involuntario homenaje a la civilización que los penetraba. Comprendieron que en la nueva política se triunfaba efectivamente con figuras de contradanza, y se acicalaron y adiestraron para el cortés torneo. Apechugaron con el *fraque*, viajaron por Europa, enamoráronse del ferrocarril y del telégrafo, volviéronse oradores, aprendieron inglés en “El Federalista”, redactaron diarios, manejaron finanzas...

No obstante, las mañas persistían, como la sed de monte en la cabra doméstica. Los rasgos esenciales se transformaban sin desaparecer, o se sustituían por equivalentes quizá peores.

A través de sus diversos estados, primero como imposición directa del fuerte, después como banca copada por el astuto,

ahora como lotería proteccionista de los amigos a quienes hay que servir, aunque se opongan veinte leyes y cien decretos, el gobierno del caudillaje se caracteriza por el predominio del sentimiento o de la conveniencia del gobernante, sobre el interés de la colectividad. Monárquico por esencia, representa el atraso político y la iniquidad de la ley desigual, cuyos beneficios se restringen para el adversario proporcionalmente a lo que se le usurpa en provecho del allegado, formando el simbólico embudo de la metáfora popular.

Ahora bien, como la injusticia repugna a todo el mundo, le es necesario el sofisma para velarse y subsistir: y así la calamidad enunciada, se disimula so capa de lealtad suprema, captando el romanticismo inocente de los inexpertos y la necedad egoísta de los logrerros. El bien público pasa a segundo plano, y al buen gobernante se sustituye el buen amigo —“buen gaucho” se dice significativamente en la política criolla—, el buen amigo, que lo será en efecto para los suyos, pero que resulta fatalmente abominable para los ajenos. Y de tal modo este defecto es admirado, que su alabanza constituye un método de propaganda. Fulano es *así con* sus amigos, luego sirve para presidente de la República.

En el fondo, esa lealtad concebida casi como una complicidad, esa consecuencia en el bien y en el mal, con su carácter de juramento trágico, viene de lejos: es un resto de la felicidad sobre que se fundaron las fraternidades y corporaciones, nacidas durante los siglos de injusticia, por reacción de fuerza contra los poderes absolutos, y cuyo rudimento se encuentra ahora en la *Maffia* siciliana, como aquí lo hallamos en la simpatía tácita con que se acogía al malevo errante; pero tal manera de entender la amistad, excelente para los sujetos particulares, y aun en este caso limitada, no puede ser jamás la del gobernante, que con ella erigiría en sistema de gobierno los compadrazgos detestados. Esto es lo que constituye el personalismo que todos estamos interesados en destruir.

Otros rasgos no menos importantes completan la fisonomía de nuestro caudillo, denotando todos ellos la supervivencia de algún atraso colonial, o el retoño de alguna prenda gaucha. Así, su específico denuedo, desdeñará, en lo militar como en lo político, toda táctica que no sea la carga a fondo con estrepitosas caballerías. Si acierta, su prestigio entre los elementos afines aumenta por lo temerario de la arriesgada. Si yerra, es claro: se perdió el pobre porque ¡no sabe pegar de atrás!...

En ambos casos, el culto del coraje, tan poderoso todavía y tan absoluto que el pro y el contra le pertenecen, le agrega, con la fama idólatra, otro personalismo esencial.

Que en cuanto a la bravura, en la forma ya más restringida de lance singular, ella le es indispensable, como que constituye su cualidad preponderante, y en el fondo su más recóndita pero también más positiva influencia.

Esto, unido a la necesidad autoritaria de fallar sin réplica cuando se sabe, y de simular con el concepto incisivo la idea precisa cuando se ignora, da a su palabra cierto viso despótico y a sus argumentos cierto matiz de agresión.

Su ironía, alardea un desenfado casi cínico; su cólera, va sin miramientos hasta la insolencia.

Dele la suerte una estatura prócer, un ademán con bruscas familiaridades a lo Danton, un gesto popular, de esos que resisten a la caricatura y al cromo, y la masa que adora lo decorativo en política, porque no concibe a la autoridad sin atributos externos, encarnará en él su ideal de varón.

Vuelta a vuelta áspero y suave, pero siempre caluroso en su amistad, y tan excesivo en sus predilecciones como en sus odios, subyuga su franqueza, pero ofende su dominación. Falto de escrúpulos medianos, aunque al mismo tiempo romántico y pueril, violará sin inmutarse una ley y llorará con una novela. Hombre de sentimientos más que de convicciones, ha nacido para vivir en pugna constante con el azar, y semejante al terrible

Carlos de Suecia, será siempre un mal jugador de ajedrez.

Su prodigalidad, comúnmente certificada por su pobreza, lo vincula con otro nudo simpático a la despreocupación fantaseadora de la masa; y su perro siempre rabón, entera con un detalle de superior badulaquearía la efigie de ese subtirano cuyas gallardías son defectos invertidos, del propio modo que en el yeso estatuario, los relieves superficiales son otros tantos huecos del interior.

Cariños atávicos y mezquindades de círculo, prolongaron esas influencias en el partido gobernante, hasta que ellas hicieron crisis de peligro, llamémosla así, en la hora más difícil que esa agrupación atravesó. El colmo del gobierno personal engendró reacciones a las que fue necesario deferir, dada su amplitud y su honda influencia en los espíritus; y con esa crisis empezó a declinar la tendencia regresiva, al paso que lógicamente preponderaba su contraria.

El general Roca realizó el Acuerdo, primer paso hacia el gobierno impersonal, dada la influencia controladora que se introducía en la política, hasta entonces exclusiva, del partido.

Inmediatamente el caudillaje se inquietó; de la inquietud pasó al murmullo y del murmullo a la protesta, cuya traducción en hechos apenas fue contenida por la disciplina de la agrupación y las angustias del momento.

Pero allí se acentuó, y ya en forma de una escisión latente, la lucha de la doble tendencia política que originó una bicefalía de doce años. En realidad predominaba siempre la influencia de Roca, según es notorio, y aunque callando, se comprendía la diferencia entre el socio industrial y el socio capitalista.

Un día la disciplina no pudo ya impedir la ruptura; el Presidente debió optar entre el amigo y el pueblo; y el acto de gobierno impersonal que lo decidió en favor de éste, trajo como consecuencia la enemistad de aquél. El ataque más vigoroso contra ese acto, caracterizó plenamente al adversario, mostrando, relevado

por la pasión, su defecto dominante: se trataba de una cobardía del Presidente de la República. Esa apreciación contenía toda la idiosincrasia del caudillo.

En el conflicto de lealtad que envolvió al Presidente, poniéndole de un lado a su amigo y a sus convicciones, y del otro a su deber de gobernante, no hay quien vacile sobre lo que debió hacer y realizó. Sólo el espíritu caudillesco se empeñó en exigirle una fidelidad de jurado, que importaba el sacrificio de la convicción al sentimiento, la conveniencia del grupo opuesta a la exigencia pública, que es la característica del gobierno personal.

Muchos que por entonces volvíamos de Puerto Lápice, a donde habíamos ido en clásica aventura, aprendiendo por el camino todo lo que se acaba de oír, y comprendiendo que si la realización de la democracia es inevitable antecedente para cosas mejores, la pugna no ha de entablarse con el lobo burgués, sino con el endriago del caudillaje; muchos así, digo, mirábamos con simpatía inexpressa al partido de las autonomías, que es por consecuencia y verdaderamente el Partido Nacional, acompañándolo de corazón en aquel trance, que descuajaba de sus entrañas el germen maléfico y lo reintegraba a la corriente democrática, en la cual, dicho sea con franqueza, empezaba a quedarse atrás.

Ello no sucedió sino a medias, y los pródromos de la lucha presidencial parecieron indicar, por el contrario, una lamentable reacción. El caudillaje descalabrado de retroceso por las asonadas de Julio, se recomponía, al parecer con éxito, pues sólo figuraba a su frente un grupo análogo, que para mayor belleza se declaraba francamente clerical. La tendencia contraria triunfó por fortuna en la jornada decisiva de la Convención, y ese acto que importa la muerte del caudillaje, típica a este gobierno, rematando así lo más arduo de la obra constitucional, y poniéndolo con los de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, entre las presidencias históricas.

Prescendente Roca, o imponiendo un candidato como quieren sus enemigos, sus simpatías por la Convención han sido ma-

nifistas; y es su política, la política impersonal del Acuerdo, lo que ha triunfado en ella.

He aquí la imposición de que se le acusa, por aquellos que parecen no entender la diferencia entre la política superior y el acto personal de un presidente, cuya herencia es ese ejemplo, abonado por la más fecunda era de trabajo que el país recuerde: abierta precisamente en vísperas de inaugurarse el nuevo gobierno, como para obligarlo con el ejemplo a una competencia de labor y de libertad.

Fosca y aborrecida se retiró de la arena la hueste disidente, tocando llamada a los cuatro vientos su indignación. Y como en el quimérico ejército del manchego famoso, gentes diversas la componían: “Los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númeridos, dudosos en sus promesas... los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda... los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas...”² Y entre Micocolenbo y Espartafiledo, a cual más famoso: ése por su devoción y sus desdichas, este otro por su ancianidad y sus esperanzas, siempre agostadas —¡ay de mí! — el más ilustre de todos: ¡Pentapolín del arremangado brazo!

Pero si unos se van, otros venimos a solicitar un puesto de lucha, para continuar la obra que la presidencia histórica inaugura.

¿No es ella tan importante, por lo menos, como la paz con Chile que le da también un título histórico; y si uno solo bastaría y tiene dos, hemos de complicarnos, callándolo, con las pasiones del momento, que toman por negación absoluta a la propia oscuridad de su ceguera?

Tan mistificado está el juicio público, de tal modo son tiránicas las suspicacias que lo perturban, tan difícil, por no decir imposible, es hablar bien de Roca sin tacha de adulación, que la más serena audacia resulta apenas suficiente. Pero al mismo

tiempo fuera mengua callar, otorgando el asentimiento del silencio a la voz adversa, y habiendo alabado la obra dejar en medrosa penumbra al autor, mucho más cuando éste se va sin vuelta, a sobrevivirse en la historia que ya comienza para él.

Mi situación esquivada hacia esta presidencia, es bien conocida; mi actitud resueltamente contraria hacia las leyes de residencia y de servicio militar no ha variado; y nadie ignora tampoco mi ruidosa disidencia con el actual ministro de Instrucción Pública.

Nunca ha habido en mí un roquista, ni siquiera un partidario condicional. Espectador, he visto y he meditado; y hoy como ayer sostengo que sobre Roca presidente, sobre Roca jefe deben recaer todos los errores de su partido; porque si en realidad la jefatura fue doble, en el mando no hubo otra conciencia que la suya.

Pero acabamos de presenciar un curioso fenómeno. Pellegrini, que mientras consideró posible su candidatura en la Convención, había sostenido con su peculiar radicalismo que el presidente debía tener un candidato, se retira reprochando esto mismo al presidente, apenas nota o sabe que no lo elegirá la Convención.

Argumentábase, si valiera la pena de refutar este contrasentido, por otra parte tan lógico, que el presidente, según la propia teoría de Pellegrini, podía oponerse a ésta candidatura, pues declararse por una cualquiera implica estar contra la adversa, en la doble acepción de preferencia y de rechazo que comporta el acto de elegir. No obstante, tal es la carestía de argumentos que existe contra la candidatura de Quintana, que ese acto, tan parecido al célebre paso medianero entre lo sublime y lo ridículo, ha suscitado una campaña personal, no contra Quintana, sino contra Roca.

En verdad es cosa rara este desdoblamiento, que reserva toda clase de tolerancias para el que viene, prodigando toda suerte de violencias al que se va; pues tratándose de hombres conscientes,

y si hubiere caso de imposición, tan culpable es el que impone como el impuesto; y todavía aquél siquiera conservaría su carácter de cifra significativa, mientras éste se limitaba a arribar su cero en pasiva complicidad.

Tal fenómeno tiene sin duda explicación en un exceso de sutilidad política, por una parte, y por la otra en la debilidad humana de imputar a intervenciones ajenas el resultado de los defectos propios.

A la manera que en un ambiente ingrato las hojas de ciertas plantas abortan en espinas, la oposición que ha perdido el tiempo y ha errado la vía, explica su lógico fracaso de opinión ensañándose con Roca.

La condena es absoluta: niega todo, desconoce todo. La presidencia histórica es un fracaso, no ha resuelto ni uno de los problemas con que se inauguró. Roca es un ambicioso vulgar, un político ignorante, un amigo desleal, un jefe de gendarmes desaforados.

Pero si tal fuera el presidente, ¿cómo sería el país que lo había elegido por dos veces, desoyendo de paso el argumento de las abstenciones, puesto que en las democracias, donde nadie puede alegar imposibilidades originarias, consentir vale tanto como elegir?...

No; no apliquemos siquiera en esta forma el sabio principio del gobierno merecido. Alcémonos un poco sobre tales violencias, y sin adelantarnos a la posteridad, abriendo un juicio sobre ese hombre, saquemos en consecuencia su valer por la clase de rayos que le han caído encima; ya que según los conocidos versos de Claudiano, la ira de los Joves desdeña a los arbustos, para fulminar sólo a las encinas enormes y a los añosos fresnos:

*Nec Parvi fructices iram mernere Tonantis;
Ingentes quercus, annosas fulgurat ornos.*³

3 *Epist.*I.39.

No invocamos, como ya se ha visto, las atenuantes del medio y de la herencia política en favor del condenado; pues de seguro se le negaría este recurso, concedido al último criminal. Sin duda es grande su responsabilidad, pero no somos nosotros quienes se la vamos a exigir. Lo que sí podemos nosotros es hablar de sus hechos, imposibles de ser oscurecidos por su misma inmediatez.

Dígalo la producción, acrecida hasta lo asombroso a favor del orden; díganlo las instituciones, ampliadas y robustecidas con leyes que de aquí a poco habrán abolido los gobiernos personales; díganlo la renta aumentada y los presupuestos disminuidos; dígallo el Parlamento, iluminado con debates que ahora son famosos y que mañana serán históricos; dígallo la misma política, que a su pesar, pero no menos ciertamente, ha experimentado el influjo de esa severa clemencia, que en opinión ciceroniana es condición capital de la obra de gobierno;⁴ dígallo la tolerancia llevada hasta la debilidad; díganlo las obras públicas, que echan los fundamentos de una política del porvenir, cuyos argumentos serán puertos que se abran y rieles que se prolonguen; telégrafos cuya longitud se mida por grados geográficos, desde el frígido Estrecho a la frontera tropical del Norte, y locomotoras que proclamen la expansión del verbo argentino en aquel Alto Perú de nuestras glorias. Y si no basta que lo digan los de adentro, dígallo desde afuera la Italia, con ese tratado de arbitraje que ha hecho época en el mundo, y ha de dar a la República sitio preferente, por algo más que por la inicial de su nombre, cuando el Derecho pase lista y haya que contestarle ¡*presente!* entre las naciones; dígallo el Brasil con su amistad pomposa y efusiva; dígallo Chile de hombre a hombre; dígallo también desde el polar misterio, a donde ha ido en misión de humanidad y ciencia, la animosa nave cuya bandera lleva quizás el único matiz de cielo, que desde ha siglos hayan visto esas brumas.

4 Reipublicae causa adhibenda esto severitas clementiae, sine qua administrari recte civitas non potest. (*De off.*)

Y esto, que aun no es todo, constituye la labor de cinco años, ya históricos por su fecundidad, afirmen lo que quieran esos que sólo reconocen el mérito de los muertos, y cuyas alabanzas ante el cadáver hacen el efecto de un reparto de despojos.

¡Ah! pero esto de ser alguien es cosa tan grave, que ni el ostracismo, esa anticipación del sepulcro, ni el silencio, esa tácita deprecación del olvido, son bastantes para conciliarle el reposo.

No pida quien lo sea, consuelo a la soledad ni treguas al tiempo. Árbol de encrucijada en que los leñadores prueban sus hachas al pasar, eso le espera mientras dure su día. Y el día del hombre eminente es más largo, porque a causa de su altura, para él clarea primero y se pone último el sol. Oye tú si lo eres: te está prohibido dormir, pero puedes morirte en cambio.

Ahora bien, ¿por qué se ataca al presidente y se aparenta olvidar al candidato? Para formarle el vacío, dicen unos. Pero esto no se consigue con propalarlo, porque la opinión “aborrece al vacío” y sabe que personalidades como ésa lo colman con su volumen propio. Porque el presidente lo ha impuesto, argumentan otros. Pero la imposición, que en realidad es una inflación del candidato, para darle magnitud y elevarlo por doble acción del mismo soplo, no se ejecuta con quien se quiere, sino con quien se puede; y el doctor Quintana que ha sido candidato por sus cabales, antes y durante Roca, lo sería después de Roca por idéntica razón.

En realidad ha sido un candidato del Acuerdo, que hoy lo es del pueblo, por natural derivación, y el motivo del silencio con que se pretende rodearlo, es que no lo puedan objetar. Perteneció a esa clase de hombres cuya historia es la del país, y fuera contraproducente hasta para los más ciegos intentar falsificarla. En la oposición y en el gobierno, ha sido un representante de la cultura nacional en todo momento, un campeón de las autonomías, un luchador del derecho, un creyente de la constitución; y también, en horas de prueba, el brazo fuerte que salvó al país de la “conquista jacobina”.

En este carácter, fuera de los méritos personales que todos le reconocen, viene su candidatura; y dándole esa alta significación la recibimos. Hacía falta esta hombrada de pasar el Arroyo del Medio con una candidatura porteña, para poner el sello a la obra federal; pero candidatura que importara la negación del caudillaje a la vez, y que estuviera acrisolada, para suprimir toda desconfianza, en brillantes anterioridades de gobierno.

Después de todo, ella misma, con ser excelente, resulta secundaria ante el propósito cuyo símbolo visible es, y no vendría por cierto de Quintana el reproche para esta afirmación impersonal. Saludemos esta evolución que nos permite ver al Presidente antes que al caudillo, como ya habíamos visto al argentino antes que al porteño, y que al fin el acto de adherir a una política, no implique la subordinación a un hombre.

Y bien; de todas partes están sonando incitaciones a la juventud, para que lleve su alma, que siendo fuego es calor y pureza, a la lucha iniciada, y la juventud no ha fallado. En efecto, es ahora cuando debe llamársela, porque se trata de una renovación, que es decir, de una obra juvenil; y si es blanca la cabeza del candidato, canas hay donde se mezcla a la nieve inverniza la espuma de los torrentes vadeados. Queremos liquidar para siempre ese caudillaje que ha sido nuestra más dura herencia colonial, y concluir así estas miserias personales, que pretenden comprometer la suerte del país en el desencanto de un candidato; o esas cobardías colectivas, que por desánimo para tomar su parte en los desastres comunes, se lo pasan buscando cabezas de turco y descargándose en ellas la conciencia a porrazos. De hoy más las responsabilidades colectivas serán un hecho, y el control de las oposiciones no constituirá una mera cavilación para dar con soluciones de acertijo.

He aquí nuestras esperanzas y nuestras miras; he aquí el rumbo que vamos a seguir. Poderoso es el enemigo, decisiva la acción, enorme el peso que representa el pasado. Pero ahí está esa

valiente juventud para quien saliera menguada la lucha, sino hallase en ella ocasión de estrenar todo su equipo. Equipo de hueste preclara, como la verdad que es lanza grandiosa; el saber, que es coraza adamasquinada de paciencia y de esfuerzo; la elocuencia, que es yelmo y está luciendo empenachado de flamígeros verbos; el entusiasmo, que es corcel de galopar por las nubes levantando polvaredas de sol; la cordura, que es escudo; la constancia, que es virtullala de fierro, y la razón, mejor que la espada, porque se mete en las cabezas sin romperlas.

Por lo demás, señores, la candidatura del doctor Quintana desvanece los recelos que podíamos abrigar sobre el ocupante de la presidencia futura. Apaguemos la linterna filosófica y vayámonos en paz. Hemos hallado el hombre.

**Teniente General Julio A. Roca. El sepelio de sus restos.
Elocuente demostración de duelo**
de Leopoldo Lugones¹

Cuando queda más bello el monte, sino hay ponerse detrás del sol que así lo abandona y que con ello representa la vida mortal del héroe, mientras ese permanezca en la realidad de los hechos inmortales. Dijérase que la sombra cristaliza allá en un azul de piedra preciosa, y ese momento constituye la suprema hermosura del día.

La muerte de los débiles causa compasión; causa congoja la muerte de los medianos. La de los fuertes sólo áspera indignación, en lo cual ya vibra el coraje de vivir. Es que aquellos son finales o irreparables como la factura de las escuadrillas ordinarias, y esta otra, tronchadura de encina que propone desde luego mangos laboriosos y bélicos astiles.

Luego en las vidas selectas como en los vasos finos, pone una especie de delicada distinción que va senbilizándose en cariño con la vejez, la seguridad de que han de romperse. Y así, la idea de la muerte parece que los aclara todavía, como el alabastro trasluce mejor cuando está lleno de miel.

Aquella ancianidad había llegado a tal elevación de justicia, a tal solidez de cordura, a tal serenidad, a tal perfección de simpatía con su pueblo, que no era difícil verla aproximarse al instante de la suprema belleza.

Ese instante ha llegado. Él mismo estaba mirándolo desde lo alto de su vida completa, cual si viera remontar una constelación desde aquella balaustrada de mármol.

Y por eso pasa la cordillera el cóndor chileno que tiene de

1 Lugones, Leopoldo, "Teniente General Julio A. Roca. El sepelio de sus restos. Elocuente demostración de duelo", en *La Nación*, Buenos Aires, 22 de Octubre de 1914, p. 10.

rastró una estrella. Por eso gira del lado de sus astros fraternales del orbe del Brasil cuyo pabellón parece abatir en homenaje las salomónicas florestas. Y acude en cortejo el pueblo que lo saludaba por la calle, sonriéndole con cierta malicia orgullosa de saber mejor que él lo que él valía. Y llegan los hombres del derecho ante el féretro de ese guerrero que amó como ninguno la equidad y la paz. Y las repúblicas admiran a ese demócrata de sencillez ejemplar. Y los hombres laboriosos a ese trabajador y los patriotas a ese estadista. Y vienen también las instituciones poderosas y el ejército rasgado en lamentos de bronce. Y la república está triste bajo su bandera recordando memorables cosas del desierto y de los andes.

¿Qué más para la gloria? Las ausencias menos significativas en el homenaje y las cuales son calumnias, diatribas, necedades, rencores: lo único verdaderamente destinado a morir aquí, la doble muerte del perdón y del olvido.

Pues no hubo gloria más difícil, moldeada por todas las asperezas, como que así fue quedándose hecha un diamante en las manos de sus propios detractores.

Y el general Roca se ha ido como quería, sin dar lástima ni malestar, y también como debía: es decir, sin decaer ni rendirse. El destino le ha sido propicio según el concepto de aquellos antiguos paganos para quienes la buena suerte venía así, recordando el descuajamiento del bloque marmóreo que ya parecía su comienzo de escultura. No lo ha acechado a traición ni le ha saltado como un perro al estribo: sino que mientras iba prolongando su tarde de cara al sol, siempre a buen paso en el seguro corcel de su triunfo, le dio desde el fondo de la historia la voz de mando del descanso marcial: ¡Alto, pie de guerra!

Roca. Un rasgo autobiográfico¹

Cierta mañana de otoño, hace nueve años, me encontré en París con el general Roca cerca del Arco de la Estrella. Iba yo con mi chico, para mostrarle entre la gloriosa lista de los guerreros que conserva el monumento grabada en su piedra por la parte interior, el nombre del general Miranda, único americano de aquella homérica nomenclatura. Roca, al saberlo, me dijo con su habitual benevolencia:

—Yo también quiero recibir mi lección...

Así fue cómo lo tuve de alumno en compañía de Polo, gran roquista ya entonces. Fortuna singular, por cierto, al ser aquello lo único que yo podía enseñarle a Roca.

En cambio, él me reveló sin saberlo, por involuntaria antífrasis de su modestia, el profundo concepto de su genio político, en una rectificación histórica llena también de interés. Así sucedía, por lo demás, siempre que uno se acercaba, y era en lo mejor que se conocía se naturaleza de hombre superior.

Recordando no se a qué propósito la agitación popular motivada por el proyecto de unificación de las deudas públicas, hizo el general estas dos reflexiones consecutivas:

—La gente creyó después que yo había calculado aquello para perjudicar a Pellegrini. No es cierto. Yo estaba en el asunto de buena fe. Es una necedad querer gobernar los acontecimientos. En política nunca se sabe lo que va a suceder. Yo he gobernado con los acontecimientos, y creo que en esto consiste la habilidad del político.

Era, como se ve, la fórmula diametralmente opuesta al principismo, y de ahí salió la definición de “política de los hechos” con que, poco calificué la suya en el “*Mercure de France*”.

1 Lugones, Leopoldo, “Roca. Un rasgo autobiográfico”, *Fray Mocho*, Año IV, N° 182, Buenos Aires, 22 de Octubre de 1915, p. 4.

Ahora bien, la sencillez de expresión y de maneras, causaba a primera vista en Roca una impresión de trivialidad: tan grande era su desdén del efectismo. Así podría juzgarse superficialmente de la frase citada. Apreciándola como es menester, vale decir, vinculada a los grandes hechos del hombre, constituye, como dije, la revelación conceptual de su genio político.

Calcular los acontecimientos y acomodarse en consecuencia, sería, si se acertaba, una prueba de talento, como resulta, en suma, toda previsión sagaz. El método de reducción a la unidad que está en el fondo de todo cálculo, puede llegar a requerir talento, pero nada más, porque elimina de suyo la inspiración. Mas, dejar venir los acontecimientos, y a última hora, en aquel preciso y angustioso instante donde coinciden como en un ápice geométrico lo demasiado pronto y lo demasiado tarde discernir entre la complejidad a veces absurda, con frecuencia hostil, siempre confusa porque nunca es estable, la cosa eficaz y única, esa sola cosa que es necesario hacer, y que no hecha, reacciona en fracaso; y pasarse veinte, treinta, cuarenta años, acertando con semejante método, hasta ser casi infalible en algo tan tormentoso como la política de los hombres: eso sí que es tener el don genial o instinto superior, extraño al propio raciocinio y a la propia conciencia.

De tal suerte lo manifestaba Roca en esa frase cuya intención modesta pretendía desvanecer el mérito personalísimo en generalizaciones de fatalismo vulgar. Esto era muy suyo y muy de todo grande hombre. La prueba es que los necios y la opinión pública, consorte fidelísima del mediocre, se lo tomaron a la letra y se pasaron la mayor parte de su vida creyéndolo un ser inferior o calificándolo por los defectos ajenos: "Roca ha deprimido los caracteres"...

Y lo curioso es que, a resultar cierto el dicho la culpa y el vilipendio corresponderían justamente a los caracteres que se dejaron deprimir. El mal no existe donde la virtud no cede.

La modestia de Roca probaría de suyo lo contrario, al ser dicha

virtud la forma visible del alma generosa. Yo he conocido en Roca la admiración del carácter. Yo he visto a Roca enternecido ante la lealtad y la justicia. Sólo que esto precisaba saber distinguirlo en él, como se requiere tacto y oído para sacar el leve son armonioso que constituye la sensibilidad de ciertos mármoles. Pasa el demagogo tundiendo su lata principista, y el pueblo aplaude con análogo ruido. La noble piedra golpeada, permanece sorda. Su fría blancura, que es dignidad, parece indiferencia. No suena, dicen. No suena porque le pegan. Es necesario acariciarla para que cante.

Leopoldo Lugones.



Ilustración de Cao para el relato de Lugones, *Fray Mocho*, N° 182 (1915)

LA
PERSONALIDAD
DEL
GENERAL ROCA

CONFERENCIA
DADA EN EL PRINCE GEORGE'S HALL,
EL 31 DE MAYO DE 1926.

POR LOS SEÑORES

GENERAL DE BRIGADA DON ALONSO BALDRICH
x
CAPITÁN DE Gs. Ns. DON LEOPOLDO LUGONES



GUILLERMO KRAFT LTDA.
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES

1926

La personalidad del General Roca¹
Discurso del Capitán de Guardias Nacionales
Don Leopoldo Lugones

Señoras y Señores:

Sea este último de mayo el destinado para cerrar los días de la Patria con la celebración de un argentino ilustre entre los constructores definitivos de la nacionalidad; y ya que de nombre propio llevaba el gentilicio con que nos honramos ante el mundo, hagamos en lo posible y lo mejor que podamos, desde luego, que este último día de mayo sea por justo merecimiento, el día de Roca.

Y que lo sea, siquiera para remediar en tal forma el error, no menos deplorable por generoso, de iniciar el Mes de la Patria con la adopción de un fasto extranjero, destinado a negarla y escarnerla en el odio de la confusa gente de las sectas, cuyo primer ensayo de rebelión tocóle precisamente domar a aquel mismo que con eficacia infalible impuso siempre a la anarquía interna o importada, el estricto freno de la fuerza y de la ley.

Es que al expresarnos así, estamos ya enteramente con Roca.

Antes y sobre todo, fue él, en efecto, el hombre del orden. Es decir el gobernante, bajo su doble aspecto definitivo de constructor y conductor. Todo tipo arquitectónico es un orden. Toda línea de rumbo, una descripción gradual. Así el desorden resulta naturalmente ruina y extravío. Aplicado este concepto a la historia, descúbrese que civilización significa disciplina.

1 Lugones, Leopoldo, *La personalidad del general Roca. Conferencia dada en el Prince George's Hall, el 31 de mayo de 1926*, Buenos Aires: Guillermo Kraft, 1926, pp. 27-36. Reproducido también en: Lugones, Leopoldo, *Obras Completas IV. Elogios*. Edición de Pedro Luis Barcia. Buenos Aires: Editorial Pasco, 2009, pp. 161-170 y en Lugones, Leopoldo, *Escritos políticos*. Selección y prólogo de María Pía López y Guillermo Korn. Buenos Aires: Losada, pp. 263-275.

Por esto Roca, como todos nuestros grandes gobernantes, fue un civilizador. Enseñó con el ejemplo personal aquel dominio de la pasión por la inteligencia cuyo resultado social es la tolerancia; y estableció con su obra de estadista, que orden y éxito son términos correlativos. Único entre los grandes políticos de su época, que jamás capituló con motines ni conspiraciones, fue también el único gobernante argentino que hasta el día de hoy, completó dos presidencias sin guerra ni revolución nacionales.

Supongamos que entrara en ello la suerte. Eso no haría más que confirmar su calidad de grande hombre. La proverbial estrella de la predestinación, figura en el lote de la grandeza. Toda entidad poderosa, lo es de nacimiento. En la insondable determinación causal de toda existencia, cada uno nace para lo que ha de ser. Y si no llega a serlo, no será nada, según decía nuestro Gran Capitán.

Como casi todos los hombres superiores, el general Roca era fatalista. Creía en el destino, que es el verdadero Dios. Y por esto, la mitad de su destreza consistía, como él mismo me lo dijo alguna vez, en saber esperar la ineluctable evolución de los hechos.

Pero la grave afirmación que hice al principio, contando a Roca entre los constructores de la nacionalidad, requiere pruebas que serán mi discurso.

Dejadme, entonces, que para darme confianza, recoja con gratitud las flores volcadas en vuestro aplauso inicial, y tanto mejores cuanto las hubo prodigadas por manos de suavidad y de gentileza, poniendo entre las más preciosas, por correspondiente mérito, las que respecto a mi persona, le sobraron al coronel. (*Alusión a las frases elogiosas del coronel Baldrich*).

Cuando Roca terminó su segundo gobierno, algunos de sus partidarios afirmamos que había concluido la última de las grandes presidencias. Queríamos decir aquellas que realizaron la construcción orgánica de la nacionalidad. Ello, sin mengua

de nadie, porque las presidencias de la República son de dos clases: las históricas y las cronológicas. Estas últimas se reducen a dos fechas: un 12 de octubre y otro 12 de octubre. Y esto parece ser lo mejor que puede darnos la democracia. No hay., entonces, por qué exigirle más; pero el hecho reviste importancia considerable.

Aquellas grandes presidencias, no fueron perfectamente democráticas. Más que la soberanía del pueblo, representaron la soberanía de la nación; y nadie duda ya que lo hicieron a maravilla. Es que ello constituye a su vez un hecho importante que en este momento define la orientación histórica de los pueblos de nuestra raza: lo esencial no es la democracia, sino la nación. El pueblo, como persona política, es una de las entidades de la nación; pero no está sobre ella, sino dentro de ella, y al solo objeto de constituirle gobierno para el triple servicio de esta institución: conservar el orden, garantizar la seguridad exterior y promover el bienestar general. Triple servicio que se debe a todos los habitantes de la nación, sean o no pueblo político. El gobierno se define, pues, no por su origen, sino por su objeto. Y de esta suerte, el mejor gobierno es el que mejor sirve al país, no el que fue mejor electo. Si las elecciones correctas producen gobiernos perjudiciales o inútiles —y todos los presentes saben que esto no es una mera suposición— sacamos en consecuencia que dicho sistema de formar gobierno es malo. El gobierno es un instrumento de bienestar social inmediato, no un ensayo a crédito de postulados filosóficos. Y además, sabemos ahora por experiencia, que la pretendida Ley del Progreso, en cuya virtud hombres e instituciones mejoran con subsistir, es una fórmula arbitraria. La duración prolongada de la vida, lleva a la decrepitud física y moral; y la institución monárquica, predominante hasta el siglo XVIII, sufrió el mismo detrimento. La guerra de 1914, y sus consecuencias inmediatas, nos han enseñado en un decenio, no más, que las naciones decaen, retrogradan y desaparecen.

Negamos, así, la ideología de la Revolución Francesa, con sus paradojas del “derecho a la insurrección”, en nombre de la libertad, y de la traición a la patria en nombre de la justicia. Sostenemos que ningún principio abstracto autoriza a proceder al individuo contra la patria, sin subordinación destructora de esta última a la opinión individual, así se invoque la libertad y la justicia; porque la patria es superior a la justicia y a la libertad. Ella se hace su libertad y su justicia, que sólo así dejan de ser principios abstractos, y las reconoce o impone por su soberana voluntad. De tal suerte que, si en un conflicto de conciencia, el ciudadano prefiere el principio abstracto, la patria lo obliga a proceder como ella quiere o lo castiga hasta con la muerte. Porque la patria es también superior a la conciencia. Y lo es, a causa de que constituye, no una abstracción, o si se quiere una norma moral como aquellos principios, sino una realidad viviente, impuesta ante los demás mediante un continuo acto de fuerza. Está fuera del bien y del mal como las potestades superiores de la naturaleza. Es una de ellas a su vez. Aquella que el paganismo personificó en la Diosa Roma. No es una conformidad ética, sino una expresión de victoria. Las mismas soberanías del pueblo y del rey, son accidentes de la suya.

Véase, pues, a qué se reduce la imperfección electoral de aquellas grandes presidencias, ante la constitución que efectuaron. Si yo fuese a opinar por inferencia, diría que a ese defecto debieron su asombrosa eficacia. Pues sabido es que hasta en nación tan culta como Francia, ha podido llamarse al sufragio universal el culto de la incompetencia. Pero no hay para qué inferir. Con referir basta.

Es así que en las cinco primeras de aquellas grandes presidencias, cuatro corresponden a otros tantos generales. Sarmiento inclusive; más que por su competencia militar, por su decisión orgullosa de completarse así como hombre de mando. De las tres que siguen, las dos civiles se malograron en conflictos sangrien-

tos. En las ocho, pues, y en todas hasta el presente, las mejores son las de los generales.

La primera construcción de Roca, es precisamente una obra militar. La Conquista del Desierto fue la integración territorial del país, dividido hasta entonces, por deprimente y peligrosa capitulación, con el imperio de las tribus salvajes.

Imperio tan efectivo, que no sólo tenía frontera reconocida por la nación, sino política internacional con grandes intereses chilenos, beligerancia permanente con nuestras armas, y una zona de influencia terrorífica, lo que es decir de dominio moral, tan dilatada, que alcanzaba, hasta los contrafuertes de la Sierra de Córdoba, en el mismo corazón del país. He conocido en mi pueblo natal, el foso, vivo aún, del fuerte aldeaña que lo defendía.

Pero aquí se impone una aclamación. Si bien Roca figuró entre los hombres de primera línea que realizaron la integración política del país, con la federalización de Buenos Aires, aquella obra que fue, también, una de las grandes construcciones de la nacionalidad, debe atribuirse, por privilegio de autor, al ilustre presidente cuyo gobierno le dio cima. Políticas o militares, las campañas se denominan por su jefe; y así llamamos de Napoleón, a las que éste hizo con los ejércitos, los generales, la diplomacia y hasta la estrategia de la Revolución.

La federalización de Buenos Aires es la obra de Avellaneda, como la Conquista del Desierto es la de Roca.

Ninguno las concibió ni efectuó exclusivas; porque en la armoniosa continuidad de esfuerzos, que es la vida de la patria, no podría el mismo genio sobrevenir aislado, sin resultar una perturbación anárquica. Claro está que la guerra ya secular con el indio, había mancomunado muchas fuerzas y voluntades que tornaron posible el decisivo plan; pero la idea del ataque a fondo, para suprimir la frontera y la beligerancia con el salvaje; la anulación de este último, no sólo como enemigo, sino como obstáculo al progreso nacional; la marcha paralela para arrollarlo

de frente y cerrarle a la vez la escapatoria andina, que era donde estaba el verdadero nudo de la cuestión: eso sí, fue obra de Roca.

Y digo el verdadero nudo, porque desde el tiempo de Rosas, las invasiones de los indios vinculábanse a vastos intereses de la república trasandina. Allí iban a parar en gran parte los ganados del saqueo; y en cuanto a los cautivos, palabra que nada exageraba en verdad, mientras las mujeres aumentaban el serrallo de los caciques, los mozos válidos y sin rescate fueron muchas veces vendidos como esclavos en las estancias de las trascordillera austral.

El arreglo de nuestra cuestión con Chile, empezó realmente con la Conquista del Desierto. Aquella toma de posesión de la vaga Patagonia de las leyendas, fue tan oportuna, que basta para apreciarlo, recordar su efecto sobre la opinión chilena, manifestado por la prensa de aquella época. Es así que al recibirse en Santiago la noticia del combate de los Corrales entre las fuerzas de la nación y las de Buenos Aires sublevada, uno de los principales diarios la encabezaba con estos títulos: “Sangrienta batalla a las puertas de Buenos Aires. Diez mil argentinos menos”. Y fue de público y notorio, la intervención, que es preferible creer casual, de fuerzas de línea de los vecinos, allegadas, si no vinculadas, a los indios en dispersión.

La Conquista del Desierto tuvo otra consecuencia trascendental: la integración consecutiva del desarrollo económico del país, mediante la posesión total de su patrimonio. La cotización en alza, de esa tierra y de sus productos, substituyó a las depresiones terroristas que cotizaban el malón en operaciones de perjuicio y de vergüenza.

Roca, presidente ya, acometió otra construcción fundamental para la integridad efectiva de la República: la adopción de una moneda nacional, con sólido patrón bimetálico, que afianzaba a la vez el orden financiero y el crédito y decoro de la nación; pues la anarquía era tal, que mientras en media República, la pape-

lería circulante a todo tipo de emisión, causaba el efecto de un concurso de pandorgas, en la otra mitad: todo el Norte y buena parte del centro, corría dominante la plata boliviana, no siempre firme en su ley.

Aquella emisión metálica fracasó por prematura; pero la moneda nacional fue desde entonces un hecho. Con todo, dieciséis años después, bajo el segundo gobierno de Roca, el propósito debía realizarse con otro programa cuya aplicación nos permite gozar ahora una de las situaciones monetarias más bien saneadas del mundo: el llamado de la reserva metálica, que antecedido como ocurrencia circunstancial por la conversión de la plata en la India inglesa, bien que con sólo unos meses de anticipación en cuanto al efecto capital, o sea a la reserva misma, constituye por su mayor amplitud, audacia y seguridad en la relación monetaria de circulación y encaje, un verdadero sistema argentino que empieza a devenir clásico, tras la prueba concluyente de la gran guerra.

Por otra parte, eso tuvo una consecuencia interna no menos vasta: la definitiva seguridad de la colonización agrícola, a cuyo objeto se aplicó de preferencia, y que es uno de los fundamentos de la prosperidad nacional. Y a la par con ella, dos complementos de tal magnitud, que cada uno la equivale: la ley de distribución de la tierra pública y la iniciación, con el de Santa Fe, de los puertos interiores destinados a la navegación de ultramar: es decir al tráfico directo con los principales mercados del mundo, mediante el aprovechamiento, intensivo, por decirlo así, de nuestros ríos, y la aducción confluyente de las vías férreas y los canales apropiados.

El militar y el estadista seguirían completándose.

Había que proceder a otra integración más importante, si cabe, y ésta era la de nuestra política exterior. La doctrina de Drago le dio categoría universal entre las naciones, hasta volverse también clásica en el derecho internacional; y los arreglos y aproximaciones

con Chile y con el Brasil, imprimieronle en América su orientación definitiva. Nuestra más grave cuestión de fronteras quedó concluida por ese general, que seguí o de la victoria, como me consta que lo estaba, no vaciló en preferir la paz, más heroica así que el mismo triunfo en la renuncia de sus laureles.

La transformación del ejército, en armonía con la potencia creciente del país que debe resguardar, fue una afortunada consecuencia del peligro corrido. Gracias a ella, el ejército dejó de ser un instrumento bélico, para ir transformándose en un poder orgánico de la Nación, como el P. E. y el Congreso, tal cual resulta de su íntima vinculación con el pueblo y del patriotismo consciente de su oficialidad; al paso que nos permitirá efectuar sin trastornos un progreso impuesto por el estado de las cosas en América y en el mundo, y que ésta es buena ocasión para adelantar: la necesidad de mantener en permanencia diez divisiones de cinco mil hombres cada una, o sea la garantía suficiente que nunca hemos llegado a poseer.

Estamos tranquilos, pero no seguros; y a medida que aumente la desproporción entre nuestra riqueza y nuestra capacidad militar, menos lo estaremos. La mayoría de nuestros conscriptos no alcanza a pasar por las filas, lo cual comporta el fracaso del sistema obligatorio. Lo que deseamos no es que el país se arme, sino que no esté desarmado. Y el caso es que lo está hasta la impotencia, hasta la aflicción. Y también que puede no estarlo, que tiene cómo llevar su ejército a los cincuenta mil hombres, sin recargo de los impuestos ni merma de la producción, sólo con cegar dos o tres fuentes de ese inaudito derroche demagógico que torna en verdaderas gavillas ramas enteras del gobierno del país.

Pues nunca se vio fracaso igual de un sistema, ni comparación más elocuente con aquellos gobiernos que el de Roca tipificó.

Nuestro régimen constitucional se define por el Congreso. No quiero entrar en la apreciación moral e intelectual de este cuerpo fracasado en la inutilidad y en el escándalo: la inutilidad

de la ausencia sistemática con que pierde hasta su significación nominal, y el escándalo de rentársela a sí mismo con elevadas asignaciones que vienen a resultar, así, el verdadero objeto de la representación. Pero, abandonemos a su propia suerte, ya irrevocable por lo demás, esa dimisión automática. Poder que deja de funcionar, reconoce su inutilidad sin remedio.

A qué recordar aquellos debates de los congresos de Roca, sobre la conversión monetaria, la transformación del ejército, la política internacional, el orden público, la reforma de la enseñanza, y también la actuación de los ministros que caían luchando a fuer de gobernantes con responsabilidad propia, aunque pertenecieran a la mayoría y fuesen personalidades como Magnasco y como Yofre. Congresos de Roca, he dicho adrede, porque sostiénese que él los hacía, lo cual importa muy poco, puesto que los hacía bien para la tarea de gobernar que es el objeto del congreso. ¿No dice, acaso, el Evangelio que al árbol se ha de juzgarlo por sus frutos?

Frutos que cosechamos para nuestro bien, debido a aquellas obras que apenas he tenido tiempo de esbozar con los rasgos más salientes; pues su sola enumeración requeriría un libro entero.

Y qué concepto tan justo y tan humano el de esa política! Qué respeto tan sincero de la libertad!

He aquí dos hechos comprobatorios en los que me tocó actuar: Iba yo a intervenir como inspector del ramo en el distrito de Correos y Telégrafos de una provincia lejana. Como el asunto se vinculaba con la política local, pues provenía de una denuncia sobre violación del secreto telegráfico por motivos electorales, el general me dio instrucciones como Presidente de la República, habiéndome llamado al efecto. Después de encarecerme la mayor severidad en materia tan delicada, añadió confidencialmente:

—Si habla con el gobernador, dígame de mi parte, que a Fulano y a Zutano (dos profesores que figuraban en la oposición) no les estorbe el acceso a la legislatura, porque, según mis informes,

merecen lo que pretenden. Y hágale la reflexión de que ponerse a impedirle es doblemente malo: primero, porque al mérito, lo mejor es reconocerlo, dado que acabará siempre por imponerse; y después, porque privará con ello a la Provincia de una buena colaboración de gobierno.

El otro episodio refiérese al Presidente Quintana, cuya elección habíamos hecho los hombres de Roca, principalmente.

Acababa de reprimirse el levantamiento radical del 4 de Febrero de 1905, y yo concluía apresuradamente, como Inspector General de Enseñanza, la organización de los nuevos colegios nacionales y escuelas normales que el congreso había creado con retardo comprensible. Formado el personal, el ministro de Instrucción Pública, que lo era el Dr. Joaquín González, elevó las propuestas a la consideración del presidente.

Pocos días después, díjome que éste último requería cierta información complementaria, para lo cual acudiríamos a su propio despacho.

Así lo hicimos; y el Dr. Quintana, tomando el expediente de las propuestas, que no había firmado aún, dirigióse a mí con la señorial medida que le era característica:

—Señor inspector, me dicen que los rectores y directores propuestos por Vd., son casi todos radicales.

—Lo ignoro, presidente, le contesté; porque, al proponerlos, sólo he tenido en cuenta su conducta y su idoneidad.

El Doctor Quintana sonrió ligeramente.

—Eso es de la buena escuela, dijo.

Y firmó.

La “buena escuela”, era la de Roca, que representábamos en ese momento el ministro y el inspector.

Y ya que menciono como magistrado a aquél que fue el más ilustre de mis amigos, vaya a su respecto la mención de otra gran iniciativa de gobierno, ahora que tanto se habla de obrerismo y otros condimentos electorales destinados al soborno popular:

el Código del Trabajo, cuyo capítulo relativo a las mujeres y los niños me encargó redactar: verdadero monumento de dignidad y de concordia humanas, organizado por el mismo gobierno que había reprimido las huelgas sediciosas, tal cual acaban de hacerlo en la Gran Bretaña: con el estado de sitio y la expulsión de los extranjeros facciosos que ya comenzaban a infestarnos el país.

Pero, advierto que empiezo a mi vez a hablar de mí mismo, y a tomar el camino anecdótico: indicios ambos de fatiga mental. Por otra parte, no he querido referirme sino al Roca de la estatua, dejando para otra vez el de la intimidad afectuosa que le lloré aquel día infausto, cuando el cielo argentino también lloraba sobre el reposo marmóreo de su comenzada inmortalidad.

Estos actos de justicia son también obra de reintegración nacional.

Necesitamos sacudir con ellos el fácil olvido de la existencia cosmopolita, y el pesimismo deletéreo que se empeñan en difundir los bribones de la pluma, ingratos con el país ajeno donde corren la aventura equívoca de su vida miserable, por más dinero que les revierta, como a las cortesanas su fornicación de alquiler.

¡La estatua de Roca! Qué cosa más hecha sobre el pedestal de medio país reintegrado por su espada, y en el bronce de aquel cañón de la patria con que asentó el subteniente de Cepeda sus primeros martillazos de constructor.

Así, en la persona de ese contemporáneo, se verá que la cepa de Mayo retoña siempre vivaz. Padres de la Patria y Constructores de la Nación, todos proceden de igual linaje. A él pertenecerá igualmente el que esperamos. El que nos dé la patria limpia y hermosa del orden y de la fuerza. El extirpador de demagogos. Y conforme a la exigencia de esta hora histórica, el nuevo jefe, *el otro general*.

Apéndice II

(Reseñas y comentarios)

Libros Recientes "Roca" por Leopoldo Lugones¹

Toda obra póstuma suscita un sentimiento entrañable, y, cuando es el fruto postrero del más rico talento de escritor que ha producido el país, ese sentimiento crece en la medida del respeto intelectual y del aprecio patriótico que merece la memoria de su autor hasta asumir plenitud de devoción.

Nada de extraño, pues, que el ánimo se sienta poseído de un-
ción ante el libro de Leopoldo Lugones, en que empeñó los últimos afanes de su vida, en tanto iba el destino tejiendo el misterio de su muerte; ante esta biografía del general Roca que no alcanzó a concluir y que debía serle muy cara, pues la recordó con palabras espartanas en los instantes trágicos previos al trance final.

Tan esclarecida emoción no debe, sin embargo, afectar el sentido crítico respecto de la obra que la provoca, especialmente cuando ésta se incorpora para siempre a la historia de la cultura argentina, si no por su valor intrínseco, cuando menos por su carácter de último documento de una prodigiosa vocación de la belleza.

Por otra parte, nada resultaría más ingrato al espíritu esforzado de Lugones que una consideración sentimental, por noblemente inspirada que ella sea, y es, además, su prestigio demasiado recio para que puedan mellarlo las insinuaciones y los reparos de la crítica: bronce imperecedero a cuya, solidez magnífica dejará intacta la limalla de ésta, tornándola, acaso, aun más refulgente.

Es a la vez obvio que en el caso particular de la historia de Roca, las objeciones que esta obra puede motivar están originadas principalmente en causas independientes del genio literario de Lugones. La más aparente es que el hado la interrumpió

1 "Libros Recientes. 'Roca' por Leopoldo Lugones", en *La Nación*, Buenos Aires, 12 de Febrero de 1939.

cuando comenzaba a cobrar contornos, y ni siquiera dio tiempo al artista para pulir los ya perfilados relieves. Del conjunto escultural tan sólo cabe, pues, juzgar al pedestal y al esbozo. Aquél ofrece base a un monumento grandioso, pero en el bosquejo no se alcanza a presentir la correspondiente magnitud de la estatua.

Surge esta desproporción del desequilibrio entre los capítulos que describen prolijamente la filiación y el ambiente nativos del prócer y los que luego reseñan a grandes trazos la formación del ciudadano y del militar, hasta que, ya consagrado por heroicas hazañas y resonantes victorias, emprende la triunfal Campaña del Desierto, que al extender el dominio efectivo de la patria, abrió todos los Horizontes a su justa ambición.

Pero, con abstracción de la anotada desarmonía, no creemos aventurado conjeturar que, una vez estatua definitiva el incipiente esbozo, habría en ella mucho más del genio impetuoso de Lugones que de la gloria serena de Roca. Toda biografía requiere para ser ponderada y veraz, correlación espiritual entre su autor y su sujeto, y resulta difícil ajustar satisfactoriamente en una obra histórica, y, por lo tanto, necesariamente objetiva la pujanza arrolladora del poeta de combativa prosa y la discreción cautelosa del militar estadista y el político sutil. Para conseguir ese ensamblamiento de dos temperamentos disímiles es menester que el autor de la biografía se avenga a plegarse a las modalidades del carácter de su personaje, de manera que éstas revivan y se muevan con dinamismo intrínseco y esencia vital en el milagro de la reconstrucción histórica. Pero cabe señalar a la vez que tal actitud de flexibilidad mental no condecía con el arresto intelectual de Lugones, siempre apercebido para romper lanzas en todas las palestras, coruscante en la liza el penacho de su genio soberano.

Es así como, en vez de intentar compenetrarse de la personalidad y la vida de su héroe y ofrecérnoslas en el libro con los caracteres convincentes de su intuición y de su arte, ha preferido

encuadrar a una y a otra dentro del sistema de filosofía política que entusiasmaba en los últimos tiempos a su pasión ideológica, campo propicio a los denuedos de su dialéctica beligerante, pero maravillosa. De tal suerte, Leopoldo Lugones parece descuidar con frecuencia el relato de la existencia de Roca y de su condigna trascendencia en el desenvolvimiento del país, para emitir teorías y prorrumper en opiniones casi siempre ajenas a aquéllas y que tan sólo presentan una verdad indiscutible: la de su sinceridad.

Cierto es que el ejemplo de la carrera del conquistador del desierto bien puede dar pie a la aseveración rotunda de que el estadista cabal ha de ser militar, como lo fue Pericles, pero tan sólo la dolorosa certidumbre de la vanidad de todo intento de argumentación cuando el país se apresta a recordar a su más gran poeta en el primer aniversario de su muerte nos permite pasar por alto sus consabidos embates contra el régimen democrático que nos gobierna y la constitución “extranjera” que lo articula, y hasta cierta página que nos presenta inesperadamente al panegirista inolvidable de Sarmiento como a un defensor de la dominación de Rosas.

Tales afirmaciones dan lugar, por cierto, a un despliegue verbal digno del prosista de los mejores tiempos, pero sería imposible no advertir que entre tanta deslumbrante disquisición se pierde con frecuencia de vista la figura de Roca y que cuando ésta aparece, el fondo cromático en que el poeta la presenta torna más tenues, por contraste, los rasgos con que la delinea. Tiene razón el doctor Octavio R. Amadeo al afirmar que no era “el retrato” una especialidad de Lugones. Su exuberancia esplendente se prestaba más a la luminosa amplitud de posibilidades del fresco que a la disciplina estricta del retratista.

El ensayo histórico impone, por otra parte, restricciones que no cuadraban a su imaginación sin cortapisas. Él mismo nos dice que “la historia lleva en sí la aversión a todo exceso” y cuando ocurre —como el caso de este libro encomendado al poeta por la

comisión nacional encargada de honrar la memoria de Roca—, que la biografía debe asumir el carácter de perpetuo homenaje a un héroe la propia inspiración debe ceñirse celosamente al molde de arquetipo de aquel. Y una vez esto logrado, cabe insinuar que la arcilla humana de Roca, tan delicada y tan maleable, necesitaba ser tratada con finura de buril, en tanto la fuerza expresiva de Lugones requería el vigor del cincel, cuando no uno que otro golpe de martillo a lo Buonarotti.

Resulta por lo tanto imposible negar que si por el esbozo ha de juzgarse la estatua, ésta distaría de satisfacer cabalmente, sobre todo si se considera que Lugones interrumpió su trabajo cuando se acercaba el momento en que tenía que modelar las facetas del aspecto político de la personalidad del héroe, el más interesante y provechoso para la posteridad, pero, a la vez, el menos indicado para ser justipreciado y evocado infaliblemente por el poeta que en los últimos años tan sólo concentra a la dictadura como adecuada forma de gobierno.

Pues el libro termina cuando comienza la campaña contra el indio: “Pero nada tan concluyente como el saludo con que Mitre, díjelo ya, despidió a aquél en LA NA...” De esta manera el nombre inconcluso de nuestro diario pone imprevisto final a la producción total del más prodigioso escritor argentino y ese detalle que nos conmueve nos ha incitado a ser aún más estrictos en el juicio crítico del último libro de aquel a quien tanto se quiso en el común hogar espiritual, y a quien por mucho admirarlo sería fútil y hasta inamistoso deparar la “ceremonia forzada” del célebre verso de Shakespeare.

Tronchada así por la fatalidad la biografía de Roca, la comisión de homenaje a su memoria consideró pertinente publicarla tal como la dejó el poeta, pero precediéndola de un prólogo a cargo del nombrado doctor Amadeo, que remata la tarea reconstructiva mostrándonos al prócer “de la federalización de Buenos Aires, al de las dos grandes presidencias y al político de

raza que llenó la vida pública argentina y fue colaborador de Mitre desde 1891 a 1906, en una paralela histórica de quince años". Previamente el prestigioso autor de "Vidas argentinas" trazó en el prólogo una semblanza de la personalidad de Lugones y emitió un juicio objetivo acerca de su última obra, todo ello en ese estilo suyo "tan sólo músculo y nervio" e iluminado aquí y allá por la asombrosa pirotecnia de su ingenio, al claro fulgor de su estrella.

Ese prefacio es digno de la obra que prologa y bien pueden muchos de sus aciertos iluminar la comprensión cabal de la misma. Así, cuando el doctor Amadeo recuerda el "Je le vois comme ça" de Rodin para justificar la interpretación lugoniana de la figura de Roca. La efigie que de éste nos ofrece el poeta soberbio puede no ajustarse celosamente al original y suscitar disensiones por causas independientes al arte en sí, como hemos señalado, pero nadie podrá negar en ella, como en las estatuas del gran escultor francés, no ya tan sólo la huella modeladora de la mano ciclópea del genio, sino también el sello inmarcesible del arte supremo.

Dice bien, pues, el prologuista al afirmar que el libro que nos ocupa siempre tendrá un valor superior, no obstante las objeciones que motive: el valor superior de ser un Roca "d'après" Lugones. Lo cual, si no es todo, es ya mucho, ya es casi lo más que nuestro país puede deparar.

Reseñas¹

Como toda la prosa de Lugones, ésta de su libro póstumo, asombra por la ceñida objetividad de la expresión literaria, por la justeza de un lenguaje que va derechamente a las cosas. Fiel a su condición de tal, la prosa de Lugones, no siguiere, sino que juzga; es traslúcida y no refleja.

De ahí su rigor lógico, y esa feliz ausencia de lo que suele llamarse estilo. Recuérdese, en efecto, algunas definiciones que del estilo se ha dado. Desde la conocidísima, el estilo es el hombre, pasando por la igualmente vaga, el estilo es el alma, hasta una última, el estilo es la emotividad, todas, al acentuar su procedencia subjetiva, radican su naturaleza esencial en algo que, de por sí, es inefable, objeto más de experiencia que de ciencia y, por ende, no susceptible de definición. Lo cual no implica, por cierto, negar que, como el tono a la voz, el estilo así considerado, sea algo real, algo que suela, imperceptiblemente, colarse en la expresión escrita. No; lo que aquí se dice es simplemente, que mal podrá lograrse una definición del estilo si se considera como arraigado, únicamente, en la subjetividad de su hacedor.²⁽¹⁾

Pero hay otro estilo, un estilo que está detrás y no antes de la expresión pura y simple de las ideas, y que determina como una cualidad a la cosa expresada. De ese estilo, al podría definírsele

1 Etchecopar, Máximo. "Roca por Leopoldo Lugones", en *Sol y Luna*, N° 2, Buenos Aires, 1939, pp. 163-166

2(1) Para evitar un equívoco al lector, es bueno decir que en esta reseña se habla, únicamente, del estilo en la expresión de ideas agrupadas alrededor de un tema. No se refiere, pues, ni al estilo de la creación poética, ni aun al de la pura invención en prosa. Pero ocurre, y eso es lo curioso, que esta virtud de estilo sólo se aplica, en el lenguaje corriente, a aquellas obras cuya finalidad primordial es la comunicación por las ideas. No se habla, en efecto, del estilo de un poema, ni tampoco, y en cuanto tal, del de una novela, y sí, en cambio, del de un ensayo o del de una página de crítica.

como la armonía causada por la justa trabazón de las ideas en el discurso, la obra de Lugones rebosa. Estilo difícil, pues. Estilo para el que no valen las influencias literarias ni las modas retóricas, y que es, justamente, signo de auténtico escritor y de clásico espíritu. Porque, en efecto, qué es un escritor, sino un hombre vocacionalmente dotado para expresarse y en el cual, cuanto más puro es el don, cuanto más libre de la faramalla del temperamento, mayor es la virtud expansiva, más universal el alcance de su palabra. Podría objetarse, sin embargo, diciendo que, generalmente, ocurre lo contrario y que a una mayor mistificación retórica, suele corresponder mayor notoriedad, mayor difusión literaria. Mas en todo caso esa comprobación sólo vale como prueba de una inteligencia disminuida y de su desoladora incapacidad para trascender las más superficiales emociones. Por eso esta discreción no sería, quizás, vana, si, al destacar en la prosa de Lugones la superioridad de aquel estilo que pertenece al discurso hecho, sobre el otro, que es como la marca de su procedencia particular, explicara la relativa falta de difusión de una obra tan compenetrada, sin embargo, de su designio social como la *Lugoniana*. Deficiencia, pues, no suya sino de sus destinatarios. Pero de todos modos, y a pesar de ellos, esa insita veracidad de su don expresivo, valdrá siempre en su obra como inapreciable muestra de aquella exigencia de encarnar nuestro pensamiento en una lengua de cultura, de que hablaba Unamuno.

Antes de reseñar el contenido del libro del epígrafe, conviene detenerse en la consideración de su naturaleza. El *Roca* de Lugones, como relato de la vida de un personaje histórico se ubica en el extremo opuesto al de las biografías en boga, llamadas biografías noveladas. Designación exacta, ya que sólo son especie de un género más amplio, la novela; novelas con un solo personaje. Como éstas, las biografías noveladas muévense en un ámbito puramente psicológico. Circunscriptas a la consideración de lo que en su personaje es más efímero y mudable, deberán, por

lógica consecuencia, destacar como más valedero los “tics” de su sensibilidad que sus actos de hombre.

En el libro de Lugones ninguna preocupación de esa especie cabe. Sólo busca en su personaje –y por el hecho de merecer que su vida sea contada, ha de tenerlo– aquello que le comunica con lo que está por debajo y por encima de su epidermis psicológica, con el hombre universal. Para decirlo con palabras autorizadas “trata de encontrar en el hombre su inmutabilidad de tal, en tanto que inmutabilidad de su ser, es decir que por más diferencias que existan de hombre a hombre en el espacio y en el tiempo, ellas permanecerán infinitamente menores que la esencial igualdad de hombre a hombre”³⁽²⁾. Pero el mismo Lugones, en otros términos, se encarga de decírnoslo cuando afirma en la pág. 147: “Si (precisamente por aquello) “no hay grande hombre para su ayuda de cámara”, rebajará la historia quien la escriba con criterio de lacayo. La historia es un arte y el arte un señorío. Nunca hay belleza en la vulgaridad, con lo que es de necio su consideración estética”.

En cuanto al contenido mismo del libro que nos ocupa, sabida es su condición trunca. Interrumpido al promediar el capítulo IX, por la muerte del gran poeta, la parte publicada llega, apenas, hasta la campaña del Desierto, cuya acción relata. Todo el largo período del reinado político de Roca –nuestra “era victoriana”– queda, pues, nuevamente en la sombra. Y la circunstancia es aún más dolorosa porque en Lugones se daban, parejamente, todas las dotes que un juicio cabal de esa época requiere. Pero no sería justo, que, por discurrir, un tanto inútilmente, sobre lo que pudo ser no ha sido el libro de Lugones, se oculte al lector, el significado que la parte publicada tiene. Ella ofrece, en efecto, a modo de síntesis coronadora de su especulación política, y sobre algunos temas vitales de nuestra realidad histórica, el juicio maduro y madurado del gran escritor. Así en los capítulos

3(2) Theodor Haecker: Virgile Pere de L'Occident. D. de Brouwer. 1935

I y II –Los constructores y el Hogar Hidalgo– al exaltar el valor heroico de la conquista española, muestra cómo su espíritu se encarna y da su fruto adecuado en la sociedad colonial, y cómo, por ese mismo acto y para siempre, márcase el sentido de nuestro vivir histórico.

Pero escuchemos al propio Lugones. En la página 55 dice: “De este modo, pues, no hay civilización completa sin latinidad; o mejor dicho, la civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico sentido esencial; y por lo mismo, también, el cristianismo perfecto es el católico romano”, luego un poco más adelante, en la página 56: “Cobra, así, una trascendencia evidente el hecho de que fuese España, campeón del catolicismo, quien conquistara estos países para incorporarlos a la Cristianidad, formándolos por consiguiente en el heroísmo y en la fe de su inspiración militante. Categoría histórica más alta aún, según lo dicho, si se considera que siendo España, por la sangre, tan arábica y hebrea a la vez, era completamente, latina por la fe y el idioma que constituyen los valores esenciales del alma; pues, con ello, vuelve a verse que es el espíritu lo que forma al hombre y al pueblo, y no la raza o materia biológica, y menos, la territorial o climatérica. Pero, más todavía, ninguna de las naciones pertenecientes a la latinidad fue tan romana como aquella, y bastan para comprobarlo, tres elementos fundamentales de su índole: el idioma, superior en la prosa, con temple y decoro análogos a los que aquel verbo imperial, también mejor, por lo más genuino, que los metros de la retórica helenizante; el derecho pre-cristianizado, diré así, en la noción estoica del “Género humano”, que, al soplo ya providencial del Evangelio, inspiraría con santo amor de justicia la legislación promovida por Victoria y Las Casas; y el heroísmo caracterizado por la estupenda constancia, zócalo de granito con que en su propia cordura, daba apoyo la empresa al arrebató quimérico que no era sino la negación de lo imposible, como hachón precursor descabellado en llamaradas. Pues lo

asombroso de la Conquista estuvo en que excedió los modelos ya sobrehumanos de su propósito: romances caballerescos y leyendas de santidad. Así con Álvar Núñez, Pizarro, Cortés, Francisco Solano, Ruiz de Montoya...”

Esta afirmación de la Conquista Española tiene en boca de Lugones, un particular significado. Es Ramiro de Maeztu quien recuerda, en su Defensa de la Hispanidad, que Lugones era poco afecto a la retórica hispanófila. De ahí que ese reconocimiento postrero del gran escritor, sea doblemente valioso: por venir de quien viene y por no haber tenido—aquel hecho histórico— otro título para imponérsele, que el de su sola evidencia.

En cuanto al tema central del libro —la personalidad de Roca—, sólo diremos —porque detenerse en un análisis detallado extendería excesivamente esta nota— que Lugones, al iluminar simultáneamente la personalidad de su biografiado y su contorno histórico, su figura y el paisaje que la enmarca, ha querido, con mengua de la nitidez de los trazos psicológicos de la primera —mengua que nada mengua, según se dijo más arriba—, pero con evidente ventaja para la cabal comprensión —y era eso lo que interesaba— de su significado político, ha querido, decimos, destacar las fuertes raíces que le unían —y que dan también, razón de muchos rasgos de su carácter— con la recia armazón espiritual de la colonia, que si estaba ya agrietada por el vendaval del liberalismo, mantenía aún vivos, algunos destellos de la gran tradición cultural cristiana.

Publicado por la Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Julio A. Roca, el libro está precedido por un prólogo del doctor Octavio R. Amadeo, en el que estudia, sucesivamente, la personalidad del poeta, el libro que prologa y, limitada a una enumeración de los hechos, la parte de la vida de Roca no alcanzada por Lugones.

Máximo Echeopar.

COLECCIÓN LOS RAROS

Obras publicadas

1.

Idioma nacional de los argentinos.

Lucien Abeille

Estudio preliminar de Gerardo Oviedo

2.

¿Qué es esto? Catilinaria

Ezequiel Martínez Estrada

Estudio preliminar de Fernando Alfón

3.

El Tempe argentino

Marcos Sastre

Estudio preliminar de Carlos Bernatek

4.

Vida de muertos

Ignacio B. Anzoategui

Estudio preliminar de Christian Ferrer

5.

Vivos, tilingos y locos lindos

Francisco Grandmontaigne

Estudio preliminar de Alberto Mario Perrone

6.

Prometeo & Cía

Eduardo Wilde

Estudio preliminar de Guillermo Korn

7.

Del Plata al Niágara

Paul Groussac

Estudio preliminar de Hebe Clementi

8.

Viaje maravilloso del Sr. Nic Nac al planeta Marte

Eduardo Holmberg

Estudio preliminar de Pablo Crash Solomonoff

9.

Hacia la vida intensa

Julio Molina y Vedia

Estudio preliminar de María Pia López

10.

A rienda suelta

Last Reason

Estudio preliminar de Gabriela García Cedro

11.

Las tentaciones de Don Antonio

Enrique Méndez Calzada

Estudio preliminar de Liliana Guaragno

12.

La familia del comendador y otros textos

Juana Manso

Estudio preliminar de Lidia Lewkowicz

13.

Pablo o la vida en las pampas

Eduarda Mansilla de García

Estudio preliminar de María Gabriela Mizraje

14.

Las descentradas y otras piezas teatrales

Salvadora Medina Onrubia

Estudio preliminar de Josefina Delgado

15.

Los gauchos judíos

El hombre que habló en la Sorbona

Alberto Gerchunoff

Estudio preliminar de Perla Sneh

16.

Teatro, sainete y farsa

Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari, Florencio

Parravicini, Pedro E. Pico y Alberto Vacarezza

Estudio preliminar de Bernardo Carey

17.

El petróleo

Jorge Newbery y Justino C. Thierry

Estudio preliminar de Fernando Pino Solanas

y Felix Herrero

18.

Historia funambulesca del profesor Landormy

Arturo Cancela

Estudio preliminar de Darío Capelli

19.

Crónicas del centenario

Juan José de Soiza Reilly

Estudio preliminar y selección de textos por Vanina Escales

20.

El patrimonio lingüístico extranjero

en el español del Río de la Plata

Rudolf Grossmann

Estudio preliminar de Fernando Alfón

Traducción de Juan Ennis

21.

La filosofía del ajedrez

Ezequiel Martínez Estrada

Estudio preliminar de Teresa Alfieri

22.

Mi fe es el hombre

María Rosa Oliver

Estudio preliminar de Álvaro Fernández Bravo

23.

Antología (1835-1910)

Germán Avé-Lallemant

Estudios preliminares de Víctor García Costa
y Roberto Ferrari

24.

Antología

Nicolás Olivari

Estudio preliminar de Jorge Quiroga

25.

La Pampa habla

Luis Franco

Estudio preliminar de Daniel Campione

26.

Relatos completos

Gerardo Pisarello

Estudio preliminar de Cristina Iglesia

27.

Un enigma literario: el Don Quijote de Avellaneda

Paul Groussac

Traducción de Patricia Giordana
y Fernando Alfón

28.

Temas existenciales

Homero M. Guglielmini

Estudio preliminar Gerardo Oviedo

29.

El último reportaje de John Reed

Dardo Cúneo

Estudio preliminar de Susana Cella

Epílogo de Horacio González

30.

Burla, credo, culpa en la creación anónima

Bernardo Canal Feijoo

Estudio preliminar de Ricardo Abduca

31.

Dogma de obediencia

Leopoldo Lugones

Estudio preliminar de María Pia López y Cecilia Larsen

32.

Crónicas del bulevar

Manuel Ugarte

Estudio preliminar de Claudio Maíz y Marcos Olalla

33.

La Argentina que yo he visto

Manuel Gil de Oto

Estudio preliminar de Guillermo Korn

34.

El salar

Fausto Burgos

Estudio preliminar de Cecilia Romana

35.

El enigma argentino

Félix Weil

Estudio preliminar y traducción de Daniel Scarfó

36.

Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)

Benigno B. Lugones

Estudio preliminar de Diego Galeano

37.

Literatura popular inmigratoria

Anónimo

Estudios preliminares de Ángela Di Tullio e Ilaria Magnani

38.

La mala vida en Buenos Aires

Eusebio Gómez

Estudio preliminar de Eugenio Zaffaroni

39.

Lugones

Leonardo Castellani

Estudio preliminar de Diego Bentivegna

40.

Policiales por encargo

Pedro Pago (David Viñas)

Estudio preliminar de Marcos Zangrandi

41.

Historia de Roca

Leopoldo Lugones

Edición crítico-genética y estudio preliminar

de Juan Pablo Canala

Esta edición de 800 ejemplares de
Historia de Roca, de Leopoldo Lugones,
se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2012
en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina.

